SUEÑO DE LOBOS – ABDON UBIDIA

PRIMERA PARTE: CUANDO EL SUEÑO DE CADA UNO NO ES EL SUEÑO DE TODOS

SERGIO EL OSCURO

Vamos a empezar el primer círculo con una justificación: me he convertido en un hombre de la noche, en un hombre lobo. Para decirlo con menos patetismo: soy (he pasado a ser) un insomne contumaz. No duermo nunca. Alguien deberá creerme. Nunca. Exagero. Casi nunca.

Al principio, cuando me sobrevino esto que ahora me resisto a llamar enfermedad, sufría mucho. Queridos padres, queridos amigos míos, queridos colegas, vecinos, querido mundo: no tienen idea de cuánto sufría mi insomnio. No podía cumplir con la obligación, con la simple obligación de dormir. Las horas de la noche empezaban a pasar y yo a desesperarme. Ya no es así.

A mi lado, mi mujer respira pausadamente. En la pieza contigua, Pedrito, que es un niño muy dócil y estable, rodeado de sus regalos navideños, duerme con la misma beatitud. En el fondo de la casa, igual ocurre con la sirvienta. Hasta creo oírla ronronear como un gato. En realidad, cuando me doy ánimos para levantarme y deambulo por las tinieblas del largo corredor y me detengo junto a su puerta, sin ninguna intención deshonesta desde luego, la oigo respirar así, con el ronroneo de un gato. Es un sueño bien ganado el suyo. Pegado a su puerta la oigo respirar así y vuelvo a la cama convencido de que algo de su fatiga ha pasado a mi interior. Y me dispongo a dormir. Pero no. No hay manera. Estas son mis noches imposibles. Estas son mis largas noches blancas.

Cuántos intentos vanos para atrapar la pobre forma de un sueño furtivo. Cuántos: los soporíferos, el agua de col, de valeriana, el alcohol, los ejercicios, el hacer el amor hasta el cansancio. También me dedico a contar interminables series de ovejas, tigres, monos. O a deletrear palabras a la inversa. Pero no. A lo sumo consigo un torpe aletargamiento y malestar del cuerpo. La cabeza, en cambio, me sigue dando vueltas y vueltas como si nada. Hasta allí no llegan mis jadeos. A veces siento los párpados pesados. Pero apenas es un primer indicio. Por detrás de ellos, mis ojos inquietos siguen buscando como peces ávidos.

En ciertas noches hasta trato de rezar. Le rezo al viejo Dios de mi infancia. A lo que queda de El en mí; una especie de memoria confusa: un viejo padre muerto. Le rezo a El y a unos cuantos santos. Todavía recuerdo las oraciones. El padre nuestro, el yo pecador, algunas más. No las recuerdo íntegras. Pero me basta la buena intención. El resto lo lleno con sonidos mentales que, de veras, equivalen a palabras completas. Tan de adentro me vienen. Las acepto como lo que son. Un recurso más. Una apelación a mis reflejos condicionados. Ya no creo en el viejo Dios. Ya no le concedo ningún

crédito. Tantas malas jugadas me ha hecho. El es un asunto concluido. Rezo para controlar mis insomnios. Sólo eso. Tales oraciones huecas me ayudan. En algo calman «mi angustia del sueño de los demás». Salivo con ellas: Pavlov hubiera estado encantado de conocerme.

También intento largas caminatas. Camino en la noche. Me dejo ir por calles oscuras. Por barrios silenciosos. Me gusta perderme en la niebla. Ver el resplandor de las luces del alumbrado público, como flotando en la bruma, flotando altas en medio de formas fantasmales. Ver de rato en rato, la irrupción violenta de los faros de los autos que proyectan en la propia niebla, la sombra descomunal de los árboles de los parterres, de los postes, de alguna otra alma perdida, tan perdida como la mía, que camina en la noche. Oler la humedad, el ozono de la niebla como el aire de otro planeta.

Alguna noche camino bajo la lluvia y vuelvo a casa ensopado y enfermo. Pero recuerdo bellas noches de verano: el aire puro, helado de agosto golpeándome el rostro, corriendo, arremolinándose aquí y allá, ascendiendo, estallando en lo alto contra un cielo lunar, celeste, también purísimo, combado sobre la vasta noche de agosto, alcanzando sin que ninguna bruma lo enturbie, los mismos confines del mundo, los remotos perfiles de la cordillera, negros bajo ese cielo celeste, los valles azules, los vagos nevados. Y yo, caminando solo, como en un sueño, como en un sueño soñado por un durmiente feliz. Me refiero a mis noches castas, claro. De las otras hablaré más adelante. Y también de las otras, las de amigos y de juergas, de pasatiempos ingenuos, en fin. Todo aquello ocurre por temporadas. Ciclos más o menos prolongados. Vaivenes que tienen que ver con mis dos tentaciones básicas y contradictorias: la soledad, el gregarismo. Desesperado de soledad busco a los amigos. Desesperado de los amigos, busco la soledad. En el fondo el mismo impulso: el anhelo de no estar, o de estar en otra parte. Pienso que los insomnes me comprenderán bien. Porque lo horrible del insomnio no es el insomnio. Es el tiempo libre, el tiempo químicamente puro que se abre en nuestras vidas. De pronto no sabemos qué hacer con él. Está allí. Estamos en él. Responsables absolutos de ese espacio palpitante y voraz que es nuestro cuerpo. Ninguna empresa es, entonces, impensable.

Cecilia, mi mujer, pese a sus esfuerzos y su voluntad no puede, es lógico, seguirme en mis trajines. Cuántas veces la vi con los ojos casi cerrados por el sueño, tratando de sonreír, de decir cosas. Sobre todo al comienzo. Cuando era mi compañera habitual. Después fue distinto. Por ahora he de ceñirme al tema, a mi tema.

¿Desde cuándo empezaron mis insomnios? No lo olvidaré nunca. Fue a raíz de un cumpleaños mío. Era muy tarde ya. La borrachera se me había pasado pero aún resonaban en mi cerebro las risas y los cantos de mis amigos. Cecilia soñaba en una playa violeta, según me lo contó al día siguiente. Yo me levanté y fui a la sala a mirar los ceniceros repletos de colillas y los vasos y copas con restos de licor. No podía dormir. Así comenzó todo.

Tal vez deba insistir con esta otra pregunta: ¿En qué ocupo mis noches luego de que he deambulado por sabe Dios qué calles, luego de que todos duermen, luego de que los televisores se quedan en blanco, luego de que por puro respeto a mi mujer, dejo de buscar en la onda corta de la radio, el auxilio de voces que me hablan en lenguas que no entiendo, de músicas

confusas que me llegan mezcladas con señales telegráficas y ruidos extraños? ¿Qué hago cuando mis ojos irritados se niegan a seguir los renglones de un libro cualquiera abierto en cualquier parte? ¿Qué hago cuando apago la lámpara del velador y no sé por qué diablos finjo dormir? ¿Qué hago cuando permanezco inmóvil, mirando en la vaga penumbra que viene desde la calle, las insólitas sombras que se arremolinan en el cielo raso, escuchando los ecos que llegan de la noche, rumores lejanos, fragores confusos, voces? Bueno. ¡Qué más puedo hacer! Pienso. No paro de pensar. Yo soy un pensador forzado. Acaso un recordador profesional. Aquélla es una manera vertiginosa de viajar: en la noche sin límites, yo me voy de tumbo en tumbo, a veces enloquecido, errático, por los sitios del pasado que marcaron mi vida o que la configuraron -si es que alguna forma tiene-, huyendo inútilmente de las caídas y de los abismos, buscando inútilmente permanecer en los recuerdos felices, en las treguas, en los olvidos.

Y no es que mi vida sea algo muy especial. Digo, si toda vida humana no es siempre algo muy especial. Vista desde fuera, al menos, la mía es una vida uniforme, casi gris: treinta y tantos años, una mujer, un niño, un empleo en un banco, una casa, unos amigos, una ciudad en la que he habitado siempre, y unas cuantas obras del azar, algunas coincidencias tristes. Lo que pasa es que el insomnio agranda y acerca los detalles del pasado y del presente. Tiene un efecto telescópico y microscópico, según se lo mire, sobre la memoria, mejor, sobre la conciencia. Es verdad. Cualquiera ha podido comprobarlo alguna vez. Es la hora de la lucidez perfecta. Uno puede ver hasta los mínimos detalles que dejó de lado mientras duró el día. Diré más simplemente: es la hora en que uno existe. En que uno siente la existencia, el mero hecho de ser así, y no de otro modo, de estar en un mundo así, inequívoco. Es la hora de las mentiras inútiles. De los disfraces inútiles. Uno se desnuda en la noche y es uno mismo. Con sus grandes miedos. Con sus grandes deseos. Allí no hay límites que valgan. Ninguna compostura. Ninguna ecuanimidad. En la noche callada, en la noche propicia, uno es parte de una manada de potros desbocados. Hay una canción que dice que en la noche las almas santas sueñan la muerte de sus verdugos. Y los hermanos atraviesan en la tiniebla las paredes de sus habitaciones y acarician a sus hermanas dormidas. Y los conspiradores se reúnen. Y los que nacieron para ser víctimas empiezan a temer. Termina con un verso extraño: «mientras el lobo aúlla, los borrachos se tambalean en media vía». Me gusta porque es un verso extraño. Parece una sentencia. «Tened cuidado que en la noche se despierta todo lo que en el día duerme», dice otro verso. En fin. Sin embargo, lo digo y lo repito yo, no hay peor noche que la de los insomnes. Es el pavor de saber que los otros están en otra cosa. Que estás solo. En la alta madrugada, qué ganas se tiene de encontrar un alma gemela. Tantas noches la he buscado. De diversas maneras.

A modo de ejemplo, voy a referir lo que me ocurrió una noche de ésas. Había regresado de mi caminata. Me había acostado. Había fingido dormir, etc. Se me ocurrió una idea. No era la primera vez: cuidando de que Cecilia no se despertara, me deslicé hacia una de las ventanas de la sala. Llevaba mis prismáticos. En la penumbra me puse a observar las casas del vecindario. Más allá se hundía la ciudad. Un congestiona-miento de casas y edificios superpuestos, iluminados por luces amarillas y violetas que daban al conjunto una apariencia entre romanticona y festiva, con ese efecto final de resplandores rosados y celestes en las paredes blancas. Y aquello contra

el negro de las calles, árboles, recovecos, y el mismo fondo del paisaje. Me gusta mucho mirar mi ciudad. La conozco íntegra. Tantos recodos, colinas y campanarios. Tantas pendientes y quebraduras. Tantas aristas. Miraba la ciudad. Vi unas cuantas ventanas encendidas. ¿Qué había detrás de esas cortinas?

¿Durmientes, moribundos, parejas fogosas, departamentos solitarios? En algunas ocasiones había visto escenas extrañas. Una mujer que se desnudaba. Una casa que a las cuatro de la madrugada iba siendo vaciada quién sabe si por maleantes que vieron en las luces encendidas el engaño fácil, el signo claro de que sus dueños no estaban. Una violenta discusión en la que esposo y esposa se arremetían a golpes. ¿Qué haría yo si de repente fuera testigo de un crimen? Lo más probable es que me conformaría con saberlo. Yo miro las ventanas como en otras noches examino un cielo estrellado al acecho de acontecimientos interestelares: el cometa, el aerolito que aparece y desaparece fugaz en el espacio, el ovni que nunca vi. No lo dudes nunca, asesino imaginario. Tus razones tendrás. No hallarás en mí un delator. Sergio, a lo sumo, será un callado demonio triste, un cómplice remoto y fiel.

Pero no buscaba en esa noche ningún acontecimiento especial. Buscaba con mis prismáticos, un ser como yo. De pronto reparé en una ventana. Estaba muy lejos. La había visto en alguna otra ocasión. La distancia confundía en ella el dibujo de una persona o de una planta. ¿Sería una persona? En una noche anterior la descubrí así: una forma oscura sobre el alféizar, allá, lejana. Ahora, la forma se movió: era una persona. ¿Quién podía pasarse, a esas horas, mirando con tal desenfado la calle? Había un pobre resplandor a sus espaldas. La lámpara del velador, quizá. La ventana tenía un diseño inconfundible. Un arco ojival. Como una ojiva de iglesia. Era la buhardilla de un chalet de la parte baja de San Juan. Eso lo sabía bien. Dije que conocía los recovecos de mi ciudad. Sin embargo, los prismáticos aplastan en sí mismos todo paisaje, que pierde de este modo su perspectiva. Entonces yo veía la ventana y un ángulo del chalet como formando parte de un conjunto de recortes curiosos. No lograba identificar la calle, el lugar preciso. Tendría que merodear por allí. Según mi mente festiva, había en esa ventana una virgen de 17 años acosada por fiebres internas que no la dejaban dormir. Y que de algún modo me esperaba. Mi imaginación lo pedía así. No tenía motivos para refrenarla. Merodeé, pues, por ese barrio algunas noches sin conseguir localizar el chalet. Desde la sala de mi casa, en cambio, lo encontraba con facilidad. Pronto descubrí el porqué. Ocurría que esa ventana no daba a la calle sino a un patio trasero. Era la única explicación. A las tres o cuatro de la madrugada, la vaga luz se encendía y aquella persona se asomaba tras los cristales, a veces una hora, otras hasta el amanecer. ¿Qué miraba? Empecé a fabular diversas explicaciones. No enumeraré dificultades y procedimientos. Lo cierto es que un día, quiero decir una noche, di con el chalet. Lo cierto es que un día, quiero decir una noche, di con el chalet. Dos pisos y una buhardilla. Me animé a indagar. Puse pretextos: buscaba una dirección. En una tienda obtuve informes. En el primer piso vivía un profesor y su familia. En el segundo una pareja de colombianos. Y en la buhardilla, la dueña, la señorita Guillermina, relegada ahí desde que murieron sus padres, quince o veinte años atrás. Mientras devoraba una pasta agria y dura -una milhojas memorable-, la tendera me refirió unos cuantos detalles más. El apellido, la edad. Obtuve así, un retrato de esa alma gemela: una solterona fea y flaca de cincuenta años. Mis

sueños de seductor sonámbulo se hicieron trizas. Sin embargo, un sábado por la tarde me animé a llamarla por teléfono. No sé por qué lo hice. Oí su voz. Por detrás de ella, sonaban maullidos y un piar de pájaros: gatos y canarios, por supuesto. Inicié una torpe conversación fingiendo que buscaba a alguien de su mismo apellido. Su voz era más bien tranquila y nada desagradable. No: en su familia sólo hubo un Gustavo, pero se fue a Europa. Estaba orgullosa de su familia, quedaban pocos miembros en la ciudad, los veía en sus cumpleaños. La escuché un rato. De pronto el exabrupto: le solté, sin previo aviso, la estúpida pregunta: ¿Qué miraba tanto, a la madrugada, por la ventana trasera de su buhardilla? Oí como un quejido. Su voz se descompuso y deshizo en preguntas angustiosas: ¿Quién habla? ¿Quién habla? ¿Quién habla? Traté de calmarla. De decirle mis buenas intenciones. Fue inútil. Su voz temblaba. Cerré el teléfono por pura compasión. No debí llamarla. Ni esa noche ni las siguientes volvió a encenderse su luz. Nunca más. Torva, sombría, replegada en su noche, estaría para siempre la señorita Guillermina, temiendo a ese fantasma que la perseguía sin que ella supiera cómo ni por qué. Mucho tiempo después, en una noche de luna en que volví a mis prismáticos, creí ver en su remota ventana apagada, un temblor de visillos que se agitaban en la plateada luz de la noche. Con la misma naturalidad de siempre, le adjudiqué a la señorita Guillermina, una historia propia, se entiende una historia no-escrita (esto es importante aclararlo), según la cual, en sus horas insomnes, ella miraba tras los cristales de su ventana el sitio en donde alguno la amó y no volvió nunca más. Así perdí a mi alma gemela y a mi virgen nocturna de 17 años. Otra vez estaba solo. Ya no había princesa que buscar.

Aquél fue mi último entusiasmo-repentino.

Esto significa que mi necesidad de buscar y buscar sigue intacta. ¿De buscar qué? Pues, cualquier tesoro oscuro, cualquiera que sea, no me importa cuál, que me libere en mis noches de conjunción del gran vacío, de la gran tristeza, del gran *tiempo libre* y sin forma, que entonces tanto temo: esa oquedad, ese agujero negro que se abre en lo más hondo de la noche y en el que todo puede caber, desde la pequeña lastimadura persistente en la que creemos ver un anuncio de la muerte, o las cuentas que tenemos que pagar y no sabemos cómo, o las que tenemos que cobrar y tampoco sabemos cómo; cuentas pendientes y no sólo de dinero por cierto (pero sobre todo de dinero). A lo cual se agrega el peligro de hallarme nuevamente con la convicción de la culpa, la gran culpa de vivir, de ser así dije, de no ser otro, de no haber sabido ser feliz, de haber devenido acaso un vago gris, muy cumplidor de sus deberes pero íntimamente vago, apoteósicamente vago, sordo, ajeno a las ilusiones de los otros, vistas para siempre como ilusiones pobres, mesuradas, cotidianas, ilusiones diurnas digamos, que a lo mucho se logra comprender pero no compartir. La gran culpa, pues, que viene siempre acompañada de un cortejo fúnebre de las otras culpas que fuimos dejando en el camino: toda una colección de espléndidas caídas: el miedo que una vez no supimos afrontar, la muchacha que confió en nosotros y que un día abandonamos a su suerte, la necesidad que ahora mismo tuvimos de mentir y mentirnos, cuántas cosas más. Todo aquello girando, martillando, latiendo fuertemente dentro del cráneo. Todo aquello mezclado con las confusas voces de la noche, confusos ecos, llamadas sombrías, los golpes súbitos de las mariposas nocturnas que se estrellan contra las ventanas de nuestros dormitorios, el raudo correr de autos que huyen arrollando a borrachos remotos, y aullidos, aullidos sí,

aullidos de perros en los propios confines de la noche, entre los cuales creemos distinguir el de un lobo solitario que se queja en un monte negro, mientras permanecemos en silencio, quietos, pero con el rostro cubierto de sudor y el corazón agitado porque no podemos, por pura cobardía, unirnos a ese bullicio con un grito profundo, un aullido también, que retumbe de improviso en las paredes y en cada casa y se propague por toda la ciudad aterrando a las almas felices con un brusco despertar de desconcierto, miedo, rabia. Basta.

De la sala me llega el aroma a ciprés. Es el árbol de Navidad que permanecerá encendido con sus luces intermitentes porque hoy es Nochebuena. Pienso en las cajas abiertas y en los papeles de regalo rasgados y esparcidos por el piso de la sala.

Muy, muy lejos, escucho el retintín de una caja de música.

Basta.

En lo más profundo de la noche, existe un limo blando y tibio. Allí uno puede detenerse por fin. Detenerse.

Entonces uno ya es otro distinto. La angustia ha cesado. Estamos al amparo de una emoción distinta. Podemos, pues, mirar lo mismo pero de otro modo. El santo que asesinó fríamente; el asesino que encontró su redención en la santidad, me entenderán bien.

Porque una emoción transforma el mundo (lo dice un francés).

Porque, así, repito, uno puede llegar a ser otro diferente (y perdónenme el susurro).

Entonces, nadie puede anticipar lo que somos capaces de pensar y decidir.

Entonces, nadie puede anticipar lo que el oscuro Sergio ha sido capaz de pensar y decidir.

EL GAVILAN

En uno de los rincones del barrio de El Aguarico, había una vieja casa de dos pisos hecha de gruesas paredes de adobe blanqueadas con cal. Las ventanas del piso superior permanecían siempre cerradas. Abajo, a cada lado del portón de madera pintado con un color indefinible -ocre quizás-, y perforado enteramente por las profundas galerías de la polilla, se abrían dos estrechas puertas con sendos rótulos de lata, oscurecidos por el óxido. En el rótulo de la puerta izquierda se leía: «Abarrotes La Ermelinda». Y en el de la derecha: «El Guayas-Billares». En un tiempo hubo un tercer rótulo; decía: «Contaduría-Segundo piso». Pero a diferencia de los otros, era muy pequeño y estaba oculto por una red de alambres de luz. Cuando expidieron la ley que prohibía el funcionamiento de las casas de empeño, el diminuto anuncio desapareció, dejando sobre la pared un pálido rectángulo que la lluvia, el polvo y el tiempo se encargaron de borrar. Nadie en el barrio pensó que por

eso la contaduría iba a cerrarse. Cosa que en efecto no ocurrió: en los altos de la casa, la sombría oficina continuó operando con el mismo horario (de diez a una y de tres a cinco), aunque con los intereses más subidos que antes.

El zaguán central -alargada bóveda con piso de cantos de río y arabescos de huesos de cerdo-, llevaba a un patio adoquinado que presidía la casa. En torno a él, detrás de los pilares desconchados y de los tiestos y cacerolas con cactus y geranios, se veían los corredores de tablones ahuecados por el uso, y las puertas de entrada a los cuartos de los inquilinos. Un angosto pasadizo comunicaba este patio con otro, en donde, al fondo de las lavanderías y de los baños, había una puerta sellada que alguna vez debió dar acceso a la casa contigua -«la casa de atrás», con vista hacia la otra calle—, que pertenecía al mismo propietario. Los vecinos decían que éste la mandó a sellar para evitar las habladurías, pero que al mismo tiempo y en secreto hizo abrir en alguna parte de su departamento, otra puerta que la remplazara, la cual le permitía aparecer aquí y allá, y vigilar una y otra casa, y sacar por uno de los frentes, los extraños bultos, envueltos en papel empaque y liados con soguilla que sus extraños clientes habían metido por el otro, sin que los inquilinos pudieran hacer mayores comentarios respecto a la frecuencia con que un bulto de determinado tamaño y determinada forma, llegaba o se iba de sus dominios.

En el piso bajo, los billares El Guayas ocupaban dos grandes cuartos del ala derecha de la casa. El primero, estaba destinado a las mesas de billar, a la rocola y a lo que pretendía ser el bar. El segundo, a las mesas de billa, a los futbolines, al sapo y a las mesas de cuarenta. Las paredes, de un rosado desvaído de calcimina barata, mostraban de tanto en tanto, el enlucido de lodo cuarteado sobre el adobe. Pilares de madera sostenían un techo de vigas y tablas polvorientas. Entre pilar y pilar colgaban las fichas para anotar las carambolas. El bar comprendía un alto mostrador verdoso con la pequeña vitrina lateral de los cigarrillos, los naipes, los fósforos y las tizas. Detrás de él, sobresalía una repisa en donde se alineaban las botellas de Mallorca, Pauteñito, Gallito y demás, sobre las jabas de colas y cervezas.

Durante el día, el negocio era manejado sólo por el José, un muchachón con aire de sonámbulo, pero que con los años había adquirido una mecánica destreza para hacer cuentas y recordar los rostros de los truhanes que alguna vez se habían ido sin pagar. Por las noches, en cambio, en el mostrador se instalaba el propio dueño de los billares en un aparato que, según se lo mirara, era una silla o un taburete.

Viejo, muy viejo, flaco y cetrino, unos ojos acuosos, un bigote amarillo de nicotina, unas manos apergaminadas que temblaban con un temblor de murciélagos cuando envolvían los dorados, o contaban las monedas, o empinaban la copa de mallorca; con una tos bronquial profunda y cavernosa que lo sacudía a ratos, Don Nacho -así lo llamaban-, no era para nada, lo que se dice, un anciano indefenso. Aunque quien lo miraba por primera vez debía verse abocado a serias y aleladas dificultades antes de admitir que esa triste y frágil osamenta era capaz de gobernar, con el vigor de un tirano, aquel oscuro imperio que no sólo consistía en el salón de billar, la tienda de abarrotes, la contaduría de los altos, la propia casa en donde esos negocios funcionaban, las dos casas vecinas; sino que además tenía que ver -según los rumores- con la cachinería y el contrabando. De todo lo cual era su absoluto propietario y único señor porque su mujer y sus tres hijos (un

muchacho y dos chicas), tres raquíticas figuras con rostros de ratón y poseedoras de una profunda tontera natural irrebatible que se revelaba hasta en la forma de decir mamá, o en la manera de defenderse de los bastonazos de Don Nacho, no eran para él exactamente su familia, sino más bien una especie de empleados sin sueldo, esclavos a la final, que le temían como si él fuera el mismo Dios y el mismo demonio en una sola persona verdadera.

Hosco, seco, tenazmente introvertido, Don Nacho sólo parecía tener palabras para ordenar y cobrar. Y ni su mujer ni sus hijos sabían mucho de su pasado. Las viejas del barrio, que en las tardes de sol se sentaban en los patios de sus casas a tejer tapetes de hilo, o sacos de lana, y a contarse las mismas cosas de siempre entre el bailoteo ininterrumpido de los crochés y las agujetas, tenían que envolver su figura con un aura de misterio macabro, de leyenda inverosímil, para explicarse el origen de su fortuna, su propio origen, las profundas razones de ese modo de ser de animal del monte. Pero en el fondo, lo único que sabían era que treinta o cuarenta años atrás, Don Nacho compró la casa de altos a sus antiguos dueños; que entonces abrió la contaduría y poco más tarde los billares; que luego se juntó a una mujer muy joven a la que apenas hablaba y escuchaba menos aún, al punto de que la pobre de tanto tragarse las palabras terminó por parecer casi tan vieja como él; que de ella tuvo cinco hijos, tres mujeres y dos hombres, todos con caras de ratón y como calcados los unos a los otros; que con diferencia de pocos años, un hijo y una de las hijas murieron sin que Don Nacho se molestara en concurrir a sus entierros; que, en fin, cuando compró la casa vecina, y luego cuando abrió la tienda de abarrotes y puso a su moza a trabajar en ella, su vida no se alteró en lo más mínimo, pues continuó manejando la contaduría durante el día y los billares durante la noche, y entregando y recibiendo tres o cuatro veces por semana esos extraños paquetes envueltos en papel empaque: siempre cerrado, hermético, sin contarle sus problemas a nadie.

Precisamente por esa cerrazón, por ese silencio, por ese escandaloso desprecio por los demás, era que el Gavilán consideraba motivo de alto orgullo personal lo que suponía ser un trato deferente, un cauteloso intento amigable, un discreto amago de confianza que Don Nacho le reservaba a él, y sólo a él.

Por supuesto que antes que una disposición amistosa, la actitud de Don Nacho podía ser, en verdad, una suerte de recompensa, de pago a sus servicios prestados en El Guayas. Porque, después de todo, desde la noche en que empezó el reinado del Gavilán en El Guayas se acabaron las broncas y los relajos tan típicos de la época del Fuerte Rodas. ¿Gratitud entonces? ¿Gratitud? No por cierto. Más bien necesidad: aparte de imponer en sus billares una especial disciplina, el Gavilán conocía y compartía por lo menos una de las actividades semisecretas de Don Nacho: la cachinería.

¿Pero era necesidad? ¿Acaso el viejo prestamista necesitaba de alguien que no fuera él mismo? Recompensa, gratitud, necesidad: el Gavilán prefería imaginar que se trataba de respeto, del principio de una admiración progresiva que se iría agrandando conforme pasara el tiempo, conforme Don Nacho lo conociera mejor. El era un jefe, un auténtico capitán, un fino gallo de pelea, y Don Nacho lo habría descubierto ya. Eso era todo. Un jefe. Pese a su juventud, a sus 23 años, era un jefe. Y si no, que lo dijeran el Patojo o el Turco con sus 29 años o el Maestro con sus 36. Cuando se trataba

del fútbol o de la Liga Barrial, él era su dirigente; si de los trabajos, él ponía las ideas y marchaba siempre a la cabeza; y de la jorga ni qué hablar. ¿Era posible dudarlo?

Ahora subía por la crujiente escalera de tablas impregnadas de aceite quemado. Esta vez no llevaba ningún paquete bajo el brazo, pero estaba seguro de lo que iba a hacer.

Dio dos golpes en la mampara pintada con un barniz marrón salpicado de burbujas rotas que mostraban -como los cráteres muestran sus capas geológicas- sucesivas manos de pinturas diversas: verdes, blancas, azules; rastros también de edades perdidas. Se asomó a la ventanilla en forma de media luna y protegida por una rejilla de hierro forjado.

-¡Don Nacho! -llamó.

De las tinieblas de la oficina, entre los estantes llenos de objetos en prenda, emergió, lerda, la figura de Don Nacho. El inevitable dorado de envolver, colgándole de los labios morados, humeaba volutas que parecían enredarse en el bigote cano.

-Soy yo -dijo el Gavilán.

-¿Qué me traes ahora? -preguntó el viejo, alzando sus vagos ojos grises.

—Nada. Sólo que quiero hablarle.

-Habla.

-No aquí. Quisiera entrar.

-No tengo tiempo. No doy anticipos, ni presto dinero sin prendas.

Todo el mundo lo sabe-. Don Nacho chupó el dorado. Tosió. Hizo un ademán desdeñoso y empezó a alejarse de la ventanilla.

-No quiero plata. Se trata de algo bueno. Un negocio en grande. Un buen negocio -insistió el Gavilán.

El prestamista volvió sobre sus pasos. Bajó el picaporte de la mampara. Abrió dos candados y quitó una cadena.

-Pasa -asintió-. Pero será mejor que no intentes ninguna payasada. Este bastón dispara balas. ¿Si ves el cañón y el gatillo?

Volvió a toser.

Era la primera vez que el Gavilán entraba en la contaduría. Si los objetos que le vendía a Don Nacho eran pequeños, los pasaba por la ventanilla; si eran grandes, por la mampara entreabierta. Pero sin cruzar el umbral. Aquellos enormes cuartos olían a bóveda, a catacumba, a humedad, a tierra guardada. Tal vez porque las ventanas estaban clausuradas y el tumbado exhibía los lamparones de las goteras mal reparadas. En todo caso ese vaho que impregnaba el recinto no tenía nada que ver con el famoso olor a azufre que tanto había aterrado al Turco.

-Siéntaté allí -ordenó Don Nacho señalándole un polvoriento baúl de cuero repujado. Dio un rodeo y se situó detrás de él.

El Gavilán se acomodó como pudo sobre la tapa tachonada que crujió con su peso.

-Habla nomás -dijo el viejo empujándole el hombro derecho con la punta de su bastón.

El Gavilán quiso mostrar su desparpajo, y antes de hablar paseó la mirada por los estantes abarrotados de radios, relojes, máquinas de escribir, televisores, reverberos, planchas, tocadiscos, guitarras, armas, herramientas y adornos diversos.

-Se trata de joyas. De un buen lote de joyas. Quiero que usted me ayude -dijo.

-¿Y dónde están?

-Todavía no las tenemos. Por eso quiero su colaboración. Tiene que ayudarnos, Don.

-¿Y cómo?

-Necesitamos el taladro que le vendió el Maestro, una barrena, una punta de diamante, un anticipo en plata, pero por sobre todo que se haga cargo de las joyas.

-¿Eso es todo? -carraspeó el viejo.

-También una carabina por si acaso.

Hubo un silencio. Luego el viejo preguntó:

-¿Y de cuál joyería se trata?

-Todavía no la tenemos ubicada. Pero hay dos o tres posibilidades.

El Gavilán calló. Por algún lado mordisqueaba un ratón. La única luz de la oficina provenía del foco de 25 bujías que colgaba detrás de la mampara. A sus espaldas sonaron los pasos de Don Nacho que se arrastraban hacia ella. Luego, como sin comprender, oyó su voz:

-Lárgate guambra tonto.

El Gavilán se encendió por dentro. Sería tan fácil lanzarse sobre el usurero y matarlo a golpes: sin embargo, como llevado de una fuerza que no era la suya, se vio salir en silencio de la contaduría, preso de una de las humillaciones más grandes de su vida.

Mientras bajaba las gradas alcanzó a escuchar los últimos reclamos de Don Nacho:

-Yo no soy ningún ladrón. Yo no soy ningún cómplice. Cuando tengas joyas tuyas podremos hablar, majadero.

Afuera, la calle parecía haberse incendiado entera.

El Gavilán se precipitó en esas llamas diciéndose: «Ya verás quién soy yo, viejo del diablo, ya verás quién soy yo».

EL TURCO ANTONIO

EL Turco sacudió sus pelos y sus barbas, recogió su poncho blanco sobre un hombro y se inclinó sobre la mesa de billar en donde una docena de bolas de colores se agrupaban caprichosamente. Apuntó con cuidado a la esfera lila marcada con el número cuatro y taqueó. La bola blanca rodó veloz por entre las manchas y fallas del paño verde, pasó cerca de la número cuatro y siguió de largo hasta chocar con la número nueve, luego con la doce, y perderse por fin en un estrépito de bolas que huían como despavoridas en todas direcciones. Dos o tres de ellas desaparecieron por los boquetes laterales abiertos en las bandas.

—Te bañaste, animal -le dijo el Patojo con odio. Pero no era odio. Tampoco una broma.

En el primer salón, en la rocola, una desgarradora voz cantaba un pasillo sobre un fondo de agudos requintos:

Soy como todo charco silente y

tembloroso espejo de dolores

de angustia y de zozobra.

El Gavilán sacó las bolas que cayeron en los boquetes.

-Son 17 negras -dijo, mientras el Maestro, ya borracho, se limitaba a mirar el incierto vuelo de una polilla que daba vueltas en torno al foco de cincuenta bujías semicubierto por una pantalla de lata enlozada y suspendido de un largo alambre, rotoso y lleno de nudos, que se esfumaba en la penumbra del tumbado.

Afuera, el viento arriaba, como a un rebaño de animales de ultratumba, los cúmulos de una niebla perezosa que se arrastraba por la calle húmeda.

El Turco fue al fichero y corrió las fichas a su cargo. Retornó a la mesa y apoyó en ella el taco. Luego, con su hablar de costeño -adquirido en los dos años que pasó en la cárcel Modelo de Guayaquil por una denuncia de su amada Francisca-, en el cual irrumpían unas erres indiscutiblemente serranas, suplicó:

-Créanme, ñaños. Lo que les digo es cierto. Ese doctorcito existe. Se los juro, ñaños, se los juro.

-Hazte a un lado -ordenó el Gavilán sin prestarle atención.

-Te toca, Maestro -dijo el Patojo.

El Maestro, aindiado, grandulón, perdida su vivacidad natural por la borrachera, apartó sus ojos de la polilla y sin decir palabra empezó a taquear. Hizo, sin asombro, una decorosa serie de carambolas con un total de ocho puntos.

En el primer salón, un par de negros, esmeraldeños quizás, ennegrecidos aún más por el frío de la noche que se metía por la puerta semientornada, silenciosos y tiritantes, se aburrían jugando una partida de billar. Frente a una mesa de metal, el hombre que ya había marcado por tercera vez el mismo pasillo en la rocola, miraba serio y silencioso a su compañero, un calvo que dormía con el rostro hundido entre los brazos, junto a su jarro de puro con cola. De pronto un alboroto: cinco disfrazados entraron en los billares, dudaron un momento y se fueron.

El Patojo empuñó su taco. Lo entizó. Y se acercó rengueando hasta la mesa dispuesto a jugar. En el otro salón sonaron tres golpes secos del lado del bar.

Era Don Nacho que llamaba. El muchacho ayudante recogió el triángulo de armar y la caja cuadrada con las bolas abandonadas en la mesa vecina. Cuando se iba ya, el Gavilán le pidió que trajera, a su nombre, una Pilsener más y una cajetilla de Full blanco.

El Patojo apuntó. Tiró mal.

-Anótate -le dijo el Maestro, mirando de reojo a la polilla que en ese momento pasaba por debajo del foco. El Patojo, lleno de rabia, se golpeó en la frente con el puño cerrado. Pero no era rabia. Tampoco una broma. Era lo de siempre: un gesto muerto para llenar un instante muerto. Hizo una mueca como de perro que olisquea. El Maestro olía a cerveza, a mugre, y a grasa de autos.

Frente al bar, la rockola cantaba:

Soy como todo bosque de

árboles musgosos de

tallos agobiados por

crueles decepciones.

Mientras el Gavilán jugaba, el Turco pegado a la pared, bajo una empolvada propaganda del jabón de Reuter que mostraba una abundosa rubia de sonrisa perfecta y labios encarnados, al estilo de los años cuarenta, a la cual alguna malvada mano le había puesto cuernos, trataba de repetir, ya sin convicción, aquello que no se había cansado de decir desde el momento en que llegó: a saber, que el hombre a quien él llamaba «doctor» -porque usaba terno y corbata-, y a quien conoció por la loca Marcela, un día que fue con él a comprarle hierba, quería hablar con ellos, proponerles algo grande de verdad, de millones. El Turco hablaba entre dientes, como para sí mismo. No importaba que no lo oyeran. Daba igual. De todos modos no querían creerle. Quizá por el frío y el aburrimiento. Quizá por la fama que le habían dado de mentiroso cabal. En otro tiempo, cuando les contaba mentiras del tamaño de un elefante, o les contaba historias sacadas a medias de las películas o de las revistas, le escuchaban con un arrobamiento cercano a la hipnosis. Pero ahora que todo era cierto, no había manera. No querían creerle.

Miró el cartel que estaba junto al del jabón de Reuter. Era un poster de los puros años setenta: rojos y verdes sicodélicos, flores, signos de la paz, pajaritos y unas alegres letras de un amarillo luminoso que recomendaban: «Seamos felices». El primer cartel lo habría puesto Don Nacho, cuando fundó el local; el segundo, con seguridad, uno de los muchachos ayudantes.

-Hey, aterriza -oyó que le decían.

Era su turno. Sobre una silla, el chico había dejado la botella de Pilsener junto a un vaso de cristal verdoso en el que se confundían las burbujas de la cerveza con las del propio cristal. El Turco apuntó. Hizo una buena. Luego otra con dos bolas metidas. Después falló. El Patojo que jugaba con las cintas de su guitarra recostada contra una mesa, le sonrió con sarcasmo. Pero no era sarcasmo. Tampoco una broma. Era lo de siempre: una mueca vacía, teatral y mentirosa, a la que su ser se aferraba, en el vacío de un tiempo vacío, como un payaso se aferra a su máscara hueca.

Del reflector bajaba un cono de luz amarilla que iluminaba la mesa. Las volutas del humo de los fules blancos y las partículas de polvo, ascendían lentamente dentro de él. Cuando la polilla entraba al cono de luz, se volvía un diminuto destello, un reflejo dorado, una astilla de luz que se apagaba en cuanto revoloteaba en la zona de sombra. El Maestro volvió la mirada sobre el paño verde:

-Me toca -dijo.

«Soy como todo charco», cantó la rocola.

Para esas cosas era un as. Un verdadero as, a pesar de los tragos tomados para celebrar Inocentes. En otro sitio y con otro taco, hubiera terminado una serie perfecta. Pero en el local de Don Nacho las bolas tomaban rumbos imprevistos. Culpa de las fallas del paño y de la pizarra. Por eso él y sus amigos preferían los naipes o los dados. Por causa del frío fue mejor ponerse a dar vueltas alrededor de la mesa de billa en lugar de congelarse las piernas y jugando al cuarenta o a la pinta, en tanto se «hacía tiempo», esperando a que las horas pasaran y la noche se pusiera más honda y más negra, y a alguno de ellos (con certeza a él no), se le ocurriera poner en práctica una de sus ideas.

-Estas mesas son una pendejada -protestó. Pero su atención ya estaba otra vez concentrada en la polilla que trataba de aferrarse al borde del reflector.

-Anda, cuenta lo que sabes -le dijo el Gavilán al Turco entre dos enormes bostezos que le llenaron los ojos de lágrimas.

«Soy como todo bosque», cantó la rocola.

El Turco regresó su rostro cadavérico en el que dos medias lunas azules subrayaban la languidez de sus ojos y empezó a contar que el doctorcito ese, que el otro día, que el doctorcito ese, que ayer, que el banco, que el asalto, que el doctorcito ese el otro día.

Pero calló. Era inútil insistir. Mientras el Patojo con una inspiración casi celestial metía una y otra bola en una esquina de la mesa, el Gavilán se ocupaba en contar los tantos que él y el Maestro habían acumulado.

Había caído en el descrédito total. En el total desprestigio. Sus amigos no le creían una palabra de lo que hablaba. Pensaban que se trataba de inventos.

En un principio se imaginó que le estaban aplicando la ley del hielo. Pero no era así. Simplemente no le creían. Como no le creyeron lo de sus visiones del más allá ni sus encuentros telepáticos con Francisca, la peruana. Al parecer ya estaban cansados de sus historias y no le iban a escuchar nunca más. Le iban a dejar solo con sus palabras. SOLO. El Turco sintió que un escozor funesto le caminaba por la espalda.

En un rincón, el Patojo no cabía en sí de gozo. La partida estaba ganada. Sobre la mesa lucía, solitaria, la bola número trece que por pura abusión, el Patojo no quiso meter.

El Gavilán, que nunca daba importancia a ese tipo de derrotas, empujó con una mano, hacia el boquete, la número trece y bostezó:

-A ver, Turco, cuéntanos lo del doctorcito ese.

-No sabes, Gavilán, que ese doctor es un fantasma que le machuca a la Francisca -se festejó el Patojo.

De tallos agobiados por

crueles decepciones.

-Un fantasma -repitió el Patojo, por si no se había entendido bien su chiste. Y se aprestó a pulsar con sus fuertes brazos en el borde de una silla.

El Turco lo odió. Imaginó que el Patojo se caía de la silla y se desbarataba, y que una de sus piernas retorcidas se quedaba por allí y la otra por allá.

«Es un imbécil, es un cretino», se dijo el Turco. Después se puso a pensar que el Patojo no era ni siquiera eso, ni siquiera lo que parecía ser, sino que no era lo que era; cosa difícil de entender pero cierta: por un lado un tórax de atleta, unos brazos musculosos; por otro, esas piernas enclenques y casi inútiles. Por un lado, ese aspecto feroz; por otro, un carácter de payaso que tampoco le impedía ponerse iracundo o ponerse triste.

«El Patojo no es lo que es», se dijo el Turco sintiendo que, con esa súbita desaparición verbal del Patojo, quedaba vengado. Por fin la rockola buscó otro disco; un yaraví:

En las alturas de la montaña existe

un pobre rancho Y una viejita todas

las tardes triste suspira así.

En el primer salón, la puerta se abrió y algunos jóvenes entraron al billar. El chico fue a atenderlos luego de que Don Nacho diera en el tablero del bar sus consabidos golpes. Los negros los miraron indiferentes.

El Patojo se bajó de la silla.

El Maestro se acercó a la mesa vacía y se inclinó sobre la pantalla de lata. De improviso dio un palmotazo con sus enormes manos callosas, rayadas de diminutos cortes negros y curtidos por la grasa de autos. Luego las sacudió y lo que en vida fue polilla se deshizo en una lluvia fina y dorada que se desvaneció en el paño verde:

-Juguemos otra partida -dijo sonriente.

EL GAVILÁN

En este tiempo el Gavilán se consideraba un hombre libre, sin otras ataduras que los amigos, y aún más, dueño de firmes principios: odiaba el trabajo, odiaba el estudio, y le tenía horror al matrimonio. Cierto es que ya llevaba tres años enredado con Maribel, pero eso -lo sabía-, era un asunto que habría de liquidar en cuanto las cosas mejoraran. Un hombre como él no iba a estropearse la vida junto a una mujer de esas que nunca acabarán de caer (y de caer en la edad, que es la peor forma de la caída). Porque nadie creía en la historia de las cicatrices que Maribel contaba con una negligencia casi culpable. Más allá de ellas, estaban sus treinta años muy bien cumplidos entre las noches y los olores de los hombres. Es decir, que nadie creía en su fastuoso pasado de diplomáticos, ministros y ex presidentes: más allá de sus ojazos amarillos, de su silueta alargada, de esa manera infantil de sonreír por nada, desprendiendo los pulposos labios por sobre la firme dentadura; mucho más allá de esos furtivos sobrevivientes de una Maribel acaso imposible, estaban su molicie, su abandono, su resignación de animal condenado al sacrificio.

Según ella, su reinado entre los diplomáticos y ministros se truncó cuando apenas tenía 19 años y ya había rechazado la propuesta matrimonial de un hacendado y era responsable del divorcio de un juez. La desgracia le sobrevino mientras viajaba a 140 km. por hora, en el Mercedes de un hombre del cual no recordaba sino una gran calva brillante, gruesos lentes oscuros y un bigotazo gris. Un camión se atravesó en la carretera. El hombre no pudo controlar el automóvil y fue a estrellarse contra una roca. El hombre murió en el acto y Maribel se salvó milagrosamente, aunque con varias fracturas y esas dos pequeñas pero ominosas heridas; una, bajo la quijada; otra, en la pantorrilla. Los periódicos informaron del accidente pero evitaron especificar detalles. Después, la clínica agotó todos sus ahorros. Y cuando sus heridas sanaron, se puso a deambular de cabaret en cabaret, buscando su nuevo lugar en el mundo.

En el Mirador no la admitieron. Tampoco en el Internacional. Sus cicatrices despertaban sospechas. Pasó un tiempo en la Villa Fabiola y otro en la calle, vagando por los parques de El Ejido y La Alameda. Por fin se quedó en el Palmar, un grill de medio pelo para oficinistas de poca monta, condenado a muerte por la remodelación de la avenida de la Prensa, cuya máxima atracción constituían los números de *striptease* que se presentaban a la

media noche, al amparo de mortecinas luces verdes y violetas que casi no dejaban ver nada de la bailarina, aparte de la dentadura y el blanco de los ojos, que al igual que las camisas de los cuatro únicos músicos, resaltaban extrañamente en medio de la penumbra del diminuto escenario. Allá iba a eso de las diez de la noche y se quedaba hasta la una o dos de la madrugada. En esos días el Gavilán llegaba al Palmar por la Princesa. Pero la Princesa ya estaba vieja y fofa y se emborrachaba con el primer trago, aparte de que en ocasiones le daba por creerse una princesa de verdad, y rechazaba furiosa las propuestas de sus clientes, que no eran muchos. En tales circunstancias, el Gavilán resolvió conquistar a Maribel. Ciertamente, no le fue muy difícil convencerla de que él le convenía. Y pronto se vio yendo y viniendo del Palmar a su casa y de su casa al Palmar. Los domingos se iban para algún balneario y la pasaban muy bien. Maribel le daba dinero y hasta le pegaba un botón o le zurcía una media. Y si algún trabajo había resultado, el Patojo y una amiga, Maribel y el Gavilán, cantando y riendo se marchaban a Guayaquil o a Esmeraldas por un par de días.

Una mañana, el Gavilán tomó sus cosas; es decir, dos pantalones, dos sacos, un suéter, dos chompas de cuero, su colección de camisas -veintiséis-, sus medias, un transistor, la maleta de mano con las herramientas, y se fue a vivir con Maribel. En una de las enredadas calles del barrio de San Juan alquilaron una mediagua pintada de azul, construida detrás de la villa ocupada por un par de viejas, tan beatas como sordas que, entre otras cosas, creían que Maribel era enfermera y el Gavilán su hermano. Entonces se los veía satisfechos con la nueva habitación. Disponían de un dormitorio, una cocina y un baño. Todo muy reducido, viejo y húmedo; las paredes reventadas por diminutos volcanes de cal, los rincones manchados por una lana verdosa, el entablado sinuoso y apolillado, pero con la innegable apariencia de un auténtico departamento. Maribel se consiguió, no se sabía de dónde, un gran edredón de seda verde relleno con lana de ceibo, que era el asombro de las dueñas de casa. El Gavilán, por su parte, arregló una cerradura y tapó las fallas de las paredes con recortes de revistas.

Almorzaban con tarjetas en un salón, con enormes pailas de fritada y plátanos asados en la puerta principal. Por la tarde, cuando no llovía, salían a caminar, a dar vueltas por los portales, a mirar las vitrinas, a codiciar los bienes ajenos que brillaban provocadoramente detrás de los cristales de las vitrinas, a solazarse en la nostalgia del mundo y sus tentaciones. Entonces podía ocurrir que Maribel tropezara con un transeúnte, y que éste y el Gavilán le ayudaran a incorporarse, y que luego el transeúnte se fuera disculpándose una y otra vez pero ya sin su dinero. O podía ocurrir que el Gavilán vaciara al paso, el bolso de una buena señora. O podía no ocurrir absolutamente nada. De todas maneras terminaban el paseo metiéndose en un cine o en un chifa, y si el dinero alcanzaba, comprándose cualquier cosa, cuyo uso, en ciertos casos, ignoraban por completo.

Por la noche se repetía la historia de siempre. Maribel se marchaba al Palmar y el Gavilán al billar de Don Nacho, a ver a los amigos, a tomar una cerveza con ellos, a hacerse la mar de planes para dar el consabido gran golpe que arreglara sus vidas de una vez, aunque del puro hablar y darle vueltas al asunto, tanto lo habían pospuesto, tantas largas le habían dado, que casi estaban convencidos de que era sólo un sueño y de que nunca lo

iban a realizar, incluido el Turco y sus inventos periódicos como este último del doctorcito que les traería la fortuna.

Pero noches había en que al Gavilán le venía el demonio, y no quería ver a nadie, y peor a los amigos. Entonces Maribel, sin que él se lo pidiera, faltaba a su trabajo y lo acompañaba. Así las horas pasaban y cuando ya muy entrada la madrugada el demonio se le iba, el Gavilán le preguntaba a Maribel que por qué no se había ido a trabajar, y ella le respondía: «Pero Cachito -Cachito, por la antigua canción de Nat King Cole-, si me lo pediste», y él se ponía iracundo. «Se nos va a acabar el dinero», le decía, y ella: «Ya veremos, no te preocupes». Y él, más furioso, «No me digas Cachito», le insultaba y se insultaba a sí mismo, hasta que ya suficientemente cargado (con esa y otras rabias más antiguas y profundas) se arrojaba sobre ella y le propinaba un par de trompones para comenzar, y luego la tiraba por el suelo, la humillaba, la poseía enardecido tirándole billetes a la cara y repitiéndole que ya estaba cansado de ella, que no le interesaba ya, que la iba a abandonar, que la iba a cambiar por una perra mejor. Al día siguiente, Maribel amanecía con un ojo morado y el Gavilán más fresco que una lechuga, con muchas ganas de pasear y de estar con los amigos, y con la cabeza llena de ideas y de planes.

Una tarde el Gavilán le preguntó a Maribel por qué, cuando lo veía así, con el demonio dentro, sentado durante horas en el filo de la cama, la mirada fija en un rincón, silencioso y sin ánimos para nada, no le dejaba solo, no se iba al Palmar y lo dejaba solo. A lo mejor se ahorraría los consabidos sacudones y los consabidos reclamos.

-Me da miedo de que te mates -le contestó ella, muy segura de lo que decía.

Sin contar con los insultos, ni con los ojos amoratados de Maribel, que desde luego no sólo correspondían a las periódicas calamidades interiores del Gavilán, sino además, a la objetiva necesidad de afirmar su autoridad sobre ella, de conservar las debidas distancias con Maribel, hablando en términos generales, se llevaban bien.

Y se hubieran llevado mejor si no llegaba el día en que Maribel empezó a ponerse majadera; es decir, a quejarse de su suerte y a hablar de que sería bueno casarse, cambiar de vida, buscar la manera de ahorrar y abrir una tienda de abarrotes, o lo que fuera, «para poder mantenernos y progresar como toda la gente». Fue cuando el Gavilán se dijo para sus adentros y para sus afueras: «Oye pelada, eso más vale que ni te la creas, qué van a decir de mí los amigos, yo casado con una de las de la vida, y por si fuera poco, convertido en tendero. No, pelada, olvídate, quítate de encima los malos pensamientos». Y Maribel se los quitaba, pero no por mucho tiempo.

Entonces hablaba de que a una compañera suya, ex compañera se entiende, le iba de maravilla con un bazar que manejaban ella y un tal Coco, ahora su marido. En ocasiones el Gavilán no le respondía, fingía no escucharle y no le respondía. Pero se guardaba las iras para más tarde.

Y más tarde era la hora de los paseos por los portales. De improviso, mientras caminaban mirando las vitrinas, al Gavilán se le venía la idea de que todos esos halagos y bondades de Maribel no eran otra cosa que partes cuidadosamente preparadas de un plan premeditado, alevosamente premeditado para envolverle y atraparle. Se veía convertido en tendero y padre de diez críos que se meaban y chillaban como condenados, mientras

él, gordo y amodorrado, detrás de una pila de tomates y plátanos dañados, atendía a los clientes con esa felicidad que huele a manteca de puerco y jabón de ropa, que es la felicidad de los tenderos.

-No mi pelada, no mi loca, esto se acabó, yo me largo, esto se acabó -le decía, y Maribel, la pobre sin comprender, volteaba unos ojos de borrego y le contestaba:

—Pero Cachito, qué te pasa, si yo no he dicho nada, yo sólo miraba la vitrina.

El Gavilán sombrío, apresuraba el paso y se alejaba de ella. Dos o tres cuadras adelante regresaba a ver, y Maribel que le seguía, cabizbaja y mohína, le seguía como a una cuadra de distancia. Entonces él doblaba una esquina y otra, y se cambiaba de acera y se metía en un zaguán, en un callejón. Todo inútil. Al rato descubría a Maribel a sus espaldas. Daba vuelta y la esperaba. Pero Maribel también se detenía como desafiándole -a prudente distancia, claro-, dispuesta sin embargo a reanudar su persecución. Ese juego exasperaba al Gavilán. Ante el asombro de la gente, entre ojos iracundos y santiguadas de viejas, a voz en cuello le decía, puta, malparida, y cuanto insulto recordaba, y luego se subía al vuelo al primer bus que pasara por ahí, y se iba para cualquier lado, y sin saber cómo, llegaba siempre al billar de Don Nacho, y en alguna mesa desocupada, que como todas las mesas del billar, tenía el paño remendado y la pizarra llena de ondulaciones, y el rojo caucho de las bandas cubierto por hilachas verdes, se ponía a taquear haciendo saltar las bolas; tanta era la fuerza que le metía al taco, mientras desde el mostrador el José, el encargado, le miraba con unos ojos que por detrás de la bilis amarillenta, murmuraban como para ellos solos: «Oye cretino, vas a rasgar el paño, vas a romper el taco, espera a que le cuente a Don Nacho y vas a ver si te deja venir otra vez». Pero el Gavilán ni le miraba. Y el José tenía que guardarse sus iras inútiles porque por miedo al Gavilán no podía decirle nada a Don Nacho.

Más tarde venían los amigos y si no había trabajos por delante, las partidas de billar y billa, y también el cuarenta y la veintiuna, y el burro y la pinta y el pókar. Y la noche era como un gran embudo negro por donde el Gavilán sentía precipitarse entre dados y barajas, bolas de marfil, burbujas de cerveza, ayes de pasillos y yaravíes y el humo dulce y azul de los fules blancos. Después, hacia la madrugada, el Gavilán se descubría trastabillando por calles heladas y retorcidas, canturreando siempre el principio de la misma canción, y dando puntapiés a cuanta botella o tarro de basura encontrara a su paso. Después, como siempre también, esto es, sin saber cómo, ni por qué, ni cuándo, porque nunca lo sabía ni le importaba no saberlo, se encontraba de nuevo de bruces, tendido sobre el edredón de ceibo, mientras una mano le quitaba los mocasines, le acomodaba el cuerpo, y él, todavía con el zumbido de la música de la rocola en los oídos, y a pesar de la náusea y el martilleo de la cabeza, sentía que aquello debía acercarse mucho al cielo del buen Dios, y buscaba hundirse en el edredón y en la borrachera, y en las luces que le daban vuelta a la cabeza, como si se zambullera en un agua tibia que no ahoga, sino que protege y envuelve, amorosamente, y así se dormía por siglos y siglos, hasta cuando el frío, pegado a la tela del pantalón, le tiraba de las piernas, le regresaba al mundo, y él, despierto, borracho pero despierto, se ponía a berrear como un niño, porque en esas borracheras, cuando se sentía muy solo por dentro, y el frío de la madrugada le entraba hondo en los huesos, el Gavilán se ponía

a berrear como un niño. Maribel, a su lado, le decía: «Cachito, tienes frío, métete debajo de las cobijas, vamos, no seas tonto». Y él le obedecía. Se metía; vestido y todo se metía debajo de las cobijas y retornaba al sueño, hasta la una o dos de la tarde del otro día, hora en la cual, olvidado ya de todo, de las pretensiones de Maribel, de sus -en realidad- todavía torpes propósitos por escapar a ellas, volvía a vivir la vida de costumbre, a repetir las comidas, los amigos, el billar, las borracheras, los paseos, Maribel, sus conquistas fugaces, el edredón de ceibo, los sueños del gran asalto, en fin.

EL TURCO ANTONIO

El motor tosía y se atragantaba por el esfuerzo. El viejo Chevrolet trepaba penosamente y en zig-zag por el tumultuoso y desigual empedrado de la calle desierta. Dos perros noctámbulos que indagaban en un montón de desperdicios, volvieron sus cabezas para verlo pasar. Una fina y amodorrada garúa ponía círculos amarillos en torno a los focos que se balanceaban en lo alto de los postes de cemento. Las dos de la mañana. El barrio de San Juan: los tejados sobre las ventanas, sobre los tejados, las casas arrebujadas, lívidas y desaliñadas como fantasmas maltrechos. Allá abajo, un incendio helado se alzaba sobre la ciudad: espesos grumos de niebla, iluminados por las luces azules y anaranjadas de las avenidas, se desplazaban hacia la loma del Itchimbía. El Chevrolet se detuvo. El motor dejó escapar un largo quejido y una nube de vapor que se disolvió en la garúa. Maribel le preguntó al hombre, semioculto entre el abrigo y la manta que le cubría las rodillas, que cuánto le debía por la carrera. El hombre murmuró una cifra. El Gavilán, vencido por el frío, el sueño y el cansancio, no tuvo ánimos para reclamarle al chofer, como era su costumbre, sino que se limitó a abandonar el auto con un portazo.

Vacilante, las manos hundidas en los bolsillos, el rostro metido hasta los ojos dentro del suéter de cuello alto, cruzó la puerta de calle, el pequeño jardín delantero y continuó por el callejón flanqueado de geranios y buganvillas que las viejas dueñas de casa cuidaban con amor. El Gavilán parecía un autómata gastado. Maribel lo seguía haciendo tintinear el llavero entre sus dedos largos y finos. De pronto, una forma blanca se agitó al fondo del callejón. El Gavilán se detuvo en seco. Sus músculos se tensaron. Una ráfaga eléctrica le atravesó el cuerpo. En un segundo, como corresponde a un karateka, la maquinaria nueva y eficiente empezó a funcionar. De un manotazo ocultó a Maribel entre los geranios. Sus brazos trazaron eles fantásticas en la oscuridad, sus ojos se inyectaron; un cimbreo sinuoso de pantera en peligro lo puso de espaldas contra la pared en espera del ataque.

Pero un susurro familiar le dijo:

-No te asustes Gavilán: soy yo.

-Cretino -rezongó el Gavilán.

-Por esta noche nada más, por Dios, viejo, te lo juro -suplicó el otro-, apenas amanezca me voy, tú lo sabes viejo, pana, adú, es el frío, tú lo sabes, la vieja Facunda está con un mozo y allá donde vivo hay unas cuantas tejas rotas y a las ventanas les faltan los vidrios, tú lo sabes, es el frío.

El Gavilán no respondió.

Maribel se adelantó hacia la puerta de la mediagua y la abrió.

-Pasen -dijo.

Entraron. El Gavilán accionó el interruptor de la luz y fue a tirarse en la cama, boca arriba, con los brazos cruzados bajo el cuello y sin decir palabra, mientras el Turco, también en silencio, lo miraba temeroso.

Maribel, como siempre, fue a lavarse (durante horas, protestaba el Gavilán) en el chorro de agua helada del baño. Cuando volvió, abrió un baúl de madera forrado de lata, sacó una media docena de vestidos antiguos y los puso en un rincón:

-Acomódate ahí -le dijo al Turco.

Pálido como un espectro, un poco pitado, envuelto en su infaltable poncho blanco que era su orgullo, su fetiche y su capital, escondido detrás de un revoltijo de pelos y barbas, flaco como un armador de alambre, porque nunca comía -sus alimentos estaban del lado de la base, la marihuana, las anfetaminas-, el Turco tomó entre las suyas las manos de Maribel y las besó agradecido. Luego fue hacia el improvisado lecho murmurando:

-Tú lo sabes, es el frío, comprendes, el frío.

Y claro que lo comprendían. Pero mentira, no era el frío. Era el miedo. Miedo a la oscuridad. Miedo al silencio. Miedo a la soledad. Y por supuesto, miedo a los espantos y aparecidos, que según él, lo perseguían y acosaban desde sus tiempos de médium y espiritista, cuando ayudaba a Francisca, la peruana, en esos menesteres, o quizá desde mucho antes.

De modo que aquello de sus visitas a la madrugada, aquello de querer dormirse al pie de la cama de cualquiera, como perro mal enseñado, sin importarle los insultos, las amenazas, el desprecio o la indiferencia, provenía de un claro estigma: un miedo pánico a quedarse solo. (No depende de mí ñañito, cuando me dejan solo, empiezo a empalidecer y a sudar un aceite frío y pegajoso, como sudan los muertos. El corazón me palpita tan débil, que casi ni lo siento al pobre. Como una Mamita a punto de apagarse. Y unas brisas heladas me soplan por la espalda y la cara y me erizan los pelos. Me empiezo a morir ñañito, créeme, créeme. Me falta el aire y los brazos y las piernas se me adormecen. Y yo la siento, no la veo, pero siento que la Pálida me mira, tal como si ya fuera uno de los suyos. Y de nada valen los rezos ni las invocaciones a Francisca. Entonces, para no morirme de una vez, me largo para algún lado. Me meto en una cantina. O en la galería de un cine. Y si ya es muy de noche, pues le caigo a algún pana, que para eso están los amigos, para ayudarlo a uno. Esa es su obligación. ¿No es cierto, ñañito?).

(Que no era cierto, pensaban sus amigos; sin embargo, luego de unos cuantos carajos y maldiciones de rigor, le permitían quedarse, aunque

advirtiéndole -como también era de rigor-, que se trataba de la última vez, que nunca más se lo iban a consentir).

Pero en esta ocasión no fue el miedo lo que lo llevó a esperar al Gavilán primero en el billar de Don Nacho, después en el Palmar (sin saber que Maribel, en esa noche estaba prestada al Club 21), y por último, allí, durante dos horas, congelándose en el callejón de los geranios. No fue el miedo: en esta ocasión tenía un propósito concreto. Y no iba a desperdiciar la oportunidad para explicarlo con claridad. Verdad es que tuvo que fumarse un pito para darse ánimos. Verdad también que cuando descubrió al Gavilán así de malhumorado, sus ánimos fallaron, a pesar del pito. Pero ahora que Maribel (luego de volver del baño por segunda vez) se había puesto (en su presencia, como si él no existiera) su largo camisón de seda rosa (provocándole los consabidos malos pensamientos), y ahora que el Gavilán alargaba su brazo fibroso para apagar la luz, no le quedaba otro remedio que hablar. Era preferible hacerlo ya, no dejar las cosas al albur de un amanecer incierto. El doctorcito había ido a verlo de nuevo. Uno de los hijos de la vieja Facunda lo había visto. Tanto, que cuando el doctorcito se fue y él lo llamó para preguntarle que cómo era su visitante, el niño 1# respondió con pelos y señales. Pues el doctorcito era algo muy de este mundo. Algo muy vivo. Entonces era necesario hablar ya: convencido el Gavilán, los otros lo secundarían de inmediato.

Afuera de la mediagua, la garúa se había transformado en lluvia. Y crepitaba en el tejado y en las hojas de las plantas. Un croar de sapos y jambatos se perdía entre los rumores de la ciudad dormida.

Adentro, el Gavilán que ya empezaba a dormirse, escuchó de pronto:

-Oye, Gavilán.

-¿Qué pasa? -bostezó.

-Se trata del doctor.

-¿Y qué hay con él?

-Que sí existe. Comprobado.

-Bueno Turco, duérmete ya.

-Es que quiere hablar con nosotros. Es urgente. Lo que les dije en el billar.

-Ya basta. O te duermes, o te largas de aquí.

El Turco calló. Pasó un minuto. Maribel le preguntó al Gavilán que quién era ese doctor. Pero él no le respondió.

Afuera de la mediagua, la lluvia se transformó en aguacero.

Adentro, el Gavilán volvió a escuchar la misma aflautada voz:

-Oye, Gavilán.

-Es lo último que te digo; si no te callas -le amenazó- te saco a patadas de aquí. No creo en tu doctor. No creo en tu Francisca, ni en tus encuentros telepáticos con ella. No creo en tus aparecidos, ¿entiendes? O te callas, o te vas.

El Gavilán guardó silencio.

Y sólo mucho más tarde, cuando Maribel dormía profundamente a su lado, y oyó al Turco tiritar en su rincón rezándole a la Virgen de El Quinche y a San Cipriano y a Francisca, para conjurar a los muertos, entre sueños alcanzó a decirle:

-No jodas Turco. Duérmete ya.

SERGIO Y SUS PADRES

Son las cinco de la mañana de este primer día del año. El dormitorio es un espacio impreciso, fluctuante, apenas iluminado por el resplandor que viene de la ventana. Tal parece que la penumbra estuviera hecha de puntitos diminutos que Huyen, se arremolinan y organizan en formas disparatadas. Sobre todo en los rincones más oscuros. Los contornos de las cosas: los cuadros, el televisor, el espejo, la puerta, se deshacen en moléculas que vagan caprichosamente en el aire tibio. Silencio total. La ciudad duerme su borrachera. Cecilia también duerme su borrachera. Su llanto ha cesado.

No estuvimos juntos a la medianoche. Estuve con mis padres.

¿Por qué fue así?

Quizá deba explicarme.

Hubo una razón. O varias. Aún no lo sé.

Miento. Sí lo sé.

Tuvo que ver con el tiempo. Tuvo que ver con la ciudad.

No creo que en ninguna ciudad del mundo, el último día del año se sienta tan sobrecogedor, tan cargado de presagios, si esa es la palabra, como en mi ciudad. En el aire quieto de un invierno -por estas fechas casi siempre en receso-, se huele el misterio, el olor de lo que no se conoce, de lo que se conoce apenas, o de lo que se presiente y no se puede precisar. La ciudad misma se transforma. De pronto uno vuelve la mirada y se encuentra con una mujer vestida de negro, que detrás de una careta de cartón, suplica, implora una limosna, mientras gime, lastimera, con una voz fingida. Es una «viuda». Es decir, un niño o un muchacho que se ha disfrazado así. Por algún lado estará la tarima resguardada de palmas o ramas de eucalipto con un muñeco de trapo de tamaño natural, un «año viejo» que agoniza y que será quemado a la media noche. Y las viudas y los años viejos son legión. Están en todas las calles y los recovecos. En aquello hay juego, hay algarabía. Pero también hay una ubicua, avasallante mención a la muerte. Por eso, mientras avanza el día treinta y uno de diciembre, nadie, aunque sólo sea por un momento, puede dejar de sentir el frío, el escozor de lo incierto. Por eso también, mientras un locutor histérico y borracho cuenta en alguna emisora los últimos segundos del año, las familias se estrechan, se juntan, se abrazan, como nunca lo hacen: quieren perdurar y tienen miedo.

Puede ser que en el próximo año, alguno de los presentes que abraza y besa y brinda y ríe, ya no esté más.

No es el cansancio. No es el cansancio de todo un mes de festejos (que empieza en los primeros días de diciembre con las fiestas de Quito, se prolonga en Navidad, sigue en Inocentes y culmina, apoteósicamente, en esta fecha), lo que se apodera de la ciudad. Es otra cosa. Otro espíritu.

Durante el día de ayer, mientras paseaba a Pedrito mostrándole los años viejos del barrio, percibí el olor del presagio con mayor intensidad que otras veces. Tenía motivos, por cierto. En los últimos tiempos había asistido al vertiginoso desmoronamiento de mis padres. En un plazo muy corto, la vejez les advino con todo su rigor. Concretamente a mi padre y su arterosclerosis recién descubierta.

Decir que, a mi edad, los achaques de ellos eran inevitables, fatalidades del mundo, del tiempo, de la materia humana, no ayudaba mucho. Ellos, así, ya no eran mis padres. Eran su caricatura, el recuerdo borroso y esquemático de los que fueron. Frágiles, vulnerables, ¿otro año sería demasiado para ellos?

Sin duda en mi ánimo pesaban también las complicaciones de última hora. Mi hermana de Nueva York que había anunciado su visita (como siempre), no vino. Mis dos hermanos (abogados ambos) incumplieron su promesa de acompañar a mis padres en la cena de fin de año. Salieron con la novedad de que un gerente de no sé qué empresa les había invitado de un modo especial. Y en el mundo de mis hermanos, un gerente es algo muy importante. Mucho más, sin duda, que ese par de viejos que los aguardaban ansiosos.

Por lo que a mí respecta, le había ofrecido a Cecilia concurrir, esta vez, a la fiesta de su familia.

De modo que papá y mamá, él con sus alucinaciones y ella con sus temores, se encontrarían los dos, en la sagrada ceremonia de la medianoche, más solos que nunca, en el final, sin saber ni comprender qué mismo había pasado con sus vidas, mirándose los viejos rostros vacíos, tan vacíos como sus ojos, o como el vacío que se agranda en torno a sus cuerpos indefensos.

Y el olor del presagio me involucraba también a mí. ¿Qué iba a pasar conmigo en el próximo año? De cualquier manera, yo habría de faltar a la cita.

De regreso a casa, exagerando un poco los tonos graves de mi voz, le dije a Cecilia que no podía soportar la idea de la soledad de mis padres. Le hablé de mis presentimientos, del carácter ceremonioso de mi familia, de ese aura especial del día treinta y uno.

Cecilia tomó mi discurso como lo que era. El prólogo necesario para atenuar una decisión ya tomada. Hubo, pues, lloros, gritos, acusaciones, insultos. De pronto yo era un monstruo ingrato que odiaba sin razón a su familia. Una familia de la que sólo bienes y ayudas había recibido, etc.

Hay que decir que en mi ciudad todo lo que pasa por el filtro de las familias, es un material inflamable.

Y ocurrió lo que tenía que ocurrir.

De repente me descubrí solo, caminando en la noche bulliciosa. Di limosna a todas las viudas que me salieron al paso. De trecho.sn trecho me encontraba con grupos de disfrazados. En otro tiempo casi todos eran payasos. El traje de tela espejo, el bonete, la careta barnizada, el chorizo de trapo para golpear a los chicos. Pocos eran los atavíos diferentes. Alguna bruja. Algún hombre lobo. Aparte de las viudas. Hoy era distinto: había una gran variedad de disfraces: gorilas, robots, osos, muertes, putas con pelucas de cabuya. En una esquina vi un payaso solitario, parado al borde de la acera. Al pasar junto a él me llamó con un ademán. Me acerqué. Entonces empezó a reírse.

-¿Quién eres? —le dije.

No me contestó. Sólo continuó riéndose. Huí de él. Pero a lo lejos, creí escuchar su risa mezclada con los estallidos de los voladores, torpedos y diablillos que lanzaban los niños.

Por fin llegué a la vieja casa de La Floresta. Lucía muy deteriorada la pobre. Un muro inclinado hacia la calle. El jardín de mi infancia convertido en un matorral. En aquel año la había visitado apenas unas cuantas veces. Las imprescindibles. En el fondo, no tenía derecho de reprocharles nada a mis hermanos.

Serían las ocho de la noche. Pero ya la puerta estaba asegurada con su cadena y su candado. Timbré. Detrás de un visillo asomó la cara de mamá. Un momento después abrió la puerta de madera pintada de blanco con su recuadro de vidrio catedral. Iluminada por la luz del porche, el pelo como esponjado por esa luz, indecisa, miró a través de la oscuridad del jardín.

-¿Rodrigo, Galo, son ustedes? -preguntó.

-No mamá. Soy Sergio. El hijo pródigo —añadí en voz baja, para que no me escuchase.

-¿Sergio? Ya voy. Qué bueno que hayas venido -cruzó el andén de piedra laja. La vi venir hacia mí.

-Qué bueno -repitió muy contenta, mientras trataba de desenredar la cadena- ¿Y Cecilia, y el nietito?

Traté de explicarle que en esta ocasión habíamos resuelto pasar el fin de año, cada cual con sus padres. Me observó de soslayo. Mi argumento no le convenció. Pero no hizo preguntas.

-Creí que íbamos a estar solos -murmuró pensativa.

El beso ritual en la frente. Un vistazo oblicuo al jardín. El andén invadido de quicuyos. Luego el piso de baldosas del porche. La puerta. Y allá, adentro, el suave olor de siempre.

Era como haber vuelto al cabo de un largo, muy largo viaje a algún preciso año de mi infancia. La misma sala. Los mismos muebles. Los mismos cuadros. La misma luz amarillenta descendiendo desde la misma lámpara colgada en el alto tumbado. Y en un rincón, el arbolito de ciprés, adornado con los mismos adornos de Navidad -bombillos, guirnaldas, muñequitos- exhumados cada año del mismo rincón.

Pero allí estaban ellos: otros: distintos.

Mi padre, al verme, se levantó de su butaca. Le costó hacerlo. Se ayudó con su bastón. Trataba de mantener la compostura de siempre. Los ademanes pausados, un poco solemnes de toda la vida. Estaba vestido con su terno azul de las grandes ocasiones. Pero el terno le quedaba flojo. Parecía haberse agrandado. Igual sucedía con la camisa de cuello. Dentro de esa ropa, papá se adelgazaba y escurría. Cuando volvió a sentarse, bajo la basta de su pantalón asomó un pedazo de la popelina de una pijama verde.

-¿Cómo has seguido papá? -le pregunté.

-Mal, muy mal -dijo-. Me duele la cabeza, me mareo. Tengo náuseas, me duele la espalda.

Era la misma letanía de siempre. Se refugiaba en sus dolores como en un caparazón. Pero ahora su voz también se escurría dentro de su garganta.

Mamá me llamó con un ademán para que la ayudara a servir su mistela de menta, preparada con verde vegetal, azúcar y trago de caña.

-¿No prefieres un canario? -me dijo en voz alta.

Yo miré el espeso licor amarillo.

-No. La mistela está bien -le respondí.

Entonces ella me susurró:

-No le creas. Ya le conoces. Ha pasado bien estos días; está mejor que nunca. Va, viene, hasta se da sus paseos por el jardín. Pero le encanta quejarse.

Mamá quería convencerme de que era así. Sin embargo yo no podía olvidar aquella mañana (de hace tres o cuatro meses), cuando me llamó por teléfono. Rodrigo y Galo estaban tan ocupados, los pobres, con sus negocios, que no podían ayudarla.

-He pasado una noche de pesadilla -me dijo. Se levantó varias veces. Tenía alucinaciones. Quería salir a pelear con un ladrón que creía ver en el jardín. Se levantaba y caía varias veces. Quebró un espejo. No atinaba con el interruptor. Dios mío. Dios mío.

Ese fue el relato de mamá. Falté al banco y fui a verlo. Lo encontré muy pálido. Estaba asustado. Por fin se decidió a hablar:

-Anoche creo que vi cosas imaginarias. Había gente en la sala. Yo no podía salir. Me levantaba y caía. Traté de ponerme las pantuflas. No daba con las pantuflas. Además, sentía que me iba de lado. Para controlar esa inclinación, procuraba girar sobre sí mismo, pero era inútil. Entre tanto, había gente en la sala. Ladrones, supongo. O gente extraña. Yo quería que se fueran. Y no podía levantarme. Por último, gracias a Dios, entró alguien. Dijo que quería ayudarme.

Para restarle importancia a sus miedos, le dije que, con seguridad, había tomado demasiadas pastillas.

-Estabas como drogado, papá.

-Si fue eso -me respondió-, ¿entonces para qué toman los drogadictos sus porquerías? Si es horrible. ¿Tú no las tomas, no?

-No papá-.

Obviamente, yo era el único de sus hijos al que podía dirigir esa pregunta. Desde algún rincón de su conciencia estropeada, aún le acechaba el viejo credo de las vidas salvadas y las vidas perdidas. Pude añadir que yo no necesitaba de las drogas para desordenar mi mundo, o para desordenar el mundo que de todas maneras ya estaba desordenado sin mi ayuda. Pero, entonces, ya era demasiado tarde para espetarle respuestas de esa laya. Demasiado tarde para la ira. Demasiado tarde para todo. En mi corazón, como una mala yerba, muy a mi pesar, empezaba a crecerme la piedad, acaso la ternura.

¿Fue piedad o ternura lo que sentí anoche, al mirar las manos de mamá, salpicadas con esas manchas que el *Tiempo* pone en la piel de los viejos? Sostenían el antiguo charolito de cristal con las copas de mistela a medio llenar.

No. Fue el espanto. Más allá de su vestido de fiesta y su peinado de peluquería, dentro de su propia piel, mamá también se estaba escurriendo.

Ella y él, los dos, comenzaban a escapárseme.

Mamá dejó el charol sobre la mesa central y fue hasta donde papá para acomodarle la basta. Después le puso un cojín en el espaldar de su butaca.

-¿Te sientes cómodo?

Papá asintió. Entonces, mamá se decidió a servirle la mistela.

Con los años, la relación entre ellos se había invertido. Ahora que papá no era más aquella presencia sagrada que imponía su voluntad sin esfuerzo alguno, apenas con un gesto, un silencio, un monosílabo, puesto que mamá parecía existir en función de sus necesidades, o de lo que adivinaba o suponía que eran sus necesidades; ahora que eso era un asunto del pasado, mamá había asumido para papá el rol de madre solícita y protectora. Papá era, pues, una especie de nuevo hijo para ella.

-Salud -murmuró mamá, acercando la copa a sus labios.

-¿No esperamos por los demás? -inquirió papá.

-Te dije que no vendrán. Rodrigo y Galo tienen un compromiso.

-Ya sé -respondió disgustado-. Me refería a Cecilia y al nietito.

-Dijiste «los demás».Yo pensé...

-Tú siempre piensas lo que quieres.

Mamá prefirió callar. Cortar en seco el inicio de una discusión segura. Se conformó con mirarme, como disculpándose.

-Ellos vendrán mañana. Hay que reconocer que los otros abuelos también tienen sus derechos sobre Pedrito -intervine para salvarla de los reclamos de papá. Pero entonces, la ira de él encontró otro blanco: yo.

-Hijo, no mientas.

-Es la pura verdad, papá.

-Lo que pasa es que deben haberse peleado otra vez.

-Pues no.

-Como si uno estuviera ya tan inútil para no saber lo que ocurre con su familia.

Claro que lo sabía. El tema de mis dificultades con Cecilia debe haberles ocupado muchas horas. Dos viejos solos no hacen otra cosa que conversar.

Papá volvió a sumirse en un silencio indiferente. Contemplaba, desganado, las luces del árbol de Navidad. Ese asomo de ira o de lucidez que brilló en sus ojos opacos, como una burbuja brilla en la superficie de un pantano, por un segundo, se deshizo y desapareció para que el pantano pudiera volver a ser el mismo, en su calma, en su silencio.

Pero durante ese segundo, ellos volvieron a ser mis antiguos, verdaderos padres. Porque mamá también giró su rostro hacia mí, como inquiriéndome o juzgándome por algo que sospechaba oculto.

O sea que, por ese segundo, ellos volvieron a ser esos padres con quienes la única relación real que pude establecer, fue una larga e interminable mentira.

Y no exagero. Y, si no, ¿en dónde dejar (como un conjunto de trastos desvencijados) los grandes secretos de mi infancia? ¿Mi vida sexual, mis trampas, mis miedos, mi vida política de adolescente, mis sufrimientos de todo tipo? ¿Dónde dejarlos sino en el desván polvoriento de un enorme malentendido?

Cuánto rencor inútil, anacrónico, guardaba en mí.

Pero no, ya no quedaba tiempo para hablar.

Aunque antes tampoco lo hubo.

Quizás esto explique (en parte) la desesperada necesidad que tuvo el pequeño Sergio (allá en la prehistoria) de refugiarse en su abuela, en Dios, en su hermana (en la época del disfraz del hombre lobo).

A ratos quise pensar que ese silencio, que fue la constante de nuestra vida, se debió a una razón muy simple: al hecho de que yo era el último de los hijos.

Pero aquello era una justificación mañosa que sólo me servía para admitir (con mucha vergüenza) que, en el comienzo de los tiempos, el pequeño Sergio tuvo que resignarse al silencio.

Las consecuencias se saben: uno puede resignarse al silencio, pero a costa de congelar su corazón.

A través de los cristales de la ventana de la sala, vi la estela anaranjada de un volador que ascendía vertiginoso para luego estallar, allá muy arriba, y deshacerse en un haz de luces de colores que cayeron lentamente sobre la ciudad. Papá comentó algo. Mamá respondió. Yo no les escuché.

Estaba demasiado metido en mí mismo. En mis ridículos reproches. Les estaba diciendo (con el pensamiento) que si mi corazón no fue duro y frío como una roca lunar, o como el témpano más remoto de los mares del polo, no fue por ellos, de ninguna manera fue por ellos.

Fue porque, por suerte o por desgracia, yo tuve otro refugio. Décadas atrás, ocurría algo como esto: a las cinco de la tarde, cuando un lego enano y gordo tocaba la campana de salida de clases, el pequeño Sergio corría por la ciudad de los años cincuenta (las calles empedradas con cantos de río, las casas mal pintadas con calciminas baratas, los policías municipales con enormes remiendos en los uniformes de tela kaki, los postes de eucalipto sosteniendo una maraña de alambres musgosos) y se llegaba a una casa de la parte alta de San Blas. Empujaba el portón y subía por unas escaleras de piedra hasta el patio en cuyo centro se erguía una palma. La larga mampara de vidrios que resguardaba un corredor, entero, ponía término a la carrera. Detrás de ella, esperándolo con un bocado especial, estaba la abuela paterna. Entonces, él tiraba su carril de útiles escolares y la abrazaba con todas sus fuerzas, y se quejaba de todos sus dolores, los ciertos y los imaginarios, y le contaba sus penas, las ciertas y las imaginarias, que al cabo de los años no sabría recordar cuáles eran, y la abuela le consolaba y le daba ánimos, y le refería cuentos o le leía *El Peneca,* y luego lo llevaba a su oratorio (un cuarto oscuro lleno de santos, en el que las tías oyeron alguna vez ruidos extraños: pasos y un arrastrar de cadenas) y los dos le rezaban al Niño de Praga (amarillo verdoso en el recuerdo: la carita de querubín, el ropaje triangular, la media luna, todo perdido en ese color, incluso la bola del mundo, que sostenía en sus diminutas manos, atravesada por dos franjas en cruz, éstas sí definitivamente verdes) unas oraciones que si bien no siempre resultaban eficaces para obtener milagros, por lo menos aliviaban, y después, medio beatíficos y medio cómplices, salían al patio a mirar cómo, al otro lado de la ciudad, el cielo se ponía rojo sobre los montes cada vez más oscuros.

Cuando, algunos años después, la abuela murió, ese Sergio que ahora apenas alcanzó a evocar (entre la bruma de un fragor lejano), supo que el mundo de su infancia se había acabado. Las tías se desbandaron. Nadie quiso quedarse a vivir en aquella casa. Sobre todo por el incendio que aconteció en el oratorio, en el momento mismo en que la abuela expiraba. Dos versiones hubo en la familia del extraño suceso. Obvias, por cierto. La que podía decirse en alta voz y que las tías proclamaban a los cuatro vientos: que el oratorio siempre fue un cuarto muy raro por eso de los ruidos, y que sólo la santa presencia de la abuela pudo contener a los demonios que habitaban en él. Y la otra (que circulaba en el bando de mamá): que la abuela debió cometer algún terrible pecado, tan grande, que las fuerzas celestiales no la perdonaron jamás.

Sólo Sergio sabía la verdad: mientras la abuela agonizaba, él iba y venía del corredor al oratorio. Se arrodillaba frente al Niño de Praga. Se concentraba hasta sentir que el espacio exterior no existía. Y que únicamente su alma hablaba por él. Así, le rezaba todas las oraciones posibles, prometiéndole a cambio de la vida de la abuela, su propia vida (tal su embustera angustia), que si no era aceptada, la dedicaría al sacerdocio. Cuando, de rodillas en el reclinatorio, oyó en el fondo de la casa los primeros llantos, se incorporó, fue hasta el altar, volcó en él la lámpara de queroseno encendida y huyó.

De este modo, de un golpe, Sergio, el pequeño blasfemo, perdió para siempre a su abuela y a Dios.

«Queridos padres: qué iban a saber ustedes de estas tribulaciones. Nunca las supieron», les dije, siempre con el pensamiento, mientras mamá

encendía la vieja radiola y buscaba la emisora en la que su locutor-propietario anunciaba con una voz trémula y alcohólica:

-Señoras y señores/ pueblo quiteño/ que la prosperidad y la paz reinen en vuestros hogares/ que los gobernantes comprendan el dolor de los humildes/ que se acaben las envidias y los negociados/ falta una hora, veintidós minutos y treinta segundos/ feliz año nuevo/ que se terminen para siempre las bajas pasiones y los rencores/ que los ricos ayuden a los pobres/ falta una hora veintidós minutos y la década de las dictaduras petroleras habrá concluido.

Al locutor-propietario de la emisora, se le escapaban gallos y falsetas. Papá lo odiaba. Decía que era ridículo. Mamá añadía que era un cursi. Sin embargo, lo escuchaban siempre. Era otra costumbre. En sus vidas ya no había sino costumbres.

En ese instante sentí que mamá y papá empezaban a escapárseme de nuevo. Un acceso de rencor vino en mi auxilio. Era como la tos de un espíritu tuberculoso. Pero sus sacudidas apenas si las notaba. Me llegaban de muy lejos, mezcladas con el barullo remoto de esas frases que hubiera querido gritarles tiempo atrás, muchísimo tiempo atrás:

«Jamás supieron nada de mí. Nunca lo sabrán. Qué pudieron saber ustedes del niño que usaba como pretexto el disfraz del hombre lobo para tocar a las niñas y buscarlas muy dentro de sus vestidos escolares. Qué pudieron saber ustedes del muchacho que, por las noches, se escapaba como un ladrón inverosímil por la ventana de su cuarto e iba a buscarse chinas o pillas de bajada (Viejito, estamos jodidos viejito -decía uno de la jorga-, a nuestra edad o te pajeas, o le haces caigo a una china, o te buscas una puta, viejito). Qué pudieron saber ustedes del adolescente que se reunía con oscuros conspiradores que soñaban en gigantescas rebeliones que incendiarían el mundo. Qué iban a saber ustedes del hombre que descubrió, con una lucidez extrema, que la vida organizada en su torno era simplemente tonta, que no le gustaba, que, en última instancia, no le concernía. No. De él nunca supieron nada. Nunca lo sabrán».

Pero estas frases ya eran demasiado viejas y gastadas. Y yo no lograba decidir si todavía conservaban algún sentido o no. Otro volador estalló en lo alto.

En un momento, mamá se alejó hacia la cocina. Papá se incorporó apoyándose en el bastón. Lo ayudé. Me llevó hasta la ventana que daba a la calle. Había visto el resplandor de una pequeña hoguera que ardía en la vereda. Unos cuantos muchachos quemaban su año viejo. Un miserable muñeco ya despedazado. Alcé la mirada hacia el cielo rojizo: En otras partes de la ciudad, otros muchachos también empezaban a quemar sus años viejos.

-No esperan ni siquiera a que sea la medianoche -dijo papá.

En la calle: risas, alaridos, algún petardo. Entre los chicos distinguí a una mujer ya madura, que se ensañaba con los restos del muñeco, golpeándolos con un palo.

-Debió ser un año muy duro para ella -comenté.

-¿Para quién?

-Para esa señora.

-Creí que era una viuda.

En el cielo cada vez más encendido, estalló una camareta. I negó otra y otra. Por las rendijas de la ventana se colaba un aire impregnado de pólvora y chamusquina.

Hubo un silencio.

-¿Y si me hubieran quemado a mí? -murmuró papá.

Un pavor helado, una astilla de hielo, me lastimó el corazón. Empezaba otro de sus desvaríos. Tuve miedo. Estaba junto **a** papá, pero al borde de un precipicio al que sólo él podía asomarse. Merodearlo. Revolotear en sus profundidades como un ave vieja y cansada que tampoco sospecha su vuelo. No le respondí. No le dije una palabra. Supe que había algo sagrado y terrible en aquella súbita introspección suya. Yo no tenía derecho a distraerle. En silencio, le escuché sollozar. Entre las ascuas que vagaban en torno a los restos quemados, papá miraba algo que a mí me estaba prohibido.

-Todo ha sido una inutilidad -dijo.

-¿Qué cosa? -me animé a preguntarle.

-Todo. Todo, pues -me respondió con disgusto.

Papá se me había escapado, definitivamente.

El tiempo de las demostraciones y los reclamos, no contaba más. Ya no podía decirle nada acerca de mi vida y de mis opiniones sobre el mundo. El tiempo había acabado por llevarse su vida v, la de mamá, y también mi juventud. Me sentí muy solo. Abocado a una tardía libertad, tenía ante mí un futuro que era de mi exclusiva incumbencia. Treinta y tantos años me había llevado liberarme de ellos y de su sombra. Y qué pobre era mi liberación.

«Todo ha sido una inutilidad», dijo papá, y pude creer que en un giro brusco de su desvarío, había encontrado una brecha de luz que le hizo ver el conjunto de su vida gastada en una árida oficina del mismo banco sórdido en el que yo, por una irónica coincidencia (que en el fondo no era tal), habría de trabajar luego; una vida en verdad asfixiada que sólo sirvió para criar a dos hijos leguleyos, que se la pasaban enfrascados en una competencia sin término (los viajes a Miami, los autos, los amigos, las amantes, las comidas, los vinos, las alfombras); una hija mujer que luego de la ruptura con un novio de mala muerte (el gran miedo de la familia), se marchó a Nueva York y no quiso volver más, y un último hijo que en vísperas de licenciarse, resolvió que la carrera de leyes no le gustaba, como tampoco le gustaba ninguna otra carrera, y sin más ni más, abandonó sus estudios y por supuesto su trabajo en el despacho de su hermano mayor, para emplearse en el mismo sórdido banco -es preciso repetirlo bien- en el que él ya se había gastado la vida, en un acto incomprensible que únicamente cobraría algún sentido si se lo equiparara a una suerte de suicidio simulado, o en el mejor de los casos, de búsqueda desesperada de un refugio que (cualquiera lo iba a ver) no tardaría mucho tiempo en volverse cárcel.

«Una inutilidad», murmuré para mis adentros, mientras le ayudaba a enjugarse las lágrimas con su pañuelo azul. Mi interpretación de su

exabrupto fue quizás arbitraria. Pero no falsa. Aquella frase no-escrita que rumié en algún insomnio: «los padres son los espíritus del bien que siempre terminan haciendo el mal», no sería dicha jamás. Ya no había tiempo para decirla. Ni excusa tampoco.

En la radiola, el son montuno de Leo Marini (Faltan cinco pa' las doce/ el año va a terminar/ me voy corriendo a mi casa/ a abrazar a mi mamá/), naufragó en un nuevo alarido del locutor-propietario: «Una hora, tres minutos y cincuenta segundos/ Feliz y próspero 1980 querido pueblo quiteño/ Una hora, tres minutos y diez segundos y los años setenta se habrán acabado».

Mamá llamó a la mesa. Llevé a papá al comedor. Manuela, la vieja sirvienta, me saludó desde la puerta. Miré las mismas fuentes adornadas con los arreglos de siempre. ¿Quién era yo, Judas o Cristo, en esa última cena sin apóstoles? En otras condiciones, sin tanto tiempo acumulado sobre nuestras espaldas, siendo aún fuertes ellos y yo, siendo otros en una palabra, ¿hubiera tenido el valor de confiarles, hablándoles, explicándoles, desde luego, larga, muy largamente, mis profundas razones (en un rapto equivalente al de una suprema comunión), la drástica e irrevocable decisión que había tomado para cambiar, de una vez por todas, mi equivocada vida? Por cierto que no.

Ahora, desvariaba yo. «Basta de pensamientos tontos», me dije.

Era preferible concentrarse en la cena, concentrarse aunque fuera en los juegos de luz que repetían los cristales. Sí: había un destello principal que bajaba desde la lámpara y encendía una arista de la poma de vino blanco. Desde allí era posible trazar líneas imaginarias que unieran la copa de mamá, una alcuza y el extremo izquierdo de una fuente de ensaladas. Con un poco de buena voluntad y ayudándose con el reflejo de una de las copas vacías (que según mamá representaban a mis hermanos ausentes), se lograba unir la copa de papá, mi copa y la poma de vino tinto. Y si a estos trazos se sumaban los reflejos de los platos, vasos y cubiertos, entonces uno tenía ante sus ojos una red esplendente que retenía, ilusoria, como si fuese hecha más bien de tiempo, un orden caprichoso que por fuerza habría de descalabrarse pronto.

Así, ya no importaba el rictus doloroso de mamá, teatral y verdadero a la vez, que quería decir y no decir (algo que era y no era) un reclamo, una llamada, y un gesto compasivo también.

Desde la sala, la voz del locutor-propietario anunció las doce en punto de la noche, antes de «dar paso a las sagradas notas del Himno Nacional».

Fue un abrazo sin fuerza. A los ojos de Manuela, que miraba desde la puerta de su cocina, los tres debíamos asomarnos como tres espectros fatigados. Luego, mamá la llamó para abrazarla también.

Después sonó el teléfono. Era Cecilia. Lloros. Promesas. Le dije que ya iba para casa. Me rogó que fuera pronto.

Salí.

Una ciudad en escombros me recibió entonces. Caminé bajo su cielo rojizo. En cada calle, restos humeantes enrarecían el aire. Trapos quemados. Aserrín. Palmas y ramas de eucalipto. Carteles rotos de cartón. Botellas rotas. Tablas y palos rotos o quemados. Algún auto que huía en la bruma.

Parecía que la ciudad hubiese sido bombardeada. Había sido bombardeada. En todo ese desconcierto uno podía sentir, como un eco oculto en la memoria, el atroz vuelo de un bombardero apocalíptico que apareció y se perdió en aquel cielo rojizo, descargando su fuego fantasmal sobre esa ciudad impávida, en cuyo seno, sólo uno de sus habitantes, uno solo, un extraviado vagabundo nocturno, lo pudo descubrir, porque desde el fondo de su corazón, y desde mucho tiempo atrás, no había cesado de llamarlo.

Llegué. Cecilia había llegado también. Algo bebida y llena de arrepentimientos, me abrazó y me besó con amor. Pedrito dormía en su cuarto. De modo que la llevé hacia la banca más cercana, y allí la tomé sin decirle una palabra. Debía perdonarme que en esa primera madrugada del año no era ella, Cecilia, a quien buscaba, sino a cualquier mujer, alguien en quien perderme. Y nada más.

EL GAVILAN

El Gavilán había descubierto que la mejor manera de llegar al lugar que quería ir (aunque no supiera cuál era ese lugar), era ponerse a caminar sin rumbo (aparente), dejarse llevar **con** docilidad y **confianza,** a través de calles y plazas, por esos súbitos dictados, por esas secretas contradicciones internas que al momento de arribar a una esquina, le obligaban a elegir sin vacilaciones, una calle y no otra. Así había llegado, acompañado de Maribel, que lo seguía silenciosa e inquieta, a pararse frente a la vitrina de la joyería, a sentir allí, frente a la vitrina, aquel febril agolpamiento de la sangre (martillando en las sienes) que lo retrotrajo, de un golpe, a otra época de su vida, a la misma rabia, a la misma humillación e impotencia de entonces. Ocurrió cuando estudiaba en la Escuela de Artes y Oficios.

Cursaba el segundo año. Por supuesto que había en él una especial postura de poder, de mando y desafío, que le granjeaba la admiración de sus compañeros (montubios de la Costa, chicos malos de la Sierra, inmigrantes de cien colegios que no los pudieron soportar), y el recelo de los profesores. Más que por voluntad propia (eso se iría dando por voluntad de sus amigos. Pero aquello exigía un precio: la audacia, el riesgo. Por ejemplo, quemar papeles en las clases de geometría del señor Alarcón, que era tuerto y se decía que marica, y sin dudas un portento de perversidad y despotismo; o fugarse de la escuela en media mañana; o capitanear ingenuos asaltos en las tiendas de abarrotes; o como un día de febrero de 1970, romper con el puño (la mano envuelta en un pañuelo) la vitrina de un relojero, para apoderarse de un insólito reloj de buzo o aviador, que tenía la esfera negra y las marcas verdes y rojas, y agujas y números para esto y estotro, y palanquitas y líneas en el cerco de níquel. Pero rompió la vitrina no sólo porque deseaba, el reloj (que lo deseaba); lo hizo también por sus amigos. No lo dijeron con palabras. Pero sí con las miradas; con la ansiedad de las miradas. ¿Quién iba a hacerlo sino él? ¿Quién se atrevería sino él? Esos rostros, esas miradas exigían, imploraban un jefe que actuara por ellos. Y

tenían razón. Y él, cuando lo hizo, también tuvo razón. Y quizá quien menos la tuvo fue el joyero que lo denunció.

Días más tarde, el asunto del reloj le costó la expulsión de la escuela, y el horror, la vergüenza de su madre y su padrastro (en sus rostros se retorcía un rictus de amargura y desconcierto cada vez que lo miraban), que de hecho significó otra expulsión. Expulsión que él no tardó en consumarla y sacarla a luz, para que fuera del todo cierta, cuando huyó de su casa. Pero tanto de la escuela como de su casa, el Gavilán se fue (a ejercer libremente y sin trabas, su oficio de jefe por las calles) con un par de risas sarcásticas, que pasaron a fijarse en su memoria como un par de condecoraciones auto otorgadas, sus primeras condecoraciones de guerra.

Ahora, frente a la vitrina de la joyería, el Gavilán revivió la misma acuciante emoción de ese día de febrero de diez años atrás (faltaba un mes para que se cumplieran los diez años). Le sucedía de tarde en tarde. Maribel, a su lado, sin atreverse a hablar, lo miraba: una vena dilatada en la frente, los ojos inmóviles, duros bajo el amplio arco de las cejas; el perfil de cuchillo del Gavilán, oscilando casi imperceptiblemente a diez centímetros del cristal. Era pues, mejor no preguntar. No decir palabra. Evitar el estallido.

Como otras veces, habían iniciado el paseo en la plaza del Teatro. Bajarse del bus. Curiosear en las revistas del portal del Sucre. Avanzar por la Guayaquil hacia San Agustín, asomándose a las vitrinas como a balcones. Primero, el almacén de artefactos eléctricos. Luego, la cristalería. Después, cambiarse de acera para ver las cámaras de fotos. Los almacenes de calzado. De ropa. Una librería que no interesa. Una floristería que tampoco interesa. Tiendas. Vitrinas. Todas esas calles vueltas una vitrina. La infinita frontera de vidrio señalando el límite. El espacio de lo ajeno. Recordándolo siempre. Siempre. Cambiarse de vereda. Girar hacia la derecha. Tomar por una calle también llena de vitrinas. Girar hacia la derecha. Regresar hacia el norte por la calle Venezuela (la víspera, el paseo les llevó hacia el verdadero norte, el de la Amazonas y el CCI). Detenerse. Singer. RCA Víctor y el perrito. Seguir adelante. Librería. Pastelería. Óptica. De pronto, una plaza: el centro de la ciudad, del país, del mundo. La plaza: un cuadrado con un monumento en el medio, como un trofeo. La plaza: un cuadrado importante. A un lado, el Palacio de Gobierno. Al frente, el Palacio Municipal. A un lado, la Catedral. Al frente, el Palacio Arzobispal. Palacios, Catedral. El Centro del Mundo. Al medio, el monumento como un trofeo. Arbustos. Jardines diminutos. Gradas. Las bancas para que los jubilados discutan de política. Caminar. Salir de la plaza. Un puesto de revistas. Un restaurante. Palacios, Catedral, monumento, jubilados, puesto de revistas. LA JOYERÍA. LA JOYERÍA.

El Gavilán se pasó la mano por la frente. Sudaba. Le sucedía de tarde en tarde.

Maribel, a su lado, sin decir palabra, miraba las joyas.

El Gavilán estudiaba la vitrina. Sobre el cristal, un recorte en tonos grisáceos: era su rostro. Superpuesto, mejor, fundido con el suyo, el rostro de Maribel se inclinaba sobre la forma amarilla del abrigo, oscurecida en el reflejo. Más allá: las gentes que pasaban, los autos, las puertas, las ventanas del edificio de enfrente, los destellos de la calle, el movimiento, toda esa perspectiva hacia atrás que se estrellaba suavemente en la superficie del cristal. Capas de luz, reflejos sobre reflejos, como sucesivas

capas de agua sobre agua, golpeando leves, deshaciéndose en la superficie del cristal. Al fondo de la vitrina, en el terciopelo púrpura, varias cajitas abiertas mostraban sortijas, pendientes, prendedores, diademas. Un sistema de escalones o repisas se adivinaba bajo los pliegues de terciopelo. En el centro, en medio de los minúsculos resplandores del oro, del platino, de las aristas de las piedras preciosas, había un collar de brillantes engastados en múltiples plaquitas de oro, articuladas entre sí. Era un amplio semicírculo formado por tres hileras de plaquitas que sostenían una gran piedra iridiscente, atenazada en un rectángulo de oro.

El Gavilán miraba el collar absorto. Allá adentro, en su féretro de vidrio, en su tiempo glacial, en su helado silencio de muerte, aquello centelleaba, brillaba con luz propia, resplandecía insolente, indiferente, ajeno con su propia energía, con su piel de metal y de luz. El Gavilán lo miraba. Aquello pedía ser rescatado, recuperado, salvado de toda la muerte que había del otro lado del cristal. Rescatado, sí. Recuperado de ese frío silencio, de ese inútil esplendor.

No era el deseo de la joya brillando en el cuello de una dama, o la esclava o prendedor del caballero. No era eso que era parte de su pelea con los vivos. Era otra emoción. Otra lujuria. Otra cosa.

El Gavilán miraba la vitrina. A su lado, en silencio, Maribel lo observaba. Era mejor no preguntar. No decir palabra. Evitar el estallido.

EL PATOJO GONZALO

Luzmila, la hija mayor de Don Nacho, tenía alrededor de veinte años. Pero parecía de trece. Diminuta, esmirriada, bizca, la cara de ratón de sus otros hermanos, hurgaba entre los quintales de papas, arroz o azúcar de los Abarrotes La Ermelinda, con una acuciosidad nerviosa, mientras su madre, sentada en un rincón de la tienda, la cabeza envuelta en trapos negros, la frente untada con sebo o mentolato, acezante, adormilada, no hacía otra cosa (a más de desgranar arvejas y arrastrarse, de rato en rato, hacia la cocina a vigilar los trajines de su hija menor) que esperar una muerte que no llegaba nunca.

Pero Luzmila, aparte de fea, era tonta. No comprendía bien lo que se le decía, y cada cuenta tenía que rehacerla diez veces. Pero, aparte de tonta, era sucia, muy sucia. Luzmila era, pues, una calamidad.

Por todas estas grandes razones, el Patojo la odiaba. La odiaba como solamente un feo puede odiar a otro feo. Sin que entendiera muy bien el porqué, esa figura triste le reenviaba a su propia figura, a su poliomielitis, a las cicatrices que la viruela le había dejado en la cara, a sus ojos verde-vidrio-abollado en los que el iris no era redondo como en toda la gente, sino deforme y como sobrepuesto.

Y el Patojo tenía una razón fundamental para odiarla. Luzmila lo amaba. Lo amaba con un amor tonto y angustiado.

Lo amaba como el espejo ama a la fealdad. Pero la fealdad odia al espejo: el Patojo no estaba hecho para ese amor. Y acaso para ninguno. Se lo advirtieron una vez.

Durante un buen tiempo quiso ignorar los afanes de Luzmila.

Mas, el Turco, experto en los asuntos del corazón, le dijo un día:

-Ve, Patojo, esa mancita se muere por vos. Cuando te le acercas, suda y tiembla y se atraganta con las palabras; cuando te vas, te espía.

Cuando no asomas, aguaita en la puerta de la tienda: aprovecha, Patojito, aprovecha.

No había mucho que aprovechar. Luzmila, como sus hermanos y su madre, no significaba nada en la vida (ni en la fortuna) de Don Nacho. Ellos ni siquiera eran su familia legítima. El mismo Don Nacho, por si quedaba alguna duda, se había encargado de proclamar a voz en cuello que, a su muerte, no heredarían un centavo de él.

Quedaba, entonces, la posibilidad de remarle unos tabacos o una botella de Gallito.

El Patojo sufría esa posibilidad.

Por suerte, ninguno de sus amigos se asomaba a la íntima razón por la cual, él, con lo payaso y jodedor que era, no quería pedirle favores a la Luzmila.

-Esa lagartija me cae mal -les decía.

Justamente, una payasada suya fue el inicio. De pura vacilada le dio un sereno. Le cantó *Noche de ronda, Amor de Verano* y una de los Beatles en un inglés que no entendía.

Y eso fue todo. Eso la trastornó: nadie había llamado así, nadie le había cantado nunca a su feo corazón.

Parado en la puerta de los Billares El Guayas, el Patojo espiaba, desconfiado, el umbral de los Abarrotes La Ermelinda.

Luzmila, no sabía qué hacer. Entraba. Salía. Se alisaba el pelo rebelde y sucio.

Dentro del billar, a sus espaldas, cuidándose de que Luzmila no lo viera, el Turco le conminaba:

-Ve, Patojo, no seas marica, pedile unas cien latas. Te juro que te las va a dar. Decile que son prestadas.Y no le pagas.

El Turco había ido a buscarlo, una hora atrás, donde su madre, en su casa de La Colmena detrás del cementerio de San Diego. Le dijo que tenía arreglado un encuentro con el doctorcito del banco. El viernes cuatro, a las nueve de la noche, al pie del monumento al

Hermano Miguel. Hasta el Gavilán, con lo reacio que era (y después de una noche entera de ruegos, allá donde Maribel), había consentido en asistir. También el Maestro.

-Vos no me vas a fallar, ñaño, te dejé para el último porque contaba con vos.

El Patojo aceptó. Y después de muchos cálculos espectaculares acerca de los millones que serían suyos en el próximo futuro, el Turco le invitó al Patojo (que lo escuchaba incrédulo) a jugar una partida de veintiuna con un par de cervezas por delante.

En el billar, el Turco descubrió que no traía ni una moneda en el bolsillo. El Patojo igual. Y eran apenas las tres horas de aquella larga, muy larga tarde de enero.

Luzmila aparecía, entonces, como la salvación desesperada.

Aterrada, pálida, los vio acercarse. Primero al Patojo. Después al Turco.

-Señorita Luzmila -dijo el Patojo-, vengo a pedirle un gran favor.

—Cuál será -respondió ella con la voz atorada. El Patojo le miró a los ojos bizcos. Ella temblaba. — ¿Podrá emprestarle unos cien sucres a mi amigo?

Luzmila cerró los ojos. Se chupó los labios. Se pasó las manos sudadas por la falda de franela. -Bueno -dijo casi sin voz.

Esperó un descuido de su madre y le entregó al Turco un billete morado.

El Patojo la odió más que nunca. No dijo nada. Dio media vuelta y rengueó hasta el billar.

-Es la última vez que le saco algo a esta horrible -murmuró.

Pero el Turco ya estaba frente al mostrador de El Guayas, pidiéndole al Pedro un naipe alquilado y dos cervezas, para comenzar.

EL MAESTRO

Robusto, aindiado, terroso, los pómulos grandes bajo los ojos rasgados, unos cuantos pelos indecisos a modo de bigote, estrecho para su cuerpo el overol, el Maestro se inclinó sobre el motor del Skoda modelo 63.

-Arranca, Pingo -le dijo a su oficial, un chico de diez años, regordete y embadurnado de grasa, que era como la reencarnación de su propia infancia de aprendiz de mecánico (cuando vino a la ciudad con toda su familia desde un lejano páramo de la provincia del Carchi, cercano a la frontera con Colombia).

El arranque del Skoda tronó como si se desbaratara, pero el motor (con la mitad de las piezas adaptadas) empezó a funcionar sin tropiezos.

-Suficiente. Ya está. Apaga y cierra el capó -le ordenó al Pingo, limpiándose con un pedazo de guaype el anverso de la mano izquierda, su gesto final para las tareas bien acabadas.

Ése era un día bueno en el mundo. Una mañana soleada. Un cielo azul, como de verano (la sequía, decían los periódicos). Un aire fresco que alegraba el corazón de la gente. Hasta su socio, enfermo de los huesos y de otros males acaso imaginarios, sonreía al fondo del taller por algún cacho contado por el enderezador, mientras compartían un plato de fritada con mote. Aún los del gobierno, habían anunciado en las radios la congelación de precios de los víveres. Nadie les creía pero al menos era un buen augurio. «La intención es la que vale», era la broma que circulaba en esa mañana en la mecánica.

La Mecánica Pilataxi-Suárez, era un piso de tierra de trescientos metros cuadrados, impregnado de aceite negro. Tenía tres galpones entechados de zinc. El más grande, abierto y con seis columnas de eucalipto, estaba destinado al auto de turno cuya máquina -con o sin necesidad- se desarmaba y armaba sobre una mesa hecha de gruesos tablones de cedro. El segundo galpón -paredes de cascajo prensado y una puerta de duelas mal ensambladas-, servía de oficina y depósito de herramientas. Y el tercero, similar a este último, era la vivienda de los padres del Maestro, que cuidaban de la mecánica en las noches y días de fiesta.

El Maestro guardó el guaype en un bolsillo de su overol y se dirigió al segundo galpón. Entró. Había una mesa de metal. Una silla. El tablero de las herramientas. La roja banca desvencijada. Y las paredes, cubiertas de calendarios con mujeres desnudas a las que el Pingo o cualquiera de los ayudantes, aprovechándose de sus descuidos, les perforaban los senos o el sexo con tachuelas o minas de esferográfico. Sus protestas, a decir verdad, poco convincentes, nunca tuvieron efecto. «Ojalá que dure éste», se dijo el Maestro, sacando de un cajón de la mesa un calendario flamante y examinándolo muy atento a los detalles del cromo que mostraba una rubia algo gruesa, parada en un desierto de dunas rosadas. Salvando las distancias, aquella dama desnuda le recordó a su mujer, la también rubia, pequeña, rolliza, adorada Rosita (la gringa de pueblo, decían los amigos a sus espaldas), que en ese mismo momento estaría preparándole, metida en su cocina, el enjundioso seco de chivo, ofrecido en el silencio del amanecer, luego de los estertores de un amor ferviente.

El Maestro pegó el calendario frente a la puerta para vigilarlo mejor. Después, tachó con un marcador verde los tres primeros días de 1980. Puso un punto en el día viernes cuatro de enero: le había jurado al Turco asistir a la cita con el doctorcito del banco. No sabía si cumplir o no su promesa. Desperdiciarse un San Viernes por pura conmiseración al Turco, no era cosa fácil. El Patojo, según le contó la víspera, no iría a la cita. El Gavilán tampoco. De fijo. Andaba obsesionado con la idea de robarse una joyería y no tenía cabeza para ningún otro asunto, y menos para dedicarle una noche de viernes a los sueños locos del Turco. Pero el Maestro era distinto. Las obligaciones de la amistad pesaban en su corazón como una carga. Incluso aquello de saquear, de noche en noche, una casa, o desmantelar un auto robado por el Gavilán, era una compulsión gregaria, antes que una necesidad propia. Claro que los sucres así obtenidos le servían para «redondearse el presupuesto», o para suministrarle una dosis de viciosa excitación a su vida -sin ella— demasiado tranquila. Pero nada más.

«Qué diferente soy de ellos», se decía el Maestro, comprobando, sin embargo, que esa diferencia (dada por la edad, el carácter, los afectos, su misma facha de indio del páramo que ningún *blue-jean* moderno, ni pelo

engominado, podía ocultar debidamente), esa enorme diferencia, por causa de una contradicción insalvable, en lugar de separarlo de sus amigos, lo asimilaba a ellos, lo igualaba en una verdad asombrosa, que nadie consideraba una verdad asombrosa (aquella de que todos -ahora- se sabían solos y distintos de todos y ese miedo era lo único que los juntaba); quizá porque no tenían, como él, el referente de un pasado vivido en un pueblo recóndito en donde la gente, en el vestido, en las costumbres, hacía lo posible para parecerse entre sí, y no para diferenciarse, como ocurría en los nuevos tiempos.

Sea como fuere este confuso asunto, el Maestro se sentía, en verdad, diferente, y por eso dudaba y no decidía nada en lo que respecta a la reunión tramada por el Turco.

«Qué ganas tengo de no ir», pensaba, vacilante en la puerta de la oficina del taller.

El motivo de la presunta reunión no le preocupaba siquiera. No creía en la factibilidad del asalto a un banco. Ni de lejos. El gran asalto y la fortuna consiguiente, era también para él un tema de conversación, una mentira personal, íntima, el posible modo de regodearse, mediante las palabras o el sueño, con la añoranza de un paraíso perdido que nunca se iba a perder del todo, porque nunca se tuvo y nunca se iba a tener, porque estaba perdido de antemano en esas palabras, esos sueños.

«Además, para qué necesito yo tanto dinero», parecía decirse el Maestro en esa precisa ocasión.

Sin embargo, al mediodía, el diablo, a través de la voz del dueño del Skoda, un oficinista un poco triste con los dedos manchados de nicotina y el aroma inequívoco (agua de colonia, tabaco y trago de caña) de los bohemios a medio tiempo, le dijo:

-Maestro, usted es un genio. Usted debería tener una mecánica a todo dar. O mejor, una fábrica completa de repuestos de autos que ya no se importan. De seguro, Maestro.

EL GAVILÁN

Fue por el tiempo en que ya dejaba de interesarse por el fútbol, que el Gavilán decidió expulsar al Fuerte Rodas de los Sillares El Guayas. No porque tuviera cuentas pendientes con él. O porque el Fuerte Rodas lo hostilizara. Simplemente fue el afán de poner las cosas en su puesto. En una palabra, de tomar lo suyo.

Difícil establecer, en las distintas versiones, lo que ocurrió en esa noche (dos años atrás), qué parte correspondía a la «realidad de los hechos», y qué parte a las películas de los boxeadores chinos. Pero lo que, durante

meses, contaron los parroquianos de El Guayas, y los chicos, en las esquinas, era más o menos lo que sigue:

«Resulta que en esa oportunidad, largamente esperada por el Gavilán, el local de Don Nacho estaba lleno de una bulliciosa clientela medio confundida entre la tristeza, *el sentimiento* de valsecitos y pasillos y la alegría borbollante de los canelazos preparados por la mujer de Don Nacho, y sus hervidos de naranjilla, amén de los anisados Paico y Mallorca Flores de Barril, y el ron, y el puro y la cerveza que corrían como ríos, y resulta que en una mesa, el Fuerte Rodas y sus amigos de entonces, el Maestro y el Patojo entre ellos, jugaban, en medio de grandes risotadas, una partida de naipes, y el Gavilán, de pie, se situó detrás del Fuerte para ver mejor sus cartas, y llegado el momento le dijo, "no hagas trampas, juega limpio", y los que le oyeron levantaron sus rostros alargados por el asombro, y "no hagas trampas, juega limpio", repitió el Gavilán, y un silencio de socavón pareció absorber los ruidos cercanos, hasta el de la rocola, y lentamente el Fuerte, el terror del barrio le llamaban, se incorporó y movió su gran cabeza para verle la cara a ese don nadie que se atrevía a importunarlo, y tomó impulso y se arrojó sobre él, y no se supo cómo, pero el Fuerte voló sobre las espaldas del Gavilán y cayó en el tablero de una mesa que se desbarató en el acto, y el Fuerte, aturdido y sucio de cerveza y ceniza de cigarrillos, se levantó, y fue en vano porque el Gavilán, en el reducido espacio que le dejaban las mesas, las sillas, el círculo de curiosos, giró sobre sí mismo con la agilidad de un bailarín, una pierna muy firme en el piso, la otra en lo alto, y le acertó al Fuerte, en el más puro estilo karateka, un puntapié en pleno rostro que lo sacudió por entero, y eso era algo que el orgullo del Fuerte no podía tolerar, y tomó una botella de cerveza y la rompió en el espaldar de una silla, y armado del filoso cristal le atacó, y el Gavilán no tuvo tiempo de esquivar el golpe que le desgarró una manga de la camisa, que pronto se manchó de sangre, y el furor, la rabia, el instinto de revancha, la visión de la sangre, lanzaron al Gavilán de cabeza contra el estómago del Fuerte que se dobló por la asfixia, circunstancia que el Gavilán aprovechó para golpearlo en el cráneo y propinarle un formidable rodillazo en las partes, y el Fuerte cayó, y en un segundo, el Gavilán estuvo sobre él, pero armado del casco de la botella, y el Fuerte, paralizado por el dolor y el miedo, debió ver cómo se agitaban las agudas puntas de vidrio, a un milímetro de sus ojos, y el Gavilán esperó a que su propia agitación se aplacara, y su rival tomara aire, y sin dejar de amenazarlo con vaciarle los ojos, le ordenó "pídeme perdón", y un murmullo de asombro, de estupefacción, se extendió por el billar de Don Nacho cuando, vacilante, la voz quebrada, las ternillas dilatadas, el Fuerte imploró un perdón ensordecido por la rabia y la vergüenza, y lo increíble sucedió luego, pues en el momento en que el Gavilán se erguía victorioso y daba una media vuelta para dejar, o simular que dejaba el casco de botella sobre una mesa, el Fuerte reaccionó con un pavoroso grito de venganza, pero el Gavilán ya lo había previsto y la escena volvió a repetirse punto por punto, sólo que esta vez, cuando el Fuerte imploraba perdón a gritos, el Gavilán no vaciló en bajarle, desde los pómulos hasta las mejillas, con las puntas del cristal, dos finos surcos rojos, "para que las lágrimas tengan por donde irse" dijo, y luego arrojó, con el ademán de un torero, el casco de botella hacía un rincón».

Nunca más se supo del Fuerte Rodas en el barrio de El Aguarico. Al Gavilán le quedaron dos recuerdos de esa noche memorable: un pedazo de vidrio que alguien le entregó envuelto en un papel periódico, y una cicatriz en el

antebrazo que le sirvió para tatuarse sobre ella (su primera cicatriz) el dibujo de una llamarada.

Por hechos como éste, aparte de muchos otros de diversa índole, era que a Maribel, al Turco, al Maestro, al Patojo, a cuantos le conocían de cerca, se les pasaba por la cabeza la idea de que todo ese valor, esa agilidad, esa indiscutible voluntad de mando, eran un perfecto desperdicio, dada la vida de porquería que llevaba el Gavilán.

El Turco, por ejemplo, no terminaba de asombrarse de su falta de sentido práctico: ahora mismo, después de que tantas veces habían hablado con él del gran asalto (sobrentendiendo que se trataba de un banco, qué más podía ser para que fuera un gran asalto), ahora que esa posibilidad era casi una certeza, gracias al contacto con el doctor ese, cuyo plan era muy claro -se veía a la legua que lo tenía-, el Gavilán no soñaba sino en limpiarse una joyería que por muy millonaria que fuera, nunca podría compararse con un banco.

Y como nadie querría secundarle en tal arrebato (tal vez el Patojo, aunque quién sabe), la vida seguiría idéntica, empobrecida en sí misma, monótona en su miseria, alejada cada vez más de los deseos muy concretos que cada uno abrigaba dentro de sí -reflexionaba, al borde de la desesperación, el Turco-.

Pero el Gavilán no pensaba lo mismo. Su vida de porquería era sólo su presente. Y él vivía sus días entregado a un vertiginoso futuro (de poder, más que de riqueza) que lo mantenía como distante, como corrido de su presente, como si su presente no fuese sino un *mientras tanto* al que no debía concedérsele demasiada atención.

Sí. Podía decirse que el Gavilán vivía en el futuro. Y que volvía (a su presente) para hacer unos cuantos reajustes necesarios, estilo desalojar al Fuerte Rodas del lugar que no le correspondía ocupar, o dejar de jugar al fútbol, porque en este país con el fútbol no se va a ninguna parte (justo en vísperas de que le pasaran de la reserva del Aucas a la profesional), o abandonar a la compañera de turno, Jazmín, la Princesa, Mari-bel (aunque a Maribel siempre retornaba); o programar a toda prisa algún golpe (que la abulia, el temor a ratos, la estrechez de miras de sus amigos, se encargaban de dificultar), hecho lo cual volvía a remontarse, a encomendarse a su futuro, en donde le esperaban varias ocupaciones diversas, porque allí (en su futuro), era un incansable hombre de acción; aspecto que el Gavilán nunca descuidó y para el cual, muy consciente, muy responsable, se ejercitaba a diario (en su presente), practicando los deportes por aquello de la mente sana; bebiendo la mitad de lo que bebían sus amigos (que por desgracia se medía por galones), y capitaneándolos a ellos, a sus amigos, sin importarle sus fachas rotosas de pobres diablos, sus fachas de mala-muerte, porque ellos (en su presente), eran una especie de representantes oficiales, de embajadores de aquellos otros, de aquella legión de subordinados que (en su futuro) cumplirían ciegamente sus órdenes.

De esta manera, no importaba hacer trabajos sucios por unos cuantos sucres, o tener esa clase de amistades, o habérselas arreglado con Maribel, puesto que tanto los unos como los otros, como la otra, eran en conjunto una estación de paso, un refugio provisional y precario, hasta cuando las cosas mejoraran, es decir, cambiaran, es decir, se arreglaran para siempre.

Esos amigos suyos (de su presente) estaban bien para ayudarle a limpiar -en el mejor de los casos- una joyería oscura. Les faltaba categoría para tramar con ellos el gran asalto. En el futuro, otros serían sus compañeros. Y eso lo entendía muy bien el Gavilán.

EL TURCO ANTONIO

El Turco andaba como espantado, como alborotado, con una inquietud, con una excitación que no lo dejaba tranquilo ni cuando se fumaba un pito de marihuana, ni cuando no se lo fumaba, porque si estaba en el billar, tenía que volver a su cuarto, pero esperar en su cuarto —santos y escapularios por todos los rincones- sin saber lo que pasaba allá afuera, en el mundo, o sea, donde sus amigos, era cosa exasperante, a decir verdad, exasperante, de modo que debía volver al billar, rumiando la presentida sorpresa de que allí ya no había nadie, porque en ciertas horas de la tarde, en los Billares El Guayas no había nadie, aparte del José y de los niños que jugaban en los futbolines, por lo cual no le quedaba más remedio que irse para el taller del Maestro, aunque en realidad, era una inmensa idiotez eso de irse para allá, si sabía, perfectamente sabía que al Maestro no le gustaba que él lo visitara en su taller de autos, pues se hacía el desentendido, el que no lo conocía bien, el importante, el de la vista gorda en una palabra; de manera que era mejor encaminarse hacia la casa del Patojo que, por desgracia, vivía en La Colmena, detrás del cementerio de San Diego, aunque tampoco valía la pena encaminarse por esas calles macabras, verdaderamente macabras, mejor, espeluznantes, sí espeluznantes esas calles, si también tenía la certeza de que el Patojo, con lo amiguero y cantor que era, no iba a pasarse una tarde encerrado junto a la vieja gruñona de su madre, si podía, si perfectamente podía, con lo amiguero y cantor que era, ser muy bien recibido en cualquier jorga esquinera, en cualquier santo, matrimonio y demás, y en cuanto al Gavilán ni pensarlo, porque a esas horas estaría paseando su audacia y su soltura por sabe Dios qué calles, acompañado de Maribel o de alguna otra de similares antecedentes, o sin ninguna compañía, pero igual con su audacia y su soltura inseparables por quién sabe qué calles, y en esas condiciones era imposible localizarlo para confirmar la cita de la noche, como ocurría con el Patojo, como a la final ocurría con el Maestro, y desde luego, ocurría con el tal doctorcito ese, que ahora, justo ahora, se las daba por desaparecer, no asomar por ninguna parte para confirmar la cita, y entonces él tenía razón, mucha razón, a pesar del sacrilegio y la blasfemia, de sentir esa nostalgia, esa infinita nostalgia de no ser Dios para estar en todas partes, bueno no en todas, pero por lo menos en tres o cuatro a la vez, para poder controlar de cerca, en persona, vis a vis, la situación, la situación, todo aquello que no controlaba porque estaba fuera de su alcance, porque se escapaba y huía, se escurría; escurría era la palabra, a pesar de los pitos y las infusiones de guanto, o mediante ellos, y ante lo cual no quedaba otra cosa que la desesperación y la angustia, la angustia sí, y era por eso, por eso, que él creía a veces, que era

mejor no pensar, hacer el supremo, despiadado esfuerzo para no pensar, si tal cosa fuese posible, sí, no pensar, y meterse a la galería del Cine Avenida, o del Puerta del Sol, o del Granada, a ver viejas películas cortadas y recortadas, o en lugar de ello, visitarle a la vieja Facunda, la vendedora de mariscos, la de la entrepierna hirviente, y aliviarse con ella pensando en Francisca, la peruana, aliviarse, pero en cambio podía pasar que al doctorcito, que al bendito doctorcito ese, le diera por venir a buscarlo en su cuarto y no encontrarlo, no encontrarlo y no volver nunca más, desconectarse, regresar al mal aire de donde vino y no volver nunca más, perderse para siempre, y entonces cómo decirle al Gavilán, ves, yo no mentía Gavilán, y decirle al Patojo, ves, yo no mentía Patojo, no mentía, no era mentira, ni tampoco sueño, era cierto, realidad real, mas si el doctorcito, si el maldito doctorcito ese, a pesar de que él lo estuviera esperando en su cuarto para confirmar la cita, muñéndose de ganas de largarse para cualquier lado, pero esperándolo en su cuarto, no venía, y no venía; pero era mejor no imaginarse catástrofes, catástrofes, sobre todo ahora que el Gavilán parecía entusiasmarse con la idea de conocerlo, y quizás empezaba a hacerse planes de millonario *playboy* y mafioso, y ahora que el Patojo dejaba ya sus poses de payaso y sus chistes pesados, y ahora, sobre todo ahora que hasta el Maestro, haciéndose eco de lo que pensaban todos, le había dicho, bueno Turco, tráelo de una vez, porque eso le dijo y todos lo oyeron, y el Patojo, sin ningún resabio de mala intención en la voz le completó: para ver de qué se trata, porque eso fue lo que le completó el Patojo y lodos lo oyeron, ahora que todo iba como por sobre rieles, no venía a cuento imaginarse catástrofes, porque el doctor iba a venir, como vino el primer día, ese primer día que ya se había casi perdido en su memoria, acompañado de la loca Marcela, cuyo rostro también quería irse de su memoria, como tantas otras cosas, a comprarle una tamuga de hierba, para una fiesta dijo, y como vino después de Navidad, el día de Inocentes, sí, y de pronto le soltó algo que en principio no entendió muy bien y que luego le dejó confundido: que si quería ayudarlo, que necesitaba gente, gente dispuesta a todo, a jugárselas por entero, que se trataba de un banco, un asunto de millones, un asunto serio, que todo estaba perfectamente estudiado y calculado, que no podía fallar, fallar, le soltó así de pronto, de modo que él, vapuleado por el terror, el terror sí, que le apretaba la garganta, y la emoción, que le obligaba a hablar, movió la cabeza de arriba para abajo, como diciéndole bueno, sí, sí, y como ya lo dijo con la cabeza no tuvo mayor problema para decirlo con la voz, y todo se armó, en un instante se armó, y luego él con el corazón convertido en pelota de ping-pong que le rebotaba loca por los lugares más inimaginables del cuerpo, corrió adonde sus amigos, que se pasaban la existencia hablando del gran golpe, del gran asalto que redimiera sus vidas de una vez, a decirles, panas, ñaños, compás, y ellos, los muy imbéciles no le creyeron, aunque en parte por culpa del doctorcito que no quiso verse con ellos en el billar, ni tampoco en ninguna cantina, bar o restaurante, sitios públicos dijo, pero tampoco en su casa, que no explicó dónde quedaba, ni por último cerca del banco, que no indicó cuál era, aunque eso era ya historia pasada, agua corrida, porque ya sus amigos deseaban verlo, conocerlo, hablar con él, para convencerse, sí, y el doctorcito había vuelto para fijar la cita, aunque ahora no la confirmara, no la confirmara, pero todo podía deshacerse en un instante, irse para el mismísimo carajo, si al doctor no le daba la gana de asomarse, y entonces sí que el Maestro y el Gavilán tendrían todo el derecho del mundo para creerlo un mentiroso cabal, y el Patojo todo el derecho del mundo para burlarse,

decirle, como ya lo había dicho, que el doctor era uno de los muertos que lo perseguían, un muerto, ocurrírsele broma semejante, broma pesada, pero broma nada más, puesto que el doctor era algo muy vivo, muy de este mundo, aunque no siempre puede saberse, a pesar de los pitos y las infusiones de guanto, o mediante ellos, lo que es de este mundo y lo que es del otro, o lo que es mentira y es verdad, o lo que es sueño y lo que es realidad, pero vaya, se dijo y repitió que era mejor no pensar, para no andar con tanto sobresalto, como en estos últimos días, que andaba como espantado, como alborotado, con una inquietud, con una excitación que no le dejaba tranquilo ni cuando se fumaba un pito de marihuana, ni cuando no se lo fumaba.

SERGIO EL HOMBRE LOBO Y LAS HISTORIAS NO-ESCRITAS

La luna llena golpea espléndida contra la ventana. Es una llamada.

-¿Te pasa algo? -me pregunta Cecilia cuando la despierto, a pesar de mi cuidado, al deslizarme fuera de la cama.

-No te preocupes, no es nada. Sólo quiero respirar el aire de la luna -le respondo, sintiéndome ridículo por aquello de «el aire de la luna». Ni yo mismo sé qué quise decir con eso. Pero a Cecilia ya no le sorprenden *mis rarezas.*

-Deben ser las tres de la madrugada -susurra con la voz ganada por el sueño. -Algo así.

La miro ovillarse en un rincón de la cama. « ¿Qué estará pensando?», me pregunto. ¿Creerá que tengo problemas? ¿Cuáles? ¿Creerá que me he enamorado de nuevo? ¿Que me van a echar del empleo? ¿Que tengo alguna deuda secreta que ella no sabe? ¿Qué estoy embarcado en un asunto peligroso?

A los nueve años de matrimonio y toda una vida de conocerla, Cecilia es un enigma para mí. Y yo para ella, supongo.

La luna es un faro que atraviesa la delgada tela de las cortinas del dormitorio. A su luz puedo ver sin esfuerzo, todo lo que hay en mi derredor. Me acomodo la bata de lana azul, las pantuflas. La puerta chirrea cuando la abro. Es inevitable hacer ruidos molestos. Cierro la puerta. Camino por el pasillo. En el baño entreabierto hay otro chorro de luz que enciende las baldosas blancas. Voy hacia la cocina. También está toda invadida de esa luz celeste. Abro la puerta trasera. Otro chirrido. Salgo. Es como un sueño. El patio trasero, la lavandería, el estanque, la ropa colgada en sus alambres, la banca de cemento, lucen como congelados por esa luminosidad extraña. Un paisaje familiar que, de pronto, no es mío, que pertenece a otro mundo, a otra dimensión. Alzo la mirada. Un cielo celeste, sin una nube. Miro las estrellas que vacilan en él. Localizo a Orión, a la Osa Mayor. A Venus, a

Marte. Y ahí está ella. Enorme y sola. La luna llena, acercándose hacia el lado del Pichincha. Subo a la banca de cemento y me arrimo a la pared medianera. La ciudad es una hondonada abrupta y silenciosa con avenidas y construcciones irreconocibles. Es una ciudad también de otro mundo. Sus luces son apenas destellos minúsculos que no afectan el resplandor ubicuo de la luna. Sé que todos duermen. Sé que estoy solo. Que el vaho de la luna los ha adormecido a todos. Vago, blanco como un inmenso témpano extraviado, fulgura lejano, el perfecto cono del Cotopaxi. Me dejo caer en la banca de cemento. Tengo a la luna llena frente a mí.

Es la misma luna de siempre. Miro sus tenues dibujos, sus sombras. Descubro un destello rosáceo. Es la misma luna misteriosa de los antiguos libros. Los sucios pies de los hombres no la dañaron, ni la dañarán jamás.

Es una sensación física. Siento que esa luz plateada me invade.

La ciudad duerme en su paz. Ninguna estridencia viene de ella.

Hay un aire frío, que no molesta, que aplaca mi corazón. Es un aire *lunar* y puro. «Qué suave lucidez tengo en mí, en este instante», me digo. Y compruebo que puedo pensar el presente y el futuro como hechos *consumados* y resueltos.

Dispongo, pues, de un espacio secreto y mío.

Es quizás el momento perfecto para indagar hondo dentro de mí, bucear en la tiniebla de un pasado ya lejano, cuya significación a veces se me escapa. El viaje a través del tiempo me lleva, sin ningún esfuerzo, a un recuerdo asociado a la luna. Era la ciudad de los años cincuenta. Era una camioneta GMC, enorme, con altoparlantes en el techo. Por ellos, una voz nasal anunciaba álbumes de cromos y prometía sorpresas y premios: balones de fútbol, camisetas, caramelos. Ciertas noches traía un equipo portátil y proyectaba en una pared pintada con calamina amarilla, las mismas dos muy viejas películas: la de los soldados que defendían su fuerte (hecho de largas empalizadas) matando indios como moscas, y la segunda, la del hombre- lobo (que nunca sabré bien quién la protagonizaba, si Lon Chaney o Bela Lugosi).

Tengo una imagen precisa de esas funciones de cine barrial. Un recuadro luminoso en la pared amarilla. La lluvia de rayas de la vieja copia. Un conjunto de nubes tenebrosas que se iban diluyendo y la luna llena detrás de ellas. Y el rostro del bueno de Talbot (¿se llamaba así?), sufriendo el influjo de sus rayos: los pelos creciéndole en la cara. Las manos transformándose en garras.

El pequeño Sergio se escapaba de su casa e iba a ver esas películas.

(Años más tarde repetiría esas fugas: entre los catorce y los dieciséis para buscar sus cocineras, y entre los dieciséis y los diecinueve, para reunirse con los más audaces, puros, encendidos conspiradores que conociera jamás).

Un día, luego de una de esas funciones de cine, Sergio le pidió a la abuela que le confeccionara un disfraz: del hombre lobo, por supuesto.

Y aquel niño usó ese disfraz para fines muy precisos. Mientras su hermana y sus amiguitas jugaban en el patio a la rayuela, a la macateta (no era

necesario el qué estás haciendo lobito), él emergía, de pronto, de cualquier rincón y las atacaba, arrastrado de un impulso incomprensible que le urgía a indagar debajo de sus faldas escolares.

Ese juego terminó en un crepúsculo inolvidable, cuando su madre le llevó de una oreja al cuarto de estudio y le puso a hacer sus deberes y a estudiar sus lecciones.

Lloroso, humillado, avergonzado, la capucha con las orejas peludas colgándole en la espalda, ese niño se inclinó sobre sus tontos cuadernos, mientras, afuera, en el patio, un griterío de niñas bullía fresco, inalcanzable, bajo una luna (con seguridad, su memoria la acomodó después) que se escondía tras el umbral de la ventana del cuarto de estudio.

¿Cuántas cosas se anudarían en su corazón entonces? ¿Lo deseado y lo prohibido? ¿La trasgresión y la culpa? ¿El placer y la obligación? ¿La obligación y el ocio? (Y esto último mucho antes de que conociera bien la leyenda quichua en la cual los ociosos se transforman en lobos).

Este es un recuerdo especial. Y a veces regreso a él como a un viejo nido. Acaso porque en él confluyen, como en un vórtice, muchos de mis modos de ser ahora; todo aquello que me hace un hombre de la *nostalgia,* un hombre definitivamente *oscuro.*

Pero tengo otros recuerdos de la luna.

Unos meses atrás, agosto o septiembre, en una noche como ésta, y en este mismo sitio, escuché un rumor de alas. Era un ave blanca, una pacalla (una especie de halcón nocturno), que se posó en el borde del tejado. Era una pacalla y no una lechuza, la vi bien. Apenas me moví y el ave huyó.

Entonces imaginé una historia no-escrita: un niño noctámbulo trepa al tejado en donde se posa esa pacalla. Cuando llega, la atrapa con una red. Y la guarda en una caja que esconde en el sótano. Por las noches la alimenta con ratones y lagartijas que ella acepta con bruscos picotazos. Es un ave rara. Tiene las pupilas enormes. Quizás es única en el mundo. Pero sobre todo, esa ave es su secreto.

Un día, gracias a una conversación fortuita, descubre que sus padres, muy divertidos entre ellos, lo saben todo. Entonces baja al sótano, cerciorándose, ahora sí, de que nadie lo vea. Saca a la pacalla de su caja y la deja volcada para que se crea que algún gato vecino la volteó. Sube luego a la bohardilla de la casa. El sol arde con toda la fuerza del mediodía. El niño abre la ventana y suelta al halcón nocturno. Lo ve volar torpemente, enceguecido de tanta luz, lo ve estrellarse contra los techos vecinos, perderse por fin hacia la calle en donde juegan los crueles muchachos del barrio. Ahora el niño tiene otro secreto. Pero ya nadie podrá asomarse a él.

Y hasta aquí la historia no-escrita que imaginé en otra noche de luna. Su sentido no es muy difícil de desentrañar.

Hay un punto que debo poner en claro.

En efecto, cualquiera, si estuviese enterado de los recuerdos y fantasías a los que recurro para llenar mis insomnios, se preguntaría, con razón, por qué no los escribo, no los utilizo así en algo práctico.

Pues no. Ése no es el camino de Sergio.

Sergio no tendría ni la paciencia, ni los ánimos para hacerlo.

No querría encerrarse en un cuarto, con un frío cuaderno entre sus manos, a cumplir de todos modos una obligación acaso tediosa.

Hay que entenderlo bien.

Sergio no quiere hacer nada. Sergio sólo quiere que lo dejen tranquilo. Quiere descansar. Abandonarse a sus deseos tal vez. Ha fatigado ya demasiado su vida con obligaciones tediosas.

Si no tuviera deudas, si no tuviera que mantener a su familia, si pudiera liberarse de su empleo, sería el hombre más inofensivo del mundo. Quién sabe si iría por lejanos caminos con su mujer y su hijo, sin molestar a nadie, sin traicionar a nadie, comprobando sus razones y aprendiendo con ellos otra sabiduría, otro modo de existir.

Pero Sergio tiene deudas y tiene obligaciones, y un lugar en un mundo que no le gusta.

Por eso transa consigo mismo. O con sus insomnios. E imagina historias y poemas que no escribirá jamás.

Ya es tarde: el *tiempo de hacerlo,* como todos los otros tiempos que tejen su vida, ya ha pasado.

Sólo una vez escribió un poema. Una parodia, por supuesto. En ella quería demostrar la torcida idea de que lo único cierto en los individuos es su nostalgia, puesto que por su finitud, por su vida breve, el inmenso mundo siempre les resultará excesivo. Se llamaba la parodia *Lamento por la inevitable malversación de la vida.* Debe andar por algún lado, perdida entre cuentas de luz y cartas viejas.

Pues bien, cuando esas fabulaciones no-escritas son insuficientes para él, Sergio sale al mundo, a robarle lo que puede de su vastedad. Y se enamora, y se emborracha, y busca amigos, y tiene entusiasmos-repentinos y deseos desaforados que apenas puede satisfacer porque, para colmo, sólo es un empleado de banco.

En esas temporadas de festejos personales, es cuando más sabe que la escritura no es para él.

¿Cómo encerrarse a escribir, si más allá de la ventana está el coro de la vida que lo llama?

Porque vida y escritura se contradicen.

Porque se escribe lo que no se vive.

Sus múltiples lecturas y unos cuantos impulsos literarios reprimidos a tiempo, le han imbuido de tal sospecha.

Sergio sabe que detrás de un autor policial, por ejemplo, hay un asesino que no se decide a asesinar. Sergio sabe (o recuerda) que cuando se desea a una mujer y no se la posee, entonces se escribe un poema.

Cuando se la posee, el poema ya no es necesario.

Y sólo volverá a serlo, cuando la mujer huya, se extravíe en algún hotelito del pasado, y deje, o empiece a dejar de ser nuestra.

Sergio sabe, además, que lo escrito *no es cierto* para los individuos en la soledad de su corazón.

Porque se escribe para no-ser uno mismo.

Bastaría con citar el caso del filósofo que habló del superhombre y de una nueva moral, mientras se pudría entre la sífilis y el amor-odio a su hermana.

Porque las palabras son para los otros.

Para uno mismo no sirven.

Para uno mismo está el silencio. Y los pensamientos sin voz.

Y, desde luego, están los actos.

Pero basta. Basta ya.

La luna va a ocultarse. El Pichincha, antes aterciopelado y claro, se ha vuelto un enorme perfil negro. Con qué velocidad la luna se acerca a él. El estanque ya ha sido tomado por la ti-niebla. Pero en la pared medianera, sobre la banca de cemento que naufraga en el zócalo oscuro que proyecta la casa vecina, como recortes disparatados, resaltan todavía las sombras de las ropas puestas a secar en sus alambres.

La hora más profunda y protectora de la noche se avecina. Pero pronto vendrá el sol a dispersar y fragmentar toda esta unidad, todo este silencio.

Basta.

Es el momento de descubrirse: cuando venga la noche de este viernes cuatro de enero de 1980, y la luna, imperceptiblemente disminuida, brille de nuevo en los campanarios de la ciudad vieja, Sergio se escurrirá por esos rincones hacia El Tejar. En la plaza, a las nueve de la noche, al pie del monumento al Hermano Miguel, este furtivo hombre lobo tiene algo muy importante que hacer.

EL TURCO ANTONIO

Porque él era uno de esos tipos que andan buscando señales trágicas en todas las cosas, y durante el transcurso de ese largo día viernes no consiguió hablar con sus amigos, ni confirmar la cita con el doctor del banco, y porque, además, sin darse cuenta, al salir de su casa pasó por debajo de una escalera, aparte de que un gato cuyo color no pudo precisar bien, se cruzó en su camino, y porque, a pesar de la pócima de hojas resecas de plátano con claveles, mezcladas en agua de floripondio, que se preparó y bebió con los ojos muy cerrados, repitiéndose, como en una oración profunda, Francisca, Francisca, Francisca, háblame por Dios que te escucho, muy concentrado te escucho, Francisca de mi corazón, te escucho, no consiguió tampoco ningún contacto telepático con ella, para decirle, con

la mente, que su traición y los dos años que por su causa penó en la Modelo de Guayaquil, en donde sobrevivió gracias a sus habilidades para leer las manos y adivinar la suerte, esa traición y esos dos años eran cosa del pasado, recuerdos malignos y nada más, puesto que con todos los millones de los que iba a disponer, quién sabe si muy pronto, el pasado no sería sino un cascarón roto y vacío, perdido entre las ramas de un arbusto reseco o podrido, al que nadie, a no ser que fuera un loco, querría prestarle un segundo de atención, y decirle también, arriesgándose un disgusto, claro, que si era verdad lo que sospechaba desde hacía un buen tiempo: que en sus encuentros telepáticos ella le hablaba de sus andanzas por el mundo, las suyas, pero no le escuchaba a él, o no le interesaba escucharle, y por eso mismo no estaba enterada de que su Turco de toda la vida estaba en vísperas de iniciar una nueva búsqueda, no importaría mucho ya que de todas maneras él iba a encontrarla; esta vez iba a encontrarla poniendo anuncios en todos los periódicos del país y del Perú y también de Bolivia, por si acaso, y contratando pesquisas y detectives que al fin y al cabo darían con ella, y porque nada de esto pudo decirle en el fallido encuentro telepático, aparte de los ya mencionados malos auspicios y señales engañosas que parpadearon en su conciencia como semáforos dañados, lo de la escalera, lo del gato, que sin la menor duda fue negro, muy negro el gato que se atravesó en su camino, el Turco, triste y desesperanzado salió de su casa de El Aguarico y bajó hasta la avenida Veinticuatro de Mayo, el escenario de los multitudinarios encuentros y desencuentros de la gente que durante el día pulula por allí y que por la noche desaparece como por encanto, excepto por el lado de las cantinas y los prostíbulos, y se encaminó por la calle Imbabura, tropezándose con cantidades de muchachos que se iban a festejar su San Viernes en el otro lado de la ciudad, y así se llegó con casi una hora de anticipación a la plaza del Hermano Miguel que desde lo alto de su pedestal parecía mirarlo con desprecio, y se puso a subir y bajar las gradas, todas las gradas que encontró, y se fue por el lado del parqueadero y luego bajó hasta quedarse como petrificado en una de las escalinatas, sin ánimos de acercarse demasiado al santo Hermano, hasta cuando, por fin, como una pelota oronda y lironda, salió la luna de entre los campanarios de La Merced y se elevó en el cielo iluminándolo todo, un poco antes de que en esos mismos campanarios sonaran las nueve de la noche y la sombra de un hombre más bien delgado y más bien mediano, emergiera de una de las esquinas para encaminarse, precisamente, encaminarse hacia el monumento, y el Turco, de pronto, no pudo creer lo que sus ojos vieron, a pesar de que a cualquier mortal le hubiese parecido lo más lógico que la persona con la que se había citado, concurriera, por supuesto, a la cita, pero al Turco que dudaba de todo, hasta de su misma existencia, aquello le pareció casi un hecho portentoso; entonces, fue a su encuentro y le saludó; por fin doctorcito, por fin, creí que ya no iba a asomarse nunca, y el doctorcito miró su reloj, y no dijo nada, sólo preguntó por los otros, a lo cual el Turco le repuso que no se preocupara, que, hora ecuatoriana, usté sabe, ya mismo llegarán los otros tres amigos suyos de quienes el doctorcito ya estaba muy bien informado, pues sabía que el Maestro era un mecánico de primera, y el Gavilán un karateka y un pilas, y el Patojo, bueno, el Patojo es un completo patojo iba a decirle, en esa vez, pero no le dijo y prefirió elogiar las virtudes artísticas y de payaso de su rengo amigo, pero así y todo le quedó la sensación de que lo no dicho flotaba en el mismo aire que respiraban él y el doctorcito, e intentó decirle de nuevo lo de la polio del Patojo, pero no tuvo valor y se encontró hablándole en cambio de sus dotes

atléticas, eso de pulsar, de hacer malabares en las barras y en las argollas, maravillosas virtudes del Patojo, aparte de sus cantos, y como todo esto ya le había dicho al doctorcito en la anterior reunión, y tampoco tenía ahora el valor de precisar las dificultades del Patojo que, de todas maneras, él las iba a descubrir por su cuenta en los próximos minutos; entonces, el Turco se quedó sin tema de conversación, y como el doctorcito tampoco pronunciaba palabra y sólo miraba hacia las esquinas de las calles aledañas a la plaza, pensando tal vez que alguno de los muchachos que bajaban desde El Tejar o desde El Placer, era uno de sus todavía desconocidos secuaces, el silencio entre los dos era una cosa que se podía ver y tocar, palpar casi con las manos como a un gran bulto negro y esponjoso, mientras los minutos pasaban y pasaban, y la luna se elevaba cada vez más en lo alto de un cielo atravesado de nubes alargadas, que se ensombrecían o incendiaban según la luna entrara o saliera de ellas y los minutos seguían pasando sin que nadie más llegara al monumento del Santo Hermano, y el Turco sintió en un cierto instante que era suya la tristeza del doctorcito, y al revés, porque ambos se dejaron caer en los poyos que bordean a la escalinata, se sentaron frente a frente, contemplando ambos el suelo, sin ánimos de decirse nada, porque en el fondo nada tenían que decirse, fuera de aquello que no se podía comunicar, la gran tristeza de saber el uno y el otro, que desde perspectivas distintas y distintos mundos, algo muy urgente y necesario se descalabraba, dejándolos otra vez instalados en sí mismos, en ese mismo ser y en ese mismo mundo que habían querido, cada cual por motivos diferentes se supone, habían querido abandonar, mientras eran cada vez menos los muchachos que cruzaban la plaza y la noche se ponía fría y ventosa y ese cielo atigrado parecía cargarse de inconcebibles amenazas, hasta cuando, pasada casi otra hora, el Turco saltó de su poyo y exclamó, el Maestro, el Maestro, el Maestro es ése que viene, ya mismo vendrán los demás, pero ese grandote que viene por la Chimborazo es el Maestro, y en efecto, era él, nada menos que el Maestro que llegó y que luego de las debidas presentaciones, sin perder el tiempo y sin ningún pudor, le preguntó al doctorcito que cómo debía llamarlo, a lo cual él le respondió que no eran para nada necesarios los nombres verdaderos y que no le molestaba si lo seguía llamando doctor o doctorcito como hacía el Turco, y el Turco se sintió halagado por ese asomo de confianza del doctorcito, pero el Gavilán y el Patojo no asomaban por ninguna parte, de modo que había que adelantar algo, dijo el Maestro, más por curiosidad que por interés en el propio asunto, y el doctor que parecía haberse aprendido su papel de memoria le respondió que no había para qué apresurarse, que era mejor saber con quiénes se podía contar y saber si ese compromiso era serio, y que era preferible postergar la reunión para otra fecha, pero el Turco supuso que eso no era sino un pretexto del doctorcito para desaparecerse, y quién sabe si con el propósito de buscar a otra gente, lo cual no era justo ni para él ni para el Maestro, y entonces con todo el tino del caso le suplicó al doctor, es que usté sabe mi doc, ellos ya están enterados del asunto, y mejor es esperarles, y el doctorcito regresó hacia él sus ojos desconfiados y asintió en silencio al ruego del Turco de que esperaran un cuarto de hora más por si acaso, y fue bueno, muy bueno esperar, porque medio tomado y cargado de su guitarra asomó el Patojo, y el doctor lo examinó de arriba abajo, y pareció preguntarse, y esto, qué es esto, qué hacemos con esto, pero se quedó callado, y el Patojo se disculpó por el atraso con el pretexto de siempre, hora ecuatoriana, usted sabe, y entonces sí que podía ensayarse el inicio de una reunión, pero el doctorcito resolvió que no, y todo

digno y preocupado les advirtió con una sentencia: nos reuniremos de aquí en quince días, mejor dicho, de mañana sábado en quince, a las nueve en punto de la noche, en punto, y deberán estar todos muy puntuales, porque si no ocurre eso, pues no hemos dicho nada, y nada se hará y cada cual volverá por su camino sin ningún compromiso, entendido, sin ningún compromiso, advirtió casi con disgusto, y era tal la convicción que de él emanaba que el Turco le juró y requetejuró que así sería, como usté diga mi doc, pensando, por cierto que el extraño, cada vez más extraño doctorcito, se daba ese largo plazo contundente de quince largos días para pensarlo todo de nuevo, ahora que ya tenía, por suerte o por desgracia, una idea muy clara de quiénes eran sus colaboradores, y antes de despedirse les dijo: mientras menos nos veamos será mejor, si llegamos a algún acuerdo tienen que darse cuenta que el asunto no es nada fácil, de modo que o marchamos bien o no marchamos, tienen dos semanas para pensarlo, y se despidió, pero luego volvió y le preguntó al Patojo, sólo a él, que si sabía manejar bien una motocicleta, y el Patojo le respondió, sí mi doc, claro mi doc, cómo no voy a saber manejar una moto, y antes de que el Patojo terminara de hablar, el doctorcito dijo, bueno, bueno, y se fue dejándolos a los tres en medio de la plaza solitaria, mohínos y callados, como si el enviado de un cielo desconocido y difícil, hubiera venido expresamente a darles un gran tirón de orejas, y a regresarles a un mundo en donde las cosas podían ser o no ser según fuera la voluntad de hacerlas o no hacerlas.

EL PATOJO GONZALO

EL Patojo alcanzó a meterse en el zaguán de una casa, justo al tiempo en que un tropel de caballos desaforados, reventaba el pavimento de la calle con los golpes secos de esos cascos que se disparaban como resortes, mientras allá arriba, embutidos en sus gruesas chompas verde-militar, blandiendo sus largos sables, las botas lustrosas, las espuelas brillantes, las caras ocultas detrás de sus máscaras antigás, los chapas de la caballería se elevaban sobre las monturas de sus bruscos caballos, como si fueran los mismísimos jinetes del Apocalipsis.

-¡Hijos de puta! -dijo el Patojo, secándose las lágrimas con el filo de su camisa floreada. Se refería, por supuesto, a los estudiantes que en todo el sector de la América y las calles aledañas, quemaban llantas de autos, levantaban barricadas de molones y ladrillos, se juntaban y dispersaban, huían o atacaban a la Policía con sus piedras, sus palos, algún coctel molotov, y con ese coro de gritos que resonaban como ecos interminables, aquí y allá. De nada valían las bombas lacrimógenas ni los disparos que, según las viejas que se persignaban al fondo del zaguán, ya habían matado a un estudiante en esa misma mañana. De nada valían tampoco los carros blindados con sus potentes chorros de agua y sus cañones lanza-gases. Esos malditos gritos y correteos parecían crecer con ellos.

En realidad, las relaciones del Patojo con los estudiantes revoltosos, nunca fueron buenas. Sobre todo por los recuerdos que se le venían a la mente del tiempo en que trabajó como pipón del Ministerio de Gobierno, en los años sesenta, durante su dorada época de velasquista. Un día lo descubrieron en el paraninfo de la universidad, infiltrado entre ellos, y lo golpearon sin misericordia y casi lo matan, si no por los golpes, por el susto de verse acorralado y sin posibilidad de escapatoria alguna.

Para colmo de la ironía, ahora, tantos años después de ese memorable suceso, estaba a punto de caer en manos de la Policía como manifestante.

Sus periódicos encierros en la cárcel, debidos a raterías y afines, por suerte no muy largos, le habían alterado el espíritu y el sentido de la realidad, de tal modo, que más temía el momento de ser apresado, de ser sorprendido en una falta que podía ser o no verdadera, que el propio castigo de la prisión, porque a la final, entre esos patios, muros, rejas y celdas, su vida se convertía simplemente en *otra vida,* con otras reglas y otras relaciones y porque allí, *hecho a todo dolor,* aguardaba el día de su liberación con la paciencia de un viajero varado en un pueblo extraño y pobre, del cual, un cambio de clima, una ayuda inesperada, habrían de salvarlo.

Pero si lo apresaban, los policías no entenderían razones. Lo confundirían con un manifestante. ¿Cómo explicarles lo que de suyo era muy difícil de explicar: que andaba por esos barrios buscando un almacén de motocicletas con el exclusivo propósito de ver una de ellas, de examinarla y nada más?

Había esperado tres días enteros (lunes: martes: miércoles) a que se calmaran los ánimos y los enfrentamientos entre estudiantes y policías cesaran y los almacenes pudieran reabrir sus puertas con toda tranquilidad. Quería ver una moto. Su moto. La imaginaba amarilla y negra, las altas ruedas con labraduras profundas, los guardafangos corridos hacia arriba, los manubrios muy abiertos, el aspecto íntegro de un saltamontes mecánico -porque era eso mismo-, y un motor tronante de 250 centímetros cúbicos.

Dos recuerdos recientes: el lunes por la mañana, el Maestro en su taller le dijo que, por el momento, ninguno de los conocidos tenía motocicletas a su disposición. Pero le dijo con los ojos sesgados, como pensando: «mentiroso, si ni sabes manejar una moto». Esa noche, en el billar, el Gavilán apenas si respondió con un gruñido cuando le pidió que lo ayudara a afanársela.

Las reticencias de sus amigos no le importaron: nadie conseguiría sacarlo de su sueño.

Porque las palabras del doctorcito, en la plaza del Hermano Miguel, habían venido a reavivarle una vieja idea que nunca se atrevió a poner en práctica. De pronto: urgencia y recuerdo, deseo y necesidad fueron lo mismo. De pronto, la moto ansiada en lo profundo, en alguna época de su vida, pasaba a ser el primer eslabón, el eslabón imprescindible, de una cadena de eventos que lo convertirían en un luminoso ángel blanco, en un millonario cabal y completo.

Y pensar que por poco no asiste a la reunión aquella. Y no porque creyese -como decía creer- que fuera un cuento más del Turco: no. Si el Turco no mentía y la reunión era cierta, como lo fue, había la posibilidad de que ninguno de los concurrentes, por el maldito lío de su poliomielitis, se convenciera de sus habilidades como asaltante de bancos. Corría, pues, el

riesgo de que lo excluyeran del proyecto. Y ése fue el miedo que lo retuvo en la puerta de los Abarrotes La Ermelinda, fiándole a la Luzmila, a pesar de sus promesas, unos cuantos tragos, abrazado a su guitarra pero sin ganas de tocarla, y dudando si ir o no a la reunión, mientras la Luzmila ensayaba sobre él, desmayadas miradas con sus ojos bizcos.

Tanto miedo inútil.

Porque la palabra *motocicleta* fue la salvación. Entró en sus oídos con la precisión de una vieja llave que giró, fácil y segura dentro de su cerebro, en una media vuelta perfecta que cambió lo imposible en posible, lo temido en ilusión.

Entonces, en esa mañana del jueves diez de enero, el Patojo, en pos de su motocicleta, estuvo deambulando por el norte de la ciudad.

Quería aprovechar lo que las emisoras calificaban de «tensa calma», «compás de espera», y otras expresiones similares.

No hubo tal. Cuando menos lo imaginó, el aire se llenó de gritos, gases lacrimógenos, tiros, llamaradas, humo.

Como tantos eneros, era éste un enero sangriento. Nadie parecía entender la razón por la cual, casi siempre en este mes (y en otros también), los precios subían. Eran más comprensibles los enfrentamientos entre policías y estudiantes, trabajadores y (a veces) militares.

En las afueras del zaguán (que poco a poco se había llenado de gente), se oyó un estruendo. Algo que estalló cerca. Después, el silencio.

Un hombre de sombrero negro y terno café dijo:

-Todos los gobiernos son igualitos.

Una vieja comentó:

-Pero los estudiantes son el colmo, como si el alza de los pasajes de los buses lo pagaran ellos y no sus padres.

-Lo que pasa es que no quieren estudiar -se arriesgó a añadir el Patojo. Pero luego calló. Sintió en su nuca, en su cara, como ascuas, las miradas de un par de muchachos que lo obligaron a callar.

Entonces cambió de opinión:

-Es que estos policías son unos desgraciados.

Pero otros ojos amenazantes le quemaron la cara.

EL MAESTRO

Eran las dos y media de la tarde. Un sol histérico mordía el techo de zinc del cuarto de baño. El muy maldito brillaba en un cielo equivocado, azul y puro, como si fuese de verano. La tarde del sábado empezaba lerda sobre la ciudad en calma. La mitad de sus habitantes se habían marchado a los pueblos cercanos, con preferencia a los del valle. Los demás dormían la borrachera del viernes, o estaban en el cine, o no querían hacer nada. Qué silencio. Qué soledad. Qué sopor, podía decirse. Las bullas políticas respetaban, como siempre, la tregua del fin de semana.

El Maestro conectó los alambres pelados y el agua borbolló dentro de la ducha de aluminio. Parecía una cafetera antigua. Armado de un jabón de ropa negro y un estropajo, entró en el vacilante chorro tibio. Y comenzó a sacarse de encima una semana entera de trabajo y el arduo partido de ecuavoley que (entre platos de hornado y sorbos de chicha de jora) acababa de jugar, como todos los sábados, después de la paga, con los operarios del taller.

-¡Rosita! ¿Qué fue? -llamó, resoplando el agua metida en la boca.

-Ya mismito voy, Segundo -dijo la Rosita con su voz infantil.

El Maestro se asomó sobre los vidrios de la alta ventana. Abajo, en el patio de tierra, estaba Josefina, *la muda,* entreteniendo a los cuatro guaguas. La cara aguzada, los ojos muy juntos, el cuello inflado por el coto enorme, Josefina era ya como de la familia. Una vecina se la había regalado a la Rosita y ella la acogió como todo lo que, de balde, llegaba a su casa: con gratitud y pragmatismo. La Josefina ayudaba bien en las tareas domésticas. Era pacífica, salvo cuando la visión de otro idiota igual a ella, quién sabe por qué, la enloquecía.

«De todas maneras es una suerte tener a la muda», se dijo el Maestro, pensando que gracias a ella, que ocupaba a los guaguas, la Rosita podía meterse a la ducha, a jugar con él al quién enjabona más al otro, el preámbulo consabido de las tardes muy especiales de los sábados.

Después del amor vendría el sueño, y después del sueño, a eso de las seis de la tarde, luego de tomar el chocolate con queso y delicados, moncaibas o aplanchados, todos se instalarían (él, la Rosita, los guaguas, la Josefina) a ver la tele en la cama matrimonial, convertida así en una especie de gran árbol de una familia de monos felices.

Ésa, por supuesto, no era la vida de un asaltante de bancos. Porque, sencillamente, el Maestro no lo era, y a decir verdad, no estaba muy seguro de llegar a serlo. Por lo pronto se sabía metido en el proyecto. Pero un poco de lado. Como a la expectativa. Él no era, como el Turco Antonio, un hombre de angustias ni premuras. Recibía las cosas con calma. Según y como vinieran. Dándose su tiempo. Ya llegaría el momento de tomar una decisión que sin duda, sería la correcta. Primero había que ver qué clase de persona era el nuevo amigo del Turco.

Aquello no fue, por cierto, lo que le dijo al Gavilán, el miércoles último, cuando muy intrigado fue a verlo en el taller.

De puro jodido, de puro vacilón, en el instante en que percibió la onda de disgusto que pasó de una ceja a otra del Gavilán, le exageró a su antojo las características del nuevo personaje que había aparecido en sus vidas.

-Se ve que el hombre sabe. Que es serio. Tiene la cara seria. Y habla sólo lo justo. Debiste venir a verle. Vos también te hubieras entusiasmado con él. No está jugando. Para nada. Hasta en la facha se le veía. Llegó con un terno azul y una corbata azul. Todo impecable el hombre. A la legua se le nota que no quiere perder el tiempo. Debiste venir Gavilán. No faltes la próxima vez. De este sábado al próximo. Qué autoridad, qué categoría que tiene el tipo ese.

No le dijo que su cara antes que seria le pareció triste. No quería aliviar el pique del Gavilán.

-¡Rosita! -llamó bajo las burbujas de la ducha.

-Ya voy, Segundo, ya voy -respondió, muy cerca, la Rosita.

El Maestro no paraba de reírse del gesto que hizo el Gavilán con su comentario.

En realidad se reía también de los chuscos avatares vividos en la última semana. Primero, lo del Patojo. Dos días clavado en el retén, acusado de ser un manifestante. Luego, el atraco que cometieron el jueves, en una casa de La Magdalena y que les dejó la increíble ganancia de cincuenta sucres por cabeza y dos artefactos inservibles, un radio y una cámara de fotos, que Don Nacho no quiso comprar.

El Maestro podía reírse, sí.

Porque a su vida aún no llegaba la incertidumbre. Porque en esa tarde, era una piedra muy firme, una piedra de basalto que emergía de entre un arroyo de alegres aguas. Una piedra oscura y pulida que brillaba con el sol. Un gran sapo que croaba en un estanque tibio.

EL GAVILÁN

Era como dar vueltas en redondo. Aún si había trabajos salían bien. Al final, de cualquier manera, siempre estaba la mediagua pintada de azul, agazapada entre las calles tortuosas del barrio de San Juan: el nido, el cubil, el espacio blando de Maribel, la buena Maribel que cuidada y protegía y esperaba su regreso con sus ojos amarillos abiertos en la madrugada.

Pero entonces las noches eran tensas y tenían un aire como de recogidas en sí mismas. Y era la incertidumbre, el miedo colándose por la garganta, apoderándose del estómago y los intestinos como un aguardiente rabioso. Eran las noches de las ganzúas y las cerraduras falseadas. Aquello de invadir ámbitos desconocidos y bucear en la tiniebla cuidándose de no tropezar. Aquello de abrir en la oscuridad puertas y cajones, y buscar y fisgonear, indagando, husmeando toda la vida concentrada en el aliento retenido; aquello de ir y venir en un recinto en donde todo es hostil, sintiendo como propios, allá afuera, del otro lado de la puerta rota, los

estertores del perro recién envenenado, y adentro, en cambio, absurdamente, el vaho denso tibio, el dulce, calmo, bello aliento de quienes duermen el sueño de su gloria, ajenos por completo a la furtiva febrilidad que los ronda y los esquiva como un fuego fatuo, como un fuego helado, como un fuego felino que no quiere atacar. Y de pronto: un vuelco en el corazón. Algo se ha encontrado: es un collar. No es un collar. Es una pulsera. No importa, también se encontrará un collar. Y más allá un anillo, y más allá un reloj de muñequera. Y si hay suerte, un fajo de papeles con olor a vinagre que él reconocerá y guardará en su bolso junto con el radio y la cámara de fotos. Y después huir, escurrirse, salir a la calle, el acto de salir a la calle como un nuevo nacimiento, la feroz alegría de encontrarse otra vez del lado de la luz, aunque ésta no sea más que un remedo, la pobre luz del alumbrado público, y aunque en el bolso no haya más que bambalinas y unos cuantos billetes para compartirlos con el Maestro y el Turco que han servido de campanas.

Era como dar vueltas en redondo en el interior de un círculo dibujado en un piso de tierra. Dar vueltas en redondo como un animal en una jaula. Imposible ir más allá del círculo. Imposible desprenderse de esa tierra, el territorio relegado, el territorio único, el lugar del exilio, pero en fin de cuentas el único territorio propio, que de cualquier manera tendría que defender si desde afuera algo nuevo e invasor lo amenazaba, si desde afuera algo o alguien no previsto, venía a cambiar su dibujo, venía a romperlo, a abrir salidas no previstas, porque si el círculo iba a romperse, tenía que ser desde su interior y desde su centro.

SERGI Y SU BANCO

Estoy inclinado sobre mi escritorio, mirando oblicuamente, a través de los vidrios del *mezzanine,* el gran salón de altas paredes, altas ventanas, altas mamparas de cristal biselado y piso de mármol blanco veteado de amarillo y negro. Sobre los zócalos relucientes de mármol gris se revelan, interminables, las hileras de vidrios protectores y los pequeños rótulos de las ventanillas de atención al público. Heladas lámparas fluorescentes esparcen su repugnante luz blanca en cada rincón.

Sobre la puerta de entrada de los empleados, está el redondo reloj eléctrico de manecillas sin punta. No marca los segundos. Avanza a saltos, de minuto en minuto. Gracias a él, he sentido en carne propia, la relatividad del tiempo. Es una costumbre pensar hacia el comienzo de la mañana, o hacia la mitad de la tarde, que se ha dañado. Pues no.

Salvo en los cortes de luz, nunca se ha dañado. Soy yo el que demora el brusco salto de su minutero. Sólo yo.

Faltan treinta y seis minutos para que sea la hora de salida. Hasta hace cinco años, hubo al final de la escalinata que viene del ala derecha del *hall,*

en el descanso de acceso al *mezzanine* de Contabilidad, un antiguo reloj de péndulo. Lo habían arreglado para que anunciara cada hora con una campanada (que resonaba larga, profunda, en el relativo silencio de las oficinas del *mezzanine).* Hoy, nada anuncia la hora de salida, salvo un callado salto de las manecillas del reloj del *hall.*

El viejo reloj de péndulo. La profunda campanada en el silencio. Al oírla, nadie dejaba de levantar la mirada de sus rubros y sus números.

Giro en mi silla giratoria. En el cajón entreabierto está el periódico de hoy Leo: «Jueves, 24 de enero de 1980». «Disturbios y pillaje en todo el país». «Todo el país en manifestaciones». «Consecuencias de una década de dictaduras». «Ligero temblor de tierra se sintió en la ciudad». A mi lado, Cuentabilletes (no sospecha que lo llamo así), en el escritorio vecino, me observa por sobre el cerco de sus lentes oscuros. Pobremente pulcro, el terno de casimir nacional apelmazado por los años (todos sus sacos muestran perniciosas lustraduras en los codos, pese a lo cual se resiste a usar la chaqueta de trabajo), la camisa de popelina ordinaria, la corbata lastimada en la parte del nudo por el roce de la barba, un anillo con monograma que le regalaron al cumplir los veinticinco años de servicio, el infaltable pañuelo en el pecho (un único cuadrado de seda estampada en varios colores, que puede ser doblado según sea el color que se quiera exhibir), Cuentabilletes es, sin discusión, un hombre grave. Indemne vive su empleo. Sus grandes preocupaciones giran en torno al clima, a su salud, al pésimo servicio de buses. Callado, austero, parsimonioso, eterno enfermo de rectitud, esta mañana lo vi descomponerse cuando llegó el diario. Lo vi luego buscar, como si sólo lo hojeara, el rincón siempre refundido en donde asoman las series premiadas de la lotería. Lo vi después guardar el diario y sumirse de nuevo en su trabajo, perderse en él. Le hablé en silencio, sólo con el corazón. Le dije: «Viejo, para qué quieres ya la lotería, ya no te hace falta, viejo, olvídate de eso».

El mote de Cuentabilletes lo endilgué yo, cuando él trabajaba en una ventanilla de cobros y de pagos. A raíz de una crisis de nervios que lo retuvo unos días en la sección psiquiátrica del hospital del Seguro, la gerencia lo transfirió aquí, al departamento de Contabilidad. La crisis le sobrevino mientras ordenaba sus billetes. De repente, alzó la vista, miró al cliente de turno (que también lo miró aterrado), y lanzó un alarido que retumbó en el amplio *hall;* luego, presa de fuertes convulsiones, terminó desmayándose. Fue la única ocasión, en veintiocho años de servicio que perdió, y de qué modo, su compostura habitual. Digamos que ese grito necesitó veintiocho años para incubarse bien.

Cuentabilletes es un poco lento en sus nuevas funciones. Al comienzo pensé que esa impericia suya iba a beneficiarme con un ahorro de trabajo: si demoraba sus rubros, yo tendría menos cifras que chequear. Después comprendí que eso es peor: alarga el tiempo de mi trabajo, retiene los saltos del bendito minutero. El tiempo así, en esa manecilla recta y sin punta, es un líquido amarillo y espeso que se resiste a gotear.

Giro otra vez en mi silla giratoria. Sobre la fórmica negra del escritorio está el libro rayado en azul y rojo. A un lado, la vieja calculadora manual. Hago mi trabajo sin mayor esfuerzo. Es como si lo soñara.

En verdad, lo sueño. Yo no estoy aquí. Aquí sólo están mi desdén y mi embotamiento.

Embotado por el trabajo, por los cigarrillos cuyos restos colman el cenicero, por este aire denso, por esta luz helada: quizás este embotamiento *diurno* sea mi real manera de dormir.

Es inevitable ver, a través de los cristales del *mezzanine,* la sección Control. Es inevitable descender la vista (con el suave movimiento de un ave que planea) sobre el escritorio de la señora Antonieta.

Cincuenta y tres años, divorciada hace quince, es a pesar de su carácter afable y de sus bromas, la figura misma de la soledad oculta, de la soledad secreta, de la soledad disfrazada. Lo comprendí un mediodía, en un paseo organizado por la Cooperativa de empleados. Bajábamos hacia un paraje muy verde, de un verde muy intenso: un prado, una hilera de sauces llorones a lo largo de la orilla de un río que corría sobre un lecho de piedras claras. Entre cánticos y bromas, alguien le hizo a ella una pregunta de borracho: «¿Qué es para usted la felicidad?». Y la señora Antonieta, sin dejar de sonreír, le contestó: «La felicidad es sólo cosa del pasado, nunca del presente». Pero dijo aquello, hundiendo la mirada por el lado de los árboles, mucho más allá de las cristalinas aguas del río, mucho más allá, como buscando en todo aquello que no miraba, ese preciso trozo del pasado que ahora podía, al fin, salvarlo, recuperarlo como un tiempo feliz, aunque entonces no lo supo ni pudo saberlo, que fue un tiempo feliz.

Es inevitable detenerse a ver (a otear como un ave invisible que se posara al borde de un acantilado invisible) el escritorio de la señora Antonieta. Hace tres años, ese escritorio lo ocupó una muchacha muy joven. Ella fue el gran entusiasmo repentino de Sergio. Irrumpió en su tedio como una llamada intempestiva. Como si del otro lado de una estrecha ventana, un coro juvenil entonara la canción de la alegría. La muchacha terminó su mes de prácticas y se fue del banco. Pero Sergio continuó encontrándose con ella, asiduamente, durante un año entero. Y un día ya no la vio más.

Sergio lo reconoce, nunca fue un marido muy fiel. Un poco a su pesar. Un poco por culpa de la época. Un poco por causa de esos instintos suyos que nunca quiso reprimirlos bien. Por tal razón, en las mañanas y en las tardes, al marcar su tarjeta de entrada o de salida del banco, encuentra el rostro (pícaro a veces, a veces azorado) de alguna secretaria, compañera furtiva de una noche de viernes, celebrada al resguardo de una oscura luz.

Pero esos rostros, sombras de sombras, son sombras de contraste: le sirven para resaltar en la memoria de un muerto amor, el tierno rostro de la muchacha practicante.

Escúchame en tu tumba viejo Dios: hasta cuando llegó esa muchacha, nunca Sergio imaginó todo el ansia de vivir qué guardaba su callado corazón.

Otro minuto. En el escritorio que queda al frente de la puerta de entrada de la sección Contabilidad, trabaja un hombre ya maduro que vive su propio infierno. Quiere, sin esperanza, llegar a ser el jefe de la sección. Pequeño, moreno, calvo, cuando sus conspiraciones fallan, se hunde en grandes letargos. Es el hombre de las frases tipo: «la institución», «el deber cumplido», «el principio de autoridad». De tiempo en tiempo se llega a la

oficina de uno de los subgerentes. Entonces es fácil adivinarlo entiesando en el cuerpo una compostura solemne y preocupada y cambiando las «erres» arrastradas suyas, por unas «eres» impecables, de ocasión, vibrantes como los martinetes de los timbres, y buscando las palabras adecuadas para atenuar lo que, de todas maneras, los ejecutivos consideran (porque es así) chismes sin importancia, que en nada afectan «la confianza depositada» por ellos en el actual jefe de sección, el rosado, redondo, rozagante jefe de sección, como subalterno sumiso y responsable.

Bajo el *mezzanine,* al fondo del pasillo, se encuentra la bóveda del banco. Tiene una gran puerta blindada en la que resaltan el volante y los discos de las combinaciones. En horas laborables se halla abierta. Sólo las dos rejas interiores permanecen cerradas. Al lado derecho de la bóveda está la oficina del cajero, el señor Ruiz. Pausado, risueño a veces, imbuido de cierta importancia burocrática que mitiga con una cortesía un poco atropellada, parece haberse señalado la tranquilidad como meta, o como límite. Sin embargo, uno puede descubrir, a través de la inquietud de sus ojos, que un hombre distinto vive bajo esa máscara apacible.

Por una asociación de ideas, acaso no muy lejanas, la mención del cajero me trae a la memoria otra figura singular. Se trata de uno de los guardianes del banco. A diferencia de sus colegas, dos ex policías y un ex soldado, de él no conozco ningún antecedente. Ni alcanzo a imaginármelo tampoco. Solo, callado, preso de su paseo rutinario, lo veo ir y venir frente a la puerta esquinera del *hall.* No saluda ni conversa con nadie. Tiene el rostro severo, adusto, impenetrable, de quienes viven volcados hacia su propio interior. Yo no sé si sus compañeros sospecharon alguna vez el absurdo de sus vidas, consagradas a cuidar y proteger lo que no les pertenece. Pero hoy en la mañana, cuando enfrenté, sin quererlo, la glacial mirada de este extraño hombre taciturno, no pude dejar de pensar, por un momento, que él había hecho suyo aquel absurdo. Que entendía muy bien su misión. Que la amaba a su modo. Y que su largo silencio no era otra cosa que una larga espera.

Yo podría hablar de muchos otros empleados. De los jóvenes que quieren formar el Sindicato. De los esbirros del Comité de Empresa.

Pero yo podría hablar durante horas de los gerentes. Y del Directorio entero del banco. Y de los accionistas de difusa faz. Son seres voraces. Lo sé por el sueldo que me pagan. Lo sé por los buenos negocios que hicieron durante la dictadura pasada (Y que seguirán haciendo, como los han hecho siempre).

Pero Sergio no es, por cierto, la persona más indicada para juzgarlos. No los juzga. Sergio, el solapado, el encubierto, el desconfiado, sólo quisiera saber ¿en virtud de qué lógica, de qué justicia, por cada sucre que él gana, vendiéndoles su vida, ellos ganan cien veces más?

Dime viejo Dios: ¿Qué hace Sergio metido entre esta gente?

Miro de reojo a Cuentabilletes. Él también ha acabado su tarea de hoy. Y también le sobra un pequeño tiempo muerto. Como todos en esas circunstancias, como yo mismo, se engaña: guarda sus esferográficos, el lápiz bicolor, el lapicero de punta fina, arregla los cajones del escritorio, tira papeles en el cesto de basura, limpia una y otra vez sus lentes verdes. Cuando lo descubro así, no puedo dejar de pensar en ese pavoroso grito de hace un año. Esa fue la campanada suya en su silencio.

La sorpresiva campanada en el silencio: el intempestivo amor que inventa un corazón agobiado: el temblor de tierra que estremece una ciudad: la irrupción tumoral que asoma en una tersa piel: el grito de un oficinista exhausto: todo aquello se va larvando en secreto, muy adentro, y de repente aflora incontenible.

Ésa es la ley del mundo y la delicada red del pensamiento de los hombres no podrá contenerla jamás.

Y otra vez la ley se ha cumplido en mí: de improviso, en la noche de Navidad, una idea nueva e insospechada estuvo en mi cerebro. Como un geiser en un desierto, aquello existía ya, vívidamente, existía ya. Aquello que en principio creí que se trataba apenas de una historia no-escrita, el fabulado atraco tramado para llenar un insomnio estaba ahí: como la única salida, como la salvación posible de mi vida equívoca.

La pregunta no era si yo tendría el valor de hacerlo. En la lucidez de aquel insomnio no había lugar para ese tipo de detalles. La pregunta era: ¿Cuánto tiempo más sería capaz de soportar ésa mi vida equívoca?

Queridos amigos: de verdad de verdad os digo, que esa noche de Navidad voté en favor de la vida.

Tantas veces no había sido así.

Bastaría recordar el ciego impulso que me obligó a abandonar mis estudios de leyes y el despacho de mi hermano mayor y me trajo a este banco (en el exacto gesto del animal perseguido que escarba una madriguera en la tierra).

Por esos días, mi padre, con su jubilación, había dejado vacante su cargo. Por esos días, según recuerdo, un tipo paranoide me acosaba en el despacho para que me consagrara a un juicio suyo que, según él, ya llevaba seis años sin sentencia. Por esos días, un olvidado compañero de mi casi olvidada adolescencia subversiva, había sido condenado, sin apelación posible, **i** ocho años de reclusión mayor, por un confuso incidente en el cual, conforme a las versiones oficiales, él había matado a un guardia al tratar de arrebatarle su arma.

Que no se entienda mal: eludir un torvo futuro leguleyo fue una sabia decisión. Si de todas maneras Sergio iba a perder su vida, no iba a perderla entre pleitos y peleas de compadres.

O entregándose, sin chistar, a los ricos y al gobierno, como lo hicieron, con mediano éxito, sus hermanos, fieles lectores de Dale Carnegie y Paul C. Jagot.

Ése tampoco era el camino de Sergio.

Había otros, claro.

Pero Sergio, en el fondo, no quería ningún camino para él.

Quería que lo dejaran tranquilo, eso era todo. Ya lo dijo.

Lo que aún no se entiende, ni deberá entenderse todavía, porque pertenece a los dominios de lo oscuro, de lo misterioso, en última instancia de la muerte, fue su impulso de buscar una cárcel por refugio, ese impulso suyo

de no-ser, ese impulso de repetir, en el mismo odiado banco, la oscura vida de su padre.

Porque aquella vez sí votó en favor de la muerte.

No debió hacerlo. Ahora, a los treinta y tantos años de edad, lo sabe bien. Porque, después de los treinta años, Sergio adquirió a golpes de insomnio, otro conocimiento del mundo.

Ahora sabe lo que quiere: no trabajar, no tener obligaciones, abandonarse a sus deseos y a sus instintos. Quiere vivir.

¡Y que lo dejen tranquilo con todo eso!

Quiere salir del cuarto en el que lo encerraron desde que tenía seis años de edad, allá en la época del disfraz del hombre lobo.

Quiere saltar por la estrecha ventana, ir hacia el coro vivaz que desde el otro lado de ella, lo reclama. Ésa será la campanada suya en su silencio.

Al banco le espera, pues, *el día menos pensado,* también una campanada en su silencio.

Otro salto de la manecilla del reloj del *hall.*

Hablaré, en ese minuto, de mis posibles secuaces. Son como los imaginé, unos pobres diablos. Quizás otro Sergio en otra ciudad (grande y violenta) pudiera buscarse un lumpenaje «mejor». Son lo que tengo a mi alcance. Pero son también unos desesperados. Con excepción quizá del mecánico. Y, en estos casos, la desesperación no deja de ser una garantía.

Otro salto de la manecilla.

Cabe una pregunta: ¿Escucha Sergio (todavía) (como el zumbido de una mariposa moribunda y medio destrozada que aletea entre las hojas secas de un bosque) el rumor de algún escrúpulo moral, por lo que va a hacer? La respuesta es no. Sergio ya no tiene escrúpulos de conciencia. Se le acabaron cuando sus padres, sus verdaderos padres huyeron dejándole, como sustitutos, un par de viejos que ya no imponen ni exigen nada, aparte de un poco de ternura y un poco de compasión. Ah, sí, y el mal ejemplo de *una vida honrada,* cuyo alto costo, lo tuvo que pagar también Sergio, el descreído.

Otro salto.

Sergio ha descubierto para su mal, que bíblicamente hablando, *el tiempo del trabajo es el tiempo de la condena.* Se repite y multiplica de una manera muy diversa. El oficinista que espera ansioso la hora de salida de su oficina, o el fin de semana, o sus vacaciones anuales y más tarde su jubilación, y el preso que cumple una condena fija, comparten la misma espantosa paradoja: en nombre de la vida, quieren que el tiempo pase, sin percatarse de que así el tiempo que anhelan perder, es el único tiempo suyo, el tiempo de su vida, un tiempo que nadie les podrá devolver. Un día lo descubren, y entonces ya no pueden dormir en paz.

Otro salto de la manecilla.

El último minuto empieza lerdo, a discurrir.

EL PATOJO GONZALO

Con tres semanas de anticipación habían empezado los juegos del carnaval. Pero el Patojo, en ese sábado 9 de febrero, prefirió quedarse en su casa, ensayando las canciones de Daniel Santos, Alberto Beltrán y Alci Acosta que un vecino suyo le había pedido que cantase en las vísperas del santo de una Lourdes del barrio. Todo hubiera sido muy fácil si el vecino no se encaprichaba en eso de que las últimas canciones del sereno, *Virgen de medianoche* y *Cautiverio,* debían ser cantadas en el mismo estilo de Daniel Santos, con los mismos golpes de voz que hacían de cada sílaba un nuevo comienzo, y con esas «aes» finales que se resolvían en unas «oes» tremolantes.

Pero el ensayo del sereno no fue sino un pretexto. En realidad, se quedó en su casa para evitar las tentaciones del carnaval. En cada año, por esas fechas, como todo el mundo, él también se enloquecía: lanzaba globos inflados en los grifos, embadurnaba de harina a cuantos se le acercaran, tiraba huevos y baldes de agua, a veces, con anilina. Aquella costumbre popular era tan fuerte que hasta las bullas políticas parecían ceder ante su embrujo. Aquella costumbre venía de tan adentro y de tan lejos, que las amenazas y los encarcelamientos del intendente poco podían para «civilizar el salvaje juego», como decían los periódicos.

Pero en el Patojo estaban todavía muy frescos los dos días que pasó encerrado en el retén (golpeado en las costillas y roto la cabeza), por causa de las manifestaciones.

Era preferible evitar riesgos innecesarios. Evitarle motivos a la mala suerte. No fuera a ser que lo encerrasen de nuevo, ahora por carnavalero.

El doctorcito había sido muy enfático en la reunión del 19 de enero, tres semanas atrás, la primera en la que estuvieron todos presentes y puntuales. Les había advertido que no se buscaran, en adelante, el menor problema con la Policía (y daba por descontado que sus rabos de paja no eran nada cortos).

La reunión propiamente dicha, se efectuó dentro del Volkswagen de uno de los incautos clientes del Maestro. Junto a él, que guiaba en silencio, el doctorcito, o mejor, el Doc, como ellos empezaban a llamarlo, en virtud de un consenso que nadie buscó ni puso en duda luego, medio inclinado sobre el espaldar de su asiento, hablaba como un profesor. Y sólo respondía a las cosas que quería responder. Así les explicó que no se trataba de asaltar las ventanillas del banco, sino también su caja fuerte, la cual, por obra de un mecanismo eléctrico, se abría a horas determinadas y con una clave especial que sólo dos de los personeros del banco la sabían. Ahí, aparte de millones y millones de sucres, había dólares y quién sabe qué más, suficiente para enriquecer hasta a los tataranietos de cada uno de ellos. Dijo

todo eso, pero dijo también que el nombre del banco y la fecha del asalto se los guardaba para sí. A su debido tiempo les enteraría de cada detalle. Paso a paso. Y añadió algo que les alarmó a todos, sobremanera al Gavilán: que la preparación del asalto les llevaría varios meses muy bien trabajados.

-Necesitaremos dos hombres más. Elíjanlos bien -recomendó.

El Volkswagen, con sus cinco pasajeros, trepaba por las escarpadas curvas que llevan a los tanques de El Placer. Y aquello era como un vuelo en un avión antiguo. La ciudad, allá abajo, parecía girar sobre sí misma, oscura, también escarpada, a cada momento un paisaje diferente, colmado de luces ásperas, blancas, amarillas, azules, rosadas, que huían como a saltos, en bruscos zig-zags por entre las colinas y las hondonadas.

Y mientras el Maestro forzaba cuanto quería la máquina del escarabajo, el Doc les hablaba de los principales materiales que iban a necesitar para realizar el asalto: dos motocicletas en muy buen estado, una furgoneta mediana, un automóvil grande, dos pistolas, una metralleta, una carabina recortada, una casa en las afueras de la ciudad, una cierta cantidad de dinero para financiar el alquiler de la casa (y tal vez la compra de las armas), amén de los otros implementos menores que ya se irían precisando en las siguientes reuniones. En cuanto a las motos y la furgoneta, no les queda más remedio que conseguirlas de cualquier manera, pero a su debido tiempo, sin apresuramientos, a menos que la ocasión de obtenerlas se les presentara muy propicia.

-Si todo resulta bien, como tiene que resultar -añadió carraspeando las palabras-, no habrá tiros, ni sangre, y el hecho en sí, no durará sino unos minutos.

Un silencio enorme, como la noche misma, siguió a las indicaciones del Doc. Como si aquellos minutos, todavía imaginarios, que les aguardaban en un fulgurante punto del futuro cercano, fueran los últimos minutos del Juicio Final, tan intensos y poderosos que opacaban cuanto estuviese antes o después de ellos.

Por fin, el Volkswagen coronó la loma de El Placer y bordeó el edificio de los tanques de agua, sus viejos postes verdes, del siglo pasado, y esos faroles mortecinos como salidos de una película del cine mudo.

-Caminemos un rato -propuso el Patojo, cuando, oprimido entre el Gavilán y el Turco, empezó a asfixiarse, a sentirse atrapado dentro del auto.

Y salieron. El Maestro había detenido el Volkswagen al borde del precipicio. Desde allí, la ciudad era un conjunto de remiendos absurdos, pegados sin orden ni concierto sobre un fondo negro: muy arriba, al lado izquierdo, la gran ladera del Pichincha con un enjambre de casas que nadie podía entender cómo se sostenían en ella. Al frente, la loma de El Panecillo y la virgen con alas, iluminada por una intensa luz de sodio, y detrás, la ciudad del sur, plana y monótona. Al lado derecho, muy abajo, el crispado Centro, sus laberintos coloniales, sus campanarios y plazas.

Y al fondo del precipicio, bajo sus pies, como una inmensa tarántula agazapada lista para devorarlos: el penal García Moreno con los fúnebres pabellones dispuestos en forma de estrella.

El hijo de puta del Maestro, en un ímpetu típico de su carácter de indio impredecible, había parqueado el escarabajo (hecho el desentendido, pero con toda la mala leche del caso) justo ahí, sobre el penal, para que lo vieran bien, y ahora como si nada, se ponía a caminar con el Doc y el Turco Antonio, mientras él y el Gavilán los seguían callados, cada cual en lo suyo.

La noche era fresca y sin bruma. Nadie, aparte de él, parecía haberse percatado de la silenciosa advertencia del Maestro. Porque nadie comentó nada. En un momento el Doc se detuvo: por lo pronto quería asignar las primeras responsabilidades.

-Usted y usted -les dijo a él y al Gavilán, que no recibió de buena manera la recomendación- deberán aprender, si no lo saben, o practicar, el manejo de una moto, lo más pronto posible. Ustedes, en cambio -añadió refiriéndose al Maestro y al Turco-, empezarán a estudiar la forma de procurarse las armas y la casa que, para evitar sospechas, tendremos que arrendarla con mucha anticipación. Del financiamiento trataremos luego.

Arrimado a la baranda de gruesos tubos, de espaldas a la ciudad, la voz reseca en la garganta, el Doc había perdido el aplomo, la convicción que mostró mientras estuvieron en el auto.

Se quedó callado. Como hablándose por dentro. Y quizá fue un presentimiento maligno lo que le interrumpió de ese modo. Y pasó un minuto. Y entonces, abruptamente, dio por terminada la reunión.

-Es suficiente por hoy -dijo-. Podemos irnos. Nos reuniremos cuando termine este alboroto del carnaval. El miércoles de ceniza está bien. A las diez de la noche. En el mismo lugar. Y tal vez valga la pena venir hasta acá. Es un buen sitio para conversar sin contratiempos. Para ese día ya cada cual habrá adelantado su misión.

Calló de nuevo. Pero no se movió de su baranda. Y ninguno lo hizo tampoco. Y fue un abismo lo que hubo, en ese momento, entre ellos y el Doc. Faltaban palabras, faltaban explicaciones, faltaban preguntas. Un abismo tan real como aquel otro que se abría a sus pies: el cúmulo de lo no dicho; lo que el temor, la desconfianza, la falta de fe, la incertidumbre, y hasta la fatiga no dejaban decir.

Y cada cual, metido en sus mundos, dejaba correr los ojos vacíos por el paisaje de la ciudad.

Y entonces, al Patojo se le ocurrió pensar que él y ellos, los cinco, incluido el Doc, eran como una convención de gatos encaramados en un alto tejado, que miraban sin comprender la forma fantástica de la ciudad, porque, obligados como estaban a soñar su sueño de cazadores nocturnos, no podían hacer otra cosa que mirar, y mirar sin comprender, esa forma fantástica que se descolgaba desde todos los rincones (de los montes, del cielo negro, de la noche misma) como una red, como una trampa, de la que no sería fácil escapar.

Y el Patojo pensó lo que los otros también estarían pensando: que ahora sí, de verdad, tendrían que vérselas con (o contra) esa ciudad que los había atrapado de maneras diversas.

Porque esa ciudad, llena de nudos y ángulos, estaba hecha como una red.

Porque esa ciudad, quebrada, brusca, trágicamente bella, estaba hecha como una trampa.

Porque esa ciudad había sido diseñada por el mismo sufrimiento (y las pobres piernas del Patojo lo sabían bien).

Y, sin proponérselo, bajó la mirada hacia el lado de la avenida Veinticuatro de Mayo, el polo pobre de Quito, allá, en la base de la loma de El Panecillo.

Y casi se muere de susto cuando, en ese instante, el Turco (a lo mejor eran ciertos sus poderes telepáticos), sacó su largo brazo huesudo y peludo por entre los pliegues del poncho blanco y dejó que su mano cayera en dirección a la avenida.

-El periódico dice que van a remodelar la Veinticuatro, que van a convertirla en vía de circulación rápida. Estarán locos.

El Turco había hablado porque alguien tenía que animarse a hacerlo: hablar de otro asunto que no fuese del asalto. Aunque el tema, en apariencia, no viniera al caso.

-¿Y qué va a pasar con la gente? -se preguntó el Maestro, como preguntándose dos cosas distintas con las mismas palabras.

-Que se van a joder todos. Y bienecito -irrumpió el Patojo, en un rapto de rencor autosuficiente hacia el lugar en el que habían ocurrido los hechos más importantes de su vida; en tanto imaginaba la pala mecánica de un *bulldozer* descomunal que se llevaba, de una sola arrasada, los indios, los mercachifles, los cargadores, los desocupados, los prostíbulos, las cantinas, los puestos de ventas (el de su madre también), y que si no lograba irse pronto de allí, terminaría por llevárselo a él inclusive, junto con todas las baratijas que hacían de ese, su mundo, el mundo único, inequívoco, de la vieja avenida.

El Doc no dijo una palabra. Pero se inclinó sobre la baranda.

Entonces el Gavilán, taciturno, hecho el difícil, conforme lo estuvo durante toda la noche, sin abrir la boca, con las manos metidas en los bolsillos de su chompa de cuero, se encaminó hacia el Volkswagen.

Uno tras otro, lo siguieron todos.

El último en entrar al escarabajo fue el Maestro. Tuvo problemas con el encendido. Y arrancó con el brusco salto de un embrague mal ensamblado.

-¡Cuidado! que nos vamos a caer en el penal antes de hora, ¡y con auto y todo! -chilló el Patojo con la voz que ponía cuando una broma súbita se le venía a la mente.

Y todos rieron. Hasta el Gavilán.

Y de nuevo el escarabajo tomó la amplia curva del edificio de los tanques. Y empezó a bajar. Y de nuevo fue la sensación de volar sobre la ciudad. Pero ahora en una avioneta briosa y moderna. Entonces, de un modo natural, volvieron al tema del asalto. Pero esta vez, eludiendo el instante vertiginoso de su realización concreta, porque de eso ya nadie quería hablar, sino de los resultados, felices sin duda, según todos lo sabían ya, exceptuando, acaso, el Gavilán, que no dejaba de mostrarse malhumorado y bronco como siempre que le venía el demonio, pero él era así, y qué se le iba a hacer;

máxime si su pesadumbre no le contagiaba ni siquiera al Doc, que ya comenzaba a tomar confianza con ellos y a arriesgar alguna broma oscura y difícil de entender; hablar sí de los resultados espléndidos del asalto, de los millones que en la vida entera no alcanzarían a gastarlos; hablar así, de eso, mientras el escarabajo se deslizaba por la pendiente de El Placer, descubriendo, cada tanto, más allá de la loma de San Juan, un ángulo de la ciudad del norte, la elegante ciudad que al menos al Patojo parecía llamarlo con una insistencia casi desesperada, mientras él le decía con la mente encendida de amor: «ya voy, espérame, ya voy, ya mismito voy, y voy a comprarme, para comenzar, una casa gigante, llena de jardines y salones» (idéntica a la casa de su recuerdo, o de su sueño, daba igual, que conoció cuando una jorga de ángeles lo raptaron de la avenida y lo llevaron allá, a la casa gigante de su sueño, o de su recuerdo, o de su cielo, el pórtico necesario, desde entonces, de cualquier rollo que quisiera parecerse a la felicidad).

Al siguiente día de la reunión de El Placer -domingo en la mañana-, el Patojo ya estuvo frente al parque de El Ejido, alquilándose una estropeada Yamaha y pagándole al muchacho del almacén unos cuantos sucres para que le enseñara a manejarla poco a poco y con paciencia.

Hubo algunas dificultades: el equilibrio, el lío de las marchas, el pedal de arranque que tenía que empujarlo con una mano. Pero luego de casi tres semanas de prácticas, podía decir que ya sabía manejar (con unas, cuantas magulladuras, es cierto) una motocicleta.

Para pagarse tales gastos, los serenos que tenía que cantar, primero a la Lourdes del vecino, y después, el 14 de febrero, por el día de los enamorados, le caían de perlas. Sin contar con el beneficio adicional de que sus ensayos le distraían de los acuciantes guiños del carnaval.

Equipado de estas razones, el Patojo tomó otra vez la guitarra (que no dejaba de cerdear, pese a los constantes reajustes) y se puso a entonar *Virgen de medianoche,* concentrándose en una puta ranflera de la Veinticuatro de Mayo, que hace un montón de años, cuando tenía catorce, lo embrujó con sus malas artes. Pensando en ella era más fácil cantar esa canción. Y más fácil imitar la voz de Daniel Santos.

Señora del pecado luna de

mi canción mírame

arrodillado junto a tu corazón.

Ahora bien, ¿tanta aplicación y cuidado, no se debería sino al simple hecho de que el viernes último, al mediodía, su madre había recibido la visita (visita = inspección periódica) del Chillanes, el antiguo colega del Patojo en su época del Ministerio de Gobierno, convertido en la actualidad, en pesquisa del OIC?

EL MAESTRO

Parecía no haber amanecido. Un cielo bajo y revuelto no dejaba pasar la luz de la mañana. El invierno, contenido, retrasado en meses, comenzaba a cundir sobre la tierra, convocando sus fuerzas oscuras. Durante toda la noche anterior se desató una tempestad de truenos y relámpagos: roncos clamores, heladas ráfagas violáceas, ecos interminables que reventaban en cada monte de la cordillera, propiciando en los corazones somnolientos un despertar de bestias remotas: los más arcaicos miedos.

Y ahora, ese amasijo de nubes vastas que se movían lentas, amenazadoras, profundas, fúnebres, como al compás de una música maligna, como si ellas mismas encarnaran los graves acordes de órgano de un oficio de difuntos: girones blancos que se desplazaban sobre un fondo de sombras agrupadas en pesados cúmulos, que sólo a ratos dejaban entrever el destello de plata vieja de otros vapores menos densos.

El Maestro, quien compartía con el Turco Antonio su aversión por la lluvia, exploraba ceñudo ese cielo de febrero transformado en un infierno al revés, en donde hervían sustancias maléficas, gases corrosivos, mezclas ponzoñosas.

Ese cielo advertía. Ese cielo amenazaba.

Los operarios de la mecánica, y sobre todo el Pingo que lloraba aporreado en un rincón, atribuían el malhumor del Maestro a las molestias que la inminente tormenta causaría en el taller: el piso inundado, el lodo ensuciando los motores de los autos, un día entero (o más) de trabajo perdido.

Pero el Maestro no pensaba así. Una pena distinta le iba a traer el invierno. Lo presentía: estaba viviendo las vísperas de que otro grupo, de los tantos a los que había pertenecido en su vida, terminara desbaratándose.

Vista desde cierta perspectiva, su vida había sido un continuo entrar y salir de grupos. Impelido por una fuerza superior a su razón y su experiencia, perseguía en ellos el viejo sueño de la comunidad primordial, en la que uno fuese a la vez, uno y muchos, y la verdad de uno, la verdad de todos, y el sentimiento de ser, el mismo que el de pertenecer: la comunidad aquella en donde la soledad y el marginamiento no existiesen jamás.

Primero fue su infancia en un pueblo perdido; luego, ya en la ciudad, sus días de aprendiz en los talleres del viejo Cauca; luego, las distintas jorgas de barrio, las ligas, los clubes deportivos. Pero siempre (y al mismo tiempo), un grupo muy especial de amigos con quienes compartía los asuntos nada públicos, aventuras secretas, pequeños robos, estafas, que para él tenía más valor como motivos de integración estrecha, solidaridad urgente, afán gregario: todo eso que hace que la tribu sea más tribu en el momento de la guerra o de la caza.

Sería culpa de los astros, de la mala suerte, de las estaciones, del cambiante mundo, lo cierto es que ninguno de esos grupos había logrado sobrevivir por mucho tiempo. Siempre, desde luego, era posible echarle la culpa a alguien del desastre final: tildarlo de ambicioso, loco, resentido, apresurado, come-mierda, intrigante; cuando, en el fondo, cualquiera de esos calificativos podía recaer en cualquier otro ex miembro del grupo, o mejor, en su soledad irremediable, que no permitía que *su verdad* fuese, por mucho tiempo, la verdad de todos.

Se sabía, se olía en el aire, se presentía: la discrepancia entre sus amigos de ahora le iba a dejar otra vez sin grupo.

En la mañana que siguió a la reunión del Miércoles de Ceniza, el Gavilán vino a verlo en la mecánica.

-Ese Doc es una mierda -le dijo-. En su perra vida habrá matado una mosca. Además: ¿tanto misterio, para qué? Que no decía su nombre, que no indicaba el banco, que no la fecha del tal asalto. Toma su billetera. Decile que se le cayó en el auto. Allí están todos sus nombres y apellidos, su cédula de identidad, su carnet de empleado, la foto de su mujer y su guagua, la de sus padres y cuatrocientos cincuenta sucres, todo lo que ese pobre cojudo es.

El Maestro recibió la billetera y recordó que en la reunión de la noche anterior -esta vez embarcados en una Ford Curier doble cabina-, el Gavilán se había sentado junto al Doc.

-Decile también -concluyó el Gavilán- que nos abrimos del negocio. Y que vaya a ver mejores películas que las que ha visto en la tele. Ve, Maestro: nosotros asaltamos la joyería esa, una noche cualquiera. Sin tanta complicación la limpiamos y basta.

Una semana después de la visita del Gavilán a su taller, un gran rencor le torturaba al Maestro. Rencor hacia el Gavilán por lo impositivo y mandón que era. Rencor hacia el Turco y el Patojo que no querían saber nada de la joyería y seguían encandilados con las promesas del Doc. Rencor hacia ese Sergio que había venido a trastornar al grupo. Rencor hacia sí mismo por ser capaz de tanto rencor.

Y aparte del rencor, una gran pena. Una pena que sólo las nubes invernales que danzaban sobre su cabeza eran capaces de acompañar debidamente.

EL GAVILÁN

Porque sus amigos no eran sino unos cobardes y unos hijos de puta, el Gavilán, vuelto una furia, iba como un vendaval por las calles, bufando y maldiciendo. Torrentes de rabia le estragaban el cerebro, le desquiciaban por dentro, le revolvían. Un odio hecho de ácido y plomo derretido buscaba abrirse paso a través de su hígado, su estómago, sus intestinos. Debió

matarlos. Cortarlos en pedacitos y dárselos a los perros. El asco lo detuvo. La compasión acaso. Pero ya no los volvería a ver. Nunca más. Por imbéciles, por cobardes, todo había terminado con ellos, con el billar, con el barrio de El Aguarico. Avanzaba rápidamente. Pasos largos y veloces. El frío viento de marzo le golpeaba el rostro y parecía desgarrarle la garganta reseca. La roja camisa, humedecida por el sudor y la garúa, se le pegaba en la espalda. Al momento de cruzar una calle, escuchó, a su lado, un violento chirrido de frenos. No regresó a ver. No le importó. Aparte de la necesidad inmediata, urgente, de descargar en cualquier cosa, toda la ira que lo dominaba, no le importaba nada. Ni los autos ni sus chirridos. Llevaba la mano lastimada por el puñetazo que dio en una pared. Pero no fue suficiente. De ninguna manera fue suficiente. Unas cuadras atrás, volcó la palangana repleta de rodajas de pina de una vendedora ambulante que se cruzó en su camino. Y eso tampoco fue suficiente. Y ahora iba con la rabia endurecida en el rostro. Peatones y vendedores, al verlo así (como él se veía), atorrante y matonil, el cuerpo inclinado hacia delante, como hendiendo el aire, el amplio bamboleo de los brazos en actitud de alerta, retrocedían recelosos para dejarlo pasar.

-Alarmas, tienen alarmas -le había dicho el Turco, como hablándole por detrás de sus ojeras azules. Y él se había callado. La furia empezaba a formársele dentro. Pero se había callado. Eso fue la noche anterior, en el billar. Ahora venía de la mecánica del Maestro, quien no estuvo en la reunión.

-Nos podemos morir carbonizados -dijo el Patojo. La broma no le resultó. Estaba demasiado nervioso y aturdido como para que le resultasen sus bromas. Jugueteaba con las cuerdas de su guitarra. Al muy majadero no se le ocurrió otra solución. Había traído la guitarra para parapetarse con ella; para decirle, por ejemplo: «Oye, Gavilán, esta noche tengo un compromiso», o cualquier otra mentira igualmente idiota.

-No, Gavilán. Muy malo. Eso no se hace, Gavilán. Ahora, a eso de las seis de la mañana, vino el Patojo medio ensangrentado y me lo contó todo. Estuviste muy mal. No debiste proceder así -le dijo el Maestro, en la mecánica, entre compungido y consejero, al tiempo que limpiaba distraídamente, con un pedazo de guaipe y empapado en gasolina, un cilindro dentado. Pero lo dijo con un tono calculado, teatral. Sucio de sudor y de mugre, embutido en un overol manchado de aceite, quería mostrarse (a sí mismo, más que al Gavilán) paternal y magnánimo, importante y bueno.

-Comprende, pana —dijo el Turco alisándose las greñas que le cubrían la frente-, esas vitrinas tienen alarmas y cuando vos les quitas las guardas de madera y rompes los vidrios, empiezan a sonar timbres y sirenas y se encienden las luces, y no te queda tiempo para huir. No vale la pena, Gavilán. Para qué hacerlo esta noche, si lo podemos dejar para más luego, cuando lo pensemos mejor, con más cuidado, con más cabeza, con un plan bien meditado por delante, que no nos ponga en peligro, como nos lo ha advertido ya muy bien el Doc: te das cuenta, un lío con la Policía en estos trances...

El Turco le hablaba como a un niño inocente y tonto. Como si él no le hubiese explicado, hasta el cansancio, que esa joyería no tenía alarmas. Como si no le hubiese escuchado que el plan inverosímil del maldito Doc ya,

por su cuenta, estaba descartado. Pero el Turco parecía no entenderle. No le entendía porque no quería entender.

-¡Como los paisas! -gritó el Patojo, al tiempo que el Turco, con un dedo cruzado sobre la boca, le pedía que bajara la voz-. Como los paisas -repitió el Patojo, empecinado en lograr con el entusiasmo, lo que no logró con el humor-, cuando asaltan joyerías: primero alquilan un cuarto en los altos de la joyería, luego estudian los movimientos de los dueños. Y una noche hacen un horado en el tumbado, se descuelgan por ahí, se llevan lo que quieren, y tienen todo el tiempo del mundo para esfumarse. Pero antes ya han comprado los pasajes para su tierra, han hecho los contactos necesarios para deshacerse de las joyas, han pensado coartadas perfectas. ¡Y bueno, Gavilán! ¡Para qué quieres una joyería si con lo del banco podríamos comprarnos cien joyerías!

-¡Eso mismo! -añadió el Turco, mientras el Patojo se perdía en elogios desaforados de la habilidad, la inteligencia, la gracia con la que los colombianos hacen sus asuntos- ¡Eso mismo!

-Y además, ¿por qué tiene que ser esta noche? -se preguntó el Patojo-. Llueve a cántaros. Y de seguro que el Maestro no va a venir.

-Golpearle así al pobre Turco, con lo enclenque que es, con lo indefenso. Cómo se te pudo ocurrir semejante cosa -dijo el Maestro con un resto de tristeza en la voz regañona.

En el sucio cielo de invierno brillaba, entre la bruma y la garúa, como un disco deshecho, el sol de las nueve de la mañana. El Maestro llamó a un niño (mucho menor que el Pingo) tiznado de pies a cabeza que correteaba entre los autos desarmados y le entregó el cilindro dentado: -Decile al dueño que no vale.

-Sí. ¿Y por qué ha de ser esta misma noche? -reflexionó el Turco.

-Romperle la guitarra al Patojo, estropearlo así. No debiste hacerle eso, Gavilán —se abismó el Maestro, mientras escurría la gasolina del trozo de guaipe y lo guardaba en uno de los bolsillos del overol.

En la voz del Maestro parecía haber asomado algo más que la bondad, un fondo irónico y burlesco.

-Puede ser en otra ocasión -dijo el Patojo.

-O mejor, esperamos lo del banco tranquilamente -repuso el Turco.

-Deberías pedirles disculpas -dijo el Maestro, dándose media vuelta y encaminándose hacia uno de los galpones. Pero antes giró el rostro:

-Todos ustedes son la misma pendejada -dijo.

El Gavilán vio todo rojo.

—Mejor esperemos lo del banco -repitió el Turco.

La ira estalló por fin en el pecho del Gavilán. No recordaba bien cómo levantó al Turco del suelo y lo golpeó sin misericordia, una y otra vez, con todo lo que le daban sus fuerzas y su conocimiento del karate, ni cómo después de golpearlo, también le arrebató la guitarra del Patojo y se paró sobre ella y la pisoteó y no estuvo conforme hasta cuando la vio en añicos.

El Gavilán abandonó el billar. Las luces del alumbrado público brillaban en el pavimento mojado. Pero llovía menos. Bajó hacia la avenida Veinticuatro de Mayo y se puso a beber en la primera cantina que encontró. Minuciosamente se introdujo en una borrachera boba y despistada hasta cuando le vinieron las náuseas. Salió de la cantina con la madrugada. La rabia iba y venía dentro de él, según las marejadas de la borrachera y el vómito. Se arrastró tambaleante un par de cuadras hacia arriba, en la misma avenida. Frente a una desvencijada casa de un solo piso se detuvo. Estaba demasiado borracho para llegarse hasta San Juan, donde Maribel. A gritos les pidió posada a los mellizos Encalada, ahora convertidos en sastres y según las malas lenguas, en pesquisas (rumor que el Gavilán nunca se animó a aceptar, pues no conseguía imaginarse cómo, con ese olor a tela quemada que siempre dejaron a su paso, con esas uñas amarillas y afiladas, tal que si hubieran sido hechas para empujar agujas y pescar hilvanes, con esa compostura entre femenina y clerical que los hermanaba aún más que la propia sangre, los mellizos Encalada pudieran terminar en otra cosa que en sastres). Uno de los mellizos le abrió la puerta y lo dejó pasar.

Se despertó malhumorado y con dolor de cabeza. Sobre una cómoda vio un pequeño despertador. Eran las ocho de la mañana. La mujer que vivía con los mellizos -a todas luces la compartían-, le ofreció un jarro de café negro y un pan de dulce. No los aceptó. Los mellizos Encalada se habían marchado ya para su sastrería. No sabía por qué, pero en lo íntimo los despreciaba. «Soy un estúpido -se reprochó el Gavilán-, pedirles posada a éstos; estoy aprendiendo las malas costumbres del Turco». La ira, intacta, renació en él. ¿Es que nunca se le iba a pasar? Recordó los sucesos de la noche anterior. Se incorporó. Tenía la chompa estropeada por un desgarrón. Con seguridad, en la cantina, habría protagonizado algún escándalo. Eso no lo recordaba bien. Se quitó la chompa y la dejó sobre el espaldar de la cama de hierro. Y salió con dirección al taller del Maestro. Pensó que con él sí podía contar. Era un poco testarudo, a ratos, pero un hombre decidido. Le diría: «Oye Maestro, esos dos no nos convienen, tenemos que buscarnos otros amigos, y entre tanto, trabajemos solos». Y luego le contaría lo ocurrido en el billar de Don Nacho.

Pero apenas lo vio, el Maestro empezó con sus reclamos y después lo dejó con la palabra en la boca y con el peor insulto **que** en esos momentos, se le podía ocurrir: «Todos ustedes son la misma pendejada».

El odio, entonces, restalló en su cuerpo como un látigo. ¿Quién era el Maestro para atreverse a juzgar? El odio lo ayudó a comprender. Detrás del velo rojo que le empañaba la mirada, vio al Maestro inmensamente torpe, profundamente imbécil en su fofa bondad vanidosa, en su ridículo papel de juez y fiscal.

Huyó. Fue el asco lo que le impidió matarlo.

Entonces se perdió por una calle y dio el puñetazo en la pared, y después le volcó la palangana a la vendedora de pinas, y se abrió camino a golpes entre las gentes, y echó al suelo a un estudiante, y siguió de largo rápida, muy rápidamente, como si tuviera prisa por llegar a un lugar determinado y encontrarse con una persona que lo esperaba con impaciencia para resolver, de una vez por todas, un asunto urgente; sólo que él no iba a ninguna parte, porque nadie lo esperaba con impaciencia, ni había ningún asunto que resolver por delante, a más de la necesidad de librarse de esa

violenta furia que lo llevaba como un poseído, como un potro desbocado y ciego, por el absurdo bullicio de las calles.

EL TURCO ANTONIO

Si no hubiera sido por la vieja Facunda, la vendedora de mariscos, que se extrañó de no verlo en dos mañanas seguidas, como siempre parado en la puerta de la casa, contemplando la calle, y se le ocurrió merodear por su cuarto (una guachimanía enclavada al final de un patio de tierra, el último de los cuatro patios de la gran casa colonial con vista a la calle Am-bato), el Turco Antonio se hubiera muerto si no por el hambre, por la soledad y el espanto. Se le había acabado ya el último resto de hierba (ya comprometida para la venta) cuando la vieja Facunda, acaso gracias a sus rezos a la Virgen del Quinche, a Jesús del Gran Poder, a San Cipriano, y sus invocaciones a mamá Delia y a Francisca, hizo su aparición providencial por la única ventana de la guachimanía, asomando su cabeza desgreñada de bruja del bosque y buscándolo a través de los vidrios polvorientos y mohosos, en la hueca penumbra interior.

Lo encontró convertido en una calamidad. Una sola masa violácea por rostro, al fondo de la cual los ojos se movían como animales asustados. La boca reventada, el poncho blanco manchado de sangre reseca, el cuerpo mismo, como trapo de fregar trastos, y sin poder moverse porque una de las patadas de karate del Gavilán le había zafado algún asunto dentro del pecho.

-Dios mío, qué perversos -dijo la vieja Facunda, dejando sobre el suelo de ladrillo, los dos baldes de hierro enlozado: uno para el cebiche de concha y otro para el agua y los vasos enjuagados.

-Dios mío -repitió y se puso a buscar la cacerola de aluminio en la que el Turco preparaba sus infusiones de guanto. La encontró, pero tenía una pasta verdosa y endurecida en el fondo-Vuelvo -añadió, abandonando la cacerola en un rincón.

Salió con sus baldes bajo la garúa fina. En el patio de tierra se veían unos cuantos promontorios formados por ladrillos, molones, adobes cubiertos de musgo, restos de algún proyecto secular de ampliación de la casa que no llegó a realizarse jamás. Una decena de niños jugaba entre ellos. Facunda se dirigió a su habitación que quedaba en el segundo patio.

Redonda y cobriza, las polleras oscuras bajo el pañolón negro; incisivos de oro, varios anillos de bronce en los dedos regordetes, medias de hilo color carne; viuda, dos hijos, Facunda había hecho del Turco Antonio uno de sus tantos amantes de ocasión, a quienes retenía, ya con dinero (unos sucres), ya con atenciones diversas.

Al rato regresó con una olla humeante. Traía también salicilato, vendajes, y un brasero pequeño con carbones encendidos. Con un hombro abrió la puerta de la guachimanía y entró. La olla contenía agua con sal y retazos de tela para compresas. Se acomodó en un cajón de madera junto al Turco. Le limpió la cara con un trapo húmedo, le removió la sangre trizada en la boca y aplicó una compresa en la nariz deformada por los golpes del Gavilán.

Entonces empezó a escuchar al Turco una jerigonza en la que lo único que se entendía era que la llamaba «Francisca, Francisca, Francisca», sin que las respuestas de Facunda tuviesen el menor eco en él:

-No soy ninguna Francisca; soy Facunda, Facunda.

De nada valían sus reclamos porque el Turco estaba como dentro de una redoma de cristal, vagando en su propio delirio, y muy fiel a su murmullo ininteligible, un largo discurso de sonidos roncos, entre los cuales, de tiempo en tiempo, emergía una imprecación, una súplica, que volvía a borrarse en aquel zumbido o gruñido que salía de su boca entreabierta y reseca.

Pero Facunda no necesitaba entender las exactas palabras del Turco, puesto que se las sabía de corrido. La cantaleta de siempre. En su delirio, él estaría repitiéndose por millonésima vez la historia de cómo, por obra de la perversa Francisca, estuvo preso durante dos años de infierno en la Modelo de Guayaquil (preso en la cárcel y preso de su amor envenenado y traidor), de donde salió con el firme propósito de matarla en su memoria, y en efecto así fue, o así comenzó a ser, porque cuando llegó a Quito, empezó de veras a olvidarla, a olvidarla en los propios recuerdos de Francisca: usando el poncho blanco de vicuña que ella le regaló, colocándose en el cuello el amuleto que ella, en los comienzos de su relación, le vendió; conservando esa facha de *hippie* rotoso que ella le inventó (y el apodo de *Turco* que ella se lo puso: *«Turco* porque no eres ni blanco ni indio, ni zambo ni cerdoso, ni cholo ni *hippie,* ni costeño ni serrano, *Turco* porque no eres de ninguna parte»); a olvidarla en las mismas calles que con ella había recorrido, a olvidarla en los mismos gestos que de ella había aprendido, a olvidarla en la misma profesión de vendedor de marihuana que ella le había enseñado, a olvidarla en los cien preparados alucinantes que ella le había preparado; a olvidarla, en fin, en el olvido, si olvido puede llamarse el hecho de convivir con un recuerdo que ya no hiere, que está allí, como una flor reseca en un florero roto, en la cual sólo el pasado perdura y sólo el pasado; pero ocurrió que en cuanto la ansiada paz terminó de llegar a su corazón, ella, Francisca, la muy perra, la muy puta, la muy perversa, valiéndose de los poderes ocultos que siempre tuvo, y de la sabiduría secreta que siempre tuvo, empezó a aparecérsele en sueños, y a decirle que en un lugar remoto de su Perú (en la bruma telepática, apenas alcanzaba a comunicarle un helado pueblo de casas de barro y con color de barro, exceptuando la capilla que brillaba con tonos celestes y dorados), estaba muy sola y desamparada, y enferma, y que lo necesitaba. El Turco, a pesar de sus reticencias iniciales y del convencimiento de que tales supuestas desgracias no eran sino mentiras y triquiñuelas para atraparlo nuevamente, sintió, de pronto, que en lo más hondo de su ser y contra su voluntad, por la vía de la ternura y la desdicha, no tenía el valor de no escucharla; y así fue como principiaron sus encuentros telepáticos con ella, hasta cuando se vio obligado a reconocer que la necesitaba otra vez, y que *haría lo imposible* por encontrarla, porque, en lo íntimo de su corazón la había perdonado, y del rencor, del odio, de los afanes de venganza que tanto lo torturaron, no quedaba sino un humo

angosto y deshilachado, como el que sale de una vela apagada por un viento imprevisto.

La vieja Facunda, hacía ya tiempo que no le prestaba la menor atención a ese discurso. Ni cuando lo oía con todas sus palabras. A modo de respuesta, dejaba escapar en voz baja un «Dios mío» estupefacto y por costumbre condolido, luego del cual se encerraba en sí misma, se metía en sus propios y obscenos laberintos, y de allí no salía sino con otro «Dios mío», tan vacío como el anterior, y esto, cuando ya el Turco había puesto fin a sus confidencias.

Pero el «Dios mío» que exclamó Facunda, en cuanto le descubrió el pecho de Cristo de iglesia, en donde se podían contar, de una en una, las costillas y las protuberancias del esternón, fue diferente y estuvo cargado de una profunda lástima. Se quedó mirándolo un momento. Luego se decidió a aplicarle las compresas y el salicilato en la enorme mancha amoratada que como un parásito monstruoso parecía estar chupándole la vida al pobre Turco.

Facunda se incorporó. Fue hasta la repisa llena -como el resto de la habitación- de santos y vírgenes y de allí tomó una botella. Le quitó las flores de plástico. La limpió con el borde del pañolón y retornó hasta el camastro del Turco. Acercó la botella vacía a sus labios:

-A ver, sople m'hijo -le pidió-. Así las costillas volverán a su sitio.

Pero el Turco no hizo el menor ademán de obedecerla.

«Quiere morirse», pensó Facunda. Y pensó también que entre ese pobre deseo y aquello de *hacer lo imposible* por encontrar a la tal Francisca, debía haber alguna conexión. Quizá lo imposible ya era de verdad imposible.

Desde la puerta de la guachimanía meneó su cabeza desgreñada. Ella tendría que ponerse a buscar al indio Tayupanta, el curandero y sobador que vivía allá arriba, entre los vericuetos de La Libertad. Y entre tanto perdería la feria de la avenida Veinticuatro, y se quedaría con el balde entero de conchas sin vender.

-Dios mío -dijo, y cerró la puerta de la guachimanía.

SEGUNDA PARTE

SERGIO EL COTIDIANO

Domingo, primero de junio de 1980. Hago una bola con la hoja correspondiente al mes de mayo. En realidad, no veo la necesidad de haberla arrancado. Pudo bien quedarse en su calendario. Total: no molestaba a nadie. Ni señalaba otra cosa que el tiempo uniforme. Sin metas ni límites. Sergio ha vuelto a ser el oscuro, el cuotidiano. Ha vuelto a su sombra. Y es como un hombre lobo sin luna. Está, existe, agazapado en su vida diaria. Añora su luna y sus garras. Pero sólo puede permanecer en lo suyo. Como un rumiante pacífico. Y lo que es peor: cree haber vuelto a la razón, después de haber vivido un período de locura. A una razón que no le gusta, desde luego. De veras, estuvo loco. Lo reconoce. Se creyó un asaltante de bancos. Y ahora no. Ergo: está cuerdo. Pero no es seguro que lo esté por mucho tiempo. Tantas *locuras* ha padecido en su vida, que no se hace muchas ilusiones al respecto.

Locuras pasionales, como la de amar, durante un año entero, a dos mujeres muy distintas (años setenta).

Locuras subversivas, como la de querer cambiar el mundo con un grupo de adolescentes rebeldes (años sesenta).

Locuras infantiles, como la de insistir en averiguar qué hay debajo de las faldas de las niñas (años cincuenta).

Esto, para no volver a mencionar sino lo más importante de su década correspondiente.

Queridos padres, queridos amigos míos, queridos colegas, vecinos, querido mundo: perdónenme este inicio un tanto brusco. Un poco teatral, digamos. Lo cierto es que en esta última temporada, en el plan de retomar mi tren de costumbre, no he dejado de mirarme en un espejo imaginario, deformante y mohoso, y de decirme frente a él: «No seas falso Sergio. Deja de hacer teatro. No te sienta el papel de oficinista resignado». Pero igual. Este súbito reconocimiento me ha parecido también teatral, exagerado y falso. Porque, por estos días, he vivido sucesivos rechazos, sucesivas repulsas, continuos desplazamientos de mí mismo hacia espacios que nunca he logrado habitar por completo. Y ni el teatro ni el cinismo me han salvado. No me he sentido, lo que se dice, tranquilo en ninguna parte. Ni en casa con mi mujer y Pedrito, ni tomando un trago con algún conocido, o deambulando con la loca Marcela. Y peor en el odioso banco.

Bueno. Quizá tanto pesimismo sea también exagerado. Quizá se deba al hecho de que hoy es domingo (11 a.m.) y a que todo está bañado por una luz espectral. No me gustan las indefiniciones. Si no tengo la noche prefiero el sol desaforado y restallante que a estas alturas del año ya debería estar adueñado de un cielo azul. Sin embargo, en el país de la eterna primavera, como lo llaman los boletines de turismo, ocurren imprevistos: una mañana como esta, por ejemplo; una mañana blanca: el aire lavado, el cielo cubierto por una gasa pálida, y toda esta luz, esta cantidad de luz blanca que simula brotar de las paredes, de las calles, de los tejados, de los nítidos perfiles de la ciudad, porque es una luz fría y muerta, sin dirección, que no cae sobre la tierra, sino que parece provenir de la superficie de las cosas. Como una luz de muerte, como una luz fantasmal. Entonces nadie puede decir que no haya un fondo trágico en esta luminosidad deslumbrante. Entonces es más fácil preparar un suave, envolvente, profundo descenso hacia la angustia. Y

sentirse intranquilo. Y no querer estar en ninguna parte. O hacerse el desentendido y esperar a que la tierra, en su consabido viaje, vuelva la cara avergonzada hacia el oscuro espacio.

Pero no debo culpar sólo a esta luz excesiva y difusa (a 2.800 m. de altura y sobre la línea equinoccial hay días así) de mis molestias personales. Las malas noches del viernes y del sábado también tienen su parte. Un hormigueo tenaz y minucioso se esparce por debajo de mi piel. Y el martilleo de mis sienes no ha cesado, a pesar del baño caliente, del Darvon y de las dos tabletas de Alka-Seltzer. En el reflejo de la ventana encuentro mi rostro abotagado. Más allá está la calle desierta. Desierta, pero no silenciosa. De los resquicios de las puertas y las ventanas, se levanta la remota algarabía de las emisoras que transmiten los partidos de fútbol. El Olímpico debe estar repleto de fanáticos enardecidos. La verdad sea dicha: Sergio no los quiere. Ni al fútbol, ni a sus fanáticos. Y no le importan ni la mente sana, ni el cuerpo sano, ni las multitudes. Le recuerdan las campañas electorales y otros circos. La verdad sea dicha, en este momento de su vida, Sergio no sabe qué querer. Por una razón: porque no se quiere mucho él mismo.

Almas justas: perdonadme. Debe ser a causa de los solsticios. Hace seis meses, en diciembre del año pasado (solsticio de invierno), sufría de un estado de ánimo parecido. Pero miento. Las rachas de malhumor me sobrevienen con mayor frecuencia que los solsticios. Excepto cuando mi corazón se enciende con un nuevo entusiasmo-repentino. Entonces soy una seda. Me deshago en atenciones con mi mujer, con Pedrito. Y hasta con María, la sirvienta.

11:30 a.m. Me inclino sobre el alféizar de la ventana del escritorio para mirar la calle vacía. Al cabo de un rato, doblan la esquina mi mujer y Pedrito. Detrás viene María, cargada de canastos. Cecilia se detiene. Le limpia la cara a Pedrito. Luego, todos cruzan la calle. Cecilia simula no verme por la ventana entreabierta.

Doy dos pasos hacia atrás. Tomo un libro del anaquel. Lo hojeo y cierro. Oigo que la puerta de calle se abre. El breve tropel corre por el pasillo. Devuelvo el libro a su lugar y me deslizo hacia la puerta. Pedrito, mohíno, viene a mi encuentro. Ha llorado. No sé qué decirle. Tiene ocho años y a esa edad el llanto puede ser todo y no ser nada. Le paso la mano por el pelo negro. El hace un puchero y se dirige a su cuarto; acaso quiere que lo siga. Lo dejo ir. En la entrada, María me saluda con un resuello. Cecilia sigue de largo con dirección a la cocina.

Quisiera hablarle. Pero tampoco se me ocurre nada. Nada nuevo, se entiende. Hace un par de meses, luego de una bronca semejante a la que tuvimos hoy, al amanecer, se me escapó un exabrupto. Le dije que todo era cuestión de esperar, que en un tiempo todo cambiaría, que tendríamos suficiente dinero para derrocharlo, para viajar, incluso. No más trabajos. No más obligaciones que me amarguen.

-¡Qué dinero! ¡Qué viajes! -dijo. Y hubo un rastro de compasión en sus ojos. Debía pensar que me estaba volviendo loco.

Comprendí lo lejanos que estábamos el uno del otro. No tuve el valor de explicarle mis proyectos. No los hubiese admitido, además. Callé y mi

silencio de entonces, poco difirió de los otros silencios a los que de cuando en cuando, acudía para mantener nuestra frágil paz.

Es obvio. No puedo decirle: « ¿Ves? El gángster de tu marido falló con lo del banco. No sabe qué hacer».

Debo callar. La mentira en nuestras vidas ha pasado a ser una necesidad. Yo también he fundado una familia.

Hay días en los que Cecilia trata de entenderme a su manera. Y opta por la abnegación. O el olvido. Ni reclamos. Ni reproches. Ni malos recuerdos. Y apenas si sugiere, insinúa salidas. Quiere entenderme porque quiere entenderse: también a ella le falta una voluntad, una fe, cualquier fe. Y con respecto a mis *rarezas* ya no se hace muchas ilusiones. De manera que prefiere seguirme la corriente, hacer como yo, ganar tiempo, dejar que los días pasen. Sólo que no hay días impunes. Un sucio sedimento de frustración, de ira contenida, de aburrimiento, también de celos (en los últimos tiempos, injustos), se le acumula dentro. Y un buen rato eso estalla. De pronto la suave, cristalina, centrada Cecilia, llega a su límite. El buen orden de su espíritu se rompe. Y busca herirme y que la hiera. Un fervor casi épico le obliga a atacar, a exponerse. Y yo, sin saber cómo (sabiéndolo, sí), me encuentro enrolado en los vapuleos de esa histeria suya que casi siempre cumplen un ordenamiento progresivo, como un ritual, como una penosa ascensión hacia el sacrificio inevitable.

Después viene el silencio.

Días y días de no hablarnos, de movernos uno en torno al Otro buscándonos sin buscarnos, presos del rencor, de la incertidumbre de las palabras no dichas y, desde luego, del miedo de perdernos para siempre.

Entonces, a esta mañana blanca, a esta luz difusa, a mi dolor de cabeza, hay que añadir el silencio de Cecilia. El estallido fue a propósito de Pedrito. Había tosido toda la noche y como ora de suponer, el irresponsable del padre no llegó sino a las cinco de la mañana, como siempre que se lo necesitaba. A todas luces, la razón y la verdad estaban de su parte. Cecilia aprovechó la ocasión y me dijo cuatro cosas. Una de ellas se refería, por supuesto a *la tipa esa.* La llama así. Es su fantasma. Para Cecilia no cuenta el hecho de que no haya visto a *la muchacha del banco* en casi dos años. Ni de que haya habido antes y después de ella otras mujeres en mi vida. Si se ha enterado, ellas no cuentan tampoco.

A veces, quizás a modo de justificación, creo entrever la razón fundamental de tales celos.

Las otras son presumibles: el haberse sentido engañada, traicionada, el creer que *la tipa esa* le había robado mi amor: tantos temas dignos de boleros notables. Nada de eso fue verdad para Sergio. En el fervor de su fiebre, él lo veía así: la muchacha del banco llegó a su vida como algo necesario, como algo que él tenía todo el derecho de poseer. Porque Sergio no quería cambiar de matrimonio. Ni quería abandonar a Cecilia por una adolescente. Sergio no amó menos a su mujer por amar a esa muchacha. Tampoco quería engañarla. Ni traicionarla (y la prueba es que le propuso lo que por esa época se llamaba «una relación abierta», en la cual cada quien hiciera uso de su libertad como a bien tuviere; y sabe Dios lo que le costó el proponérselo). En fin de cuentas, Sergio sólo quería llevar hasta el límite lo

que hasta entonces fueron remedos: su ansia de vivir la plenitud, la posibilidad (demente, claro está) de redefinir la vida, de unir el espacio cerrado por cuatro paredes con el espacio que está más allá de ellas.

Pero yo hablaba de la razón fundamental que convirtió a la muchacha del banco en un fantasma. Fue su juventud. En el fondo lo que Cecilia no le perdonó, ni le perdonará jamás, fue su juventud, sus tersos, rabiosos dieciocho años.

Pues bien, ahora se lo dije de una vez. Fue el acabose. Después, todo el mundo gritaba: Cecilia, yo, Pedrito (asomado en pijama a la puerta del dormitorio). Únicamente la sirvienta no gritaba. Pero me la imaginaba acostada en su sucio jergón, allá, en lo profundo de la casa, los ojos abiertos en la oscuridad, atormentados los oídos por aquello que le llegaba del otro lado de la puerta, muriéndose de ganas de oír, por entender lo que nadie podía entender, silenciosa, oscura, vuelta un remolino de sombra en la propia sombra, y atada de pies y manos a su sucio jergón. Quizás ella también gritaba. Quizá no tenía otra manera de gritar.

Huí.

No sabía a dónde ir. Empezaba a clarear. Bajé la larga pendiente de La Gasca. Crucé el pequeño parque de Santa Clara. Un rincón aldeano en media ciudad moderna, con iglesia pueblerina y todo. Vi una fila de beatas que entraban a misa de seis. Pasé a la avenida Diez de Agosto. Otro pequeño parque desarrapado. Cuatro pinos y un césped hirsuto. En una de las calles transversales a la avenida Amazonas, el polo moderno de Quito, vivía la loca Marcela. Esto de loca no es ningún mote gratuito. Marcela es una loca auténtica. De tiempo en tiempo, cuando le sobrevienen las crisis, ella misma se encierra en un sanatorio, de donde sale con nuevos ímpetus. Timbré en su puerta. No demoró en abrirme. Dijo que había llegado un rato antes. Le creí a pesar del largo camisón de dormir que llevaba puesto.

-Si quieres gozarme, amor mío -bostezó-, tienes que apurarte porque tengo sueño. Los vampiros dormimos de día.

Era su broma de costumbre. Sabía que aquello estaba vedado entre nosotros. Marcela, antes que una amiga, mi única verdadera amiga, era una hermana. Y aparte de hermana, una mujer-no. Y una mujer-no, es aquella a la cual se puede querer pero no desear. Tampoco había mucho que desear en la pobre. Muy alta, muy blanca, muy delgada, las ojeras profundas, el pelo peinado en diminutas trenzas (un día se rapó la cabeza), tenía el aire sonámbulo y los ademanes esmirriados de los suyos: el abuso del lisérgico y los hongos la puso así, lela y descuidada.

Entré al departamento diminuto. Dibujos de sus amigos. Tejidos folclóricos. Plantas. Cojines tirados en el suelo. Lamparitas bajas con pantallas de mimbre. Una piel de vaca por alfombra. Pequeñas repisas con figuras diminutas. Soportes hindúes para quemar incienso y ramitas aromáticas. Y discos y casetes amontonados en torno al equipo de música puesto sobre una estera.

-A ver, crúzame tus notas -me dijo. (Yo debía contarle lo que me pasaba).

-La misma pendejada, loca -le respondí tratando de adaptarme a su ritmo, sin conseguirlo, como siempre.

-¿Quieres un café? ¿Una hierba? Tengo de la buena. Punto rojo, viejo.

Era su provocación habitual. Sabía que yo no le iba a aceptar ninguna de sus drogas. No iban conmigo. -Un café estaría bien.

—Te lo doy si te quitas esa hórrida corbata y ese saco zanahorio. No estás en la oficina, ¿no?

La vi irse hacia el poyo embaldosado que separaba los ambientes de la sala y la cocina. Descalza, los pies amarillentos, Marcela no era ningún prodigio de limpieza.

Abrió la llave de la cafetera siempre conectada. Y volvió con dos tazas de barro sin orejas.

-¡Estas tazas chintolas! Óyelas como zumban con el agua. Cuidado me manches la vaca, chico.

-No te preocupes -le dije, mirando ese cuero blanco y negro que habría comido, bebido, fumado, todo lo imaginable.

Se sentó frente a mí, en su vaca, con las piernas cruzadas como un yogui. Encendió un cigarrillo. Fumaba de un modo muy personal.

Sostenía el cigarrillo con el pulgar y el índice. Y le quitaba la ceniza con el meñique siempre levantado.

-¿Sabes? Estoy enamorada. Es un pollito. Un primor de guagua. Yo soy su primera, ¿sabes?

Mientras bebimos el café no dejó de hablar de su pollito. Le seguí al dormitorio. Dormía en un colchón, a ras del suelo. Me recosté a su lado. Cuando intenté abrazarla protestó:

-Fresco, viejo, déjame tranquila. Nada de incestos, ¿entiendes?

La dejé tranquila. Me puse a mirar los afiches y carteles de su dormitorio pegados sobre bases de madera. Había de todo: Mafalda, Woody Allen en Manhattan y, por cierto, los posters de moda de los setenta: colores escandalosos, símbolos de la paz, manos con los dedos formando una «V». Pensé que Marcela encarnaba, de muchas maneras, aquello que la rodeaba. De hecho, era un ser de los años setenta. Que había vivido con intensidad esos años. Que se había consumido en ellos. Bastaba verle la cara pálida y prematuramente ajada. Tantos trajines. Alguien me contó su historia. La historia de un desencuentro: después de cuatro años de vagabundeo por Europa, retornó a Quito y la encontró cambiada. No era más la aldea «franciscana y conventual» a la que volvía para recluirse en un destino previsible: la tranquilidad, el matrimonio, los hijos.

Parece que Marcela tuvo ya, antes, sus chifladuras y su inclinación por las drogas. Pero la chifladura que vivía la ciudad la remató. Surrealismo puro: el dictador del país corría por las calles de la capital, abrazado a un barril de petróleo y seguido por un grupo de chiquillos divertidos. Los *hippies,* ahítos ya de su tierra, empezaban a llegar en busca del guanto y del yagué. Una nutrida colonia de chilenos y argentinos -muchos exiliados- deambulaba por todos los lados. Unos con peñas folclóricas y licoreras. Otros con sus constructoras. La ciudad misma mostraba su disposición a la alegría. Aparte de los flamantes edificios y los pasos a desnivel, había algo nuevo en las

caras y en los ademanes de las gentes. El cambio era claro. Se modernizaban deprisa. Los jóvenes dejábanse crecer el pelo, las patillas y los bigotes. Y las muchachas usaban pantalones ajustados y exhibían los ombligos. Y todo el mundo parecía no pensar en otra cosa que en comer y beber, bailar y pasear. Eso ocurría, al menos, en la nueva ciudad del norte. Y la sede de aquella agitación fue, de modo natural, la avenida Amazonas, una calle pocos años atrás muerta y aburrida que, de improviso, se vio invadida de almacenes, restaurantes, licoreras, discotecas, bares y demás. Los restauranteros comenzaron a sacar mesas y sillas de colores chillones a las aceras, para que las gentes se acomodaran mejor y se vieran a sí mismas, incansables, y vieran además las tupidas filas de autos que se deslizaban morosos, en medio de la algarabía de claxons y el estruendo de las motocicletas. En cada rincón, en las vitrinas, en los anuncios luminosos (pequeños, sí), estallaba la alegría de los años setenta.

Incluso Sergio se inmiscuyó en esa alegría. Le bastó dejarse llevar de la mano por las tentaciones de la época. Desde luego, estuvo apretado de dinero entonces. Pero se las arregló para conseguirlo. Cuando fue necesario, vendió el terreno que su abuelo (una bruma y una vaga voz pegada a esa bruma) le dejó en su provincia. Lo vendió por partes. Fue su piel de zapa. A cada deseo satisfecho, un retazo menos. Así tuvo un auto viejo que se acabó por consunción; un equipo de música de grandes parlantes, y un frenesí de festejos personales de los cuales ya debe haber hablado.

Sin embargo, por detrás del júbilo que corría a raudales por los parques y las plazas, por los supermercados, brillaba en los escaparates y sonaba en las radiodifusoras con un zumbido de guitarras eléctricas, bongos y voces desgarradas, Sergio no dejó de escuchar también una queja, llamémosla póstuma, del viejo Dios: porque a la par que él hacía amigos, y perseguía secretarias, pensaba también en el ex compañero suyo que permanecía en prisión, cumpliendo una condena de ocho largos años, pero aún imbuido del espíritu heroico que gobernó a buena parte de la juventud de la década anterior, la de los sesenta, cuyo símbolo mayor fue, sin duda, la imagen del Che Guevara. Sergio, por cierto, se defendía: se decía que si su ex compañero soportaba así, en la prisión, amenazas y castigos, sin delatar a ninguno de los suyos, era porque tenía las ventanas de su celda taponadas, y no podía ver un poco más allá de los muros de la cárcel; aquel carnaval de la nueva época precipitaba a unos en las drogas, a otros en los negocios rápidos, y a otros en los destinos oscuros y cautos, con excepciones, por supuesto.

Pero el asunto era más complejo: Sergio no podía tampoco dejar de pensar que, si no se hubiera retirado *a tiempo* del grupo de su adolescencia, la suerte de su ex compañero pudo ser la suya. De algún modo el azar y la cobardía lo salvaron. Porque no había ninguna otra razón de fondo, que no pasara por esas coordenadas, para que no fuese así. ¿Lo salvaron? ¿Quién que no se considerara un preso podía extremar las posibilidades y pensar de este modo?

Los años setenta terminaron sin pena ni gloria. Las malas lenguas de la ciudad decían que los dictadores y quienes tuvieron que ver con ellos, hasta en los niveles menos importantes, se enriquecieron sin el menor recato, lo cual a Sergio le pareció acaso justo. Después de los dictadores, vinieron los tecnócratas a anunciar que ahora sí había que pagar la deuda externa, que

los bancos extranjeros, que el Fondo Monetario Internacional, que esto, que estotro.

A Sergio le aburre opinar sobre el tema. Correcto: se trató de un descuido. Sergio sólo puede captar las formas muy concretas de la vida: la alegría, la pena, la felicidad, el dolor. Entonces puede decir, incluyéndose como un buen ejemplo, que en esos años frenéticos, tales elementos se entremezclaron de una manera vertiginosa y artificial. Que la vida pasó así. Que el tiempo se llevó algo que pudo ser de otra manera. Y que no fue ninguna coincidencia que él y la loca Marcela se enconliaran, en el amanecer de este domingo, exhaustos al final de sus propios recorridos, compartiendo el mismo lecho, pero sin ningún otro nexo que el cansancio.

De Marcela pudiera decir muchas cosas. Cuando la conocí ya había roto con su familia y residía en una casita asomada a la pendiente que conduce al pueblo de Guápulo, el pequeño barrio bohemio de Quito: hogar de pintores, actores, bailarines, todos muy jóvenes y un poco hambrientos. Ante lo que creyó una insinuación mía, me advirtió que padecía de una infección venérea, y que no se la trataba porque era una especie de cinturón de castidad, en unos casos, y una forma de venganza feminista, en otros. Y era verdad. Cuando se curó, vivió con un joven un tiempo, luego con un par de lesbianas, y luego fue la amiga y protectora de un grupo de homosexuales. En ese entonces, creí que aquellos aspavientos eran propios de una niña bien, descarriada, en plan de vacaciones. Y que ya volvería al redil. Pues no, ella era así: atravesaba los ambientes, los grupos y las clases sociales más disímiles, como una sombra. Un día me habló largamente de los seres de la quinta dimensión y de la ardua lucha entre la niña del agua y los hombres de la madera y el oro. Y comprendí, por fin, que estaba loca. Loca de remate. Una mezcla de fascinación y miedo me acercó a ella. La encontraba en los bares de la Amazonas y vagabundeábamos por cualquier lado. Y empecé a compartir con ella una unión sagrada, la de dos soledades profundas que no podían hacer otra cosa que hermanarse. Una noche de ésas, la acompañé a donde su proveedor de hierba, allá por los meandros de la avenida Veinticuatro de Mayo y El Aguarico. El vivía al fondo de una casa colonial de varios patios. Se me ocurrió el ser más extraño que había conocido. Más extraño, sin duda, que mi amiga: no sé si lumpen puro, acaso una combinación de lumpen y *hippie:* pálido, flaco, verdoso, escondido detrás de una melena hirsuta y una barba renegrida, envuelto en un escandaloso poncho blanco, lo único nítido en él, un poncho de lana de vicuña, sandalias de *hippie* y un amuleto negro colgado en el pecho. ¿Quién iba a decirme, entonces, que ese hombre sería luego, una pieza clave en mi fallido asalto? ¿Quién iba a decirle a él que, por mi culpa, según me lo dijo el cojo (el único que asistió a la última reunión «para despedirse» y entregarme, sin un centavo, desde luego, mi billetera perdida), otro de sus compinches, a fuerza de golpes, lo pondría al borde de la muerte?

9:45 a.m. Marcela dormía con el rostro hacia mí. Había estado con ella casi tres horas medio adormilado. Tenía el camisón corrido sobre su hombro huesudo. Muy despacio, se lo desabotoné. Y le miré los senos. Eran los senos más tristes que había visto en mi vida. Otro Sergio, menos prevenido, hubiera llorado de compasión al verlos. Dos triángulos fláccidos. Pero este Sergio ya no era un ser compasivo. Y el único deseo que tenía era el de volver a su hogar. A decir verdad, era la sensación de la culpa, la que le conminaba a volver. Y, como se sabe, la culpa es el sentimiento más

poderoso que existe, pues sobre ella se erigen sociedades y culturas enteras. Pero también la más profunda desgracia de los hombres. Y es poco lo que se puede hacer para combatirla. Sobre todo cuando uno está cansado y le duele la cabeza. De modo que cubrí a Marcela con la colcha desflecada y abandoné su departamento.

Encontré el chalet de La Gasca, solitario. Por un instante pensé que Cecilia me había abandonado. Luego recordé que era domingo. El mercado. Las compras de la semana. Todo normal. El chalet -no muy nuevo- lo adquirimos gracias a un préstamo solidario del Seguro. Cecilia, pues, ayuda a pagarlo con lo que gana en la *boutique* (antes, bazar) de su madre. Es curioso: La Gasca es un barrio de clase media equivalente a La Floresta, el barrio de mis padres. Considerando que la ciudad se alarga de sur a norte (avanza sería la palabra justa) La Floresta y La Gasca se encuentran a la misma altura, en los extremos oriental y occidental de la ciudad, respectivamente. ¡Qué simetría! «Sergio, no has progresado nada», me digo de tarde en tarde.

12:20 m. Ahora estoy parado en la puerta del escritorio. María-la-sirvienta, pasa frente a mí por el pasillo con dirección al patio trasero. Evita mirarme. Debe estar de parte de Cecilia. Solidaridad de sexo. Solidaridad de quehaceres. Sentido de la justicia. Quién sabe. Esquivos los diminutos ojos de india de aldea, la cara baja, los ademanes rápidos, furtivos, pasa frente a mí.

Espero a que salga y me deslizo por el corredor de duelas huyentes hacia la cocina. Hago un ruido discreto para que Cecilia sepa que soy yo. De espaldas a mí, acomoda una cacerola sobre el panel de baldosas blancas. El pelo negro recogido en la nuca, los brazos desnudos, las pantorrillas firmes y tostadas bajo el dobladillo de la falda. La deseo con un deseo vago, doméstico, sin ímpetu. Cecilia vuelve el rostro. Y lo aparta de mí. «Vaya -me digo-, parece que ahora nadie quiere mirarme». Lo digo para mis adentros. Nada más. El brusco giro de su cabeza es suficiente para que yo le descubra los ojos enrojecidos y la mueca apenada de su cara. «Otra vez», pienso, recordando las escenas del amanecer. Pero estoy decidido a evitarlas de cualquier forma. ¿Cómo? ¿Debo pedirle perdón? Quizá no es necesario llegar a tanto. Muy despacio me le acerco hasta rozarla levemente por detrás. Evito su huida tomándola por los hombros y besándola en el cuello. Siento en mi cuerpo el inevitable estremecimiento que recorre el suyo. Es un reflejo. Veo la piel de su cara y de sus brazos contraerse como si tuviese frío. Pero Cecilia quiere huir, alejarse de aquello que teme y desea a la vez. Entonces la vuelvo contra mí. La beso en la frente. Con mi mano cerrada bajo su barbilla le levanto la cara para mirarle a los ojos. Los tiene como muertos. Como corridos hacia atrás. Como mirándome más allá de ellos mismos. No son sólo los ojos. Todo el conjunto del rostro muestra el frío patetismo de los santos. Las cejas arqueadas. La boca entreabierta. Sí, es un rostro sufriente. Un rostro patético. Me recuerda a mis padres. A mis padres de antes. Ellos también sabían ser patéticos. Así que tengo vivos deseos de decirle que no arruine mis buenos propósitos. Que se deje de tragedias. Que se quite esa tonta máscara inútil. Callo. Dadas las circunstancias no tengo derecho a decírselo. Callo y la estrecho contra mí, buscando recuperar el arrepentimiento, quizá la ternura. No lo consigo del todo. En cambio, me es inevitable rememorar la ocasión aquella en la que, muchos años atrás, la retuve del mismo modo: mis brazos en torno a los

suyos, el cuerpo suyo temblando entre mis brazos. También en ese día hubo lágrimas y se trató de una reconciliación: veníamos de una función de cine enredados en una tonta pelea de enamorados. Con un desparpajo que pareció no sorprendernos, resolvimos acabarlo todo de una vez. Nada nos ataba. Nada nos obligaba a no ser libres. Y éramos muy jóvenes. O sea que las resoluciones terminantes nos resultaban simples y fáciles. Yo la acompañaba hasta su casa, haciéndole patente mi actitud, la actitud de quien intuye, de quien busca un nuevo camino a seguir. Me veía a mí mismo escéptico, distante, fuera de foco, salido de la situación. Cuando llegamos a la puerta de su casa, me incliné para besarla en la mejilla: la liviana señal de un adiós fraterno. Entonces todo se descompuso de un golpe. De pronto ella volvió hacia mí sus ojos y yo vi dentro de ellos, lo que poco antes, mientras caminábamos bajo los últimos resplandores del atardecer, no había sido capaz de presentir: su miedo y su amor, su reproche, su soledad, su desprotección, el dolor temblándole en los ojos asustados. Fue toda la ternura del mundo, fue todo el amor y la compasión por el mundo lo que me obligó a abrazarla y besarla, al tiempo que mi suficiencia, mi torpe desdén, estallaban en añicos, mientras ella lloraba contra mí y me salvaba y yo la salvaba de su dolor y me salvaba a mí mismo con su salvación.

Pero aquella muchacha de ese atardecer apenas si vive ya en Cecilia. Y en cuanto a mí, se ha visto que mis reservas de ternura están casi exhaustas. Cecilia lo sabe y se aparta. Cada vez la conozco menos, pero ahora sé lo que le pasa. La dejo lujarse.

¿El amor se nos fue? No, no es exacto. El amor viene, va, vuelve, muchas veces. Y eso lo sabe todo el mundo. Pero existen varias clases de amor. Hay un amor, el de los primeros ímpetus, hecho, en mayor medida, de las fuerzas primordiales de la naturaleza que quiere reencontrarse en sí misma para a sí misma conservarse. Hay un amor, en cambio, que tiene el peso de una vida, la pasión que inventan los corazones hastiados, la pasión que redefine el mundo abriendo un corte irracional en el propio seno de una razón que nos asfixia. Y hay otro, el cuotidiano, y al que *el tiempo cuotidiano* impone sus vaivenes: si uno está bien, puede cuidar este amor, resguardarlo de cada amenaza, darse lugar para las pequeñas atenciones y los pequeños mimos. Y para las renuncias. Si uno está mal, entonces las cosas cambian. Uno está solo y nadie puede ayudarlo porque está solo y lleva adentro su propio vacío. Y hasta allí es difícil llegar. Cuando eso ocurre, el amor estable, el amor doméstico, pasa a un segundo plano. Y los mimos y las monadas están por demás. Y viene el mal humor, la neurastenia, el mostrar de dientes y el bramido del animal que sufre. Queda la posibilidad humana del disimulo. O del silencio.

Sergio opta por lo último. Deja a Cecilia en la cocina. Y vuelve al escritorio a hojear un libro sobre los virus de un tal Paul D. Thompson.

También hojea otro libro, *Locura lunar* de E.L.Abel.

Llega la hora del almuerzo.

Almorzamos. Intercambio de monosílabos con Cecilia.

Con el último bocado, Pedrito sale hacia la casa vecina, a jugar con sus amigos.

María se va también. Es el momento de hablar en serio. De aclarar las cosas. Quizá de perdernos de una vez.

Entonces sucede lo extraño, lo incomprensible. Acaso el reclamo de lo *vivido,* que se resiste con furia a morir.

La evolución emotiva que se cumplió en mí y que me obligó a buscarla, debe haberse también cumplido en Cecilia.

Estamos en el dormitorio. La desnudo. Le redescubro el cuerpo moreno y ágil. Es el cuerpo que yo abrí y cambié. Y que conozco de memoria. Su olor. Su calor. Su carne. Y me hundo en ese cuerpo con la certeza de que es en ese cuerpo, y no en otro, que me hundo. Sus ritmos. Sus pálpitos, me lo dicen bien. Y, de pronto, es otro Sergio el que renace en mí. Un Sergio que es capaz de *sentir* (y no de pensar) las razones de ese otro cuerpo que se pierde en el suyo. Un Sergio que es capaz de *sentir* los celos que ese otro cuerpo *sintió* por culpa del suyo. Porque más allá de ese abrazo salvaje, de ese compás de cuerpos que se traban, no existe para él la posesión cierta. Sólo el ensueño. O su memoria. O su nostalgia.

Sergio reconoce que hacerlo con ella, esta vez, fue mejor que hacerlo, por ejemplo, con alguna secretaria pomposa y perfumada, a quien sólo las normas de un machismo mal ingerido, o del vacío, le empujaron a cortejar.

Después viene el descanso. El abrazo suave.

Es el momento justo para decirle a Cecilia (en el tono de quien habla de una locura ya pasada), las insólitas experiencias que viví como asaltante de bancos. Decirle que su Sergio no es sólo un caminante, un insomne, un oficinista, ni un donjuán. Que en su vida hay otros rumbos, la loca Marcela, por ejemplo.

Pero, entonces, un susurro de Cecilia me interrumpe: -¡Qué horrible es envejecer!

-A los treinta y tres, nadie es viejo -me escucho responderle.

-Pero tampoco nadie es joven. La boca se me está ajando.

-Déjale a tu boca en paz.

-Y tengo cinco canas.

-Me gustan.

-Y esta horrible barriga arrugada. ¡No sabe Pedrito la que me hizo!

Me quedo sin argumentos.

-Que te parece si nos callamos un poco. Oigamos, un rato, cómo *suenan* los domingos.

Le hablo con una voz tranquila. Pero por dentro le estoy diciendo: « ¡Ya! ¡Cállate ya! ¡Cállate ya!».

El *sonido* de los domingos. Uno puede oír el sonido de los domingos. En ellos, el tiempo parece adormecerse y el existir del mundo es sólo espacio, extensión. Y la ciudad suena de otra manera, con otro rumor. Para quien escucha, para quien está quieto y está atento, los domingos son cóncavos.

Hay allí algo no colmado: oquedades, ecos dentro de ecos, nada que obligue a la existencia.

Alguien siente ese vacío. Alguien lo escucha y quiere gritar. No lo hace y la ciudad sigue sonando con un zumbido uniforme y hueco.

Y Sergio ansia, más que nunca, que llegue la noche. Porque este insomne ansia dormir, dormir, dormir un sueño profundo y ciego.

EL TURCO ANTONIO

Afuera empezaba a clarear. Un exiguo resplandor azul-violeta dibujaba los contornos de la gran casa construida en tiempos de la Colonia. Se distinguían bien las líneas de los aleros, de los pilares, del corredor del segundo piso y su barandal. Confundidas con las sombras, asomaban las dudosas formas de las puertas y las ventanas aún cerradas.

La redonda figura de la vieja Facunda, envuelta en su infaltable pañolón negro, se desprendió de la puerta de la guachimanía, cruzó rápidamente el patio y desapareció en las oscuridades del zaguán. A medias incorporado (junto al gran espacio caliente que a su lado había dejado Facunda), para alcanzar la estrecha ventana, el Turco la siguió con la mirada hasta cuando la rápida luz del amanecer, hizo transparentes a las sombras, y la hueca soledad del zaguán le dijo que Facunda estaría ya, en su cuarto del segundo patio, fingiendo despertarse en ese momento para preparar el desayuno de sus hijos.

Sin ella pudo ser peor. Pudo ser peor si a la vieja zorra no se le ocurría cobrarse de uno en uno, y muy en su estilo, los cuidados y curaciones que le dedicara, durante los muchos días en los que estuvo postrado a consecuencia de los golpes memorables del Gavilán. De ese modo, por lo menos, le acompañaba por las noches. Exigía su precio, pero lo acompañaba por las noches.

Ella lo ayudó a curarse, a no morir, digamos. Pero no sólo ella, también fue el mensaje del Maestro que, a través del Patojo, le llegó como una revelación:

-Decile a ese cojudo que deje de joder, que yo no le voy a visitar porque ustedes ya no son mis amigos, pero que deje de joder y que se cure de una vez. Decile a ese cojudo que morirse es bien difícil.

«Morirse es bien difícil». Eso fue lo que lo curó. Si acaso no se había curado antes, sin darse cuenta. Lo curó o lo acabó de resucitar, porque al Turco no se le iba de la mente la idea de que, en Semana Santa, él sufrió en carne propia la pasión de Nuestro Señor, la idea de que el Viernes Santo (al tiempo que la gigantesca procesión de fieles, cucuruchos vestidos de morado y

penitentes con cilicios, se movía lenta, compacta, por las calles de la ciudad, detrás de la efigie de Jesús del Gran Poder), él se murió de muerte total, y de que permaneció muerto el viernes íntegro y el sábado también, hasta cuando el Domingo de Pascua, un hilo de luz asomó por su ventana y él supo que estaba vivo, vivo aunque agónico, al menos hasta que las palabras del Maestro (dichas a finales de mayo) le obligaron a comprobar que sí podía ponerse de pie y dar vueltas por su Cuarto, y también merodear por el patio y hasta hacerle los favores a la vieja Facunda.

Ahora, a mediados de junio, en tanto los campanarios llamaban a misa de seis, y la calle se llenaba con los ruidos del día, el Turco Antonio se levantó y vistió. Con su poncho envuelto bajo el brazo, salió de la guachimanía, dio un rodeo a los montículos de adobes y molones abandonados en el polvo del cuarto patio de la casa, y fue hacia el rincón en donde estaban las lavanderías. Bajo las piedras de lavar, buscó un resto olvidado de jabón de ropa. En cuanto lo encontró, se puso a fregar las manchas de sangre reseca que ensuciaban la vieja blancura de aquel poncho de vicuña que le regalara su único amor.

Cuando consideró que ya estaba suficientemente limpio, lo colgó de un alambre, frente a su puerta. Entró a la guachimanía y encendió el foco de cincuenta bujías para ayudarse a ver. Recogió en una palangana desportillada los trastos que encontró sobre la mesa negra de patas torneadas, que quizá desde hacía siglos la habían arrumado allí (el cuidador de la casa, el hombre que vivía en el cuarto de paredes de tabla, adecuado bajo una de las escaleras del primer piso, cuando le arrendó la guachimanía le advirtió que no debía moverla de su sitio: tampoco las otras cosas que allí encontrara: los baúles de cuero llenos de folios-escritos con una tinta morada y desvaída, los cajones colmados de fierros, alambres, presillas de porcelana, bolsas de calcimina endurecida por la humedad, armellas, chapas, aldabas, tanto residuo inútil que esa enorme casa había ido excretando a lo largo de su larga historia).

Con los trastos metidos uno dentro de otro en orden de tamaño: la palangana, una olla de hierro enlozado, la cacerola de aluminio, los platos de plástico, el jarro de lata y tres cubiertos de distinto modelo, fue de nuevo hacia la lavandería. Muy despacio se entregó a la tarea de lavarlos, raspando los restos endurecidos, ya con una cuchara, ya con un pedazo de ladrillo. Regresó al cuarto con los trastos chorreantes y los ordenó en dos hojas de periódicos puestas, a modo de mantel, sobre la mesa negra. Luego de lo cual se ocupó en tender el camastro, sacudiendo varias veces las cobijas harapientas para librarlas del polvo y para que el aire circulara a través de ellas.

Acaso se trataba de la proximidad del verano. Como en mucho tiempo no ocurría, se había despertado en él un claro propósito de poner en orden sus pertenencias, y, además, sus ideas: sabíase restablecido y hasta un poco fuerte.

Movido por ese insólito vigor, recogió y acomodó dentro del cajón que le servía de velador los comics y las fotonovelas de La Doctora Corazón y las revistas descuartizadas. Después juntó en la pequeña tina de hojalata, usada como basurero, los amarillos pedazos de los periódicos regados por el suelo, las cajetillas vacías, las cajas de fósforos, las achurruscadas cascaras de frutas, las colillas. En un rincón encontró la medio pelada escoba de coco

y barrió la estera del piso. Luego arregló los cajones, cajas, tarros, botellas y otros vejestorios tirados de cualquier manera por el piso de la guachimanía. Arrojó al patio (y nadie lo vio) dos canastos de carrizo y una pantalla de cartón con el cerco quemado. Limpió entonces la repisa en la que guardaba el llavero, las tijeras, el playo, un destornillador, y los frascos para las pastillas. Colgó en el perchero de cedro las escasas ropas dejadas en el único cajón que no ordenaba todavía. Y así pudo dedicarse al arreglo de los altares de la Virgen del Quinche, de la Dolorosa del Colegio, de San Antonio, de San José con el Niño, y también al altar de San Cipriano, patrono de los ladrones, cuyo libro guardaba debajo del colchón. A todos les quitó las flores resecas y limpió las de plástico, y aunque sabía que los pobres ya no debían hacerse muchas ilusiones con respecto a él, pensó que sería bueno encenderles unas espermas como acción de gracias y como desagravio por los pecados que había cometido con la vieja Facunda ante sus santos ojos, los pitos de marihuana fumados y por fumarse, los preparados bebidos y por beberse, por el dinero siempre mal-habido y, desde luego, como señal de arrepentimiento, por los pensamientos blasfemos que se le venían a la mente, como aquel de creerse, a ratos, una especie de Cristo redivivo, y esto no a causa de su facha: barba, melena, flacura y demás, sino por los golpes y sufrimientos que cada tiempo le caían encima.

Aliviado y alegre, pronto se vio desempolvando las dos paredes forradas de santos menores y recortes de diarios, y aun el tumbado de cartón y tablas, sobre el cual escondía, en una damajuana, una buena cantidad de billetes doblados como canutos, los ahorros de los dos últimos años. De paso frotó las manchas de las moscas que oscurecían los vidrios de la ventana. Luego puso, como adornos de velador, el transistor sin pilas y el reloj atascado a las diez y treinta siete minutos de quién sabe qué día o qué noche, y se fue hacia uno de los baúles de cuero, que usaba como suyo, para guardar en su doble fondo las tres bolsas de plástico con las tamugas de marihuana que el costeño apodado Dulce de Babaco le entregara un par de días atrás. Antes de poner el falso fondo tomó un puñado de hierba y lo metió en uno de sus bolsillos. A continuación llenó el baúl con las cajas de lata y de cartón en donde conservaba los amuletos de Francisca y sus colecciones de estampas, fósforos raros, estampillas, monedas y medallas de plomo. Apagó el foco. Cerró el baúl y salió de la guachimanía en busca de un poco de agua para regarla en la parte del piso no cubierta por la estera, de modo que, al barrerla, el polvo no se levantara de nuevo.

Tranquilo, como casi nunca lo estaba, pensó que su vida tenía que cambiar sin remedio. Nada en ella era definitivo. En primer lugar, Facunda no era Francisca, sino su contraste. Y en segundo lugar, esa nueva placidez que ahora le invadía no iba a durarle mucho tiempo. En cualquier momento volverían sus temores, el miedo a la soledad, ese sentimiento de desprotección y abandono que le atormentaba el alma desde que tenía memoria, y que le provocaba visiones aterradoras desde mucho, mucho antes de que conociera a Francisca y se fumara el primer pito de marihuana.

Cuando terminó el arreglo de su cuarto se sentó al borde del camastro para no arrugar la cobija. Sudaba. Pero era un sudor liviano y agradable. Le faltaba nada más que retirar la tina con la basura para que todo quedara completo. Y el Turco se dijo que sería una buena cosa que alguien lo visitara (aunque si eso ocurría, al presunto visitante le hubiera resultado difícil o imposible encontrar en esa tumultuosa promiscuidad de vejeces, el sentido,

el orden, el encuadramiento de objetos que el Turco veía y que según él se organizaba en líneas verticales y horizontales, justo allí, en donde ni el piso era horizontal ni las paredes del todo verticales).

Ajeno a tal incertidumbre y aún dominado por un alegre galopar de la sangre, quiso admitir que ya era el momento de renunciar a Francisca y buscarse una mujer y casarse y tener hijos como todo el mundo. Tan lejana la sentía en esa mañana que llegó a creer que si se había planteado (definitivamente sin dolor) la necesidad de olvidarla, era porque ya había empezado a olvidarla.

En el patio lleno de niños que jugaban a los chullas y bandidos, el sol ponía un intenso resplandor amarillo. El oblicuo chorro de luz que entraba por la ventana contenía un universo de partículas y briznas microscópicas que parecían obedecer leyes preestablecidas. Giraban en espirales, iban y venían, sin chocarse, como los astros en el espacio: ¿también allí habría conjuntos zodiacales, galaxias, planetas, seres minúsculos habitando esos planetas, todos con sus penas y sus alegrías, todos buscando cosas que casi nunca lograban encontrar? Sin darse cuenta pasó de aquellas reflexiones a un ensueño muy distinto: se vio junto a una mujer desconocida, caminando por un lugar abierto y cálido, en donde no había nubes, inviernos ni frío, fumando con ella los pitos más maravillosos y diversos y probando fantásticos preparados que (ellos sí) hacían que la felicidad y el amor no murieran nunca.

Embelesado en ese sueño estaba, cuando el haz de partículas desapareció al tiempo que la luz del patio dejaba de ser amarilla para volverse gris. Una sombra había ocultado al sol en ese momento. El Turco salió a investigar lo que acontecía allá arriba. Se encontró con una nube blanca, espumosa, que se incendiaba delante del sol. «No es una nube de lluvia. En junio sería el colmo», se dijo, imaginando que el Maestro, en su mecánica, a lo mejor podría decirse la misma frase. Entre dos copos níveos, el sol volvió a brillar con toda su fuerza. Pero el aire estaba frío y quieto. El Turco fue a pararse en uno de los montículos de ladrillos carcomidos por la intemperie y con los líquenes despegados y resecos. Tal y como lo había supuesto, descubrió, del lado del Pichincha, una enorme nube alargada. «No. Tampoco es una nube de lluvia. Aunque en este Quito loco nunca se sabe», pensó.

Entró en la guachimanía con el ánimo cambiado. Los ojos encandilados por la luz del sol le mintieron una vez más, dibujándole en un rincón oscuro, una silueta familiar. «No. Nunca conseguiré olvidarla», se dijo tapándose la cara con las dos manos. Ese pensamiento le arrastró hacia otro paralelo y cercano: «No. Tampoco conseguiré hacer suficiente dinero nunca».

Se sentó en el centro del camastro, abatido por un súbito cansancio. Empezaba a deprimirse. Corrió la mirada por el cuarto: realmente no notó ni el orden ni el aseo del lugar. Permaneció así, sin ánimos, con la vista fija en la tina de hojalata repleta de basura. Una sombra empañó de nuevo la luz de la ventana.

-¡Nubes putas! -dijo en voz alta. Se inclinó sobre la tina para ver las cosas recogidas allí. Desdeñoso, desganado, fue sacando de la tina, los papeles, los restos de frutas, las colillas, los tarros rotos por el orín y tirándolos sin que le importara el sitio donde caían. Tras vaciar la tina, y con igual abandono, empujó una columna de cuatro cajones de madera que cayeron

con gran estrépito. Entonces se dirigió al velador y de dos manotazos sacó de su interior las revistas y los comics. Eligió una revista que tenía el papel más delgado. Le arrancó un pedazo de papel y puso en él un poco de hierba mezclada con polvo de aspirina. Pegó el cigarro así fabricado y lo encendió.

«No pensar. No pensar», se repitió. Sí: algún día, alguien iba a inventarse una mezcla cuyo humo reblandeciera para siempre los perfiles y sacara los colores de las cosas y quitara al tiempo su tiempo, y borrara todas las ásperas aristas del mundo en un solo magma, ubicuo y blando, que no dejara resquicios ni para las sombras, ni para las ideas, ni para el sufrimiento.

Vacilante salió de su habitación, con el resto del cigarro apagado en el bolsillo de la camisa de tela rayada. Tomó **su** poncho del alambre y se lo colocó como mejor pudo. Atravesó los patios y los zaguanes y fue a pararse en la puerta de calle por si a alguno de los *hippies* pintiparados que lo conocían, **se** le ocurría venir a comprarle un poco de hierba. No sabía **si** era martes o miércoles. Si era miércoles tendría más suerte. El negro Anselmo vendría por un par de tamugas de hierba, porque era día de visitas en el penal. Y ése era su negocio. Meter hierba al penal en los días de visitas. Pero si el negro no venía, ni los *hippies* tampoco, qué se le iba a hacer. Vería los colores y las formas de la calle. A su lado, entraban y salían, cada tanto, con canastos, o con ellas, las vecinas de la casa, los niños, algún señor con sombrero negro y terno remendado. Cualquier rato lo iban a denuncian. Si su solidaridad de vecinos flaqueaba, lo iban a denunciar. Y en lugar de los *hippies* y el negro Anselmo, vendrían los policías. Pero si eso pasaba, qué se le iba a hacer.

En esa onda estaba, cuando divisó, medio difusa y bamboleante, la figura del Patojo.

Lo dejó acercarse. Traía el rostro contento:

-Ñaño, se me ha ocurrido una gran idea -le oyó decir.

EL PATOJO GONZALO

Protegía la puerta de los abarrotes La Ermelinda, una reja de un metro de altura, hecha de varas de madera terminadas en punta. Era La Ermelinda una de las últimas tiendas que aún Conservaba esa valla. Al lado derecho de la puerta estaba la vitrina repleta de panes, palanquetas, moncaibas, dulces de guayabas y unos cuantos moscos prisioneros que danzaban sobre ellos.Más allá, los tarros verdes y las bateas con plátanos de se-maqueños, tomates, cebollas. Detrás de las bateas, el mostrador con los vidrios grasientos y el tablero rayado de profundas cortaduras. Sobre él, en el centro, como un santo en su altar estaba la roja balanza con plato de hojalata, rodeada de los frascos llenos de caramelos y chocolates y chicles. Al fondo, a modo de pared divisoria, se alzaba la estantería de los aceites,

licores, conservas, jabones y afines. Y hacia la izquierda, en plena tiniebla, hallábase el rincón dedicado a los quintales de papas, arroz y azúcar.

A las nueve de la mañana, una de las hijas de Don Nacho quitaba la valla para dar paso a la cola de vecinas que venían a hacer las compras del día. A las once, la valla volvía a su sitio y la tienda se quedaba casi solitaria.

Sentada en su banco, la concubina de Don Nacho miró con desconfianza la cara del Patojo que se asomó en la puerta. -Señora Ermelinda, disculpe una preguntita.

-Yo no me llamo Ermelinda. La tiende se llama así.

-Perdone usté. ¿No estará la señorita Luzmila por aquí?

-No está -dijo la mujer, siempre envuelta la cabeza en trapos negros.

En el fondo de la tienda, la Luzmila protestó:

-¡Mamacita, sí estoy!

-No estás -repuso la vieja-. Y nadie te busca.

-Pero no ve que sí estoy. Diga que me esperen. Por Diosito.

-Ya oyó, joven. La Luzmila no está ¡Váyase!

El Patojo esperó un momento. La Luzmila andaría, al otro lado de los estantes, mirándose en un espejo y alisándose el pelo enredado.

-Señora, ¿podrá decirle que Gonzalo le vino a buscar?

-No.

El Patojo, tragándose la bilis, se marchó. Pero se detuvo en el zaguán de la casa. Tal y como lo supuso, al rato apareció la Luzmila.

Espiaba la calle. Y traía los labios pintados con un crayón rojo brillante.

Pegado a la pared, el Patojo se le acercó.

-¿Qué quiere usté? -le preguntó azorada.

-Sólo preguntarle qué le pareció el sereno.

(En la noche, al pie de su ventana, le había cantado, nuevamente, como un año atrás, *Amor de verano* y *Noche de Ronda.* También *Limosnero de amor,* en el estilo de Alberto Beltrán).

-Lindo, lindísimo. Me puse a llorar de lo lindo que fue.

-¡Luzmila, adentro! -ordenó su madre.

-Ya voy mami, ya voy.

-Estoy pensando en darle otro sereno, señorita Luzmila.

-¿Y cuándo será?

-Una de éstas. Va a ver.

-¡Le voy a contar a tu papá que no me obedeces!

-Tengo que entrar -suspiró Luzmila.

-Antes, déjeme verle. Acerqúese. Tiene algo en la mejilla.

Luzmila aproximó hacia el Patojo su cara de ratón.

Entonces él se arrimó a la valla y con todo el disimulo del caso, calculando el ángulo en el cual la madre de Luzmila no alcanzaba a verlo, le rozó con su boca los labios pintados. Y se fue, sin una palabra.

Luzmila, sonrojada, lo miró alejarse.

EL MAESTRO

de las ideas más firmes del Maestro era la que se refería al tiempo. A la manera de los viejos profesores de la escuela nocturna a la que asistió de niño, él también lo comparaba con el curso de un río. Pero no, como ellos, con el uniforme río que corre y siempre huye y se va. Eso estaba bien para las poesías. En la vida práctica, el Maestro había comprobado que el tiempo tiene sus remansos, sus lentitudes, sus esteros, en los cuales casi nada pasa y, al contrario, tiene también sus remolinos vertiginosos, en donde todo se revuelve y gira y se atornilla, así, como en los remolinos de los ríos.

Bastaba verlo en su taller. Días muy largos, como esos de julio, en los que el tan ansiado verano le trajo el sol, el cielo azul, los alegres ventarrones, pero, además, muy pocos autos que arreglar. Días demasiado cortos, los de enero y los de marzo, por ejemplo, cuando le faltaron operarios, espacio, horas libres, debido a la cantidad de trabajos que tuvo que hacer.

Bastaba verlo en la crónica roja de la ciudad. Prolongados períodos en los que no ocurría nada: una paz, una calma chicha, una modorra digna de una aldea. Y de pronto: la irrupción de crímenes alucinantes: cinco taxistas de Santo Domingo asesinados, o un descuartizado en San Francisco, o el *Monstruo de los Andes* violando y matando a decenas de niñas muy tiernas.

Bastaba verlo en la política de los últimos días: cuando los ánimos están ya tranquilos los precios de los víveres se elevan, el presidente habla, los sindicatos protestan, los choferes se declaran en paro para que les suban los pasajes.

Pero en aquellos remolinos del tiempo había algo más que ver: las coincidencias. Las coincidencias y las sorpresas que se producían, entonces, acaso como un pretexto para que el *destino* anudase los extremos más dispares. Y de esos revoltijos siempre salían acontecimientos nuevos.

Lo comprobó una vez más, a la una de la tarde de ese martes 22 de julio. Después de varios meses en los cuales su vida había discurrido revestida de una suave placidez, en ocasiones parecida al aburrimiento; después de que ya había dejado de concurrir a los Billares El Guayas hacía tiempo; después de que allá por el mes de mayo le dijo al Patojo que su amistad con ellos había concluido para siempre, resultó que éste y el Turco se presentaron en

la puerta de su casa para contarle una historia casi increíble, según la cual el asunto del banco volvía a ser una posibilidad cierta, sólo que ahora quien estaba interesado en él, era el zorro puerco y usurero de Don Nacho.

Los hechos, según ellos, ocurrieron así. Primero fue la idea de robarle la contaduría al viejo prestamista. Con tal exclusivo propósito, el Patojo, convencido de la bola que le daba la Luzmila, empezó a asediarla. Le cantó serenos. Le declaró un amor desaforado y loco. La buscó de día y de noche. La besó y acarició como nadie lo había hecho antes. Y en una noche de ésas, aprovechándose de la luna y de los aires del verano, la desfloró sobre las piedras del zaguán de su casa. Y después de una semana de luna de miel, le pidió una prueba de amor. Le dijo que quería fugarse con ella. Se irían para la Costa. Vivirían en Manabí, en una playa, frente al mar. El problema del dinero, él ya lo tenía pensado. Era fácil, muy fácil solucionar ese problema. Dependía de ella. O de la intensidad de su amor. Se llevarían el dinero de la contaduría de Don Nacho. Total, el viejo miserable, era un asco de tipo. Les explotaba a ella, a su madre y a sus hermanos. Y como todos sabían, no les iba a legar un centavo. ¿Qué más se podía esperar de alguien que vivía de las angustias del prójimo? De ella dependía. De nadie más.

Al comienzo, la Luzmila se negó. Dijo que no sería capaz de robarle las llaves a su padre. Que se moriría de susto. Que ella daría la vida por el Patojo, y ése no era el problema. Pasaba que no iba a tener fuerzas para hacerlo. Entonces, el Patojo lloró en su pecho: no le quedaba otra alternativa que abandonarla. Por muchas razones. En Quito, ya no podía vivir. Tenía tantos enemigos. Gente que le perseguía. Gente mala. Era mejor buscarse nuevos rumbos. Intentar nuevas oportunidades. Además, ya estaba cansado de ser pobre. Lo ideal hubiera sido marcharse con ella. Pero, ¿cómo? Sin dinero, imposible.

Entonces entró en acción el Turco Antonio. Volvió a sus lecturas de manos. Una mañana se dejó caer en los Abarrotes La Ermelinda y le leyó la palma de la mano a la Luzmila. En ese relajo de líneas que se cruzaban y entrecruzaban, el Turco, vio lo que quería ver y dijo lo que quería decir. Por su parte, la Luzmila oyó lo que temía y deseaba oír. Que estaba en vísperas de perder un gran amor. Que, por su sola culpa, lo perdería. Que el destino es como un camino en el que uno puede quedarse o avanzar. Que en ese camino de la vida, hay encrucijadas en las cuales uno puede elegir la dirección de la desgracia o de la felicidad: ella se encontraba al borde de tomar una decisión trascendental. Debía pensarla bien. En su futuro sólo había dos posibilidades. O la soledad o el amor.

Y así empezaron las despedidas del Patojo. Una semana entera de despedidas, mientras la Luzmila se consumía de la desesperación.

Una noche, el Patojo le cantó:

Mañana, mañana

me voy, me voy de aquí

te quedarás llorando

palomita cuculí.

Al día siguiente de aquel sereno, la Luzmila, temblando, le dijo:

—Venga ahora, a las dos de la madrugada.

Y el Patojo fue. Pero acompañado del Turco. A las dos en punto, el postigo del enorme portón apolillado se abrió.

Detrás estaba la Luzmila con el pesado manojo de llaves y una maleta de mano. Cuando descubrió al Turco, ella no quiso entender lo que ocurría. Y no quiso entenderlo tampoco, cuando escuchó el susurro del Patojo:

-De gana trajiste la maleta. Anda a tu cuarto. Es más seguro. Mañana, tranquilamente, vendré por vos. Ahora, el Turco me va a ayudar. Mañana te explicaré todo.

Luzmila le entregó las llaves y con un sollozo se fue sin despedirse.

Subieron por la escalera de tablas crujientes. Luego, tras probar una y otra llave, consiguieron abrir todos los candados y quitar la cadena que los unía. Ayudados de sus pequeñas linternas entraron en la contaduría. Omitiendo las televisiones y los radios, aquel tétrico recinto podía ser la bóveda de un banco arcaico. O una cueva de piratas. O el mausoleo de un avaro. Había de todo. Relojes, pailas, estatuillas, porcelanas, guitarras, escopetas, revólveres, lámparas, trajes, santos coloniales.

Nada de aquello les interesaba. Buscaban la caja del dinero y las joyas. Sólo que aparte de los cientos de objetos hacinados en los estantes, había *algo* más: mezclado con el olor de lo húmedo, de lo guardado, de lo nunca ventilado, *algo* se pudría por ciertos rincones. Con lo cual, al Turco se le vino el miedo. El olor a podrido parecía provenir de los trajes colgados en los altos percheros. Recordó la leyenda que circulaba en el barrio. Que Don Nacho compraba trajes de difuntos a los panteoneros de San Diego.

-Vámonos de aquí. Tengo un presentimiento -balbuceó.

-¡Estás loco! Tanto lío para volvernos sin nada. Déjate de cojudeces.

—No hueles el olor a muerto.

-¡Cállate bestia! La otra vez dijiste que esto olía a azufre.

-Era cierto.

-No seas cretino. Seguí buscando.

El Turco trató de serenarse. Y, muy junto al Patojo, empezó a buscar. Eran tres salas llenas de vejeces. Las espirales amarillentas que proyectaban sus linternas iban y venían por todos los lados. Pero ni la plata ni las joyas asomaban por ninguna parte.

En esos trances sucedió lo increíble. De improviso se encendió la luz de la primera sala. Y Don Nacho apareció por detrás de un armario. Debía haber entrado por alguna puerta secreta. Vestía un largo paleto negro. Traía en una mano su bastón disparador. Y en la otra, una pesada pistola.

-¡Quietos! -les ordenó.

Y ellos no se quedaron quietos sino paralizados.

-¡Conque robándome a mí! -murmuró-. Pobres zonzos.

Se acercó despacio.

-Don Nacho, por Dios -suplicó el uno.

-No queríamos robarle -añadió el otro.

-Sí. Claro. Estaban de paseo -rezongó el prestamista con la voz tranquila-. A ver, arrodíllense quietitos, ya me oyeron.

-Pero si no le hemos robado nada, perdónenos -rogó el Turco.

-¡La Luzmila! ¡Con estos alcances! Nadie lo hubiera imaginado.

Con lo tonta que es la pobre. ¡Qué caray! No sabe la que le espera. En cuanto a ustedes, caballeritos, sería bueno que empiecen ya a rezarle al diablo.

Por supuesto, al viejo no le quedaba otra salida. Con tanta cachinería allí metida no le convenía llamar a la patrulla. Dejarlos que se fueran, era impensable. Los mataría. Impunemente. Esas anchas paredes de adobe ahogarían los disparos. Y después mandaría al par de morenos que vivían en su otra casa, y que raras veces visitaban El Guayas, a que los tirasen en el fondo de una quebrada. O al Machángara.

En tales circunstancias, el Turco no hizo más que encomendarse a San Cipriano para que los salvara. Y el santo cumplió con un milagro de los grandes. Tanta fue su angustia y su desesperación. Le iluminó la cabeza. Y entonces, con una lucidez que, por cierto, no era la suya, el Turco le pidió a Don Nacho que le dejara decir sus últimas palabras. Y el viejo profirió un gruñido. Y así, el Turco pudo jurarle que, de verdad, no quería robarle nada de mucho valor. Jurarle que su único interés eran dos revólveres y quizás una carabina. Los necesitaban para asaltar un banco. Y, como si aún fuese presente, le contó, con detalle, el plan del Doc. Le contó el nombre del banco, el nombre del Doc (vistos en la billetera que una noche le mostrara el Maestro), lo de las motocicletas, lo de la furgoneta, lo de la caja fuerte, y los dólares, y las reuniones que tuvieron en la plaza del Hermano Miguel, en los tanques de El Placer, y las cosas que faltaban por hacerse: las armas, la casa, la furgoneta. El Turco sabía que, como en *Las mil y una noches,* si se callaba era persona muerta, de modo que siguió hablando y hablando, y acusándose a ratos, por lo tontos que fueron al no decírselo a él, a Don Nacho, con toda sinceridad, desde el comienzo; por no pedirle ayuda, por no hacerle participar en el plan. Pero, en un momento, al Turco se le acabó la cuerda. Y se quedó callado. Y las palabras ya no le salieron de la garganta, a pesar de las nuevas invocaciones a San Cipriano. Y, por su parte, el Patojo sintió que la hora del fin había llegado. Y cerró los ojos para no ver su propia muerte, el fogonazo borrándole la cara. Mas, cuando todo estaba ya perdido, Don Nacho retrocedió unos pasos y se sentó, sin dejar de apuntarles con la pistola, en un baúl de cuero. Permaneció en silencio unos minutos. Tosió y escupió varias veces. Luego, su decrépita ambición habló por él:

-Quiero ver a ese doctor. Ustedes saben que si me engañan están muertos. Es mi última palabra. Ahora, levántense con las manos en la nuca. Y larguense de aquí. Y no se olviden de decirle a ese doctor que le conviene entrevistarse conmigo.

En la calle, el Patojo arrimado a un poste, escurriéndose el sudor de la frente, comentó con la voz aflautada por la agitación:

-El viejo se tragó la mentira. No sé cómo le convenciste, Turco.

-No fue mentira. Le dije la verdad.

-No jodas. Basta ya de rollos.

-Era cierto, Patojo. Te lo juro por Diosito -repuso el Turco con aire de iluminado-. Mientras le hablaba, San Cipriano me hizo caer en la cuenta de que yo no le estaba mintiendo a Don Nacho. De que sólo nos faltaba localizar al Doc y al Maestro, para que todo fuese una verdad completa. De otra forma, el viejo, con lo sapo que es, no me hubiera creído. Y pensándolo bien: ni siquiera lo del comienzo, eso de que no queríamos robarle, fue una mentira. Ése fue el pretexto del destino para meternos allí, Patojo, no hay otra.

El Maestro los había escuchado, en silencio, referir a dúo ese relato atropellado y absurdo.

-Mejor hablamos esta noche en el billar —les dijo, porque no tuvo otra cosa que decirles.

Y cuando el Turco y el Patojo se fueron, a él le quedó un amasijo de ideas confusas en la cabeza alborotada.

Pero también le quedó un eco tenaz: una de las últimas palabras del Turco: la palabra *destino.* Esa fue siempre para él, una palabra oscura, contradictoria, incontrolable. Cuando él la pronunciaba significaba voluntad, fe, propósito, proyecto en curso. Cuando la escuchaba mencionada por otros, cambiaba de sentido y pasaba a ser justo lo contrario: lo que estaba, de cualquier manera, más allá de toda voluntad y todo propósito.

La llamada de sus amigos a su puerta fue, sin duda, una llamada del *destino.* Pero también una llamada de ellos mismos, el clamor profundo del espíritu del grupo, de la jorga, que quizá nunca podría morir en su interior.

Y acaso lo uno y lo otro eran en el fondo, lo mismo. Sumido en estos graves pensamientos, el Maestro, mientras un viento juguetón se llevaba hacia el cielo azul el polvo y los papeles de la calle, cerró, tras de sí, la puerta de su casa.

EL GAVILÁN

¿A quién?

-Su apellido es Gavilánez, pero le dicen Gavilán.

—No. Hace fu que no viene por aquí.

-¿Desde cuándo más o menos?

-Hace fu.

-¿Desde marzo?

-Tal vez. Ahurita que me recuerdo, tuvo una pelea con sus amigos y no volvió nunca más.

-¿Nunca más?

-No.

-¿Y no le han visto por el barrio?

-No sé. Él ya no vivía por aquí. Se había cambiado a San Juan, creo. Pero eso era más antes. Claro que seguía viniendo para encontrarse con sus amigos. Pero ya le digo que se peleó con ellos.

Les dio una pisa y se fue. Era karateka. Cinturón negro.

-¿Y ellos?

-Tampoco vienen mucho por aquí. ¿No quiere dejarles algún recado?

-No. Gracias. Hasta luego.

-Hasta luego.

-¿Quién era? -preguntó Don Nacho desde el mostrador de El Guayas.

-Una señora perfumada que preguntaba por el Gavilán -dijo el chico.

EL TURCO ANTONIO

Él, el religioso, el humilde, se asomó a la enorme plaza adoquinada de San Francisco, llena en ese viernes 25 de julio, de gentes madrugadoras. Iba a ponerle un par de velas a Jesús del Gran Poder con el doble motivo de que le perdonara, por un lado, lo del banco y, por otro, para que el Santo Señor le ordenara a Francisca que regresara ya, por fin, de una vez a donde él, que retornara a él (con o sin asalto) a la brevedad posible; y no importaba en qué condiciones, pues las aceptaría de antemano, como siempre, como todo lo que de ella provino, a saber y recordar, cosas tan graves como aquella de que lo denunciara a la policía, años atrás, en Guayaquil, y por si fuera poco se marchara a continuación con el *hippie* de pelo rojo, cuya única gracia consistía en tocar la guitarra, la armónica, y media docena de flautas de todos los tamaños y espesores; como acató cuántas cosas más que no valía la pena traer a cuento para no amargarse ni envenenarse la vida, y que -lo diría hasta el cansancio- no sólo que fueron acatadas, sino perdonadas también; perdonadas por obra y gracia de ese amor suyo, tan personal y vehemente, que no buscaba en ella apenas su cuerpo y también su alma

sino, además, lo que ya no era propiamente suyo, sus malos hábitos, en una palabra, como su afición por el dinero y su gusto por las mentiras, y su vanidad, y hasta quizá todas aquellas perversidades súbitas y violentas sin las cuales nadie podía imaginarla bien. Y era que él buscaba en ella, acaso de manera especial y precisa, tales rasgos perversos, pues, de cualquier modo, le garantizaban (ya que el mundo era así), un sufrimiento estable y conocido, una cuota diaria de sufrimiento previsto y puntual, una suerte de escudo exacto, justo, de dolor propio, privado, que lo resguardara de aquel otro dolor, vago, ininteligible, que era el dolor natural del mundo. Es decir, que él buscaba en ella, también, sus crueldades de todo tipo, porque Francisca era cruel, cruel hasta en la facha: los ojos redondos agitándose siempre detrás de los diminutos lentes de cercos redondos, angulosa, flaca, los pómulos salidos, el rostro largo, el pelo lacio y largo cayéndole sobre la espalda, ella misma larga y seca y, por si fuera poco, envuelta en esas túnicas que solía usar (moradas, azules, negras), túnicas oscuras a la final, por debajo de las cuales no llevaba en absoluto nada que no fueran sus pobres atributos, sus pechos pequeños, el pubis enmarañado de pelos rebeldes, los muslos delgados, las pantorrillas delgadas también; mas en todo aquello había una cavidad de nido, de cuna, el espacio apto y propicio en donde él sabía depositarse, acogerse sabiamente a ese cuerpo que al conjuro del suyo, empezaba a agitarse, a cambiar, a sacar de sí todo cuanto de felino y elástico tenía adentro; y entonces la piel de Francisca se volvía interminable, se llenaba de secretos y recovecos, de lugares inexplorados y vastedades imprevistas, que se contraían y erizaban con sus propios ritmos y sus propios sobresaltos, en tanto que él la recorría buscándole, como siempre, ávido, persiguiéndola allí mismo, en el cuerpo, en la piel, en su boca profunda, diciéndose una y otra vez que aquélla era la Francisca de su cielo, la de los gemidos y los roncos clamores, la Francisca vencida e implorante que lo devoraba y arrastraba con su felicidad eléctrica, con su felicidad sacudida, con su felicidad caótica o como quiera llamarse a tanto oleaje, a tanta furia rendida. Mas, no era solamente, como se dijo, la Francisca del amor la que él buscaba y perseguía. Antes o después de ella, protegida de nuevo por su túnica y sus collares, mirando de nuevo a través de sus lentes redondos, sentada en su actitud de gurú o de yoga, estaba la Francisca de los viajes interminables y la sabiduría, la de las alucinaciones y las hierbas misteriosas, aquella que encontró una vez y para siempre en la vieja avenida Veinticuatro de Mayo, la de los mercachifles y los charlatanes, rodeada de un círculo de curiosos, vendiendo sus talismanes y sus amuletos y hablando de los asuntos de la vida y de la muerte con su voz ronca, profunda, llena de matices y aterciopelamientos que parecían persistir en el aire, luego de que ella pronunciara, por ejemplo, las palabras: cómprelo, descúbralo, lléveselo. Era la Francisca que lo sedujo y lo eligió como había hecho con tantos otros (según ella le dijo en un día negro), cuando lo encontró (como a los otros) con la cara vacía de los que no tienen camino, listo para la redención, en una palabra, y entonces le trastornó la vida arrancándole de su mundo natural, de su estado natural, de la insignificancia y la nada de los cholos de su clase, y lo cambió por entero, el saco de lienzo por el poncho de vicuña, los zapatos por sandalias, y en lugar del pelo cortado como cepillo e impregnado de brillantina barata, lo obligó a dejarse crecer una melena que le llegó hasta los hombros, acompañada de una barba renegrida que vino a darle a su rostro un sorpresivo aire de *turco* famélico y lánguido; aunque a decir verdad, ese cambio exterior, brutal como fue, al punto de que quienes lo conocieron antes, nunca más pudieron

ya reconocerlo, no constituyó sino un reflejo menguado y pudibundo de lo que ella revolvió en su interior, sacó de su interior, mostró en su interior, por ejemplo cuando le descubrió que las personas repartían su vida entre dos mundos, el mundo de afuera y el mundo de adentro, y que el más importante de los dos era, sin la menor duda, el mundo de adentro, que tenía, como el otro, sus propios paisajes y sus propios cielos y sus mares y sus desiertos, y sus manantiales y sus cavernas, y hasta su propia fauna y su propia flora, que era preciso explorar y conquistar, puesto que en el mundo de afuera ya todo estaba conquistado, y exhausto y asfixiado, y la prueba palmaria era ese papel de parias desarrapados y tristes al que les habían relegado en el mundo de afuera, lo cual, jamás de los jamases, les podría ocurrir en el mundo de adentro, porque, éste sí, les pertenecía por entero. Y así fue que Francisca se constituyó en la guía segura, experta, que lo llevó de la mano -ayudándose, claro está, del humo de la marihuana y de los vapores de cien preparados diversos, aunque eso no importaba tanto-, de la mano por profundos senderos que hasta entonces él no había sospechado que existiesen, y le reveló secretos misterios, y le enseñó la manera de escuchar la música del pensamiento, o de beber el agua viva de la vida, o de asomarse a los límites extremos de su ser y captar las vibraciones de la materia, el ruido real de las moléculas y los átomos. Y un buen día, cuando juzgó que había llegado el momento, con su tono suficiente y desdeñoso le dijo: «Bueno, socio, es hora de que vayamos a conocer el sitio en donde se esconde tu miedo». Y él tomó la pócima verdosa, y ella le dijo: «cuéntame todo lo que veas», y él le contó primero lo de los colores y los sonidos y luego, esa sensación interminable de caer y caer en no sabía qué precipicio, hasta cuando comprendió que no estaba cayendo, sino adentrándose en las regiones de lo incomprensible y de lo blando, en esa como caverna o túnel al fondo del cual adivinó o presintió que estaría la ominosa forma de la muerte, y quiso volver, pero la voz de Francisca, que ahora le llegaba desde muy lejos, le ordenó: «Avanza, no temas, ve a buscarla», y él no tuvo tiempo de obedecer ni de rechazar aquella orden, porque pronto se vio junto a la forma blanca y repulsiva de la Pálida, como la llamaría desde entonces, moviéndose a su lado con movimientos torpes, y creyó escuchar la voz de Francisca que le decía: «¿La viste?» y él creyó responderle que sí, que la había visto, y creyó oír de nuevo la voz de Francisca que le preguntaba si sentía miedo, y él creyó responderle que no, que no lo sentía. « ¿Qué sientes entonces?», le dijo ella y él le respondió con una sola palabra: «Asco». Muchas horas más tarde, cuando -entre escalofríos y extraños pálpitos del corazón-, retornó al mundo de los vivos, Francisca se limitó a decirle: «Mientras yo no te falte, no tienes por que temerla». Mas, por entonces, sin que mediaran compromisos ni acuerdos previos, ya eran, podía decirse, una pareja. El la secundaba en todo. La acompañaba en sus movilizaciones constantes a los pueblos y a las ferias. Retiraba los paquetes que le llegaban a Francisca desde su Perú, y llevaba los baúles y maletines que ella no abandonaba nunca en sus idas y venidas por hoteles de mala muerte y pensiones de aspecto siempre similar. Con los ojos fascinados de un aprendiz inexperto, hizo todo lo que ella mandó. Con ella conoció el mar. Con ella viajó a la frontera. Con ella aprendió un nuevo y dulce lenguaje hecho de palabras floridas que, casi siempre, expresaban lo contrario de su significado original; un lenguaje que se completaba con gestos y miradas que servían de maravilla para comunicarse con gentes nunca antes vistas y que, a veces, hasta venían de lejanas tierras, pero que, sin embargo, pertenecían a su mismo linaje de

seres especiales tal y como lo decían la languidez de sus rostros, sus ojeras, ese atuendo de pobres, ciertamente modernizados y sicodélicos y, desde luego, no faltaba más, el gusto por los viajes, las guitarras y las flautas y las baratijas de metal. Si la felicidad existía, entonces eso era la felicidad: la loca alegría de haber descubierto el otro lado, el revés, la cara oculta de la vida: la loca alegría, el orgullo, la importancia de haberse arriesgado por los mundos de Francisca, prohibidos para los sordos y ciegos de corazón que eran tantos como la humanidad misma. Y la locura y la alegría de amar a esa mujer única, porque ésa era la verdad. Única en tantos aspectos que, frente a ella, las pocas mujeres que había conocido hasta la fecha del gran encuentro, le parecían en el recuerdo sombras transparentes, muñecas difusas, mansos seres demasiado humildes, demasiado dóciles, demasiado vacíos, como para llenar con ellos la palabra amor. Si la felicidad existía, entonces eso era la felicidad: pero si eso era la felicidad, entonces no duraba mucho. Y fue que Francisca, la única, la segura, la independiente, en cuanto lo vio transformado sin reservas en uno de sus fieles, empezó a sacar de sí otro de sus múltiples rostros. Cambió con él. No tardó en mezquinarle el dinero que ganaban. Por puro gusto le contradecía en todo. Aun en las cosas insignificantes. Durante una noche entera, en una reunión vaporosa tenida en un cuchitril de La Libertad (un par de velas sobre la mesa central, diez ojos extraviados entre el humo y la penumbra y, abajo, la ciudad), no cesó de atormentarle y ridiculizarle con bromas acerca de su timidez y su ignorancia. Otra noche, mientras él dormía profundamente, le despertó sólo para decirle que él ya la estaba aburriendo, que era un hombre sin iniciativa, sin ambición y sin voluntad; un vago, un hombre que nunca llegaría a ninguna parte: «¿Qué le vas a decir a Dios cuando te mueras?

¿Qué le vas a decir cuando te pregunte lo que has hecho con tu vida? ¿Qué le vas a decir?», le espetó en su más puro estilo personal. Y él no atinó qué responderle. En realidad nunca se le había ocurrido que habría de hacer algo con su vida. Ni veía la razón de tal empresa. Sólo ahora tenía una ambición y era retenerla a ella todo el tiempo. Eso era todo. Así que, por detrás de las palabras de Francisca, él adivinó su verdadera intención: de nuevo, llevada por el demonio que la poseía, quería herirlo. A lo mejor ésa era su manera de amar. La única que conocía. Y él descubrió, no sin sorpresa, que no le costaba mucho esfuerzo admitir esa realidad. Y de este modo, pasaron vertiginosos los meses de un invierno y un verano completos, y cuando empezaron las lluvias, vino la catástrofe definitiva; como subido del infierno, llegó a sus vidas el maldito *hippie* pelirrojo con sus flautas y su risilla nerviosa, y su cara de ángel gringo, y también con sus monedas. Y de amigo risueño de fortuitos encuentros, pasó a la categoría de fiel acompañante bienintencionado, cuya única obsesión era tocar sus flautas y su armónica y contarles las más disparatadas historias vividas por él en los sitios más extraños de la Tierra, planeta cuyos polos verdaderos, a su modo de ver, aunque no lo explicó muy bien, no eran los vulgares Norte y Sur, sino las sagradas ciudades de Machu Picchu y Catmandú. Un día (fue en Guayaquil), él, el religioso, el humilde, tuvo el golpe lúcido, la certeza luminosa y terrible de que Francisca se le escapaba; irremediablemente se le escapaba, cosa que él no podía permitir porque simplemente no podía permitir, costase lo que costase. Entonces, un estallido interior de desesperación (no fue más), lo obligó a posesionarse de un papel ni soñado ni buscado, el de león herido en su amor propio y en su dignidad, y a armarle a Francisca y al *hippie* una escandalosa escena que incluyó

amenazas de muerte (al *hippie* si no desaparecía de su vista para siempre y a Francisca si lo volvía a ver) y toda una colección de insultos múltiples. El, que nunca había osado reclamarle nada a la vida, nunca tampoco imaginó que podía llegar a enardecerse de esa manera. El *hippie* terminó por irse entre reclamos y protestas de perro asustado, y Francisca -reacción extraña, muy extraña-, se limitó a decirle que se calmara con una voz tan tierna que acabó por desarmarlo. En ese instante, él vio el zig-zag, el doble juego de los ojos de Francisca que se agitaron como locos dentro de sus lentes redondos. Allí hubo un brillo maligno, qué duda cabía. Pero esa voz era tan suave y amable que él se dejó conducir dócilmente hacia la cama desvencijada de aquel cuarto de hotel de novena o décima categoría, en donde Francisca le juró fidelidad por toda la vida. A continuación, para sellar la paz y para que la felicidad fuese completa, ella quiso celebrarlo con un menjurje especial que preparó en un instante. Al momento de beberlo él pensó, sin asomo de terror, que podía tratarse de un veneno, y que ahora el viaje hacia la Pálida sería tal vez definitivo. Pero la perversidad de Francisca no conocía límites, y el asesinato, como quiera que fuese, señalaba un límite, no era posible ir más allá. Esa mujer no lo envenenó, al menos en lo que al cuerpo se refiere. En lugar de ello, cuando le vio perfectamente dormido, perdido por completo en un sueño sicodélico del cual iba a regresar sólo después de varias horas, le acomodó ahí mismo, sobre la cama, cuatro tamugas de marihuana y una bolsita con restos de base. Tras lo cual tomó sus maletas y llamó a la Policía.

Ahora que los años han relegado las ansias de venganza al rincón en donde se alojan los sueños inútiles y las decisiones que no fueron; ahora que la memoria de la cárcel no era nada o era muy poco, comparada con el vacío, ése sí enorme que le había dejado Francisca y que ninguna otra mujer conseguiría llenar; ahora que había visto y vivido lo suficiente para saber que no siempre el amor es lo mismo que la felicidad, y que tampoco la felicidad es lo mismo que la alegría; ahora que había pecado y rezado y rezado y pecado tanto, hasta entender que la vida misma tiene la forma de un largo pecado interminable, y que la religión está hecha para salvar a los cristos mortales, como él, más que del pecado, del dolor y la soledad; ahora que el relumbrón todavía lejano de la buena fortuna venía a hacer posible, nuevamente, la búsqueda y localización de Francisca, él no iba a perderla por segunda vez. Jesús del Gran Poder, el Cristo de la Agonía, San Cipriano, Santa Mariana de Jesús, los santos de todos los cielos, Dios Padre mismo, no lo iban a consentir. No lo iban a consentir.

SERGIO Y SUS ENTUSIASMOS REPENTINOS

Iba yo por la noche del viernes, como tantos otros viernes, precipitándome en ese fluir bullicioso, tenaz, fecundo, **buscando** en los rincones de la ciudad un sitio para mí, para mi **hambre** de **amor** y de alegría, oyendo pasos, risas, claxons, gritos de borrachos, voces, susurros, los cantos de

sirena de la noche del viernes que se abría como por dentro, sacando de sí, sus bares, restaurantes, peñas, sus discotecas, casinos y moteles, sus cantinas, garitos, prostíbulos y demás nidos iluminados, cálidos, latientes, pulsantes, expectantes, que llamaban por todos los rincones de eso que los oficinistas decían con amor y gratitud: el viernes folclórico, el viernes cultural, el viernes rosado, el san viernes, cuántos nombres, quién sabe cuántos para designar la pequeña culminación, el pequeño arribo, la certeza inevitable de que una semana más ha sido ganada a la vida.

Iba yo por la noche del viernes, de vuelta ya de tantas cosas, la memoria embotada por tantas búsquedas, los recuerdos confusos de lejanas noches de obsesión en las que una mujer era cualquier mujer, y cualquier mujer era, por sobre todo, su lugar secreto, su herida viva, que yo quería con el ahínco y la premura del desesperado que más allá de la lujuria y el estrépito, del deseo y la saciedad, busca, acaso, sólo la puerta inicial, sólo el retorno. De vuelta de recuerdos igualmente borrosos de las horas desperdiciadas en la falsa solidaridad, la exaltación fingida, deliberada, de tirar las cartas sobre algún tapete verde quemado de cigarrillos celebrando las bromas tontas, el burdo humor socarrón, ingenuo, repetido de los burócratas por esa vez escapados del hogar, que avanzaban penosamente por sobre la borrachera y las partidas de naipes, tambaleándose en la pendiente de la noche, dando manotazos, ahítos de alcohol y de tabaco, buscando a tientas su cuota de mesurada perdición, su dosis precaria de locura. De vuelta de las otras noches de tedio y desánimo de esa otra gente: la mirada negra, la palabra negra sobre la realidad que no cambia, porque nada es posible ya que nada se crea ni nada se destruye en esa realidad que no cambia. De vuelta ya de la fatiga de tantas otras noches de viernes gastadas en la frenética persecución de la alegría, de la felicidad, del delirio, o como quiera llamarse a aquello que huía siempre, como un pájaro, en la próxima esquina siempre: la marcha ofuscada, violenta, insaciable de las jorgas que indagaban aquí y allá, corriéndose primero por la Amazonas y luego por la calle de los restaurantes, dudando, sin saber cómo elegir, eligiendo, bien, mal, maldiciendo la tara de dudar, de «no saber divertirse», divirtiéndose luego en una y otra casa, hasta ir a dar, por fin, de bruces contra la discoteca de moda encendida de haces intermitentes y ritmos trepidantes: las percusiones marcadas, monótonas, los sonidos agudos, sostenidos, un zumbido de moscardón por detrás de las voces también agudas, guturales, en el límite preciso de la distorsión y el alarido: apresando los cuerpos, agitándolos, sacudiéndolos, sublevándolos con esos dislocamientos electrónicos, sicodélicos, con esas aristas y nervaduras que rompían y ahogaban los ritmos propios de la respiración, de los corazones, del pensamiento; de bruces contra ese caos previsto, predispuesto, calculado de antemano en el recinto de la discoteca, para que las reglas del juego de la vida se rompieran, y cada quien, en el éxtasis brioso de su danza, se pareciera un poco a ese otro que no era, se remendara un poco en su sueño y su locura.

Iba yo por la noche del viernes, asaltante sin asalto, guerrillero sin guerrilla, escritor sin escritos, burócrata de banco por equivocación, marido y padre por equivocación, paria irredento ahora, perseguidor y perseguido a un tiempo, iba hambriento de amor: flamante enamorado, flamante traicionado, iba sin saber cómo encontrar a una muchacha fugitiva: mi invento reciente, mi apuesta brutal, el giro salvador, desesperado, presunto de mi nueva vida, mi resto del futuro, mi lugar de pureza, mi ternura

perdida, mi retorno al principio. Iba a buscarla: ¿cómo? Iba a encontrarla: ¿cuándo? Iba a tomarla: ¿dónde? Iba yo por la noche del viernes, masticando la estopa de la cita fallida ¿cómo fue? ¿qué pasó? ¿por qué no vino ella?

La noche suave, la noche tierna, la amable noche empezaba a abrirse en la ciudad. Julio exhibía su luna creciente. En la avenida Amazonas se iniciaba el bullicio. Las gentes iban y venían. Los autos se deslizaban lentamente en alegres filas. Detrás de los parabrisas: rostros risueños, saludos, gestos vehementes. Yo esperaba en el café. Esperé durante una hora. O más. Un tinto tras otro tinto. Un cigarrillo tras otro cigarrillo. Varias veces llamé por teléfono. Mi dulce muchacha no estaba. Tampoco su prima, Marcela. ¿Qué había pasado con ellas? ¿Dónde estarían las dos? Pagué. No esperaría más.

Y fue el vacío, la incertidumbre, el acoso interior, lo que me llevó por la avenida, bobo, desenfocado, mirando esquivamente los sitios familiares. Bares, *boutiques,* vitrinas, licoreras. Entré en el Oscar's. «Un whisky», dije. Lo bebí de un golpe. Salí. Volví sobre mis pasos. Me asomé al café. Igual. Nada. Me asomé al Manolo: los parasoles plegados, las caras en torno a las mesas circulares, la vitrina-mostrador repleta de sánduches, jamones, frutas, quesos. Adentro: las mesas cuadradas, los espejos, los óleos nebulosos. Nada. Me asomé a La Fuente. Nada. Llamé por teléfono. Igual. Nada.

Ahora caminaba por el lado de El Ejido. La sombra negra de los árboles contra el resplandor del cielo, las parejas furtivas, las putitas del parque, los grupos de muchachos, un ebrio sin atreverse a cruzar la calle, los autos que pasaban raudos.

¿Quién era Sergio? ¿Dónde iba Sergio? No lo sabía. Hasta hace un momento fue un amante encendido que esperó a su amor en un café. Ahora, sin rumbo, caminaba en la noche. Una historia no-escrita, amarga, le rondaba la cabeza. Podría llamarla así: *Del amor como respuesta a una pregunta que nunca se hizo.* O también *Del amor como respuesta equívoca a otra pregunta.* Y en ella, contaría los afanes de un hombre que busca en un iluso amor, como en una droga, el modo de escabullirse de premuras muy concretas: su vacío, su asfixia, la imposibilidad de cambiar su mundo y cambiar su vida. Pero esta idea torcida, claro, como todas las ideas de Sergio, era también, en el fondo, una manera ilusoria de escaparse del desamor, del desencanto, de la rabia que le produjo su cita fallida.

El había pensado en una fiesta personal que fluyera mansa y perfecta como un río. El había pensado encontrar a su muchacha en el café; llevarla luego, por las viejas calles. Contarle: aquí pasó esto y estotro; llevarla por San Marcos, por Santo Domingo, por los vericuetos de La Ronda; subir por la vieja avenida de los charlatanes y los desarrapados, asombrarla, acaso, con un trago en La Casa Blanca, deambular por San Francisco y La Merced; retornar, después, a lo nuevo, visitar una peña y, por fin, en algún rincón de la ciudad, esconderse en ella, sustraerse, no-ser en esa muchacha, en su juventud, no ser nada más que su propio impulso, su propia pasión, su ansia sagrada y su ansia animal. Porque así lo había decretado Sergio, porque así lo quería Sergio.

Ahora, en cambio, tenía ante sí el estúpido viernes de los que no tienen sueños.

Se veía caminar: las manos en los bolsillos, los hombros encogidos como si tuviera frío. No lo tenía. Era sólo la sensación, el estremecimiento de haber perdido lo que ni siquiera llegó a tener. De haberse jugado mal. De haberse inventado una mujer fugaz, intempestiva, que se había devuelto a su propia región, a la nada, al sueño suyo, a lo inventado. La sensación del fraude. La sensación del frío, el verdadero.

Sergio explicará el asunto: es la víspera, el jueves 24. Es el café. Marcela, la loca Marcela, irrumpe allí. Trae a su joven prima. Presentaciones. Bromas. Un cumplido infantil. Miro a la prima: el pelo castaño abundante, el rostro terso, los ojos muy grandes, una suave sonrisa. Me gusta su figura. Viste una falda azul y una blusa blanca. Oigo su voz. Su voz me gusta. Las dos se sientan. La primera frente a mí. A su lado Marcela. Marcela no cuenta. «Es apenas una muchachita», me digo. Y le hablo. Me habla. Y empieza el aura. Me gusta lo que dice. Está de paso. Se vuelve a su provincia. La describe muy bien. Es aguda, es mordaz con su provincia. Sin duda la ha sufrido. El aura continúa, crece. Estoy dentro del aura. Marcela intenta hablar. No la escucho muy bien. Está muy lejos. Sólo la muchachita me importa. La miro: el pelo castaño. La piel muy tersa. Los suaves ademanes. Ahora cuento yo. Me sobran las palabras. Tengo un exceso de palabras. Mis palabras son lazos y puentes. Le gustan mis palabras. Me gusta que le gusten. El aura se agranda, se abomba, nos envuelve. Me enciendo. Me enardezco. De pronto soy otro. Y fabrico audacias, mitos. Ella alega, contradice. Está dentro del aura. Y la atrapo. La sujeto con mis palabras. Marcela intenta hablar. Sólo su prima me importa. Sólo a ella le hablo. El aura se tensa. El circuito se cierra. Mi largo invierno cesa. He dejado el estrecho cuarto y su estrecha ventana: el banco, mi mujer, mi pasado no existe. He regresado a cero. A los viejos impulsos. Me proclamo amoral, iconoclasta, necio. Nada la escandaliza. Con esa suavidad, con esa tierna audacia, es también amoral, iconoclasta, necia. Ahora imagino, invento. «Viene de la asfixia», me digo. «Ella también apuesta», me digo. Marcela habla. Se ha quedado sin voz. Miro a mi chiquilla. A mi amor. El pelo castaño. La dulce boca carnosa. Le hablo de libros, de insomnios, de grandes asesinos. Ella indaga. Interroga. Es también una insomne. Es un ser de la noche. Luego ríe. Reímos. El aura se amansa, se aquieta.

Las acompaño hasta la acera. El taxi se detiene. Sube Marcela. Está de mal humor. Va a subir su prima. Me despido. Hago el ademán de besarla en la mejilla. Pero no. La beso en la boca. El apretón de manos es fuerte.

Nos duele.

-¿Cuándo te veo? -le digo.

Ella vacila. Está azorada.

-¿Cuándo? -insisto.

La portezuela del taxi sigue abierta. Espera. Ella se inclina. Va a entrar.

De pronto, se vuelve: -Mañana, aquí, a las ocho -dice. El taxi se va.

El viento del verano es fresco, es puro, se arremolina en los rincones, corre, asciende y golpea en lo alto contra el cielo estrellado. Sergio aspira ese aire. Y ese aire juega en su corazón. Sergio piensa en reencarnaciones. En retornos del tiempo. La chiquilla que acaba de irse, le retrotrae a la época en que descubrió en el banco, mezclada entre tanto empleado gris, a la

muchacha practicante. En el fondo, la ha vuelto a encontrar. La ha vuelto a encontrar como fue ella en los inicios. Como nunca debió dejar de ser.

En sus oídos resuena la suave voz:

-A las ocho.

Pero ahora, en cambio, a las diez y cuarenta minutos del viernes 25,

Sergio tenía, ante sí, la noche abovedada, críptica, vacía. Y ni el viento del verano, ni su frescura le importaban nada.

Me descubrí en San Blas. Miraba la vieja iglesia, los terraplenes, los farolitos. No sabía qué hacer. De un golpe estaba reinstalado en mí mismo, en mi empleo, en mi hogar, en mi pasado, en el difícil destino de Pedrito, en mi-lugar-en-el-mundo. No tenía para mí, otra ciudad que ésta. Otro país que éste.

Otro dolor que éste. Realmente necesitaba un par de tragos más.

Miraba la ciudad: su forma huyente, torturada. Yo había sufrido mi ciudad también como un amor. Y también la había perdido. Por todas partes nuevos signos. Sobre El Panecillo, el débil reflejo metálico de una virgen deforme. Contra la loma de San Juan, la nueva torre gótica de La Basílica. Un puente a desnivel había cambiado el paisaje de La Marín. Y qué decir del resto. La puta ciudad, empezaba, pues, a escapárseme, también.

Permanecía de pie, al borde de la acera.

Por la calle caminaba un grupo de jóvenes con guitarras, ajenos al peligro de los automovilistas ebrios. En un rincón, una vieja pordiosera juntaba cartones y periódicos y se disponía a dormir. Cerca de ella pasó un vendedor con su carrito de salchipapas, con la petromax por delante. Los muchachos se alejaron cantando una canción que yo no había escuchado nunca.

Permanecí un largo rato, parado al filo de la vereda. No sabía qué hacer.

De pronto, el exabrupto: «Voy a buscarla», me dije. «La encontraré», me dije. Tenía una idea de los recorridos de Marcela. Su prima estaría con ella. Paré un taxi.

-Al Batán -pedí.

Y de nuevo iba yo por la noche del viernes, impetuoso, exaltado, iba hambriento de amor. En lo muy mío, el hombre lobo volvía a gemir: la pelambre erizada, el aliento cortado, olfateaba el aire.

Corríamos hacia el norte. Otra vez La Alameda. El Ejido, los viejos parques. En la Doce de Octubre, un imprudente cruzó la calle. El chofer maldijo. Seguimos por la colina del Hotel Quito: siempre la misma niebla en esa zona, como resguardando los lujosos edificios de departamentos, erguidos entre la bruma. Bajamos hacia Guápulo.

Pero, ya ninguno de los amigos de Marcela vivía por ahí.

Ahora corríamos por la Orellana. Había fiesta en el Nuevo Círculo. Continuamos hacia el occidente. El Colegio Militar. Los patios de autos. Un puente a desnivel. De nuevo hacia el sur por la Diez de Agosto. Allí, un grupo de policías nos detuvo. Había un patrullero con las luces giratorias. No

me alarmé. Se trataba de una revisión de licencias. Unos meses atrás, quizá me hubiese alarmado al verlos.

Bordeamos la Universidad. El redondel con los bustos de los indios, la diagonal.

-Pare -le dije al chofer.

Me vi entrar en el departamento de Clara, una de las tantas divorciadas de la ciudad. Ella tenía su jorga de amigas, divorciadas como ella. En las noches de humor se llamaban a sí mismas: «Las abandonadas de Dios». Había fiesta en aquel departamento. También ellas tenían su viernes. Todo muy animado. Los caballeros-moscas rondaban por doquier. Yo también, alguna vez, había sido un caballero-mosca que zumbaba en torno a Clara o a alguna de sus amigas. Había mucha gente allí. Me deslicé por entre los animados grupos.

Pero nadie me dio razón de Marcela.

En el ala derecha del departamento -la mesa del comedor corrida hacia la pared, los muebles de la sala corridos también- las parejas bailaban un Santana que estuvo de moda, allá por el 72. Brazos en alto, bruscos giros de cabeza. Descubrí a una nueva recluta (veintisiete o veintiocho años). La vi girar bajo el haz de luz amarillenta, y avanzar entre la concurrencia, suelta, ágil, riendo como una niña y con vivos ademanes. Llevaba una blusa de seda blanca, casi transparente, que apenas le ocultaba los generosos senos que, en otro tiempo, se cuidaría muy bien de mostrar. Muchos la asediaban, sin duda. Y, sin duda, también ella estaba recorriendo el inevitable periplo de las nuevas divorciadas de la ciudad. Este, debió ser más o menos así: después del llanto y el abandono, descubrió la libertad. Y aquello que antes le obligó a subsumirse en el pobre mundo de las amas de casa, a desaparecer casi entre la fidelidad y las cuatro paredes, a encerrarse en sí misma, como esas lejanas estrellas que reabsorben su propia luz, ahora, cambiado de signo, le imponía abrirse al mundo, desplegar las entumecidas alas y refulgir de nuevo. ¿Cuánto duraría ese segundo esplendor? Yo conocía demasiado bien esas efusiones, esos trayectos. Uno o dos años más tarde, si no lograba aferrarse a un proyecto salvador, dar un vuelco radical a su vida, la vería precipitarse en la soledad desesperada, en la premura, en la necesidad de un hombre, cualquiera que fuese; precipitarse en los finales de fiestas de llanto y angustia, o si no, en la otra variante de lo que había visto, acogerse a la insipidez, al vacío transparente, la vacía tristeza de esas vidas sin sexo que sólo aportan la castidad pagana, la castidad estoica, la renuncia a cambio de la nada, el vacío a cambio del vacío, la nada a cambio de la nada. Mi hipócrita ciudad se sabía muy bien sus mañas y venganzas.

Al compás de la música de unos discos que empezaban a ser de otra época, mirando esos rostros que empezaban a dejar de ser jóvenes, tomé unos cuantos tragos. Y luego huí.

Me encontré después, en otro departamento. Primero fue la densa bruma marihuana, velando los contornos. Era un gran salón: un único ambiente. Miré ávido. Al fondo, como ocupando el sitio de un trono o de un altar, sobre una alfombra púrpura, estaba la gran cama blanca. En ella, sentados muy al borde, dos chicos y una chica me miraron lánguidos.

En otro rincón, uno de los santos personales de Marcela, Carlos se llamaba, y sus fanáticos amigos (llegados de los más disímiles lados: un par de niños bien, a quienes su clase no los había hecho felices; un *hippie* auténtico, es decir, norteamericano y todo, y un grupo de hombres y mujeres de la clase media o de más abajo), se fumaban por turno, un largo cigarro hecho con una hoja del *Pekín Informa,* un bello papel de arroz, ideal para esos menesteres.

-Estuvo aquí, sola. Se fue, pero va a volver -me dijo Carlos cuando le pregunté por Marcela-. Espérale que ya viene.

Les acepté un pito. No más. Pura cortesía. Yo prefería el licor. Me dejé caer en un cojín. Todos reían dulcemente. Algún sobrentendido entre ellos. En las paredes, a modo de adornos, colgaban quenas, zamponas, un charango sin cuerdas, dulzainas, ocarinas de barro. Había también un gran anaquel lleno de libros, y una repisa con figuritas de mazapán.

Carlos retomó el discurso que yo interrumpí. Lo oí de mala gana. Carlos ya no era Carlos. Había perdido el brillo de sus buenos tiempos. Empezaba a repetirse. Los demás, sin embargo, parecían no notarlo. Se dejaban llevar mansos, dulces, por la palabra aún fluida de un Carlos vanidoso, locuaz, desenfadado que quería parecerse al que fue: el fanático buscador de experiencias alucinantes, el héroe de las palabras y de las imágenes violentas y renovadas. ¿Qué iba a ser de él en los próximos años?

Era mejor no responder. De todos modos, Sergio no era la persona más indicada para inquietarse por su destino.

Cuando me disponía a partir, llegó Marcela.

-Tengo un recado para ti -me dijo en cuanto me vio.

-Dímelo -le dije, pensando en que se trataba de un mensaje de su prima. Pero no era de ella.

-¿Te acuerdas del tipo de El Aguarico? El de las barbas y el poncho blanco. Ese mismo. Quiere hablar contigo. Esta tarde, cuando fui a su casa a comprarle una porción de hierba, me lo dijo. Al principio pensé que estaba trabado. Pero después me di cuenta de que él sabía lo que decía. ¿Qué puede querer él de un zanahorio oficinista como tú? Me dijo que era urgente.

Pensé en un chantaje. ¿Con qué otro motivo querría verme aquel hombre al cabo de tantos meses?

-¿Y qué más te dijo?

-Que te había ido a esperar en la oficina. Pero que no se había animado a entrar.

El chantaje era seguro. Tendría que buscarme modos para afrontar esa situación que me convertía de asaltante en asaltado.

Aquél fue un golpe bajo.

El siguiente vino luego, cuando le pregunté a Marcela por su prima.

-La vi por la Amazonas, andando con chicos de su edad.

Definitivamente ésa no era la noche de un Sergio que no quería reconocerse en sus treinta y cuatro años, cumplidos el 20 de junio.

Al despedirme, Marcela me dijo:

-Nos vemos en la peña de los Uros, ¿no?

Yo no sabía de qué peña ni de cuáles Uros me hablaba.

No le pregunté nada.

Salí. El bofetón de aire frío en el rostro. Las luces de la colina del hotel Quito, manchando la niebla de anaranjado y azul pálido. Más allá de la ciudad, en lo negro, más allá de lo que no se alcanzaba a ver, se erguían los montes de la serranía, enormes, compactos, negros en su noche. En uno de esos parajes aullaría un lobo solitario. Creí escuchar su lejano aullido.

Caminaba.

Me vi entrar en un bar y en otro.

Me vi bebiendo largos tragos aquí y allá.

¿En algún momento habré visto una veloz ambulancia que corría con la sirena conectada?

¿Vi también un borracho, tambaleándose en media vía?

Tengo la impresión de haberme encontrado con muchos borrachos que se tambaleaban en media vía.

Entré en una peña y en otra.

¿A dónde iba yo? ¿Qué buscaba yo? Buscaba una muchacha, sin duda. Iba por la noche del viernes, sin duda.

Todas las peñas folclóricas se parecían: mesitas bajas, sillas bajas, la gente apretujada, el pequeño escenario para los músicos, el decorado de falsos enrejados, o redes, o aleros de madera; las luces rojas y amarillas, el humo impregnando el aire enrarecido.

A comienzos de los setenta, la concurrencia estaba compuesta de gente muy informal: *hippies,* jóvenes rebeldes y melenudos, algunos subversivos también. Diez años después, a esas peñas iban las buenas señoras, los abogados y los oficinistas.

Una cosa era cierta: me estaba pasando de tragos.

Lo comprobé en casa de un antiguo compañero de la universidad. No sé cómo fui a parar allí. Fue una lástima. Él era un hombre feliz. Su casa era una casa feliz. La razón era simple: nunca le reprochó nada al mundo. Se conformaba con progresar. Su sala era muy pulcra, pero alegre y promiscuamente juguetona, según los decorados consabidos: muebles anchos, cuadros abstractos, helechos, aparadores modernos, junto a lo que nunca podía faltar: como un dinosaurio apresado en un centro comercial, el mueble viejo, un gran baúl de cuero repujado, prestando su sombra oscura, su olor antiguo y colonial, a aquella modernidad en la que se destacaban unas cuantas mesitas de vidrio. Era la moda de los setenta. Ir en pos de un pasado perdido o inventado. Buscar lo antiguo en lo moderno. Envejecer lo nuevo para quitarle su brillo sospechoso, para legitimarlo así. No de otra

manera podía entenderse tanto embeleco: las casas neocoloniales, los discursos que hablaban de «la recuperación del centro histórico de la ciudad» tomado, sin duda, por los pobres; o la floreciente industria de objetos envejecidos a la fuerza. Tanto embeleco. Cabalmente, por no tropezar con el baúl, fui a dar hacia el lado de una de las mesitas. Por no romperla me apoyé en una pared. Por apoyarme, solté el vaso de whisky, que se deslizó entre mis dedos y cayó como una bala sobre el tablero de cristal que estalló con un estrépito que se llevó, de paso, en una sola calamidad, la lámpara de porcelana, los ceniceros y vasos, toda una confusión de aristas afiladas, que refulgieron en la penumbra, como espadas, puñales y demás. Pedí que me disculparan. Debí decirles algo al respecto de los destrozos que puede ocasionar un hombre que no sabe su camino. Debí preguntarme, incluso, si en ese tropiezo hubo, acaso, un sentido oculto que no alcanzaba a comprender. Repetí mis disculpas y salí.

De nuevo estaba en la calle. Parado en media vía, dudaba mi camino. Estaba pensando en un lobo que vi una vez, en media carretera: los ojos brillantes, rojos, encandilados por las luces del auto, vaciló un instante, y luego siguió de largo hacia su monte. El chofer tuvo que frenar a raya para no atropellarlo. El lobo se perdió en la espesura. De ese lado habría un olor que lo reclamaba con mayor fuerza que el miedo a esos dos intempestivos soles que se le vinieron encima. Realmente, yo estaba muy bebido. Empecé a reírme. Me reía de mí mismo. A esas alturas de la noche yo no percibía ningún olor. En mi noche no había tampoco ningún reclamo. A esa hora, la muchacha del café era sueño. O la inercia de un sueño, la vaga sensación de algo que estuvo en alguna parte y ya no estaba. Creo que ni recordaba bien sus facciones. ¿Tenía los ojos grandes? ¿La boca pequeña y carnosa? ¿El pelo castaño? Quizá no me importaron mucho sus facciones. Quizá lo que me importó fue su juventud, y nada más. Ni sus facciones, ni su gracia. Como tantas veces con tantos otros entusiasmos-repentinos: debí fabularlos.

¿De modo que Sergio estaba en trance de convertirse en un viejo verde prematuro? ¿En un cazador rezagado?

¿Un viejo verde prematuro? En media calle, mirando las brumosas, cada vez más brumosas luces del alumbrado público, yo no podía controlar la risa. Me reía de mí, de la juventud fugitiva, del lobo y el hombre lobo, de los borrachos, de la noche. A lo lejos, refulgieron los faros de un auto que se acercaba velozmente. Alcancé a retirarme hasta la acera. No sin parsimonia, desde luego. La dignidad ante todo.

Caminaba por la Amazonas. Decía que iban a remodelarla. No sería ya la calle de la alegre anarquía. La iban a adoquinar y a convertir en una especie de zona rosa y sede de bancos a un tiempo. ¿Es que nada de lo mío podía perdurar el tiempo suficiente para que yo pudiera retirarme a los quintos infiernos con la debida parsimonia, con la debida dignidad?

En una esquina encontré, como siempre una ronda de prostitutas que se calentaban en torno a una pira hecha con papeles de periódico y cartones. Las faldas cortas, los grandes escotes, los brazos desnudos en el frío viento de verano. Un tipo le hacía proposiciones a una de ellas. Al pasar, las saludé con un ademán. El oficio más antiguo prosperaba en mi ciudad. Pensé en los joviales, recónditos puertos repletos de oficinistas inquietos: El Palmar, El Mirador, la Villa Fabiola, El Club 21, El Boris Zoila. Allí también se habría

operado la eterna mutación del espejismo en caricatura: las frescas y, con un poco de buena voluntad, puras niñas de las diez de la noche, serían, a las dos de la mañana, lastimadas muñecas: negras bolitas de rímel manchándoles los párpados, el pelo desarreglado, el sudor encerando un brillo opaco en las caritas descompuestas. Los hombres que pasaban por ellas las dejaban así. Aun cuando quedara un gran resto de la noche por delante.

El resto de la noche. También era mi problema. No quería desperdiciármelo. Tarea difícil dada la magnitud de mi borrachera. Tenía que hacer algo al respecto. Darme una tregua. Recuperar las fuerzas. De lo contrario terminaría derrumbándome por ahí, sin pena ni gloria. Después vería si me llegaba a un puerto de los ya mencionados. O donde las divorciadas.

Digo que iba yo. Por la noche. Iba yo. Iba. Del viernes, digo.

Detrás de un ventanal, frente a un mantel manchado, recuperaba mis fuerzas: las dos tabletas de Alka-Seltzer burbujeando en el agua de Güitig, y el caldo caliente, sustancioso, humeando en su taza de cerámica: el santo remedio de los bohemios de viernes.

En un cierto momento, a través del ventanal, vi pasar por la acera a la muchacha que había esperado y buscado tanto. ¿La vi? ¿Creí verla? Caminaba por la acera con un grupo de chicos y chicas de su edad. Me levanté. Me acerqué al ventanal. Le hice señas. No me vio. Siguió caminando con sus amigos. Quise seguirla. Pero el mozo insistió en que le pagara la cuenta antes de dejarme salir. Le insulté. Le tiré los billetes al suelo. El trayecto hacia la puerta del salón me pareció interminable. ¿Era ella? Sí. De seguro. Desde la puerta la llamé. No me escuchó. O no quiso. La seguí. Pero el grupo me llevaba un buen trecho de ventaja. Entonces les insulté a ella y a sus amigos. Tampoco me escucharon. Comprendí que no conseguiría alcanzarlos. Trastabillaba: el santo remedio no surtía aún su efecto en mí. Cuánto los odié. A ellos y a su maldita juventud. Habrían estado metidos en una pizzería o en una salsoteca. O en alguna casa, escuchando su espantosa música disco. Habrían estado, entre arrumacos, cervezas y pitadas de marihuana, aprendiendo las mañas de la nueva época que se abría ante ellos. Y que les pertenecía. A ellos.

Porque (hay que reconocerlo), cada época tiene su propia juventud. Es *el tiempo de su propia juventud.*

Y cada época tiene su propia memoria y su propio olvido.

Sobre todo su olvido.

¿Qué sabían ellos de los ensueños heroicos y los asaltos a los cielos de los años sesenta?

¿Qué sabían ellos de la tenaz, desesperada búsqueda de la felicidad de los años setenta?

Nada.

Lo curioso es que Sergio hubiera querido ser como ellos: no tener memoria de esos años. Olvidarlos.

Porque Sergio nunca tuvo una época que considerara del todo suya.

Porque el *tiempo de las épocas,* si la expresión vale, pasó por su lado, sin involucrarlo, realmente. Basta.

Entré en un bar.

En un espejo vi mis ojos irritados que me miraban.

Me dije: «Estás en el límite, Sergio. Tienes que hacer algo. No te dejes aplastar por los años que se avecinan». Salí.

Me asomé a una peña y a otra.

En una de ellas, pegado en la puerta, había un cartel anunciando el grupo folclórico de los Uros. Encontré a la loca Marcela allí. Estaba indignada. Los Uros no se iban a presentar. Mientras un tipo alto, flaco, cantaba zambas muy pegado al micrófono, Marcela me contaba de los Uros. De sus islas flotantes tejidas por ellos mismos. De sus balsas de totora. Del Titicaca. Después empezó a desesperarse.

-Vámonos -dijo. Tras ella vino de algún rincón, el *hippie* gringo.

Salimos los tres.

Al doblar la primera esquina, Marcela extrajo de entre los pliegues de su chal, el rondador que se había robado al salir de la peña. La loquita era también una cleptómana incorregible. Pero muy generosa: me lo obsequió.

Vagamos.

En compañía de ellos, a la altura de la Seis de Diciembre, vi lo que nunca hubiese querido ver, ese accidente que de varias maneras he venido anunciando sin animarme a referirlo. Por repugnancia, supongo: la veloz camioneta lanzada contra un pobre diablo que primero se elevó en el aire, dio dos o tres vueltas y retornó al pavimento, desarticulado como un maniquí roto. Marcela profirió un agudo alarido. Después corrió hacia el desconocido y lo sacudió y abrazó, reclamándole que volviera a la vida. La camioneta huyó. La emoción que vapuleaba a Marcela, la hizo venir hacia mí y abrazarme y besarme, confundida tal vez con el hecho de que yo, como el accidentado, vestía un terno oscuro y una camisa de cuello y una corbata oscura. Luego la vi correr, huir. La dejé irse. Los curiosos empezaron a llegar. Algunos autos se detuvieron. El círculo de idiotas que miraban absortos a aquel hombre roto, fue creciendo. Llegó un patrullero.

Me despedí del *hippie.* Le regalé el rondador. Lo tomó sin decir una palabra.

La noche se había quebrado por dentro. Como tantas otras veces, en el pleno centro de la fiesta, la negra pantera se las había arreglado para dar su zarpazo.

Me incliné sobre mi corazón; le dije que yo no conocía a aquel hombre, que no debía importarme su muerte. Quién sabe si la merecía. Pero yo no quería pensar así. Ni tampoco hablarme a mí mismo. Entonces me encontré divagando en la honda noche: le hablaba a la muchacha del café, la prima de Marcela, a lo que quedaba de ella en mí. Le decía que fue una lástima que no viniera a la cita. Que pudimos charlar. Entendernos. Le decía que yo apenas si quise trastornar su vida, intervenirla, interferiría, absorber su juventud. Como hice con la muchacha del banco. Y nada más.

Deambulaba.

Un vago impulso me introdujo en una discoteca. Me di cuenta de que la noche se acababa. Ya no quedaban muchas parejas ahí. Evidentemente el disc-jockey quería irse. Lo decía su música, ese solitario saxo que desenrollaba una melodía entre dulzona y triste sobre un fondo de suaves maracas. Como discretos caños, los múltiples parlantes vertían esa boba mezcla de jazz y bolero, que se propagaba en la semioscuridad de la sala, con un fluir amodorrado y espeso, como la marea de un estero cenagoso. Allí ya no había nada que hacer. Salí por última vez.

Al fondo de la noche, sobre las luces de la ciudad, dos heridas amenazantes empezaban a abrirse, dos manchas celestes, alargadas, incontenibles, que vacilaban en su tierna amenaza.

EL GAVILÁN

Era como dar vueltas en redondo. Partir de lo mismo hacia lo otro para luego retornar de lo otro hacia lo mismo. Porque de nada le sirvieron los cinco meses vividos en Guayaquil. Venía tan pobre y anónimo como se fue. Sus cambios eran risibles: la piel aceitunada por el calor y la humedad de la Costa; una cicatriz (su segunda cicatriz) en un hombro. Y la memoria de unas cuantas aventuras inútiles. A la final, lo otro resultó ser lo mismo. En apariencia, más arduo. En apariencia, más cruel. En apariencia, distinto: el acento, las costumbres, la gente. Sin embargo, en el fondo de los fondos: lo mismo.

Era como dar vueltas en redondo. Cinco meses atrás: una turbia mañana de marzo, la ciudad de Quito a sus espaldas, el bus de la flota Ecuador abandonando el brusco paisaje de la Sierra (escarpadas cumbres, abismos de vértigo, helados ventisqueros, pajonales, nevados, valles intrincados y perdidos), descendiendo raudo por la Panamericana, adentrándose en la tierra de las plantas copiosas, el aire cálido, los anchos ríos, las planicies, las bajas colinas y el mar como límite. Al término del camino, erguida como una promesa, elegida como una apuesta, estaba la ciudad de los mil negocios, de la agitación febril, de la bonanza.

Cinco meses después: Guayaquil a sus espaldas y el ascenso demorado y trabajoso del bus que lo sacaba de esa ciudad (que lo relegó a empellones hacia los suburbios de casuchas y pantanos) en donde se quedaron, para el olvido, una mujer de tez oscura, unos cuantos autos robados y vendidos por nada a los capos del oficio, y la gran desgracia de no haber sabido ser un jefe (ni haber tenido el menor chance de serlo) tampoco entre esos hampas escurridizos y alocados a quienes les bastaba un largo cuchillo y golpe de marihuana para sobrevivir.

Era como dar vueltas en redondo. La cálida Costa y la Sierra helada, el invierno que lo despidió y el verano que le recibía, la rabiosa partida y el anodino retorno, juntábanse en la maldita figura circular que cercaba su

vida, que lo retenía en ella y no le dejaba arribar de una vez por todas hacia ese claro futuro deslumbrante, que le pertenecía, y cuya puerta no lograba encontrar.

Volvía, pues, al lugar de sus antiguos combates. Y el fiasco que comportó su estadía en Guayaquil no era el único motivo. Volvía también con la expectativa de saber qué cambios se habían operado en el mundillo aquel, ahora súbitamente revaluado, que dejó interrumpido con su partida.

¿Qué había pasado con sus amigos? ¿Llevarían adelante su proyecto? De vez en cuando había echado una mirada a los diarios en busca de noticias. No encontró nada que se pareciera a los fantasiosos (?) proyectos del Doc. Lo de siempre: esporádicos asaltos de menor cuantía a sucursales bancarias. Nada más. ¿Cambiarían de plan? ¿Desistirían de hacerlo?

No tenía la menor idea de lo ocurrido con ellos. ¿Cómo iba a tenerla? ¿Y Maribel? Maribel, la pobre.

A las cuatro de la tarde, blanca, brillante bajo el azul cielo de agosto, al pie del gran volcán, alargada entre las lomas amarillas y resecas, divisó a través del parabrisas del bus la forma vaga y lejana de la ciudad de Quito.

EL PATOJO GONZALO

Los festejos por el retorno del Gavilán, su decisión de quedarse a vivir en El Aguarico, la reintegración fraterna del grupo y, sobre todo, por la puesta en marcha, ahora unánime, del proyecto del banco (el Turco había logrado el primer contacto con el Doc), entraba ya en su tercer día consecutivo.

En el nuevo cuarto del Gavilán se vivía el relajo. Un transistor gruñía la jerigonza de dos emisoras superpuestas. Abrazado a una cabeza de puerco hornado (con los ajíes aún metidos en las orejas y en el hocico), el Maestro, inclinado sobre la tosca mesa de eucalipto tierno y sin pintar, roncaba con el rostro apoyado en un plato de llapingachos con aguacates y lechugas. En torno a él estaban los otros platos de plástico achurruscado con restos de empanadas de queso, mote, tostado, y negros trozos de fritada.

En el suelo, dormía el Gavilán junto a una gorda medio desnuda. En la cama de cedro mal charolado, estaban sentados el Patojo y el Turco. Una ampulosa negra, con el trasero al aire, se acurrucaba entre los dos. Y por todas partes: vasitos de plástico, botellas de aguardiente, cajetillas colmadas de ceniza.

Mientras el Turco lo miraba con los ojos extraviados y una sonrisa babosa y lela que se le templaba y destemplaba entre las barbas revueltas, el Patojo le refería la que, según él, era su historia principal, la que nunca podría olvidar, la que justificaba con creces el riesgo que iba a correr con el asalto al banco.

El Patojo nunca se perdía la oportunidad de contarla y recontarla. Y si el Turco se hubiera encontrado en sus cabales le hubiera reprochado también, como siempre, el hecho de que en esa historia los sucesos y los escenarios y los protagonistas (aparte del Patojo, se entiende), cambiaban y se modificaban cada vez que la narraba.

De todas maneras era divertido escucharla. Y cuando al Patojo le venía la inspiración sabía enriquecerla con mímicas y cantos. En ocasiones la empezaba así:

-Grrr, grrr, la Metro Goldwyn Mayer presenta: *El Rapto,* grr, grr. -Y luego de los presuntos rugidos de león no paraba de hablar durante la media hora siguiente.

El asunto había ocurrido por los años sesenta, cuando el Patojo, no pasaba de ser un pobre diablo adolescente, músico, además, es decir, con oficio y beneficio para que todo fuese completo. Por esos años, él cantaba y tocaba la guitarra en una cantina de la avenida Veinticuatro de Mayo llamada El Casino de Mónaco, cuando La Casa Blanca (al lado) estaba tomada por los ciegos. Allí llegaban las putitas más baratas de la ciudad, sus chulos, y los camioneros que a la noche o a la madrugada llegaban de la Costa con sus cargamentos de plátanos y pinas. Tal, la clientela de costumbre.

Pero he ahí que una noche se armó un tremendo alboroto. Sin que nadie supiera cómo ni por qué, la avenida se iluminó con los faros de una docena de automóviles que pitaban rabiosamente. Había entre ellos Cadillac y Mercedes. A una voz y como si fuese un operativo militar, grupos de jóvenes, hombres y mujeres, entre los veinte y treinta años, salieron de los autos y con risas y alaridos entraron en tropel en El Casino de Mónaco y en La Casa Blanca. Las putas y sus chulos, por lo que pudiera pasar, desaparecieron como por arte de magia. Pero se quedaron unos cuantos parroquianos y, desde luego, el Patojo, quien, por entonces, pipón a medio tiempo del ministerio de gobierno durante el día, y en las noches dedicado por entero a su música, no tenía razones para temer las redadas de la Policía ni ningún otro tipo de redadas desconocidas y espectaculares según, en el primer momento, todo el mundo pensó.

Los jóvenes pidieron canelazos y hervidos y se dedicaron a bailar un baile frenético y desbocado que nada tenía que ver con los compases de los valsecitos peruanos de Lucho Barrios ni con los albazos del dúo Benítez y Valencia* que salían de la rockola.

El Patojo, deslumbrado con tantos vestidos de noche de telas brillantes, collares, pulseras, esclavas, diademas, pendientes que emitían visos cegadores; deslumbrado con tanta cara bonita y tanto cuerpo esbelto: embriagado con el bullicio y la alegría de los recién Llegados, apenas si se fijó en las putitas y en los chulos que, de uno en uno, refunfuñando en voz baja, iban entrando en la cantina para ver -alguien lo dijo- «una jorga de angelitos escapados de alguna película».

*Duo Benítez

En cierto momento el baile cesó y el Patojo se encontró en el centro de toda esa gente, cantando sanjuanitos, pasacalles y yaravíes. Vivas y atronadores aplausos en cada canción. El Patojo, perdedor perpetuo de cuanto concurso y festival de canto se organizara en las radios, pensó que por fin le había

llegado la hora del reconocimiento del mundo. Y cantó como nunca lo había hecho en su vida.

De repente, alguien dio una orden y los jóvenes se precipitaron hacia los autos con la misma vehemencia con la que habían llegado. Y, de nuevo, el ruido de las bocinas y de los motores y la luz de los potentes faros convirtieron la noche en día.

En medio de un torbellino desenfrenado, entre risas y gritos exultantes, el Patojo sintió que lo levantaban en vilo y lo llevaban a uno de los automóviles. Allí lo metieron con su guitarra. Desde el interior de ese auto que se balanceaba majestuosamente, sobre sus muelles, vio que atravesaban como una exhalación la ciudad silenciosa, y se adentraban en una zona más silenciosa aún y envuelta en niebla, en donde casas descomunales se alzaban detrás de rejas de hierro forjado y murallas de piedra. En un portón se detuvieron. Y, en un instante, la mansión se encendió como una estrella. Se iluminaron todas sus ventanas y jardines y escalinatas.

En la terraza central, donde confluían las dos escalinatas curvas, entre dos esculturas blancas, esperaba una figura extraña. Era una dama de unos sesenta años vestida de negro y con un pañuelo rojo anudado en el cuello. Maquillada como una muchacha —los labios muy rojos, las cejas bien delineadas, los párpados sombreados de azul con minúsculos destellos metálicos, el peinado alto, abombado-, se parecía a la madrastra de *La Cenicienta* de Walt Disney. Pero a diferencia de ella, tenía el rostro dulce y dominado por una alegría restallante.

-¿Qué pasó, chicos, por qué se demoraron tanto? Pensé que no iban a venir -gritó entusiasmada-. ¡Cuquita, sobrinos, acomoden a los amigos! ¡Aprovechen que el monstruo anda por las Europas y la monstrua está en la hacienda! -añadió con una ronca voz. Luego giró sobre sí misma como una niña y corrió hacia el interior.

Se la veía dichosa repartiendo besos a cuantos se le acercaran y preguntándoles: «¿Cómo estuvo la recepción? ¿Cómo estuvo la recepción?», sin escuchar respuestas de nadie. Se acercó a un par de pajes vestidos de azul que la miraban aterrados.

-¡A dormir, espías! -les ordenó con una risotada teatral. Luego, tomándole del brazo a un joven, le explicó:

-Son siniestros, siniestros, malignos. Unos perfectos espías.

Alguien había arrastrado al Patojo a través de los jardines y la escalinata hasta la amplia mampara de cristal que se abrió como se abren las puertas de las catedrales. Entonces, el Patojo supo que lo que mostraban las películas existía también en la realidad. Antes, metido en su música, en el mundo de la Veinticuatro de Mayo, de El Aguarico, de La Bahía, La Colmena, San Diego con su cementerio y sus guaraperías, no se le había ocurrido ni le interesó pensar que esa ciudad apretujada y triste, en la que había vivido quince años sin salir de ella, se guardaba muy callada sus propios paraísos, y que éstos no tenían nada que envidiar a los que asomaban en las películas o en las fotonovelas. Había visto sí, en persona, a algún gran señor, a alguna gran dama cuya presencia lo llenó de incertidumbres. Había visto sí, desde fuera, las mansiones de La Mariscal y El Girón. Pero nada más. Y

tampoco había imaginado nada más. Sus pensamientos se detenían en los muros de piedra, y de ahí no podían pasar porque cuando lo intentaban, siempre se les interponía la letra de un pasillo o de un albazo y él, puesto a tararearlos, se olvidaba pronto de lo que pudiera haber más allá de los muros de piedra. Pero ahora era al revés. En su cabeza no había sitio para sanjuanitos ni albazos, porque ante sus ojos se extendía un enorme *hall,* donde se alzaba una escalera de caracol tallada en mármol, que suavemente se enroscaba sobre sí misma, como una serpiente fantástica, hasta perderse en el conjunto de pilares y pasamanos también acaracolados. Más allá estaba el gran salón. Todo era deslumbrante en él. Las inmensas arañas de cristal. Los cortinajes espesos. Los tumbados altos y labrados. Las ventanas altas. Los altos cuadros con terribles personajes que seguían con sus ojos fijos, desde el siglo pasado o antes, todo cuanto acontecía allá abajo, en el piso refulgente, cubierto cada tanto por alfombras primorosas, bordadas en azul oscuro y amarillo o carmesí, algunas, o en rojo y dorado otras.

Y aquél no era el único salón, según se veía por los arcos que se abrían al fondo. Con la boca abierta, con riesgo de ser atropellado por los jóvenes que se precipitaban al interior de la mansión, el Patojo contemplaba atónito el esplendor que le rodeaba. Qué profusión de objetos, qué cantidad de cosas que carecían de nombres: mesitas pequeñas, altas, bajas, algunas con incrustaciones de marfil o de plata y sin otra utilidad que la de servir de soportes a adornos diversos: jarrones de porcelana, esculturas esmaltadas, floreros, candelabros de formas ondulantes, cajitas de cristal, de porcelana, o doradas.

Siempre abrazado a su guitarra, como protegiéndola y protegiéndose con ella, creyéndose más borracho de lo que en realidad estaba, se puso a deambular entre las parejas, mirando los brazos desnudos y los escotes de las muchachas y sintiendo que mil garabatos se le anudaban y entrecruzaban en el estómago, cada vez que alguna pasaba junto a él. Iba y venía con los ojos muy abiertos, viéndolo todo, husmeándolo todo.

Se arriesgó a entrar en otro salón. Era más pequeño que el anterior, pero, igual, estaba repleto de cosas sin nombre que brillaban solas en vitrinas, alacenas y escaparates; amén de las repisas de pan de oro, con santos coloniales, tristes, implorantes, con los perfectos ojos de vidrio que parecían tener vida propia.

Del lado del arco de entrada, con un alarido general, empezaron a sonar los rocks de moda. El baile había comenzado.

El Patojo se detuvo frente a un mueble sostenido en dos patas monstruosas (con garras afiladas) y lleno de cajones y puertas. Cerca de él había una mesa de caoba en cuyo centro se erguía una candelera de cristal labrado. En torno al candelera se juntaban varios adornos de plata. Entre ellos, un par de cofrecitos y una colección de cucharitas de distintos tamaños.

Estaba solo en el lugar. Y no pudo vencer el impulso irresistible: se guardó en el bolsillo del pantalón tres cucharitas. Luego tomó uno de los cofres. Caminó. Primero por el largo comedor para cincuenta personas.

Y después por un corto pasillo.

De pronto, se encontró transportado a la China. Pensó que estaba soñando. Un chino lívido lo miraba con sus ojitos rasgados. Casi se desmaya cuando lo vio de refilón a su lado. Pero se trataba de una cabeza de porcelana mate, de tamaño natural a la que sólo le faltaba hablar. Hasta los largos mostachos parecían verdaderos. Dejó al chino en su soporte y empezó la exploración. Una alfombra carmesí. Un biombo con patos bordados volando dentro de la seda blanca. Muebles de bambú negro junto a mesas hexagonales lacadas también en negro. Y qué decir de las vitrinas llenas de figuras de marfil tallado, concha y perla, porcelana y jade.

Fue amor a primera vista. Era una chinita no mayor que su pulgar pero con un rostro perfecto y vestida y peinada con gran detalle. Incluso tenía una diminuta sombrilla que podía abrirse y cerrarse. Por supuesto que la china fue a parar también a sus bolsillos. Y, de paso, la serie de monedas borrosas que la acompañaban.

En la pared del fondo -casi cubierta por fantásticos cuadros de precipicios y dragones-, había una puerta. Pero el Patojo no se atrevió a seguir adelante. Aquel recinto le inspiraba miedo. Ese olor. Esa soledad. En un momento hasta creyó que todo eso no era sino una gran trampa, un laberinto del cual no podría salir jamás. Y la música de los rocks le pareció venir de muy lejos. En la sala china flotaba, pues, un aire sobrecogedor y misterioso que casi parecía una advertencia.

Regresó por el mismo camino. Al pasar del comedor al segundo salón, oyó los reclamos de una pareja que discutía.

Se deslizó junto a ellos, que apenas si repararon en él. No entendía cómo un par de ángeles podían insultarse así. Y antes de acabar de recorrer la distancia que lo separaba del arco de entrada, escuchó una bofetada y luego los violentos pasos del joven que pasó a su lado y desapareció con dirección al jardín.

El Patojo se detuvo bajo el arco sin saber qué hacer. La joven vino luego. Tropezó con el tallo de su guitarra.

-Perdón -le dijo. Y siguió de largo hacia el grupo que ensayaba sus habilidades con el twist. Era alta, fina, dorada, los ojos celestes, enormes, serenos, como hechos del puro reflejo de su vestido celeste, los brazos dorados, las piernas doradas bajo los pliegues del vestido celeste. Fue hasta la ventana por la cual miraba un adolescente pelirrojo. Le quitó el vaso de whisky y se puso a bailar con él. A un lado, la vieja dama danzaba, diciendo entusiasmada: « ¡Fuego! ¡Látigo!», sin dejar de reír.

El Patojo recelaba a la distancia, inmóvil, abrazado a su guitarra, del agitado grupo.

Así transcurrieron tres interminables discos hasta cuando alguien, al descubrirlo, exclamó:

-¡El músico! ¡El músico!

-¡Traigan al ciego! -repuso otro.

-Si no es ciego.

Al verlos venir en tropel hacia él, pensó en huir, quiso huir despavorido. Lo levantaron en vilo, como cuando lo raptaron de la cantina.

Y de nuevo se encontró convertido en el centro de atracción de toda esa gente. Entonces se operó en él el brusco tránsito del deslumbramiento a la necesidad de deslumbrar. En un inglés mal memorizado y cuyas palabras no significaban para él nada más que la prisa de imitarlas, cantó un popurrí con canciones de Neil Sedaka, Paul Anka y el mismísimo Elvis Presley; nuevaoleros nunca pedidos ni tolerados ni en el Casino ni en La Casa Blanca, a quienes había escuchado de contrabando, por «su puro instinto de superación» en el programa «Carrousel» de Radio Cordillera.

Rasgaba la guitarra con golpes violentos, poniéndola vertical, al tiempo que sacudía la cabeza de lado a lado, de manera que el rulo engominado le ondeara como un resorte. La audiencia reía a más no poder con sus cantos. Cuando se percató de que su inglés medio inventado era lo que causaba tanta alharaca, resolvió cambiarse a las baladas de Leo Dan, Palito Ortega y César Costa. Pero entonces notó que algunas parejas empezaban a alejarse de él. Y alguien encendió la poderosa radiola que llenó de sonidos la casa entera, ahogando en ellos sus canciones. El Patojo volvió a los rocks en inglés. Pero ya era demasiado tarde. El desbande era general. Todos se iban a bailar al son de la música de la malvada radiola. Para colmo, la vieja dama, muy cerca de él, quitándose del cuello el pañuelo rojo, se puso a declamar unos versos del poeta Pablo Neruda que -según dijo- había sido su amante en París. El Patojo tuvo que callarse. De todas maneras trató de decir que él sí conocía el *Poema veinte.* Junto a *Lágrimas para una madre,* del Indio Duarte, eran las únicas poesías que se escuchaban en las rocolas de La Casa Blanca o de El Casino de Mónaco.

Nadie le prestó atención.

Para retenerlos, dejó su guitarra y se puso a contarles el último cacho aprendido en La Avenida. Fue como hablarles en otro idioma. No hubo manera de que sus nuevos amigos entendieran el lugar del cacho en donde radicaba el chiste. Un joven rubio se fue del ya muy reducido grupo. Luego una pareja. El Patojo, completamente descontrolado y bebiendo grandes sorbos de whisky (como siempre para él con sabor a remedio), se decidió a mostrarles los músculos de sus brazos y terminó, sin saber cómo, subiéndose los pantalones y enseñándoles esas canillas suyas, blancuzcas, flacas y retorcidas, que fue lo único que logró despertarles algún interés.

Entre tanto, el joven de la bofetada había regresado a la casa y permanecía, de pie, cerca de la chica de los ojos celestes. En un momento se animó a hablarle. Y ella tornó el rostro enardecido. El le dijo algo. Ella le respondió. El joven dio media vuelta y se fue para siempre, a grandes trancadas. La muchacha, en una insospechada reacción, se lanzó hacia el Patojo y lo sacó a bailar. El, por supuesto, aceptó encantado. Porque cuando bailaba, llevado de su ritmo y de su propio bamboleo natural, se notaba menos -eso creía- su poliomielitis y, en cambio, se notaba más -eso creía también, aunque con menor convicción- su personalidad y falta de complejos.

Bailaron un par de piezas. El Patojo, todo manos y miradas, no desperdiciaba la oportunidad de alcanzar a su pareja con un roce, con una inocente caricia calculada. La chica lo observaba con cierta condescendencia. El, desde luego, interpretaba ese gesto, como un signo de complicidad. Por todo lo que había presenciado hacía unos instantes, se sentía inmiscuido en su vida privada.

-No se preocupe. Ya volverá -se animó a decirle.

Ella contrajo levemente el entrecejo.

«Ya metí la pata», pensó él.

Bailaron una pieza más. La muchacha lo estudiaba sin decir una palabra...

Era el momento de mayor euforia de la fiesta. La vieja dama bailaba con la agilidad de una quinceañera. Un adolescente con su novia sobre los hombros corría como un loco. Otro aullaba debajo de una mesa. Un viejo de treinta años perseguía a una niña de trece. Y los demás concurrentes, al compás de un twist tocado sólo con guitarras eléctricas, desflecaban sus cuerpos como si estuvieran participando en un concurso de marionetas.

Entonces, ella le dijo al oído:

-Ven conmigo, sígueme.

El Patojo la siguió como un autómata. Subieron por la escalera de caracol. El dio un traspié pero logró sujetarse del pasamano a tiempo.

En el último escalón, ella le tendió una mano. Le atrajo el rostro y lo besó en la boca.

-Ven -dijo.

El corazón del Patojo amenazaba reventarle el pecho. La siguió a través de un largo corredor alfombrado. A diferencia del piso bajo, en donde todo era severo y antiguo, la planta alta había sido modernizada. Un espíritu amable y cálido dominaba en esos rincones suavemente iluminados.

-Es aquí.

Abrió una puerta blanca.

Encendió una luz.

Se trataba de una amplia habitación muy nueva, muy al estilo de las películas gringas de la época. Espejos. Cortinas. La mullida alfombra. El enorme lecho. El enorme baño de mármol con la tina circular a ras del piso. Todo en tonos pálidos. Y ella, ahí, de pie, como vacilando a último momento.

Por fin lo llamó.

-Acércate.

Primero lo besó.

Luego lo tocó.

-¿Pero qué tienes en los bolsillos? -preguntó. El Patojo creyó morirse.

Ella se sentó en la cama y lo atrajo tirándole del cinturón. El Patojo terminó de morirse. Estaba paralizado por el pánico.

La joven, tan asombrada como divertida, empezó a sacarle de los bolsillos el cofrecito de plata, las cucharillas, la pobre muñeca china que se había descabezado y, por último, la colección de monedas asiáticas.

-¡Eres un ladrón! -se asombró-. Debiste traer una maleta.

Y se echó a reír. Y rodó sobre la cama sin poder controlar su risa. Con un giro de la muchacha, el vestido celeste se subió solo, dejando al descubierto sus doradas piernas. En un momento, se quedó bocarriba, inmóvil, un poco sonreída, casi para sí misma. De pronto, con el ademán de una bailarina, elevó muy juntas sus rodillas para deshacerse de su bello, adorable, aéreo calzoncito de seda.

El Patojo no lo pudo creer. Nada menos que una princesa vista apoteósicamente desde abajo. Entonces resucitó de un golpe. Nunca supo cómo fue. Pero lo cierto es que dio un salto de gato montes y se lanzó sobre ella y la poseyó con toda la furia de la que era capaz y mientras la cubría con sus fuertes brazos y su amplio tórax se dio modos de captar unas cuantas instantáneas inolvidables de ese hermoso rostro que se descomponía y sudaba con estremecimientos también inolvidables.

Como ocurría en los finales de las películas de la Metro, en las cuales el abrazo del galán salvaba todas las diferencias y las viles desgracias de la tierra, el Patojo, que en su vértigo principal hasta creyó oír la música de coros altos y trompetas de esos finales de película, alcanzó a pensar que esa niña apasionada era «suya para siempre».

Y se extrañó cuando ella, al tiempo que salía del baño de mármol, le dijo con el más indiferente tono de voz.

-Bueno, me voy.

-¡Quédate! -le conminó el Patojo.

-¿Estás loco? -dijo ella.

Y se fue rápidamente por el pasillo alfombrado y luego por la escalinata de caracol. El Patojo no pudo seguirla esta vez.

Antes de desaparecer tras la mampara de cristal, ella volvió el rostro y le hizo un gesto que él, durante muchos años, trató de descifrar. Después, oyó el auto que arrancaba con un chirrido de llantas. El cruzó la mampara. Se detuvo en el atrio de la mansión. Pero en la cerrada noche no hubo nada más que el zumbido de un motor que se alejaba y el silbar del viento en las hojas de los árboles.

Permaneció inmóvil durante un buen rato. Luego volvió hasta el dormitorio. Sobre el velador estaban los adornos que había robado. En el aire vagaba un perfume dulzón. En la colcha quedaba un tormentoso erizamiento de pliegues. Pero nada más.

-¡Puta! -dijo, haciendo suyas las palabras que un par de horas antes pronunciara el joven aquel en el arco de entrada al salón. Para subrayar su rabia (o lo que tenía que ser su rabia), tomó, con un zarpazo rápido, el cofrecito de plata y se lo guardó en el bolsillo.

Bajó.

Otra vez, desde el atrio, miraba el profundo jardín.

Si por lo menos le hubiera dado tiempo de cantarle a ella y sólo a ella, en el purísimo estilo de Lucho Barrios*, el vals *El Plebeyo:*

*Lucho Barrios

Mi sangre aunque plebeya

también tiñe de rojo.

«Bueno, ya me tiraré a otra de éstas», se dijo sin creer en lo que pensaba. Y, para colmo, el maldito vals empezó a ovillarse y zumbar en su cabeza:

Ella de noble cuna y yo

humilde plebeyo no es

distinta la sangre ni es otro

el corazón.

Claro, que aparte de plebeyo era patojo. Pero esto se había demostrado como un obstáculo superable.

Fue por su guitarra. La fiesta continuaba en su punto, a pesar de las bajas que roncaban en los sillones.

Al pasar junto a una banca de elevado respaldar, oyó una voz que lo llamaba:

-Espera, adefesio. Pásame un trago.

Era la vieja dama. Sentada en la banca de terciopelo azul, le extendía el vaso vacío, mientras que, con la mano izquierda, se frotaba una rodilla. El Patojo sintió que esa orden era superior a su voluntad de no obedecerla no pudo hacer otra cosa que cumplirla.

-Mejor, tráete una botella.

El Patojo se la trajo.

-¿Y tu vaso? Anda, búscate un vaso.

Cuando la dama le ordenó que se sentara a su lado, el Patojo comentó para sus adentros: «Esta vieja también quiere que me la tire; pero no sabe que le voy a cobrar». Para su sorpresa, la dama sólo quería conversar.

-Fue un resbalón -dijo-.Ya se me pasará. Y tú, ¿de dónde saliste?

El Patojo se deshizo en explicaciones. Que la Casa Blanca. Que los ciegos. Que el Casino de Mónaco. Que los ciegos, a veces, no le permitían cantar. Que lo trajeron de la avenida Veinticuatro de Mayo. Que la avenida. Que sus cantos. Fue inútil la explicación. La dama no le escuchaba. La única preocupación suya era su caída.

-Ya se me pasará. No es nada grave. Me caí de rodillas. Nada más. ¿Me viste bailar? Mejor que ellos, sin duda. Siempre fue así. En Londres, en París, en Nueva York. ¿Has estado en Nueva York?

El Patojo quiso responderle, pero la dama siguió con su monólogo. En Nueva York había conocido a un pintor griego. Era dueño de una isla en Grecia. Ella

había pasado un verano en esa isla. Mar turquesa. Cielo azul. Sol deslumbrante. Griegos con cuerpos de dioses.

-¿Viste cómo me caí? Fue un resbalón. No se trató de ningún calambre. El tonto ese no me sostuvo a tiempo. ¿Tú lo viste, no?

El Patojo iba a contestar. Mas la dama ya estaba en otra conversación. Había abandonado al griego por un italiano con quien hizo un fantástico crucero por el mundo. Era poeta. Como Neruda. Pero católico.

Y mientras la dama hablaba, ella y él, bebían de la misma botella como dos camaradas.

En un momento, pasaron cerca dos muchachos ebrios.

-¿Viste cómo se cayó? -le dijo el uno al otro-. Se le salió la peluca. Está casi calva.

Los chicos se alejaron.

La dama los oyó. Interrumpió su monólogo y se puso a beber en silencio. Profundamente conmovido, el Patojo pensó en proponerle cosas. Se la haría gratis. Después, continuarían hablando de los griegos y los italianos. Pero calló.

Ronca, honda, achispada, la voz de la dama cantaba algo. Era un tango: *Malena.* El Patojo se decidió a acompañarla, haciéndole la segunda voz. Pensó en buscar su guitarra. Pero todo estaba tan borroso, las luces, las gentes, el salón, que prefirió acompañarla a la sordina.

Era la última imagen que le quedó de la fiesta de su vida. Se despertó, al otro día, en una vereda de la avenida. El sol le quemaba el lado izquierdo de la cara. Un grupo de indios cargadores evitaron tropezar con su cuerpo. Le dolía la cabeza como si se la hubiesen partido. Por efecto del prolongado sueño bajo el sol, veía las cosas verdes con el ojo derecho y rojas con el izquierdo. O algo así. Náuseas. Calambres. Un hormigueo que le recorría los tendones. Las retinas heridas a cada momento por los reflejos de los parabrisas y niquelados de los autos. Todo se confabulaba en su cerebro, en su cuerpo, en la avenida Veinticuatro, para hacer de ése, el más atroz chuchaqui de su vida. Se levantó como pudo. Llevado más bien del instinto empezó a renguear hacia su casa. Por cierto, aquél no era el primer veredazo suyo. Su condición de cantor lo volvía proclive a ellos. Pero ahora era diferente. En la noche anterior había ganado algo que para su bien o para su mal, quizá para su mal, ya nunca iba a perder.

Le sobrevino un escalofrío: ¿Y si todo aquello no había sido nada más que un sueño de borracho? ¿Un sueño?

Hurgó en sus bolsillos. Y encontró, como en los cuentos de hadas, como en las leyendas de la ciudad, la marca, la prueba de que todo había sido cierto: el cofrecito de plata.

En los días siguientes buscó, obsesionado, la casa de su gran aventura. En vano vagó por esa extraña zona del norte que en las noches, sin que importara la estación, era tomada por una niebla misteriosa. Tenía un pretexto para volver allí: quería recuperar su guitarra perdida.

No localizó nunca la mansión.

Y pasó el tiempo. Una mañana, luego de que un enorme perro lo mordiera y revolcara en el suelo, comprendió que encontrar ese preciso sitio ya no importaba tanto, puesto que, para siempre, el gran pórtico de su felicidad tenía una forma concreta: soñar con una mansión como aquélla, con una gente como aquélla. La palabra «como», en el forzado sentido de ser y poseer, había aparecido en su vida, rota ya por dentro.

Lo que no supo entonces, era que quince años después de ese arreglo-consigo-mismo para ayudarse a vivir y, desde luego, para justificar su conversión al ejercicio de las raterías y los embelecos, estaría festejando en su cuarto de El Aguarico y en compañía de unos amigos no sospechados por aquellos días, las vísperas de que ese largo ensueño fuese ya una realidad incontrastable.

Ya verás -le dijo al Turco que trataba de sostener la sonrisa babosa en el rostro ausente-, ya verás: me compraré una casa igualita a ésa. Y luego, sí, tranquilo, me dedicaré a financiar mi carrera de cantante. Ya verás, Turco, ya verás.

En el cuarto del Gavilán sonó un gruñido. Era el Maestro que trataba de quitarse los llapingachos pegados a la cara.

EL TURCO ANTONIO

Antes de Francisca el mundo carecía de orden. Era la confusión, el caos, la incertidumbre. La realidad era un limbo y nada se entendía. Era la angustia, la desazón, la imposibilidad de comprender. Ella vino a situarlo todo. A restituirles a las cosas sus verdaderos nombres. A darles un lugar en el espacio y en el tiempo. A poner un sentido en todo ese alboroto de oscuras ideas, malos entendidos, vagos presagios.

Al tiempo de conocerla, el Turco vivía preso en un mundo de terrores que nunca le interesó dilucidar. En la memoria de su infancia alucinada se hundían profundos zaguanes, muros blancos, innumerables patios, angostos pasillos coloniales, un perfil de tejados tortuosos cubiertos de musgo y líquenes recortado contra un cielo gris, y allá en lo hondo, en un recoveco de la casa de inquilinato de siete patios (mucho más grande que aquella en la que ahora vivía, aunque muy parecida) un cuarto en penumbra en donde mamá Delia cosía en su vieja Singer desde la aurora hasta el anochecer. Vieja, sola, empobrecida, mamá Delia no tenía ojos sino para su máquina y para los santos y vírgenes que la miraban lánguidos desde todos los rincones del cuarto. Abandonada primero por su marido y luego por sus tres hijos mayores, parecía vivir en la permanente expectativa de que el último, ese niño de ojos asombrados, solitario y furtivo como un alma en pena, acabara de marcharse de una vez, él también como los otros, para poder

morirse sin remordimientos. Pero el niño no pensaba así. Por nada del mundo hubiera pensado así, aunque no tenía palabras para decírselo. Simplemente se conformaba con vigilarla. Con protegerla desde su fragilidad: alerta, siempre alerta, atento a la menor señal de alarma, al menor indicio de peligro. Pues la vida de mamá Delia era más bien una larga, minuciosa agonía. Lo decían las vecinas luego de sus ataques de fatiga, que la dejaban lívida, con los labios azulados y los ojos blancos, cuando le daban a beber el agua de valeriana, el agua de tilo, el agua de manzanilla, y le daban a oler amoníaco, burbujas de éter, o la lana quemada; lo decía ella misma por las noches, arrodillada y con los brazos en cruz, en sus largas letanías y rosarios. Y sobre todo, se lo decía y repetía él mismo, obsesionado, mientras le rezaba a la Virgen del Quinche* para que no la dejara morir.

Pero una noche ocurrió lo que tenía que ocurrir: la máquina de coser se detuvo, el monótono traqueteo como de un diminuto tren que nunca acababa de llegar o de partir, cesó. La voluminosa forma de mamá Delia, se alzó desde el asiento de mimbre en busca de aire y se desplomó sobre la máquina. A su lado, un rollo de tela cayó pesadamente. Un carrete de hilo rodó y se desenrolló por el suelo hasta perderse bajo una mesa. El niño levantó la mirada de su cuaderno de tareas. Se incorporó y fue hasta el puesto de mamá Delia. La miró largamente y luego retrocedió hasta que sintió la pared a sus espaldas. Supo que ya no había nada que hacer. Que el momento, desde siempre presentido, había llegado.

A la mañana siguiente, las alarmadas vecinas que forzaron la puerta de la habitación, lo encontraron así de espaldas contra la pared, inmóvil, tiritando de frío, fijos los ojos en el cuerpo exánime de mamá Delia, doblado sobre la máquina de coser.

*Virgen del Quinche

Después, fue la confusión. Un cóncavo silencio veló los sonidos y los objetos. Su memoria perdió el sentido del tiempo y se volvió una espesa ciénaga en donde los recuerdos flotaban como desperdicios. Más tarde, una tía que nunca opuso la caridad al pragmatismo, lo llevó a vender baratijas en la calle Ipiales, en donde ella tenía una caseta pintada de azul añil y atestada de mercadería de contrabando.

Y el Turco Antonio (que entonces tenía un apodo -Araña-, que después sólo fue un eco y después ya no fue nada), deambuló entre el vocinglerío chillón y desgarrado que lo mareaba y aturdía, con un cajón repleto de peinillas de plástico, ligas para medias, invisibles, gafetes, imperdibles, vinchas, collares de mullos, automáticos, cintas de colores, y sobres de Anacín y Mejoral, todos auténticos y garantizados productos de contrabando.

Su recorrido diario lo llevaba desde la calle Ipiales hacia La Merced y la plaza de San Francisco, o con mayor frecuencia, desde El Tejar hacia la avenida Veinticuatro de Mayo, en donde, quién sabe cuántas veces, debió cruzarse con el Patojo.

Pero se había perdido en el mundo. No tenía conciencia de sus itinerarios: le daba igual vender o no vender, o quedarse absorto frente a un garabato pintado en una pared.

La famosa tía pronto perdió las escasas esperanzas que sobre él se había forjado y (descontando unos cuantos rugidos periódicos) dejó de reclamarle y castigarle por su pobre rendimiento como vendedor. Total: no le pesaba.

No era una verdadera carga en su vida. El niño comía poco, callaba siempre; casi no se sentía su presencia. Salía a trotar en las calles por la mañana y regresaba al anochecer. Y a veces hasta vendía algo por unos sucres. De todos modos, para evitarse riesgos innecesarios, un día le cambió el negocio de baratijas por un cajón de lustrabotas; le dio unas cuantas instrucciones y le dijo que ya no quería lidiar con él, que era una vaina, un elevado que nunca iba a llegar a ninguna parte, que, en adelante, él mismo decidiera si trabajaba o no, porque él ya no era un asunto suyo, pues suficiente hacía con darle un lugar para dormir.

De esta manera, él tuvo más tiempo para mirar las formas de las puertas, el desconchado de las paredes, las manchas del pavimento, el vuelo de los pájaros y de los aviones, los dibujos de las nubes, la telaraña de los alambres de luz, los autos y las gentes que pasaban; más tiempo para sumirse en esa grandiosidad incomprensible y lerda o, simplemente, para seguir el rastro de un perro vagabundo, o de un pordiosero; más tiempo para meterse en los zaguanes en donde alquilaban revistas ilustradas con las asombrosas aventuras de Batman y Robin, de Superman, de Flecha Verde, del Hombre Plástico, del Hombre Invisible, de Tarzán, a las cuales se añadían como complemento necesario los Cuentos de Brujas y las Historias de Ultratumba, con esos cadáveres verdosos que parecían saltar de las páginas de tales revistas con la ropa y la piel en jirones, en medio de gritos de horror, truenos y vapores que se desprendían del camposanto y que tan bien se emparentaban y anudaban en algún sitio de su memoria con las leyendas de aparecidos de la ciudad.

Si sus recuerdos de ese tiempo no hubieran aprendido la malvada manía de esconderse en su mente, y guardarse como los gusanos en el lodo, el Turco Antonio no hubiera olvidado todos los intentos que hizo por escapar de la casa de su tía, como si quisiera repetir con ella lo que años atrás hicieran sus hermanos al huir de la casa de mamá Delia. Sólo que esa figura ya no podía repetirse. Primero, porque no había de qué huir. Esa señora gorda y emperifollada, llena de adornos y dientes de oro, que solía pasearse con la dignidad de un carro alegórico o de un pavo en celo, era algo tan ajeno a su vida que le daba igual estar cerca o lejos de ella. Y, segundo: porque no tenía a dónde huir. El mundo (a pesar de lo que aprendió en la escuela y que había olvidado; a pesar de lo que decían las revistas y que no entendía) no era redondo entonces. Era una gran planicie sin límites en donde los hombres y las cosas estaban depositados al azar, de manera que daba igual permanecer en un sitio o marcharse para cualquier lado. Eso no se sabía, pero se presentía. Lo decían los horizontes difusos y brumosos. Lo decían, mejor, los rostros iguales de las gentes. Sin embargo, contra toda sospecha, guiado por un mandato inapelable que le llegaba desde adentro, como la sed, como el hambre, una mañana y otra sacaba sus revistas ilustradas y sus colecciones de tillos y cajas de fósforos (escondidos en una tronera que había descubierto justo debajo de la cama de su tía) y se iba de la casa sin saber a dónde.

Y eran días y días de caminar, sin rumbo, por estrechas y sucias callejas, en compañía de un par de socios ocasionales de aventuras, sus panas de ese tiempo, mocosos como él, pero expertos en el arte de sobrevivir. Ellos le enseñaron que no había que tenerle miedo al hambre. Para eso estaban los plátanos, los panes, la fritada, el hornado, las tortillas que se exhibían en las puertas de las tiendas y de las cantinas. Bastaba con ser un poco cuidadoso

y huir a tiempo. Además estaban los autos. Plumas y tapacubos se podían vender en las covachas de La Marín, donde las traperas. También era posible aprovecharse de los buenos sentimientos de las gentes, pedirles limosna, quebrantar su indiferencia, su dureza, fingiéndose ciego o inválido, que era lo que, generalmente, más les conmovía. Y si todo aquello fallaba, pues les quedaban sus cajones de lustrabotas para ganarse unos sucres embadurnando de tinta y betún los zapatos de estudiantes nueva ola y oficinistas de pañuelo en pecho y periódico bajo el brazo, personas que pocas veces se resistían a la tentación de lustrarse los zapatos. Los mágicos sucres así obtenidos, eran suficientes. Alcanzaban para hacer muchas cosas: comprar, por ejemplo, cucuruchos de colaciones de colores, o sorpresas, o billusos para jugarlos con otros chicos en cualquier esquina. O para alquilar revistas. Y también, si había suerte, es decir, ningún policía que merodeara por los alrededores, para meterse en las galerías de los cines a ver películas Cofram, prohibidas para menores de veintiún años.

Por las noches, la situación se presentaba de una manera distinta. No sólo por su pavor a la oscuridad y a las sombras. También estaba el frío y, muchas veces, la lluvia. Quedaban varias alternativas: tenderse a dormir en el portal de Santo Domingo, para aprovechar el calor de los indios sin casa que se acurrucaban unos contra otros, a lo largo del piso embaldosado de piedra; pagar dos sucres a las viejas caseras de la Veinticuatro o de La Bahía, para que le permitieran dormir en un zaguán, como hacían los cargadores y pordioseros del mercado de San Roque; pedir posada en el hogar de alguno de sus amigos lustrabotas o loteros (cosa muy difícil de conseguir), o vagar por las calles mejor iluminadas de la ciudad, hasta caer rendido por el cansancio y el sueño en el umbral de una puerta cualquiera.

Pero había noches en las que no era posible optar por ninguna de estas alternativas: bien fuera porque los policías andaban en redadas, buscando vagos y descarriados para ponerlos a disposición del Tribunal de Menores, esto es, de la Correccional, o porque la noche se poblaba de espantos y sombras terroríficas, y los perros aullaban, y se oía en las calles solitarias el resonar de pasos que se acercaban, sin que nadie, de verdad, asomara por ahí.

Era, pues, la hora de volver, de regresar a casa y soportar muy callado un par de coscorrones de su tía.

Eso fue la infancia: una ciudad incomprensible, mitad convento, mitad mercado, que lo devolvía de un lado para otro como si fuese una pelota de ping-pong; un espacio hecho de vacío, de silencio, en cuyo centro siempre estaba él mismo colocado como por detrás de las cosas, como si estuviese dentro de una campana de vidrio, de una escafandra que lo separaba del infinito aire del mundo y que sólo sus amigos de la calle, sus malas compañías, conseguían romper, pero no siempre; y por fin: un peregrinar absurdo, un salir al mundo y un volver del mundo con las manos vacías, sin haber encontrado nada allí, porque nada había salido a buscar.

Sin embargo, esas idas y venidas de su infancia le enseñaron, en otro plano de su vida, en el círculo de las necesidades más inmediatas y torpes, ciertas pautas para sobrevivir. Aprendió, sin proponérselo, la imprescindible sabiduría de las calles y pudo acomodarse, aunque de un modo oblicuo y furtivo, en el territorio de los demás.

Pero se había perdido en el mundo. Y los nuevos años le sorprendieron así, avanzando a tientas, sin una meta ni siquiera entrevista, sin un camino a seguir.

Creció.

Pelos. Secreciones, las incertidumbres del sexo. Conoció la necesidad de las prostitutas. Empezó a ser hombre. Dejó a sus compañeros trotacalles y, sin pensarlo, se hizo de una jorga esquinera.

De un modo natural, nunca buscado, olvidó su cajón de lustrabotas y fue, sucesivamente, voceador de periódicos, vendedor de lotería, mercachifle, vago, descuidero, accesorista, dependiente de una tienda, revistero, heladero, chocolatinero, cuántas cosas más, distintas e iguales a un tiempo.

Pero se había perdido en el mundo. No le interesaban los negocios, no le interesaba nada, ni siquiera le interesaba de verdad la jorga de la esquina de su casa, a cuyas reuniones callejeras y nocturnas asistía, no con el propósito de que le oyeran referir las historias que leía en las revistas o en la crónica roja de los diarios, sino para correrle el bulto a la soledad, para ganarle tiempo a la noche.

Y todo fue así, ininteligible y tonto.

Hasta que llegó Francisca.

EL MAESTRO

L*O* que para el Patojo era azar, coincidencia, y para el Gavilán simple necesidad, era, para el Maestro, una obra del destino.

No de otro modo podía explicarse que las cosas se acomodaran de una forma tan clara que hacían, ahora sí, del asalto, un acontecimiento inevitable.

He aquí lo ocurrido.

En la primera semana de agosto, el Turco logró tomar contacto con el Doc, que se mostró renuente y receloso porque creyó que se trataba de un chantaje. Fue difícil persuadirlo a que concurriera una noche al nuevo cuarto del Gavilán. Pero concurrió. El encuentro resultó áspero. Con un ambiente cargado de incredulidades. El siguiente paso fue la entrevista que sostuvieron el Doc con Don Nacho, los dos solos.

Hubo, luego, otra reunión en el cuarto del Gavilán.

En ella, el Doc les refirió los pormenores de su entrevista. El viejo usurero -según el Doc, aquejado de decrepitud-, estaba obsesionado con los millones del banco. Su participación allanaría casi todos los problemas del asalto. Consistiría en aportar los dos hombres que faltaban para que el plan del Doc

estuviese completo: proporcionar las armas requeridas, los trajes a la medida y, por si fuera poco, hasta pagar el alquiler de la casa de las afueras de la ciudad. A cambio, pedía el treinta por ciento del total del asalto. Una concesión suya, porque al principio había querido cobrarse la mitad.

En reuniones y entrevistas se fue el mes de agosto.

El jueves, 4 de septiembre, un Gavilán desconocido, condescendiente, aceptó las explicaciones del Doc acerca de la inconveniencia de apresurar el golpe. No sólo por lo difícil que resultó encontrar la casa adecuada que sirviera de cuartel general de operaciones. Ni por la furgoneta que el Maestro no había conseguido aún (el automóvil y las dos motocicletas, afanados por el Gavilán y el Patojo, estaban ya guardados en su taller). Se trataba, dijo, de elegir la fecha precisa. La que combinara un máximo de dinero contante en el banco, con la proximidad de un evento especial que tuviese alborotada a la gente. A su manera de ver, dos eran los días propicios. El viernes 31 de octubre, víspera del largo feriado que incluía el día de difuntos y el día de Cuenca; o, preferiblemente, el 5 de diciembre, víspera del aniversario de la fundación de Quito. Porque, como siempre, los quiteños estarían enloquecidos el 5 celebrando las fiestas de la ciudad con borracheras, desfiles, corridas de toros, carreras de motos y autos. A lo cual había que añadir las incidencias previas a las elecciones de concejales que estaban programadas para el domingo 7 de diciembre.

Luego de una larga discusión que perdió a cada uno en una maraña de argumentos, a ratos absurdos, en los que el punto central parecía no ser ninguno o ser otro que el asalto, acordaron fijar como fecha el viernes 31 de octubre y como alternativa si surgía algún inconveniente de última hora, el viernes 5 de diciembre.

El Doc, retomando algo de la seguridad que les mostrara, meses atrás, cuando lo conocieron, fijó plazos para la consecución de la furgoneta y la casa. Habló de las características de esta última. Habría de estar situada, por ejemplo, en uno de los desvíos del camino a Tumbaco, o a Nayón, o a Zámbiza, en un lugar poco transitado. En lo posible en un terreno grande y con muchos árboles. El Turco y el Maestro sólo tenían que localizarla. El Doc iría luego, manejando el automóvil (para entonces cambiado de color y de placas) a hacer el trato con los dueños. Todo aquello debía estar resuelto hacia fines de mes, como máximo. Entonces comenzarían los ensayos del asalto, las mediciones de los tiempos requeridos para cada operación, en fin.

La suerte estaba echada. Y el Maestro sentía y presentía que, de algún modo, el asalto ya no era ni suyo ni de ninguno de los presentes: que tenía su vigencia autónoma. Que había nacido ya y marchaba solo, más allá de la voluntad de ese Doc cambiado y sus explicaciones casi pesarosas, más allá de la increíble docilidad del Gavilán, más allá de su propia pasividad, una pasividad que le llevaba a esas reuniones convertido en otro, en un ser que se dejaba arrastrar por algo cuyo alcance no entendía muy bien, un ser en cuyo espíritu apenas si temblaba la llama vacilante de una voluntad solidaria que no podía reconocer tampoco la compañía cálida de los suyos, de sus compañeros de aventuras nocturnas de otro tiempo, porque ellos (desde la ruptura de marzo, y no hay rupturas impunes) ya no eran ellos, alejados como estaban ahora de sus sueños, de sus intereses, de su corazón.

Y así terminó el encuentro de la noche del 4 de septiembre.

-Quédate un rato más -le dijo el Patojo, luego de que se marchara el Doc.

-Estoy cansado —le respondió el Maestro.

Era cierto. Estaba cansado. Muy cansado. Sin embargo, se puso a caminar sin rumbo por las calles solitarias, bajo la noche estrellada de septiembre. Acaso, por primera vez en su vida, sentía, de verdad, el viento helado de la soledad.

SERGIO Y SU HIJO

El bosque empieza. Pedrito es el primero en adentrarse en él. Le sigue Cecilia por un sendero que debe ser el lecho de un arroyo durante el invierno. Detrás voy yo con el rostro bañado por un sudor impregnado de la nicotina ingerida en la semana. El viento de septiembre mece, rudamente, las copas de los eucaliptos y suena como un río. Hojas rosadas en forma de cuchillos caen girando sobre sí mismas. Hay un cielo profundo, limpio, con dos pequeñas nubes blancas y brillantes. El aroma de los eucaliptos se mezcla con el frío viento de verano y penetra muy hondo en los pulmones. Un mirlo de pico amarillo huye entre las ramas. Las chucas cierran el sendero. Qué fácil es atravesarlas. Un moscardón zumba en torno a dos mazorcas de flores azules. Un quinde verde tornasol se dispara como una flecha por entre los árboles. El suelo cubierto de hojas secas cruje con cada pisada. Hay otro sendero. Las duras raíces rojas han formado una suerte de peldaños naturales. Pedrito encuentra una rama, le quita las hojas secas y la usa como bastón de explorador. A decir verdad, los exploradores parecemos nosotros, Cecilia y yo, cargados como estamos de las viejas mochilas de lona verde. Subimos en fila india, cada cual con su silencio, muy aplicados a la ardua tarea de escalar el monte. Yo no sé si Pedrito hubiera preferido hacerlo con los niños de la casa vecina. O solo. A ratos me parece un niño muy extraño. No le pesa estar solo. Y es poco comunicativo. Pero me doy cuenta de que nos juzga. Sobre todo cuando no llora, ni se encapricha. Cuando se queda mirándonos con los ojos fijos. No hay altercado entre Cecilia y yo que pueda resistir esa mirada. Hablo de los períodos críticos, claro. No de ahora. Según Cecilia estamos viviendo una luna de miel. Tal vez sea cierto. Permanezco mucho tiempo en casa. No me he emborrachado en más de un mes. Soporto mis insomnios en silencio. A lo sumo me levanto a merodear por el patio trasero. Y vuelvo a su lado y la mimo. La mimo mucho. Igual me pasa con Pedrito. Es como si me hubiese refugiado en ellos. El «como» sobra. Así es. Preso de una decisión lejana, en la cual ya no me reconozco, pero que por muchos, muchos motivos, no puedo eludir, me repliego en mi hogar como un molusco en su caparazón. Me refiero al asalto. Y al hecho de que no puedo renunciar a él. Ya es tarde para echarme atrás. Pero no sólo es eso. Pues las causas que me empujaron a decidirlo siguen en pie. No han variado. La misma asfixia económica. La misma

asfixia existencial. Aparte de las viejas deudas con mi pasado, que también cuentan. Cobardías, culpas, rebeliones frustradas, viejos saldos que exigen un ajuste de cuentas para dejarme vivir en paz. Bueno, esa es una cara de la medalla. La otra, es que de nuevo tengo la sensación de estar encerrado en un cuarto, obligado a cumplir una tediosa tarea. Sólo que los últimos plazos de mi vida se han terminado. Ya no puedo darme el lujo de postergar esa tarea, ni de dejarla inconclusa. Pues no es otra que la de salir de ese cuarto.

Poco a poco el espíritu del bosque me va ganando. Su aroma fresco. Su rumor. Es la sensación de dejar atrás, allá abajo, en la ciudad, lo que sólo a ella le pertenece: la incertidumbre, el miedo. Una amable fatiga viene a sustituidos. Oigo un aleteo cercano. Un güirachuro se posa en una rama. El pecho amarillo. Las alas negras moteadas de briznas blancas. El pico corto y robusto. Gorjea un rato y se va. Arribamos a un campo de retoños. El aroma es más puro aún. Los eucaliptos tiernos y los retoños tienen un suave color que va desde el celeste claro hasta el verde agua, desde el rosa pálido hasta el blanco, en una gama amplia en la cual todos los tonos tenues pueden caber. Un polvillo los recubre. Es viscoso al tacto. Cecilia les arranca unas cuantas ramas. Las huele. Disfruta su olor cerrando los ojos. Se las llevará a casa. Como prevención contra las gripes. Tengo ganas de ir hacia ella y decirle cualquier cosa. Prefiero contemplarla así, entre los retoños, entregada a su deleite. Retomamos la ascensión. Otra vez los árboles altos. Ramas entrelazadas. Tallos de viejas cortezas. Avanzamos.

Pedrito encuentra una zanja. Zarzas cargadas de moras negras hay en su interior. Las probamos. Son muy dulces. No es la temporada. Pero allí están. Confundidas quizá por las esporádicas lloviznas de estos días. Cecilia se lamenta de no haber traído una canasta para recogerlas. Cruzamos la zanja. Seguimos hacia arriba. El bosque protege. El bosque resguarda. El bosque es un clamor profundo que nos llama y nos junta. Su aliento es limpio. Su aliento purifica. Su aliento recrea un Sergio capaz de los deseos sencillos y de las treguas.

Una quebrada abisal lo interrumpe. Es una grieta que baja desde lo más alto del monte. Tupidos matorrales. Bejucos. Racimos de flores rojas. Racimos violetas y amarillos. Como grandes plumas, los pálidos penachos de los sigses emergen de entre el abigarrado conjunto de arbustos, hojas alargadas, helechos, musgos. Al fondo de la quebrada, donde no se lo ve, debe correr un hilo de agua por un cauce de piedras pulidas. Durante millones de años ese arroyuelo ha fabricado lo que ahora es un abismo. Pedrito se asoma a él, Cecilia le grita que no lo haga, que se retire. Es un alarido el suyo. Pienso que su reacción es desproporcionada. Que no tiene derecho de gritarle así. Un niño a los ocho años ya es un ser autónomo, con un instinto de conservación desarrollado. Recuerdo mis ocho años y mis excursiones solitarias por las quebradas en busca de tesoros escondidos, cavernas fantásticas, grutas de ladrones. Terminaba conformándome con nidos abandonados y huevos de lagartijas. Y jamás me pasó nada, aparte de unas pocas magulladuras que me enorgullecían. Pero Cecilia no lo entenderá nunca. No sabe que el peligro está en no saber acercarse al filo de un abismo. Y no en tener el valor de renunciar a él. Resuelvo no discutir y callo. ¿Causa? ¿Pretexto? No lo sé. Lo cierto es que Pedrito nunca ha dejado de ser un motivo de discordia entre nosotros. Nunca estaremos de acuerdo con respecto a él. No reprimir nada, no prohibir nada. Nadie tiene derecho

de hacerlo. Nadie. Esa es mi idea. Es más que una idea. Es una compulsión. Lo otro no resulta. Lo he visto tanto. Pero Cecilia también tiene sus compulsiones. O sea, sus miedos. Y obliga, y reprime. Por ella y por mí. Un día la sorprendí hablando por teléfono con su hermana. Se le quejaba de que hacía las veces de padre y madre a un tiempo. Qué ganas tuve de decirle que sí, que era verdad, y que de ese modo no conseguiría nada de su hijo. Qué ganas tuve de repetirle, mil veces más, hasta que lo entendiera, que los padres no deben mostrarse, que deben permanecer en su sombra tratando de aprender lo que sus hijos les enseñen, y que no es otra cosa que lo que ellos mismos han olvidado. O los han obligado a olvidar. Pensaba, claro, en las fuerzas primordiales de la vida. Porque de lo otro, de los detalles y las minucias, se ocupan muy bien las escuelas, la televisión, la abigarrada gente y el mismo mundo constrictor.

Cada ladrón juzga por su condición. Quizá pensaba solamente en mí. ¿Con qué derecho podía Sergio reprimir o prohibir nada a su hijo? Es más, ¿qué podía enseñarle él a su hijo? ¿Enseñarle ideas que él deseaba que fueran erróneas? ¿Que los tan decantados valores humanos sólo existen como respuestas a algo que los niega? ¿Que es la cárcel lo que inventa a los honestos, honrados, trabajadores ciudadanos libres? ¿Que son las mentes que se sospechan enfermas las que fabulan las mentes sanas?

¿O que la verdad, la libertad, la felicidad, no existen como absolutas?

¿Que sólo existen las verdades concretas, las libertades concretas, las felicidades concretas?

Tal vez esto último podría enseñarle. Pero no es necesario. Todo el mundo lo sabe desde que nace.

No. Sergio no puede enseñarle nada importante a su hijo. Para aprender aquello, Pedrito tiene a su disposición su cuerpo, sus deseos, sus temores. Y el mundo.

Y en este aprendizaje, el importante, los buenos consejos sobran. Sin salimos de los límites estrechos de este bosque, valgan dos ejemplos. Dos sencillos acontecimientos ocurridos en otros domingos de excursión.

Uno. Hay un barranco. Un olor a carroña sale de él. Al fondo vemos un perro muerto. Un amplio corte le socaba el cuerpo. Gusanos, moscas, el comienzo de un esqueleto. Un gallinazo lo escolta. Negro, la cabeza verrugosa, los ojos inquietos. Del hocico del perro sólo queda la brillante dentadura. La muerte sonríe ahí. Aquello es la muerte. No hay nada que decir al respecto. No hay nada que enseñar sobre el tema. Es mejor alejarse, como lo hacemos los tres, en silencio, dueños de un mismo conocimiento que no necesita de palabras para existir. Alejarse, en silencio, con los rostros vueltos hacia otra parte, hacia cualquier parte.

Dos. Del otro lado de los árboles, Pedrito nos llama. Ha encontrado algo. Es un caballo del diablo que arrastra a una araña peluda mucho mayor que él. Se lo ve brioso, con un aspecto de avispa temible. El cuerpo azul violáceo. Las alas anaranjadas. No advierte nuestra cercanía. Ni le importa. Arrastra su presa que tiembla bajo los efectos de su veneno. Incursiono en los detalles y las minucias: le digo a Pedrito que ese caballo del diablo es una hembra que lleva a la araña a una cueva, para depositar sus huevos en ella, con el fin de que sus larvas puedan alimentarse luego. Pedrito ya lo sabe. Se

lo explicaron en la escuela. Debí suponerlo. No le dijeron, en cambio, que sólo la voluntad del más débil pudo vencer a la ponzoña del más fuerte. Yo tampoco se lo digo. Temo que me entienda bien. Temo por él. Siempre temo por él. Ya lo descubrirá por su cuenta. Como descubrirá la pesadumbre, el amor, el odio, la pasión, la esperanza, los celos tormentosos, la soledad, todo aquello que es intransferible, porque nace en uno y en uno muere.

Ocurre que no siempre logro pensar a Pedrito sin proyectarme en él. Si bien es cierto que Pedrito encarna para mí el incierto *tiempo del porvenir,* también encarna el del retorno. Me explico: tengo una fijación: los años sesenta, la época de los grandes sueños, de las convulsiones, de los incendios. La época de los rebeldes, de los aventureros y los guerrilleros míticos. La época del orgullo, de la pasión, de la arremetida épica de los disconformes, los justicieros y los desesperados. La época que al no resolverse, marcó a muchos, a Sergio también, con una cicatriz helada.

Hoy, en 1980, cuando el gran orden, sea con genocidios, sea con sonrisas, ha conseguido triunfos indudables, puedo creer que el reloj del mundo tardará unos años en retornar a la hora ardiente. Los sabios, pitonisas, futurólogos y demás, dicen que el fin del milenio será el fin de muchas cosas y el comienzo de otras. Alguien calcula que para el año 2000 una de cada dos personas de América Latina, no tendrá trabajo. El rey de los banqueros. Volcker se llama, vaticina una debacle financiera de los gringos. Habrá, pues, una situación explosiva que exigirá cambios radicales. Sergio, el silencioso, escucha esos datos y piensa en su hijo. El año 2000 lo sorprenderá en plena juventud. ¿Qué pasará con él? ¿Qué camino encontrará? ¿Se verá abocado a una elección drástica? ¿En cuál bando?

Su padre, para esos años, tendrá el rostro repleto y corrupto de los cincuentones ahítos de placeres y deseos satisfechos a deshora. O no tendrá rostro.

A decir verdad, Pedrito me reenvía aún más lejos que los años sesenta. A mi infancia. A mis padres. A la incómoda situación de tratar de entenderlos. En su tiempo. En sus descuidos y repentinos reclamos. En sus razones. Las que podían pensarse desde su época y su clase. ¿Cuáles serán las acusaciones de Pedrito? ¿Las entenderé yo? Escrito está que los hijos se pondrán en contra de sus padres. Ya llegará la hora en que deba juzgarme. Pues los padres también nacen de sus hijos. Porque sus hijos también los engendran, inventándoles a su manera, adjudicándoles misiones imaginarias que debieron cumplir y no las cumplieron. Yo, no sin curiosidad, aguardo mi juicio.

Basta.

No permitiré que la angustia me atrape en el corazón del bosque. Me he alejado solo. Deambulo. Regreso. Descubro a Pedrito, otra vez al filo de la quebrada tratando de alcanzar unos laxos.

-¡Cuidado! -le grito. Es un alarido. Pedrito me mira atemorizado.

-Cuidado, no te acerques tanto -le repito con una risa cargada de vergüenza.

-¿De qué te ríes? -me dice Cecilia.

-De nada -le respondo. Sería muy complicado explicarle. Es mejor seguir adelante.

Arribamos a un claro del bosque. Hierba dura y amarilla. Kikuyos que parecen garfios atenazan la tierra reseca. Miosotis celestes y florcitas rosadas, minúsculas. Pájaros invisibles pían entre los matorrales que orillan el bosque. Al cambiar de perspectiva, los tallos de los espigados eucaliptos se vuelven negros. Sus copas brillan, plateadas, al sol. Es una furiosa danza lo que abanica los árboles. Un petirrojo cruza el claro del bosque. Pedrito nos llama. Ha encontrado unas matitas de niguas con sus rosados y diminutos frutos. Nos sentamos cerca. Cecilia abre los termos. Hay café y jugo de naranja. El viento nos trae una lluvia de hojas y luego se aplaca.

Reanudamos la marcha. Conforme ascendemos, los árboles son más pequeños y delgados. Y las distancias entre ellos se agrandan. Las sombras de sus hojas parecen mariposas oscuras en permanente vuelo. Hay mariposas verdaderas, desde luego. Tienen las alas estampadas en anaranjado y negro. Uno no entiende cómo pueden controlar su rumbo con este viento. Miro a Pedrito. Lo veo ágil y fuerte. La fatiga que empieza a demorarnos a Cecilia y a mí no es cosa suya. El pobre no ha tenido otras vacaciones que éstas. Y las clases ya empiezan el 15 de octubre. Este año no hubo ni playa ni mar. Porque no hubo ni dinero ni tiempo. Pero el próximo año será muy distinto. Me sorprendo pensando así. La tregua se ha establecido en mi corazón. Se la debo al bosque y al aire puro, sin duda. En mi corazón en este momento, no hay lugar para la desdicha. Pienso que Pedrito no tendrá el próximo verano el estúpido Disney World que sus primos le ponderan, cada vez que pueden. Pero tendrá algo mejor que eso. Todavía no sé bien qué será. Pero así deberá ser. Muy adentro de mí, un Sergio socarrón me dice con una lejana voz: «No ennoblezcas tus fechorías con propósitos altruistas». Pero yo no le respondo y sigo caminando. El bosque se termina. Empieza el pajonal. Es una suerte que no lo hayan incendiado ya. Trepamos con dificultad por la pronunciada gradiente. El viento lame el pajonal. Un descanso para mirar atrás. Observo la gran mordedura: la tala de la parte baja del bosque. Van a edificar un barrio exclusivo ahí. Ajenos al peligro de los deslaves, los ricos y los que se pretenden podrán aislarse, y ver la parte moderna de la ciudad sin que los árboles se la oculten. La gestión, por supuesto, la respalda un banco, según lo proclama el alegre rótulo pintado en vivos colores que se alza al borde de la vía Occidental, aún en construcción. Mi banco también auspicia urbanizaciones similares. Dicen que hay leyes que prohíben la destrucción de los bosques, del cinturón verde, como le llaman. Pero los bancos y los altos personeros municipales, saben sortear esos detalles. A Sergio, como se ha visto, no le importan mucho las leyes. Pero sí los bosques y su aroma y sus pájaros. Por cursi que pueda parecer: estos bosques son suyos. Por ellos correteó de niño. Por ellos pasea con su hijo y su mujer. Nadie tiene derecho a quitárselos. Nadie. Ni siquiera un banco de espíritu sombrío que parece perseguirle por todas partes.

Sobre el espacio desbrozado del bosque, al borde de la quebrada, ha aparecido una larga fila de casuchas miserables. Los peones de la urbanización también han construido la suya. Después, renegando de ponchos y alpargatas, desde lejanas comunidades, vendrán sus parientes y compadres. Y la procesión de casuchas empezará a subir por el borde de la quebrada. Entonces, los nuevos residentes de los nuevos edificios y casas de noble arquitectura, tendrán otro motivo de preocupación, aparte de los deslaves.

Seguimos por el pajonal. Encontramos un pequeño terraplén. Nos detenemos en él. Es hora de almorzar. Una luna transparente flota en el cielo. Muy abajo, se ve la figura de la ciudad que se extiende, estrecha, luminosa, en torno al monte. Más allá de ella, todo es montañas, valles, remotos caseríos, que parecen esfumarse en la distancia dentro de un vaho azul. Y, después, el gran perfil de la cordillera, la fila de nevados insolentes, dominando ese infinito concierto de verdes, amarillos y azules que se alternan entre sí. Cecilia y yo abrimos nuestras mochilas. Pedrito extiende el pequeño mantel rojo. Lo sujeta por los extremos con los termos y los envases de las provisiones, excesivas para un día de excursión. Hay sánduches, ensaladas, fruta. Cecilia y Pedrito se ríen de algo que no alcanzo a escuchar. «Sólo hay felicidades concretas», me digo. Me percato de pronto que, como en mucho tiempo no ha ocurrido, la avasallante luz que restalla en la serranía, y el gran espacio abierto que tengo ante mí, me gustan, y los disfruto a pleno pulmón. El extraño Sergio que soy yo en este instante, infiel a su noche, quiere que el tiempo no pase. Que se quede quieto. Que no pase.

EL GAVILÁN

El aplazamiento definitivo del asalto, para el 5 de diciembre, había abierto un espacio inútil en su vida. El mes de octubre empezaba a arreciar con sus tormentas esporádicas y sus inundaciones. Y también con sus noticias de primera plana: la reanudación de clases en la Sierra, las proclamas de los trabajadores, las protestas de las cámaras de comercio e industrias, las alharacas de los políticos, tantas noticias, tantas en las que el Gavilán no tenía ni arte ni parte ni lugar posible, porque no era estudiante, trabajador, empresario, político, ni nada más que un hombre de acción obligado a no actuar, es decir, obligado a vivir el suplicio de la quietud y la espera.

Dos días después del feroz *cordonazo* de San Francisco, que había inundado los pasos a desnivel y provocado deslaves sobre la vía Occidental de la ciudad, el Gavilán, tiritando de frío, caminaba a las diez de la noche por una calle enlodada y pedregosa. Venía de visitar, por turno, a sus nuevas amigas. Pero ellas no le cambiaron el ánimo. Ni le dieron nada que no le hubiesen dado ya antes. Incluso en su flamante conquista, Marta, alumna de quinto año de un colegio fiscal (a quien engatusó presentándose como universitario), al igual que en el par de mujerzuelas que viera antes, Estrellita y Lulú, encontró (o creyó encontrar) la cara mezquina de los seres predestinados al sufrimiento. Marta soñaba con casarse. Las otras ya ni siquiera soñaban. Quizás eran ideas suyas. Pero ese maligno rictus que a ellas les entristecía el rostro, pareció repetirse en cuantas gentes se cruzaron en su camino, con la excepción cierta del Turco que andaba eufórico con el cuento de que su tal Francisca le había avisado que vendría a verlo de un momento a otro.

-Gente de porquería -murmuró.

Pensaba también en el Maestro, que no acababa de conseguir la furgoneta. Y en el Patojo, a quien él había prohibido que siguiera dando exhibiciones de gran motociclismo en el barrio.

-De aquí en adelante, o practicas en el norte de la ciudad, o por las noches, o vas a ver lo que te pasa -le había advertido.

Pero el Gavilán antes que en sus amigas y amigos, pensaba en las ideas idiotas que se le ocurrían, cuando no tenía algo concreto de qué ocuparse. Buscar a Maribel luego de tantos meses de no saber nada de ella era, por ejemplo; una idea idiota. Y era más idiota aún al tener que inventarse pretextos para justificarla.

Porque la presunta necesidad del carnet de la Zona Militar, era en el fondo, sólo un pretexto.

Días atrás, mientras jugaba un partido de ecuavoley, uno de sus compañeros de equipo le dijo:

-Hay que cuidarse, pana, los milicos andan cazando remisos para ponerlos de conscriptos. Van de dos o de a tres metiéndose en las galerías de los cines o en las cantinas, pidiéndoles documentos a los que creen vagos o sospechosos. Dicen que va a haber guerra con el Perú. Por ventaja, panita, yo tengo un certificado de trabajo y un papel con el cuento de que mantengo a mi madre y a mis hermanas.

El Gavilán también tenía su papel. Se lo falsificó un antiguo cantarada de La Tola, el barrio de su infancia, un tal Rogelio que acabó jodiéndose del todo con ese trabajo de limpiapisos y recadero de la Zona Militar. Estaba muy claro que en caso de guerra, ningún papel, falso o verdadero, iba a servirle. Por lo demás, ya llevaba mucho tiempo de andar sin documentos. Ni cédulas de identidad. Ni carnés. Nada que le hiciese olvidar su propia guerra.

Las precauciones que demandaba el asalto venían a modificar aquella situación. El tener documentos personales le ayudaría a sortear cualquier inconveniente imprevisto. Pero éstos se quedaron en casa de Maribel, junto a sus otras pertenencias, el día de su aparatosa partida hacia la Costa.

Por tal motivo fue a buscar a Maribel al Palmar. Entonces supo que lo habían cerrado. Lo iban a derrocar por la ampliación de la avenida de La Prensa. En el Club 21, en cambio, se encontró con una increíble novedad:

-Ella ya no es del ambiente. Se retiró -le dijo Marlene, la amiga de Maribel-. Ahora cuida durante el día a una señora paralítica. No la he visto más. Pero sé que sigue viviendo en San Juan. Sola, por si te interesa saberlo.

Al oír esas palabras, el Gavilán se dio cuenta de que no estaba buscando sus papeles nada más: estaba buscando a Mari-bel. Muchas veces, en el transcurso de los últimos días, como al descuido, le asaltaron la mente imágenes fragmentarias de Maribel. Fueron sus ojos amarillos. Sus piernas. Su nuca. Su pelo. Y esa manera de abrazarlo, como ovillándose en torno a su cuerpo mientras dormían. «Juro que no vuelvo con ella nunca», se dijo. Después pensó que esos juramentos no tenían ningún sentido: en dos meses más, una vida distinta (con el tiempo enteramente ocupado en prepararse su destino de gran capo de las drogas) empezaría en Colombia. Si el asalto resultaba un éxito, desde luego. A pesar de la calidad de sus

compinches, había que pensar que sería así. Entonces, con mujeres tipo Cosmo a su alrededor, qué ridículo se sentiría al recordarse extrañando las caricias de la pobre Maribel y, lo que es peor, después de medio año de no haber pensado en ella.

Pero a las diez de la noche había un hueco en el tiempo. Y el futuro cercano parecía remoto. Y el recuerdo de Marta, Estrellita y Lulú, más remoto aún. Y sólo la nostalgia de Maribel y la casita de San Juan parecía ser real.

«Iré allá, la veré un rato, tomaré mis papeles y saldré», se dijo el Gavilán, caminando bajo la garúa.

Una hora después, se deslizaba por el callejón bordeado de geranios y alumbrado apenas por el resplandor de la ventana de la mediagua pintada de azul.

Al verla ahí, junto a la puerta, paralizada por la sorpresa, la cara demacrada, envuelta en un abrigo flojo y sucio, el peinado de solterona sostenido con vinchas, un tambor de bordar en una mano, temblando frente a él y sin saber qué decir ni qué hacer, el Gavilán experimentó un rencor que no quiso disimular. Esa señora solitaria no se parecía en nada a la Maribel de sus repentinas nostalgias.

-Sólo vine a llevarme mis papeles y mis camisas -le dijo.

Ella bajó los ojos, se alejó de la puerta y fue a sentarse en el filo del asiento de la peinadora.

El Gavilán entró y, sin pronunciar palabra, se puso a buscar en los cajones del velador. Encontró la cédula de identidad pero no el carné de la Zona. Entonces revolvió la casa entera, sin resultado. Desde la peinadora, como salida del cristal salpicado del moho del espejo, Maribel seguía sus movimientos en silencio. Por último, ya sin esperanzas, él se dispuso a partir, pensando en la treta a la que había de recurrir para desembarazarse de Maribel. Sabía que en cuanto atravesara el dintel de la puerta, ella se pondría a seguirle a donde él fuera. Y luego vendrían los alaridos, las súplicas, las amenazas de suicidio de antes, de siempre.

-Y ahora cómo te la vas a sacar de encima, bestia -se dijo en voz alta.

Tomó sus camisas del armario, escogió cuatro de ellas y salió.

Atravesó el callejón y dobló una esquina. Caminó unas cuadras sin volver la mirada. No había para qué hacerlo. Maribel le estaría siguiendo con pasos de gato, esperando el momento oportuno para darle alcance. Como antes. Como siempre.

La calle Carchi, que es oscura y empinada como un tobogán o un desfiladero, parecía arrastrarlo hacia aquel abismo negro, erizado de luces difusas que era, en esa noche de invierno, el centro de la ciudad. En un momento oyó, a sus espaldas, un alboroto de perros enfurecidos. Volvió el rostro y miró a los animales que se mordían entre sí. Pero no descubrió a Maribel. «O se escondió, o me perdió de vista. Al abrir la puerta de malla debe haberse demorado», pensó. Vencido por el incomprensible propósito de saber qué había pasado con ella, retornó por el mismo camino, espiando en las esquinas y en los pocos zaguanes abiertos. Pero no la encontró. Muy fatigado llegó hasta el cerco de malla que guardaba la villa de las dos

dueñas de casa. De nuevo lo salvó. Pero esta vez las sienes le golpeteaban y una gran vergüenza le bullía por dentro: se sabía ridículo y tonto. Tratando de no hacer ruido se escurrió por el callejón de los geranios. Dio un rodeo a la mediagua de Maribel y se acercó hasta la ventana. Ahí estaba ella. Tal y como la dejó. Sentada frente a la peinadora, rígida la espalda, los brazos desmayados, y mirando en lo hondo del espejo. A través de la gasa de los visillos la observó en silencio. La boca entreabierta, los ojos amarillos grandes y quietos. Cualquiera, al encontrarla así, podía descubrir que Maribel miraba en el espejo a una muerta. Entonces un bronco hilo enmohecido se arrancó dentro del pecho del Gavilán. Y no lo pensó más. Corrió a la puerta y la abrió de golpe. Maribel dio un salto. Entonces el Gavilán se tranquilizó. Se acercó hacia ella. Le dio una palmada en el hombro. Fingiendo un malhumor que no sentía, le dijo que iba a quedarse con ella un par de días. Y con un gran resoplido se desplomó en la cama. No dio más explicaciones. No había cómo, no había qué explicar.

EL PATOJO GONZALO

un ángel la mirara desde el aire, la avenida Veinticuatro de Mayo sería un alargado rectángulo repleto de una muchedumbre que va, viene, se arremolina y revuelve, multicolor, agitada, vibrante; que va, viene, comprando, vendiendo, husmeando, chillando; que va, viene, unida, bronca, ceñida siempre a su propio espacio natural, ese alargado rectángulo de los negocios múltiples, de los charlatanes, de los indios y los cholos, de ingenuos y vivarachos, ocupados y desocupados, policías y ladrones, amas de casa y prostitutas, viejos, niños, vida y muerte, alegría y pena, todo junto, todo revuelto en la misma mugre.

Sí. Si un ángel la mirara desde el aire, indiferente, digno en su dignidad celestial, la vieja gran avenida sería para él, simplemente el mundo, es decir algo que no merecería de su parte nada más que un vistazo rápido al pasar sobre ella, antes de arrebujarse entre sus nubes y perderse en el cielo para siempre.

-¡Ángeles cabrones! -dijo el Patojo, eufórico como iba, cargada el alma de una alegría bullente que le daba golpes desesperados en el corazón, en las venas, detrás de los ojos, mientras le repetía: «Vas a ser millonario, millonario».

«Millonario», ahora que todo estaba hecho. Ahora que la furgoneta y la casa estaban conseguidas.

«Millonario», o lo que daba igual, la certeza de esfumarse él también de la avenida para siempre.

Miró con desprecio a la figura que tenía ante sí: una india vieja, envuelta en una tela negra que, en cuclillas, pétrea, imperturbable, dejaba escapar entre

sus pies curtidos un hilo de meados que se iba sinuoso por el declive de la acera hasta el pavimento.

-¡Con permiso! -chilló alguien a su lado. Llevaba un gran canasto.

-Naranjas peladas -dijo otro vendedor ambulante.

Gritos, proclamas, pitazos de autos, música de sanjuanitos y albazos en los altoparlantes, todo se confundía allí en una misma algarabía.

Otro caos era el de los olores: ácidos, agrios, dulces, profundos: vaho de cuerpos, vaho de comidas, vaho de desperdicios, entre el aroma pajizo, terroso, inmemorial que salía de los ponchos de los indios.

Era el país de la Veinticuatro. Eran los habitantes de la Veinticuatro.

En una suerte de ceremonia personal que a la vez que llenaba el vacío de un día de desocupación y vagancia oficiaba también de conjuro necesario y mágico, el Patojo había resuelto darle el adiós definitivo a la avenida, o a su pasado, que era lo mismo.

«Vengo a recoger mis pasos», se dijo girando sobre sus talones y se puso a recogerlos en ese mediodía de feria, mientras tarareaba alegre y sin que llevara ni un trago dentro la ya vieja canción de César Costa:

Adiós mundo cruel

ya nunca te veré

yo diré que no te conocí...

A recoger sus pasos. Taca taca tac, taca taca tac, y el bamboleo aquel como de un barco sobre las olas: la línea del horizonte nunca quieta: arriba, abajo, inclinada, un paisaje eternamente movedizo, inestable, difícil, las cabezas hirsutas, subiendo, bajando ante sus ojos de piloto cansado. El mismo paisaje. El mismo trayecto desde que tenía memoria. La Veinticuatro recorrida enteramente todos los días. Regresando a casa. Bajando al puesto de muebles. O a la escuela. O a cantar en La Casa Blanca. El mismo paisaje: las mismas caras, la misma gente. Igual y diversa a un tiempo. Gente de la Veinticuatro a fin de cuentas. Tan diferente de aquellos ángeles con los que trató en una noche inolvidable. Gentecita del pueblo. Chusma, al fin y al cabo. Por ejemplo su madre, gorda, agitada, sudorosa bajo el sol de mediodía: el pelo partido brillando negro en su cabeza redonda antes de resolverse en esas largas trenzas; las uñas manchadas de charol, la blusa ancha y sucia, la falda ancha y sucia, esas medias de hilo negras, esos zapatos envejecidos, y dispuesta siempre a discutir al menor reclamo. Por ejemplo, sus tías menudas, inciertas, cholitas perdidas en el dominio de su hermana mayor. Por ejemplo, los que ya no eran ni siquiera sus parientes, o quién sabe si, como el costeño de los pericos que adivinaba la suerte sacando papelitos amarillos. O un poco más allá, el matrimonio que enmarcaba cuadros en paspartú. O el loco que vendía jugos repitiendo, incontenible, cada tres segundos: «Hola, hola, hola», sin decir nada más que eso. O los pordioseros, sentados religiosamente en el mismo rincón. O los

vendedores de comidas con sus baldes. O el viejo de los taburetes, retaco, verdoso, desgarbado.

Se acercó al costeño de los pericos. Le pidió un papelito de la suerte. El perico de la cabeza verde (el otro la tenía roja) hizo lo suyo: salió de su jaula y buscó en el tarjetero. Eligió uno. El Patojo le pagó al costeño y guardó el papelito en el bolsillo de la camisa para leerlo más tarde. Luego vio, por primera vez, al hombre de las gafas Ray-Ban.

Detrás de las floristerías estaba la pensión El Corazón, famosa por un crimen perpetrado allí hace unos años. Era un rincón trágico. En el hotelucho de al lado también hubo una historia sangrienta. Por si fuera poco, él mismo, tiempo atrás, cuando a las tres o cuatro de la mañana regresaba a su casa, presenció en ese sitio el duelo a machetazos de dos negros recién llegados de la Costa en un camión de frutas todavía cargado. Tantas cuchilladas había visto por esos recovecos.

«Adiós criminales bestias», cantó sin voz en una brusca introspección.

Tropezó con una pila de jaulas de carrizo. Un alboroto de plumas y alas desesperadas, y un cloqueo multitudinario precedió a los insultos.

Respondió como pudo. Y se alejó rápidamente. No era del caso hacerse mala sangre.

Por fin divisó las ventas de muebles, allá, abajo, casi al final de la avenida.

Una columna de buses atestados. Otra de autos. Después, los árboles raquíticos, los amontonamientos de casas vetustas. Y el eterno panorama: a la altura del puente bajo el cual terminaba de hundirse el flanco izquierdo de la avenida, como saliendo del suelo, retorcidos, viejos, asomaban los tejados de La Ronda. Luego las torres de la iglesia de Santo Domingo y al fondo el conjunto de lomas peladas.

Llegó. Se acercó donde su madre:

-Mamá, empréstame unas ayoras -dijo humilde. La vieja lo miró en silencio. Protestó con un resuello. Sacó un billete y se lo entregó con gesto brusco. Volvió la cabeza hacia sus hermanas. La movió de lado a lado. Las hermanas asintieron gravemente. Tomando ya el mal trago, el Patojo se escabulló hacia el puente.

Intentó canturrear para sí algo como: «Adiós mamita, adiós pericos, adiós taburetes». Un sonido entrecortado le vibró en la parte anterior a la nariz. Parecía un quejido. Estaba perdiendo los bríos de antes. Era preciso recuperarlos.

Pasó por entre los carros de cangrejos. Distinguió a la vieja

Facunda, la protectora del Turco. Para reponerse bien sería bueno contarle a cualquiera, incluso a ella, cosas acerca del esplendoroso futuro que le esperaba. Pero no, esta vez callaría. Y no por miedo al Gavilán. Por voluntad propia. Esta vez se portaría serio. Y vaya si le iba a costar. Maldito carácter el suyo. Malditas esas bromas irrefrenables suyas. Esa lengua suya. Malditos esos arrebatos en los que una pedantería no buscada, una comicidad no buscada, se le imponían como imperiosos guiones de comportamiento, sin que pudiera hacer otra cosa que entregarse a ellos ciegamente, a pesar de

las tremendas mete-duras de pata que le habían costado y que, para su bien o para su mal, olvidaba pronto.

Se acercó a Facunda:

-Señora, ¿a que no me fía un ceviche?

Facunda sonrió a medias. Revolvió el espeso caldo negro contenido en el balde de hierro enlozado y le sirvió un vaso lleno de conchas. El Patojo lo devoró en un instante. Al tiempo que le daba las gracias, Facunda le dijo:

-Hijito, ¿has visto al joven? No asoma por la casa ya cuatro días, decile que lo han ido a buscar.

-¿Y quién era?

-Uno de terno y corbata, no muy alto, delgado. « ¿Será el doctorcito?», se preguntó el Patojo. Todo inocente le dijo:

-No se preocupe señora, le diré que vaya por la casa.

-Ojalá que prontito -añadió ella entrecerrando los ojos. Se veía a la legua lo que estaba pensando.

«Adiós vieja puerca», cantó mentalmente. Luego retomó su letanía interior: «Adiós esteras, adiós cangrejitos». Se sentía ya bien. Fue una buena idea eso del cebiche. Y una idea mejor aún el ponerse a recoger sus pasos. Ahora tenía ganas de joder y vacilar.

Subió por la vertiente derecha de la avenida. Miró con cierta nostalgia al hotel Buena Esperanza. Se alzaba junto al puente. Clausurado dos días de cada tres, era una verdadera industria para desvirgar adolescentes inquietos. Allí, siglos atrás, una puta ranflera a la que él entonces buscaba asiduamente, le dijo con la más sana, seca y profunda sabiduría:

-Cuídate Patojo. Te estás enamorando: las gentes como vos no están hechas para el amor.

Y eso fue algo que le ayudó a entender, y para siempre, su verdadero lugar en el mundo: una íntima, secreta verdad pública, de la que lo salvaba, como una espontánea autoayuda natural, su inconstancia, su volubilidad, su carácter movedizo y jodedor, su carácter de payaso.

Y por segunda vez vio alejarse al hombre de las gafas Ray-Ban.

No reparó mucho en él. Se puso a mirar a los apostadores de la bolita: una docena de ojos absortos. En el paño gris, tres tapacoronas y una bolita de papel, diminuta. El jugador la hacía desaparecer entre las tapas. Y ella siempre asomaba bajo la tapa que uno no había elegido. Y así cada apuesta era una pérdida segura. Cómo no iba a serlo si el jugador -con una habilidad pasmosa, por cierto- ocultaba la bolita en una de sus largas uñas. En eso consistía el truco.

«Una vacilada más, una menos», pensó el Patojo y apostó una moneda. Ganó. Ganar a la primera era también parte del truco. Una forma de enganchar incautos. Apostó otra vez. Y perdió naturalmente.

El jugador era un mulato flaco. Tenía una cicatriz en el mentón. Con toda tranquilidad, el Patojo le dijo:

-Déjate de estafas, la tienes escondida bajo la uña. ¡A ver, muéstrame tus uñas!

El mulato se desconcertó. Le mostró sus uñas. Nada. El Patojo levantó las tapas y encontró la bolita bajo una de ellas. Ahora el desconcierto fue suyo. Apostó nuevamente. Y nuevamente perdió.

Volvió a encontrar la bolita bajo la tapa no elegida. No entendió en dónde pudo estar el truco.

-¡Devuélveme mi plata, estafador! -chilló, de pronto, el Patojo.

-¡Qué plata!

-¡La que me quitaste con tu truco pendejo!

El mulato le miraba inquieto. La piel se le había puesto morada, casi azul. Sus ojillos, en bruscos zig zags, saltaban en todas las direcciones. Pero ya no replicaba nada. A todas luces temía algo que no era, desde luego, el Patojo. En torno a él los apostadores aguardaban excitados.

-¡Toma y lárgate! -dijo en voz baja, intempestivamente, el mulato y le entregó los dos sucres con un breve, furtivo ademán.

Pero cuando el Patojo se alejaba, rezongó:

-¡Inválido!

El Patojo volvió el rostro de payaso triste. Luego le dijo:

-¡Negro! ¡Vos sólo eres un negro!

Y los dos tuvieron tiempo de verse las caras por una décima de segundo, trágicas, cargadas de un odio maldito que duró exactamente una décima de segundo.

«¡Inválido!» murmuró entre dientes el Patojo. Ya verían esos chusmas de la Veinticuatro lo que él lograría cuando fuera millonario. Porque no era cosa del dinero por el dinero, nada más. Ese era «un medio y no un fin». «La felicidad se encuentra más allá del dinero. Es decir, a partir de él». Eran sus pertinaces ideas. Iba a ser famoso. Famoso. Relaciones públicas. Esa era la cuestión. Con plata, con un buen empresario, un buen profesor de canto -un mexicano por ejemplo-, y un buen compositor... Se dejó llevar por un vértigo de razonamientos infames: eran nuevos tiempos. En el cine ya no se necesitaban actores guapos ni bellas vampiresas. Allí estaban para demostrarlo Charles Bronson, Jack Palance, el mismo Dustin Hoffman. Todos ellos eran realmente feos. Y lo mismo pasaba con relación a los cantos. En el mundo de la farándula había aparecido un enano, nada menos que un enano que hasta hace poco no podía estar sino en un circo, el tal Nelson Red, y, además otro casi tan enano como él, Manzanero. Y qué decir de los gringos. Según lo que mostraba la tele: unos negros gorilescos, unos rubios amariconados, unos *hippies* zarrapastrosos, maltrechos, como salidos de un baile de disfraces. Definitivamente era el momento de la revancha. Definitivamente los feos estaban tomándose el mundo. Entonces con un poco de suerte, qué de raro tenía pues que un patojo que no era ni guapo ni tenía una voz perfecta, se tambaleara en un escenario luminoso, todo vestido de seda y lentejuelas, con un micrófono muy pegado a la boca y

cuyo alambre se le enredada en el cuerpo, en tanto miles de ojos miraban al cielo suspirando con sus canciones.

Vagaba por entre la gente. Comidas. Jugos. Canastos al paso. Una alharaca permanente. Cruzó la calle. En la esquina, las ollas de aluminio flamantes, refulgieron al sol. A diez metros de la esquina, del lado de la García Moreno, plomos, negros, morados, fatídicos se exhibían los ataúdes en venta. Unos sobre otros, descaradamente vacíos, entreabiertos, como esperando. Para colmo del sarcasmo, les adornaban con unas florecitas casi coquetas -blancas, doradas, celestes-, pintadas a mano. Imitando la costumbre del Turco se santiguó al verlos. Las funerarias y el hospital San Juan de Dios hacían de ésa, la calle de la muerte.

Del lado de la avenida, en cambio, estaba la mismísima vida: la fila endiablada de bares y cantinas: La Casa Blanca, El Pescado Fumador, el Casino de Mónaco. Todos en el fondo iguales: las pailas humeantes de la entrada, el piso cubierto de aserrín y, a pleno volumen, con algo de objeto extraterrestre que disparaba luces amarillas, rojas, azules, la infaltable rocola protegida de botellazos y grescas por una jaula de metal. Cabalmente en La Casa Blanca hizo sus primeras armas como cantante de media noche, de serenos y parrandas. Allí también ocurrió lo inolvidable. El rapto. La noche aquella en que una jorga de jóvenes celestiales lo llevaron a conocer su mundo de lujo y sueño.

Cambió de acera. Continuó hacia arriba. Por detrás de las morosas filas de buses, camionetas y camiones, oyó un parlante que anunciaba el ungüento que curaba todo -sobremanera la ciática-, el jabón que sanaba la caspa y quitaba las manchas de la ropa, la vaselina cristalizada, las tabletas para los bichos. Atraído por la bulla fue hacia el ancho parterre, y como siempre, se instaló en la ronda de curiosos. El charlatán era un hombre de unos cincuenta años. Vestía un terno negro. Un sombrero pequeño para su cabeza. Hablaba con un acento que no era ni costeño ni colombiano aunque decía: pa' verlo, pa' tenerlo y cosas así. En torno al cuello tenía el soporte del micrófono. A un lado estaba la mesa con varias maletas negras de las cuales extraía de rato en rato sus mercancías. Junto a la mesa -pequeña, gorda, atónita-, su mujer sostenía al «Negro», un muñeco de madera al que el charlatán ofrecía hacerlo hablar, de un momento a otro, sin que llegara a vislumbrarse siquiera el cumplimiento de tal promesa.

No fue nada premeditado. Un apremio de la suerte. Se olvidó de las promesas hechas al Doc. Era excitante despedirse así, de ese mundo. Y era estúpido hacerlo. Pero lo hizo. Algo superior a sus fuerzas lo obligó a echar una apuesta final. Delante suyo vino a pararse una doña con un par de canastos todavía sin compras. Vestida con una blusa azul intenso, bordada, y un centro lleno de pliegues, podía verse entre uno de ellos la abertura del bolsicón. El Patojo cobró un repentino entusiasmo por el espectáculo. Se adelantó un poco para mirar por sobre el hombro de la doña. Entre tanto, con un vertiginoso vibrar de dedos, su mano derecha se introdujo en el profundo bolsillo. En cuanto se apoderó del pañuelo atado con cuatro nudos, con el mismo tino logró sacarlo. Entonces lo dejó caer dentro de su camisa entreabierta. Dio un paso hacia atrás. Otro para un lado. Fingió mirar al «Negro», ahora sentado sobre la rodilla del supuesto ventrílocuo y se alejó calmadamente del grupo. Cruzó de nuevo la calzada con la intención de entrar en los servicios higiénicos para abrir el pañuelo.

Cuando empezaba a encaminarse hacia allá, oyó a sus espaldas una voz que le dejó helado:

-Hey, Patojo, espérame.

Era nada menos que el Felipe Chillanes. Pesquisa y nada más que eso, le gustaba presentarse en el momento de las sorpresas, cuando emergía de cualquier rincón y atrapaba a algún pobre diablo, como «agente de investigación criminal». En la época del velasquismo, sobre todo en los últimos tiempos, cuando ya nadie por su propia voluntad iba a aplaudirle al viejo caudillo -que se desgañitaba y rugía en algún balcón-, trabajaron juntos organizando barras o repartiendo billetes o sánduches. Esa fue una de las buenas épocas de su vida. Pero no duró mucho. Después el Felipe Chillanes logró palanquearse esa pega en el Ministerio de Gobierno, donde deambuló quién sabe por cuántos departamentos hasta quedarse de pesquisa de la OIC, que era para lo único que servía. Un par de años atrás, de nada valieron ni las invocaciones a la amistad ni las súplicas, ni el recuerdo de los viejos tiempos: el Felipe Chillanes lo apresó igual, allí mismo, en la Veinticuatro, por llevarse el bolso de una señora. Desde entonces lo «investigaba» periódicamente; al parecer lo consideraba algo suyo, una ficha de su prontuario personal. -¡Hey, Patojo!

Sobre la espalda que ahora súbitamente le ardía y sudaba con todos sus fuegos y surtidores, sintió posarse la mano del Felipe Chillanes.

-Hola viejito, cómo estás. Cuéntame, ¿de dónde vienes? ¿Qué has hecho de nuevo?

El Patojo tragó saliva. Balbuceó incomprensible.

El Felipe Chillanes llamó a su compinche que se acercó taciturno.

Era el hombre de las gafas Ray-Ban. El Patojo los miraba con terror.

-¿Nos convidas a una cervecita, no?

El Patojo buscó ávidamente, entre la multitud, el sitio para la imposible huida. Sintió sus piernas más inútiles que nunca.

¡Y pensar que la motocicleta estaba bien guardada en la casa de Tumbaco!

-¿Qué te parece si vamos allá?

El asintió en silencio.

Entraron en la cantina. Los recibió el eructo cálido y dulzón de los canelazos y el humo de cigarrillos empozado ahí desde la creación del mundo. En la penumbra profunda, con los ojos encandilados por el sol del mediodía, apenas si se podían distinguir los rostros, los perfiles de las mesas y el reflejo de las luces moradas y rojas de la rocola puesta a todo volumen.

No tuvo más remedio que sentarse donde el pesquisa le indicó, de frente al rectángulo luminoso de la puerta de entrada. Sin ver otra cosa que su silueta, adivinaba a Chillanes medio inclinado contra el alto respaldar, una pierna recogida sobre la banca, una mano desmayada en la rodilla, el pelo estirado hacia atrás, las patillas largas, diminuta la boca, diminuto el bigote, diminutos los ojillos que lo estarían mirando cínicamente.

Por entre el atronador sonido de la rocola, alcanzó a oír la voz del Chillanes:
-¿Y las cervezas?

El Patojo llamó a la dueña y le pidió tres pequeñas.

-Sí. Pásenos la media -gritó Chillanes.

La dueña, ayudada por un chico trajo la media docena. El Patojo permanecía rígido. Dentro de su camisa, el pañuelo robado a la doña le quemaba el vientre. El pánico o la simple sensación de que nada de lo que hiciera podría salvarlo le impedían aprovechar la penumbra aquella y deshacerse del pañuelo arrojándolo por debajo de la banca.

Al otro lado del tablero de fórmica, Chillanes se inclinó sobre su amigo. Le dijo algo incomprensible. Luego soltó una gran risotada que el otro no compartió. Un rápido destello de luz le permitió ver que éste no se había quitado las oscuras gafas. «De todos modos me estará observando», pensó. Chillanes hablaba. Decía cosas acerca del partido del domingo.

A sus espaldas, en la rockola empezó a cantar Julio Jaramillo*:

Si tú mueres primero es mi promesa

escribiré la historia de nuestro amor.

Se dejó llevar por la letra de la canción.

*Julio Jaramillo

Después volvió a sus pensamientos, pero alejado de sí, como si no fuera él sino otro el que así pensaba: «Todo se me fue para el carajo, qué salado, me jodí y la jodí todo». Sentado muy al filo de la banca empezó a beber su cerveza a golpes, sin limpiarse la espuma de los labios. El Felipe Chillanes y el hombre de las gafas Ray-Ban lo habían seguido quién sabe si desde que llegó a la avenida. En cuanto se cansaran de hacerse los desentendidos, de jugar al gato y al ratón, y se decidieran a apresarlo, sabe Dios lo que iba a ocurrir. Apenas vinieran las amenazas o lo golpearan, o lo colgaran de los pulgares, como ya habían hecho, de seguro que cantaría todo lo que tenía dentro, lo del pañuelo claro, pero también lo de sus amigos, los planes del banco incluso. Conocía demasiado sus límites como para mentirse. Siempre le ocurría así. En cada «investigación» simplemente lo vaciaban. «Todo se me fue para el carajo», se repetía.

-¿Qué dices? -se escuchó contestar mecánicamente.

-Que por quién estás el domingo...

-Ah, por el Deportivo Quito, sí...

-¡Cojudos! -gritó Chillanes enfurecido, golpeando la mesa.

-Les juro que va a ganar el Nacional, se los juro.

El Patojo sintió que la garganta se le llenaba de arena, ripio y piedrecillas de todas las formas y tamaños. Chillanes soltó una risotada: -Se los juro, ñaños, así será.

Hubo un silencio. La rocola estaba moviendo su brazo mecánico y buscaba otro disco.

-Voy al baño -dijo el Patojo sin hacer el menor ademán de levantarse. Contra todo lo previsto, Chillanes aprobó con sorna. Miró de reojo al tipo de las gafas que permanecía inmutable. No había dicho una sola palabra en todo el rato. ¿Por qué no hablaba?

Pero no era el momento de hacerse preguntas. El Patojo no lo pensó dos veces. Se levantó. Rengueó apresurado hacia la puerta de tablas y se encerró en el servicio. Iba a tirar el pañuelo, pero se arrepintió. No tenía objeto deshacerse del «cuerpo del delito». De nada le iba a servir, su culpa ya no estaba allí, en esos billetes apretados. Estaba en la cabeza de los pesquisas. Ellos ya no necesitaban pruebas materiales. Además, cómo iba a pagar la cuenta. Rasgó el pañuelo con los dientes. No fue mucho lo que encontró: trescientos sucres, la doña tendría el resto oculto en el seno. Guardó el dinero y arrojó el pañuelo desgarrado en la taza de cemento. Alguien golpeó la puerta. Era un fulano que quería entrar.

Regresó a la mesa. Ahora sonaba un albazo cantado por las hermanas Mendoza Sangurima. Al momento de salir del baño vio al pesquisa de las gafas haciendo un además como si indicara algo.

¿Y si de los dos él era el de mayor antigüedad y no Chillanes como en principio había supuesto? ¿Pero, entonces, qué juego se traían entre manos? ¿Y si no les importaba un pito el pañuelo de la doña y sí, en cambio, sonsacarle cosas acerca del asunto del banco que quién sabe cómo se habrían enterado? ¿Y si ésas no eran sino ideas suyas y el pesquisa de las gafas no estaba dándole a Chillanes instrucción alguna? ¿Y si ni siquiera le habían visto al momento de robarle a la doña?

El Patojo permaneció inmóvil y silencioso unos cuantos minutos en tanto se vaciaban las últimas botellas. Después ya no pudo más y se arriesgó:

-Me voy -dijo con aplomo. Y les tendió la mano.

Los pesquisas lo miraron.

-Nosotros también nos vamos. Espéranos -repuso Chillanes.

El Patojo pagó. Estaba al borde del llanto. Salieron. La avenida estalló en sus ojos con toda la fuerza de sus colores. Como un autómata los siguió. Medio mareado por aquella violenta e intempestiva libación -aunque sólo fueran cuatro vasos de cerveza-, se dio ánimos para insistir: -Bueno, me voy para arriba.

-Mejor nos acompañas un rato a inspeccionar por aquí. Es día de feria, ¿no?

El ciego del bandoneón arrimado en su esquina lo miró con sus ojos vacíos. Si en esas cuencas había algún resto perdido, debía ser el rencor, sin duda: cuántas veces al pasar junto a él le dejó basuras en su jarro de hierro desportillado. Pensó una idiotez: ¿Y si la avenida por tanta payasada, y ahora, por sus afanes de abandonarla, se estaba vengando? «La avenida no es una persona, claro que no», murmuró para sí.

Los siguió mansamente. Ellos se detuvieron ante un círculo de curiosos abierto en medio de esa «marea» de gente que lo aturdía aún más. Se trataba de una venta de piedras de imán, aunque el vendedor -terno desarrapado, sombrero verde, manco del brazo derecho-, se cuidara muy bien de llamarlas por su nombre. El Patojo estaba agitado. Por un instante, como para ganar tiempo, se refugió en el discurso del hombre que ante una mesita forrada de paño rojo -en donde, erizadas de limaduras de hierro, reposaban las piedras de imán entre un montón de monedas relucientes y cuatro o cinco balas de fusil-, decía cosas acerca de las virtudes de las piedras para curar los males de la fortuna o del amor. Decía que las piedras tenían vida propia, decía que eran machos y hembras y que era preferible comprarlas en parejas; decía a quienes se las llevaban que «sólo les dieran de comer limallas pero nunca agua ni en general líquidos, porque ellas no son de agua y pueden morirse».

A su lado, muy junto, Chillanes observaba la demostración con aparente interés. Pero no. El Patojo sabía que no: esos ojos sólo estaban hechos para la burla o el asco. Chillanes se volvió hacia él:

-Al cambio, dame comprando una pareja, -le pidió.

El Patojo asintió. Se abrió paso entre la fila de espectadores —la mitad de ellos «cargadores», según se veía por las atambas de soga y cuero que llevaban cruzadas sobre el pecho-. Pagó los veinte sucres.

El vendedor envolvió las piedras en papel de estaño y se las entregó:

-Suerte caballero, no se olvide de las limallas y cuidado con el agua -dijo.

Retornó donde Chillanes. Lo encontró con el rostro súbitamente endurecido, mordiéndose con sus pequeños dientes el pequeño labio inferior. Iba a entregarle las piedras de imán pero un gesto del pesquisa lo detuvo.

-Guárdalas vos. Te las regalo -dijo agrio y se volvió hacia su amigo. Sigamos por allí -añadió.

-Venga con nosotros -dijo el pesquisa de las gafas. Habló con una voz cavernosa y bajita. Debía creerse un detective de la televisión. El Patojo pensó que todo había terminado ya.

No fue así. Se detuvieron frente al monumento «A los Héroes Ignotos». Al pie de la columna coronada por un cóndor de piedra había otro espectáculo. Esta vez se trataba de una mujer encerrada en una pequeña caja. Gracias a un ingenioso sistema de espejos, dentro de la caja sólo asomaba un florero con la cabeza de la mujer. Sofocada, encendidas las mejillas más por la rabia y la vergüenza de estar allí que por el calor del mediodía, se daba modos para insultarle a uno que se había permitido una broma con ella. El charlatán que en ese momento anunciaba amuletos y medallas, volvía la cabeza inquieto pero sin descubrir la causa del alboroto de su socia.

-¡Vele a la loca! -dijo Chillanes divertido.

Pero el Patojo ya no veía nada. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Por detrás de ellas, brumosas, oscuras, temblaban las alas del cóndor de piedra de los Héroes Ignotos. De seguro que entre toda la multitud aquella que recorría como en remolinos la avenida, muy pocos sabrían el significado de la palabra «ignotos». De seguro que ni los pesquisas lo sabrían. El sí, por

supuesto. Era la multitud aquella, «ignotos», como su propio destino. En verdad tenía muy pocos recuerdos de la escuela. Pero había uno que lo perturbaba especialmente. Se refería a la «ley de la gravedad». Las explicaciones del señor Carpió, gordo, viejo, siempre manchado de tiza, parecían dirigirse a él, sobre todo a él «La fuerza de la gravedad...» empezaba diciendo, y él sufría la pena y la vergüenza de sentirla en carne propia. Un tiempo hasta se creyó una demostración ambulante de ella. La sentía poderosa, atrayendo, llamando, jalando desde lo más profundo de la tierra, y burlándose -como ahora- de sus pobres, retorcidas piernas.

Por entonces, empezó a soñar durante muchísimas noches un sueño pertinaz: le crecían unas fuertes alas en la espalda, y ante el asombro de quienes le acompañaban gracias a ellas se remontaba por los aires. Por entonces también, pero ya muy despierto, le sobrevino la premura de treparse a lo que tenía a su alcance: árboles, postes, umbrales, enrejados, en el inevitable paso previo que luego lo llevaría a barras, paralelas y argollas, y a aprender ahí desgonces, planchas de sangre, mostas, cristos, con un entusiasmo tal que apenas si se enfriaba luego de las periódicas caídas de rigor. Tantas proezas que ahora de nada le servían, pues, los pesquisas -si era cierto que lo iban a encarcelar-, con una maldad sin límites, se daban el lujo de dejarlo suelto, muy confiados en que de todas maneras él estaba preso de su propio cuerpo malformado.

Ajeno al espectáculo, libres ya los ojos de lágrima alguna, miraba sobre la loma del Panecillo la gigantesca estatua de aluminio de la famosa virgen con alas, sujeta todavía con cables a una grúa. Los bromistas de la ciudad, y él entre ellos, no se desperdiciaban la oportunidad de decir el cacho de moda: que la tenían así sujeta para que no se bajara donde sus amigas de la Veinticuatro. Sintió un escalofrío. ¿Estaría sufriendo el castigo de la Virgen?

Oyó la voz de Chillanes.

-Patojo, te hago una pregunta. ¿Qué harías vos con tanto ladrón que pulula por aquí? ¿No es cierto que deberíamos matarlos? Matarlos como a perros. Uno los apresa y los jueces terminan soltándolos y ellos vuelven a las andadas. Con más mañas que antes, los muy puercos. ¿No es hora ya de empezar a matarlos?

El Patojo no tuvo más remedio que decirle que sí, que ya era hora.

-¿Pero ventajosamente, vos ya no eres de ésos, no?

-No -pudo decir el Patojo con una voz aspirada.

-Qué bueno.

Era lo que quería saber. Chillanes se calló. Muy grave, meditaba. Luego le dijo: -Chao Patojo, puedes irte.

El Patojo sin atinar qué responder, loco de asombro por la intempestiva resolución del pesquisa, con la intención de llegar a las casetas de ropa usada y desaparecer por allí cuanto antes, empezó a caminar con todo lo que le daban sus fuerzas. En su prisa atropello a un niño semidesnudo cuyo tazón de mazamorra fue a volcarse sobre el pavimento. Una vieja lo insultó. Lo mismo la madre del crío. Pero cuando se había alejado unos veinte metros oyó la voz del Chillanes.

-¡Patojo!

Se detuvo en seco. Pensó que le iban a aplicar la «ley de fuga» y se dispuso a esperar la bala que habría de destrozarle la columna vertebral.

Chillanes le dio alcance.

-Patojo -le dijo-, empréstame unas latas.

El Patojo le entregó todo el dinero que llevaba, incluso le dio el paquete con las piedras de imán.

-Gracias pana -dijo Chillanes-. No era para tanto, pero si así eres de generoso... como que no fuera tu plata. Chao Patojo.

Con un brusco cambio de dirección, el Patojo cruzó la calle. Vaciló un segundo frente a la fila de sastres remendones con sus vetustas máquinas de coser puestas en la acera. Le faltaba aire. Sentía, aún poderosa a sus espaldas, la presencia de los pesquisas. Era preciso huir cuanto antes. Un bus atestado doblaba la esquina. Vio en él la salvación. Pero, al parecer, su suerte estaba sellada.

—¡Patojo! —oyó nuevamente.

Los dejó que se acercaran. Pensó en arrojarse a sus pies y suplicarles que lo apresaran de una vez, o que hicieran cualquier cosa con él pero ya sin ese juego infame.

Como siempre, habló Chillanes.

-Míranos bien, mierda: la próxima vez que te encontremos robando te matamos. ¿Nos oyes? Te matamos. Y ahora te vamos a dejar libre porque nos da la santísima gana de hacerlo. Y porque se nos ha ido el tiempo y tenemos otras cosas más importantes que vos, mierda. ¡Y lárgate ya, hijo ‘e puta!

Alcanzó a mirarlos de refilón. Los descubrió duros, asqueados. Qué poder enorme habían acumulado. Qué poder enorme emanaba de ellos que hasta se daban el lujo del perdón.

Se arrastró hacia la plazoleta Victoria. No sentía ni siquiera alivio, sólo una gran incertidumbre en el corazón: la suerte era eso: algo que aguarda agazapado donde menos uno lo imagina. Como cuando estuvo en la esquina de los trastos de aluminio y creyendo elegir entre la calle de la vida y la calle de la muerte, eligió en realidad entre una cualquiera y aquella en donde le esperaban la doña y su dinero, Chillanes y su amigo. Recordó el papelito amarillo que le entregara el perico. Dobló una esquina y se detuvo a leerlo. Decía así:

PRÓLOGO DEL DESTINO No. 13

Te diré lo que deseas saber de tu futuro: debes preocuparte de tus asuntos. Procura cuidarte mucho cuando salgas de tu casa para que evites una pérdida. Hay una persona malintencionada que quiere hacerte daño, debes tener cuidado a pesar de que tu suerte es admirable. Tendrás una sorpresa muy pronto. BUSCA TU TALISMÁN.

TU NÚMERO DE SUERTE ES EL 589.

¿Qué quería decir el papelito? Era como para volverse loco. ¿En qué lugar del tiempo estaba él? ¿Qué mismo le iba a deparar el futuro? Pensó en la suerte: la bolita apareciendo bajo la tapa no escondida, el perico encontrando sin saberlo el papel amarillo, el maldito pesquisa diciendo como un dios su destino y el de sus amigos, él mismo en ese instante con el pánico de tomar una calle u otra.

Reanudó su camino. Taca taca tac, taca taca tac, asentando primero como un palmazo dado en el suelo, los tacos de sus pequeños zapatos que giraban como buscando a tientas el sitio preciso para un nuevo impulso. Y otra vez el paisaje ondulante, esa manera suya de bogar en tierra firme.

Hizo un supremo esfuerzo para retomar su alegría inicial. Pero su antigua letanía interior le salió como un gemido. No creía ya en ella. Era apenas la vana torpeza de aferrarse a una serie de palabras vacías: «Adiós pesquisas, adiós monos, pericos y culebras /adiós traperas de fierros viejos y robados/ adiós urnas de magia y jugadores de la bolita /adiós jugos, mariscos, salchichas, lisas fritas /adiós vendedores ambulantes /adiós mugre /adiós puestos de ropa usada, de zapatos usados, de todo lo usado/adiós meados, grietas y charcos de la Veinticuatro /adiós putas ranfleras, chulos baratos, cantinuchas hediondas /adiós por fin indios cargadores, indios emponchados y tristes/adiós, adiós mundo cruel».

Y así, taca taca tac, taca taca tac, por cualquier calle, el Patojo se fue alejando de la avenida.

EL MAESTRO

La madrugada del 27 de noviembre, el Maestro tuvo una pesadilla extraña. En su sueño, el diablo lo miraba y se reía con sus dientes ennegrecidos. El Maestro, con una voz que no le sonaba en la garganta, le preguntó el motivo de su risa. Y el diablo le respondió:

-Me río porque dos más dos son tres.

-¿Y eso qué quiere decir? -insistió el Maestro.

-Te lo diré cuando me digas por qué vas a robar el banco.

El Maestro perdió la voz por completo. Y también los pensamientos.

No encontraba nada que se pareciera a una respuesta adecuada. Entonces el diablo dejó escapar de sus fauces una interminable bocanada de humo azul y empezó a desvanecerse en ella, sin dejar de reírse.

El Maestro se despertó. Un brazo se le había amortiguado. Tenía la lengua seca como una estopa. A su lado la Rosita dormía un sueño de ángel. El escozor que le dejó la pesadilla le oprimía el corazón. Y ahora, muy despierto, seguía dándole vueltas en la cabeza la pregunta del diablo. En el fondo, él sabía o creía saber que ésa era una pregunta sin respuesta. Decididamente su situación no era como la de sus amigos. No tenía angustias económicas. Lo que ganaba en el taller hasta le permitía ahorrar una pequeña suma cada semana. Tampoco era ambicioso. Y el dinero por el dinero, el dinero desligado de sus gustos inmediatos, asomaba en su conciencia como un vago ruido metálico lejano y frío que le venía del otro lado de un vidrio opaco, y en el que no lograba reconocer las formas concretas, contundentes, que le alegraban la vida: el sexo delicado de la Rosita, el sabor del hornado, el sabor de la chicha y las cosas finas, la música de albazos y sanjuanitos, los deportes y juegos que practicaba con sus amigos, y hasta su mismo trabajo de mecánico hábil y curioso que le granjeaba cierto módico prestigio entre sus conocidos.

Miró a la Rosita dormida. El pelo bermejo, los grandes senos firmes a pesar de los cuatro guaguas que mamaron de ellos, brillando en la penumbra de la habitación.

¿Y si el exceso de dinero venía a dañar todo aquello? ¿Todo aquello que de verdad poseía y era suyo? Se revolvió en la cama. ¿Y si el asunto del banco salía mal y todo se iba para un cuerno? Respirando pesadamente el Maestro resolvió que era mucho lo que arriesgaba con el dichoso asalto, aunque de todas formas y contra toda lógica habría de participar en él. No disponía de razones valederas, razones razonables, pero lo iba a hacer. De eso estaba seguro. Iba a participar en el asalto al banco llevado de aquel mandato profundo, sombrío, que lo sobrepasaba y que nunca conseguía dominar: como cuando acompañaba a sus amigos en sus robos. Exactamente así. No necesitaba hacerlo. Pero lo hacía. Y era que en su vida feliz había una vieja herida sin la cual esa vida hubiera sido tan cerrada y completa como uno de esos recipientes de carburo de su taller de autos. Por aquella brecha, cual un tenue vapor, se le escapaba al Maestro, de tarde en tarde, la gana de arriesgar su felicidad.

Porque el Maestro era un hombre feliz. Es más, él mismo era el único hombre feliz que conocía. Por todas partes, tal que una fiera suelta rondaba la desgracia, clavando sus colmillos aquí y allá sin discrimen alguno. Al menos en el horizonte de su mundo acontecía así: bastaba un rápido vistazo para comprobarlo: su socio de la mecánica, enfermo crónico de los huesos. La vieja dueña de casa con un hijo que le salió marica, con dengues y todo, y al que de nada sirvieron las academias militares, ni los azotes de su difunto padre, ni las plegarias a la Virgen ni a la serie de santos que ningún milagro hicieron con el chico cada vez más maricón y coqueto. El tendero de la esquina, avaro, algunos decían que millonario pero con su mujer, para escándalo del barrio, que le ponía cuernos con un sargento. El sastre, brujeado desde hace años con un mal de ojo que no quería contar a nadie en qué consistía pero que le marcaba la cara con una melancolía sin término. El mismo Don Nacho, odiado sin excepción por quienes lo conocían. Los amigos cercanos: el Turco marihuano y esquelético, amargado la vida por el amor de una mala mujer; el Gavilán que nunca reía, penetrado de un disgusto irremediable hacia todo y hacia todos; y qué decir del Patojo y su poliomielitis. Y más allá de esa clase de males, males de la mala suerte

digamos, estaban los otros, los que provenían de la miseria, aquel dolor profundo de tanto muerto de hambre que no tenía ni con qué comer, ni con qué curarse, ni con qué vestirse: pordioseros, desocupados, indios cargadores, chinas tratadas a la patada por patrañas casi tan pobres como ellas, viejas abandonadas en trance de ser echadas a la calle por no poder pagar el arriendo, guaguas desnudos y barrigones que chillaban en zaguanes helados, la legión aquella de menesterosos, pobres de pobreza absoluta, cuya entera existencia estaba signada por la mala suerte.

Comparado con ellos era un hombre feliz. Después de todo, era un vencedor nato. Había resuelto muchas cosas en su vida. Y su presente estaba asentado sobre muchas victorias. Pero la vieja herida de su vida existía y sangraba de tiempo en tiempo. Cuando más seguro de sí mismo estaba, cuando más satisfecho se sentía de sus bienes terrenos, no faltaba alguien que le dijera a sus espaldas o entre dientes: «indio e' mierda» o «indio verde», o «indio sarnoso», remitiéndole así de un golpe a sus orígenes, al remoto pueblo de su infancia, al difícil arribo a la ciudad y sus humillaciones diversas, a los dos años que pasó en la conscripción en donde el sargento que lo tuvo a cargo lo primero que hizo fue ordenarle que se desnudara y mandarlo entonces al grupo de los de culo verde pues el muy maldito tenía clasificados a sus conscriptos en dos bandos: los conscriptos de culo verde y los de culo blanco, siendo los «culos verdes» las víctimas permanentes de su saña y su sadismo.

Porque aquello de ser indio o «tener facha de indio», como decían, era para el Maestro el único asunto no bien resuelto de su vida. El único.

En lo profundo sí, amaba su naturaleza venida del fondo mismo de la tierra, su ser oscuro de gustos precisos y firmes, heredados de la lejana comunidad cuyo nombre quichua, luego de su llegada a la ciudad, se vio obligado a ocultar -como tantas cosas que le venían de ella- para evitar bromas y burlas. Y quizá sin saberlo, y cabalmente por eso, amaba el recuerdo de esa comunidad.

El recuerdo aquel no era mucho. Ni siquiera había manera de expresarlo con palabras. Estaba asociado con sensaciones, sonidos, temperaturas, luces y sombras: el viento helado lamiendo los techos añosos coronados por un animalito tallado en piedra; la lumbre del fogón vacilante en la penumbra de una cocina tibia; el aroma de las chucas que ardían debajo de una olla donde hervían ocas y mellocos; el vaho de un amanecer en que él ayudaba a sus hermanos a capturar los catzos blancos que volaban a ras del suelo y a los que luego su madre despojaría, prolija, de alas, patas y antenas para asarlos en un tiesto de barro ennegrecido y de bordes rotos; el aullar agudo, alharaquiento de los perros cuando su padrino llegaba a compartir con ellos un venado o un conejo cazado en el monte; el rumor de un riachuelo asociado para siempre al repiqueteo del cincel de su padre sobre las piedras azuladas de la cantera; el estallido de voladores y el colorido de los danzantes en la fiesta en que a él lo vistieron de rey: todo ese conjunto de imágenes que se fundían y entremezclaban en un solo recuerdo indivisible que latía como un rescoldo recóndito en su corazón.

De ese pueblo inmemorial, alargado como una línea y aprisionado entre dos haciendas infinitas, emigró con su familia a la edad de seis años cuando a su padre lo contrataron como picapedrero de La Basílica, circunstancia que su madre aprovechó para acurrucarse en uno de los rincones de la enorme

construcción frente a un canasto repleto de cosas finas: fritada con achiote, chochos, mote con perejil y cebolla, tostado sin manteca, papas chauchas cocinadas con cascara; a veces habas y choclos y siempre el pozo de ají rojo, pungente, molido en piedra con todas sus pepas y nervaduras y capaz de sacarle lágrimas y toses al propio diablo.

Descontando las veces en que a alguien se le escapaba aquel «indio e'mierda» que lo descontrolaba y descontando, también, las periódicas vergüenzas y humillaciones de rigor, según sus cuentas, en la ciudad no le fue nada mal. Empezó como peón de La Basílica. Pero pronto -gracias a los oficios de un compañero de su padre en los juegos de pelota nacional- entró como aprendiz en un taller de autos cuyo dueño alegre y bonachón -que se pasaba los días murmurando amenazas que nunca cumplía-, aindiado y por coincidencia también venido de un pueblo perdido, fue el real modelo de su vida.

Gracias a él aprendió a leer en la escuela nocturna en la que estuvo tres años. Gracias a él, por supuesto, conoció los misteriosos secretos de los motores. Y sobre todo, gracias a él aprendió a ser fuerte y osado mediante el simple recurso de dejarse llevar por lo que su cuerpo le pidiera, por sus gustos más genuinos, sin renunciar jamás a ellos, porque según decía el viejo mecánico: «Sólo la cabeza engaña y el cuerpo jamás».

Fiel a su norma, gordo y sudoroso siempre, el viejo Cauca -así le llamaban-, hacía de su taller el sitio de festejos y desenfrenos. Allí reinaba una economía peculiar. Los operarios apenas recibían parte de su salario en efectivo y a veces nada. El resto iba por cuenta de las borracheras, orgías y comilonas de cada fin de semana en las que participaban hasta los aprendices muy chicos.

En este ambiente de duro trabajo y desbordantes festejos, el Maestro creció y desarrolló en los nueve más importantes años de su vida. Por fin, el viejo Cauca murió en su ley desbarrancándose borracho y con dos muchachas en un carro que le habían dejado para que le limpiara el carburador. Aquél fue el fin de una época. El taller del viejo Cauca se cerró para siempre. Y al Maestro -entonces conocido por su nombre de pila: Segundo Pilataxi, o como el «longo Pilataxi»- no le quedó más remedio que vagar de mecánica en mecánica comprobando siempre que una vida de trabajo y obediencia no vale la pena ser vivida. Le hacían falta la camaradería y los desates del viejo Cauca. Había aprendido, demasiado pronto, la libertad y la alegría del mundo. Y eso era algo a lo que ya no podría renunciar jamás sin volverse un desgraciado. La ciudad dura, la ciudad fría y cruel, se le reveló, pues, tardíamente. Hasta pensó en volverse a su tierra. Pero apenas fue un pensamiento. En lugar de ello se metió —por voluntad propia— de conscripto.

Los dos años que padeció en el cuartel fueron tiempo suficiente para que tomara una decisión irrevocable. La llevaría adelante costara lo que costara: tenía que encontrar la manera de instalarse una mecánica propia, un refugio propio, sin jefes estúpidos y ladrones.

Los cinco años siguientes a su salida del cuartel trabajó en no menos de veinte talleres. De cada uno de ellos se llevó o una gata, o un lote de destornilladores, o de llaves inglesas, o un santiago, o una lámpara para controlar el tiempo de encendido de los motores, herramientas que

guardaba en el cuarto que alquilaban sus padres en una casa de El Aguarico, a cuatro cuadras de la suya y seis de los billares de Don Nacho, que por entonces empezaba a frecuentar.

Una vez le robaron todo de ese cuarto, hasta la caja de metal en la que guardaba sus ahorros. Pero aquello no alteró sus planes. Continuó reuniendo herramientas y ahorrando dinero aunque con precauciones: instaló una enorme chapa de hierro en la puerta falseada y le dijo a su madre que le obsequiara a la casera (de tiempo en tiempo), una funda de cosas finas para que la vieja lechuza le diese (de cuando en cuando) una mirada a su puerta.

Por cierto que sus salidas de los talleres no fueron siempre voluntarias y oportunas. A veces le echaron malamente y en dos ocasiones le metieron preso sin que, por suerte, los enfurecidos mecánicos pudiesen comprobarle ninguno de los cargos que le hicieron.

Por fin llegó el gran día. En un patio de tierra de trescientos metros cuadrados y dos galpones al fondo con techo de zinc, comenzó a funcionar el taller de autos «Pilataxi-Suárez». Dos fueron los socios iniciales del Maestro: un antiguo compañero de los tiempos del viejo Cauca, por desgracia enfermo de los huesos, y un veterano enderezador muy hábil en la soldadura del aluminio y el antimonio y cuyo verdadero amor -según se veía por el poco tiempo que le dedicaba a su casa-era la azul, aguda, purísima llama de su soplete y la mancha fluctuante de los metales puestos al rojo vivo.

Fue su primer logro en la vida. Y habrían de pasar tres años antes de que emprendiera una nueva empresa que resultó no menos laboriosa que la de instalarse un taller independiente: la conquista y matrimonio con la Rosita.

Ocurrió así: a pesar de que los talleres marchaban bien, la vida íntima del Maestro continuaba siendo una calamidad: borracheras, peleas en los juegos de indor o de pelota nacional, hijos engendrados en mujeres distintas, mujeres de buena y mala fama que asomaban y se perdían como apariciones, y el dinero que apenas si alcanzaba para tanta diversión y compromiso. Y no sólo que no apoyaba a sus padres -ahora convertidos en cuidadores del taller-, como se había propuesto, sino que acudía a ellos para que le ayudaran con sus míseros ahorros.

Un día, su socio le contó que habían abierto una nueva fonda cerca del taller. Era pequeña pero servían unos tamales de mote que eran una delicia. Se llamaba El Rinconcito Lojano.

Allí la conoció. Era la hija de los dueños. Catorce años, mediana, robusta, sonrosada, el pelo amarillo, los ojos de un verde agua desvaído, la cara de muñeca feliz, la vasta piel blanco mate, uniforme y tersa en todas partes, en el cuello, en el nacimiento de los senos, en los brazos siempre desnudos, en las gruesas pantorrillas, era, al decir de quienes no la aceptaban bien, una auténtica gringa de pueblo, de esas que uno no sabe de dónde salieron, si de los atropellos de un patrón anónimo o de un capricho de la naturaleza, como los albinos. La Rosita, ante tales insinuaciones, se ruborizaba y decía que en su provincia -la distante Loja- hasta los campesinos como ella son blancos, ni más ni menos como lo eran sus padres y sus abuelos y que de eso nadie tenía la culpa sino el mismo Dios que lo ordenó así.

La Rosita respiraba sensualidad por cada uno de sus poros. Se bañaba todos los días en agua fría a las seis de la mañana más que por un hábito de higiene para aplacar los calores internos que no le dejaban dormir. En las tinieblas del Rinconcito Lojano resplandecía como un sol. Al mediodía estaba nuevamente acalorada. Las mejillas rojas. La piel humedecida, las minúsculas gotitas de sudor brillándole en las escasas espirales doradas de las axilas.

Un adolescente flacucho y ojeroso -estudiante del colegio Mejía la visitaba. Tal vez tenía su misma edad. La cara llena de granos, la voz como pasada a través de un canuto de carrizo, iba a verla a la salida de la academia de secretariado a la que la Rosita asistía, o le ayudaba a hacer sus deberes, o -cuando lograba fugarse del colegio-, le llevaba los canastos que ella traía del mercado.

Aparte del chico ojeroso del Mejía, que era el más asiduo, había también otros muchachos que la buscaban o le daban serenos. Los padres de la Rosita, menudos, mansos, ocupados en atender la clientela del Rinconcito Lojano, toleraban a regañadientes tantas efusiones. La Rosita, por su parte, se dejaba cortejar y desear sin decidirse por nadie y como pendiente siempre de sus estudios o de la parte que le tocaba hacer en el trabajo del salón.

Entonces llegó el Maestro. Verla y quererla -como le dijo a su socio- fue todo uno. Igual debió pasarle al estudiante del Mejía que ahora -según lo supo después-, le componía versos. Pero el Maestro no era un romántico. Una lánguida pasión le hubiera resultado tan inconcebible como un motor alimentado con agua de colonia. La quería en su carne, en su piel, en su blancura cremosa y tierna. La quería desde su sexo urgente y tenso.

-Yo me levanto a esta guagua -le dijo a su socio una semana después de que empezaron a almorzar en el Rinconcito Lojano.

El socio trató de hacerle ver las dificultades. El Maestro la doblaba en edad. Además, además (no atinaba a dar con las palabras justas) ella era tan rubia y él tan, como digamos, tan moreno, tan...

-Tan indio -le completó el Maestro con una voz cavernosa al tiempo que desde lo más profundo de su corazón le deseaba a su colega que lo que tenía en el cuerpo fuese un mal que terminara por devorarlo entero.

Fue el reto necesario. A partir de aquel día los pensamientos del Maestro tomaron una sola dirección. Tenía que aprovecharse de la Rosita en cuanto le fuera posible. No sabía cómo empezar a abordarla. Pero estaba seguro de que lo lograría. La primera aproximación fue un fracaso. Apenas un calor de piel contra piel en el momento en que la Rosita dejaba los cubiertos sobre el marroquí de la mesa. Pero el roce del anverso de la ruda mano del Maestro sobre la dorada pelusa de su antebrazo le disgustó. Una enérgica ráfaga roja le atravesó el rostro que giró en un mohín esquivo.

-Perdón -se disculpó el Maestro.

La segunda aproximación no tuvo mejor fortuna. Él había ido a esperarla a la salida de la academia de secretariado en un Ford modelo 28, que empezaba a usar como suyo, pues el cliente que lo dejó en su taller no volvió más. Cuando se ofreció a llevarla, la Rosita lo ignoró y prefirió irse a

su casa en bus acompañada de su estudiante. Diez minutos después, el Maestro le dijo a su socio en cuanto lo encontró:

-Me voy a casar con ella.

-Pero si es una pollita -contestó él.

-Eso no tiene nada que ver -repuso el Maestro sin inmutarse.

Cuando la Rosita llegó a la fonda se sobresaltó al descubrirlo, sentado como siempre en una de las mesas, acompañado de su amigo, esperando el almuerzo. Procuró no verlo para no tener que enfrentar esa mirada tan distinta de aquel furtivo, candoroso, desmayado reflejo un poco perruno que espejeaba en las pupilas de su estudiante; tan distinta de la picardía de los ojos de sus otros amigos; esa mirada sucia, lasciva, lerda del Maestro que la envolvía como una baba pertinaz.

Pronto descubrió el Maestro los poderes de aquella inconsciente, espontánea manera de alcanzarla, más bien sentida por él como un viaje profundo hacia la perdición y el ensueño. Perturbada desde lo incomprensible, la Rosita volvía cada tanto, el rostro indefenso en espera de la cálida lamida de ese animal salvaje y acezante que desde la penumbra de su cubil acechaba para matarla.

Y exactamente así, como un animal paciente, el Maestro aguardó a que pasaran los meses.

Sin embargo, la única respuesta que obtuvo fue ésa: un ir y venir de ojos que igual podían ser ávidos o empavorecidos. En cuanto él intentaba un acercamiento efectivo, la Rosita huía.

Una mañana, mientras compraba unos repuestos, la vio pasar por la calle con los brazos cruzados sobre el pecho, sosteniendo sus cuadernos. Sin esperar a que le despachasen la compra, salió del almacén, le dio alcance y la tomó con suavidad del brazo.

-¡Bruto, suélteme! -le dijo y se alejó roja de ira.

Otro día al verlo venir se cambió de acera.

Y siempre así.

Pero en la fonda, su rostro tornaba hacia él, una y otra vez, inevitablemente.

Por fin llegó el tiempo del carnaval. En el barrio y sus alrededores y más allá de él, en la ciudad entera, se libraba una auténtica guerra civil, un poco violenta, un poco lujuriante. Chorreados de agua, empapados hasta el alma en el intempestivo calor de esos días, jóvenes eufóricos, niños gritones, viejos desdentados y temblorosos, divididos en bandas enemigas, corrían por las calles, se atrincheraban en los zaguanes, sitiaban algunas casas, lanzaban sus bombas o sus baldes llenos de remolinos de agua que estallaban en el aire como cascadas de diminutos soles que caían sobre los desprevenidos arrancándoles primero alaridos de pavor y luego un sinfín de carcajadas y promesas de venganza.

El domingo de carnaval, a las dos de la tarde, con un sol que se incendiaba en lo alto de un cielo pálido, parada en la puerta aledaña al Rinconcito Lojano, la Rosita lanzaba a sus amigas chorritos de agua de rosas con un chisguete plástico. Su vestido blanco, medio mojado, viaje profundo hacia la

perdición y el ensueño. Perturbada desde lo ceñido y casi transparente en las manchas húmedas, mostraba a través de la inocencia de pliegues y costuras, cada tanto, turgencias y redondeces que nadie podía negarse a admirar.

De pronto, como piratas bajados de un barco que nadie vio, el Maestro y unos cuantos vecinos de la parte alta del barrio -seguidos por una multitud de chiquillos enardecidos-, cayeron sobre la Rosita y sus amigas y se las llevaron con dirección a las lavanderías de La Ermita. Y ahí las bañaron enteras, en los tanques de cemento.

La furia inicial de la Rosita pronto se trocó en súplica y nuevamente en furia y otra vez en súplica sin que esa fuerza descomunal que la levantaba en vilo y la zarandeaba y le aprisionaba el cuerpo tomándola sin misericordia por lugares que ninguna mano varonil había rozado jamás, se conmoviera y la soltara y la sacara del agua y por lo menos le permitiera abrocharse la blusa que se le había abierto o acomodarse la falda que se le había subido, o de una vez por todas, se animara a dejarla huir, huir, refugiarse en lo más recóndito de su casa, pero de su casa de Loja, allá donde sus abuelos, en el fin del mundo, para no sentir -según lo confesaría años después al Maestro-, esa otra fuerza interior que empezaba a vapulearla con no menos violencia, abriéndole en el vientre una desazón, un vacío incontrolable que para su culpa y su desgracia y su rabia ahora vuelta contra ella misma, clamaba porque esas manos oscuras y rudas la exploraran aún más, y esos brazos oscuros y musculosos la estrecharan aún más y ese cuerpo oscuro y endurecido terminara por invadirla entera, justamente así, con su vehemencia animal y salvaje.

Como desde muy lejos oyó la voz del Maestro que le decía quemándole el oído:

—La soltaré cuando me jure que va a ser mi amiga.

-Le juro, le juro -suplicó la Rosita y sólo entonces pareció darse cuenta de la batalla campal que se libraba en las lavanderías con medio barrio reunido allí, con sus amigos y amigas chillando y riendo como locos, exceptuando quizá su estudiante del Mejía que como tragado por su propia sombra, silencioso y ensimismado, lanzaba contra el Maestro, desmayados baldes de agua.

El lunes y el martes de carnaval, con muy pocas variantes, se repitieron los mismos acontecimientos. Y el miércoles de ceniza, a eso de las nueve de la mañana, cuando la Rosita partía a recibir sus tres horas diarias de clase, apareció el Maestro y se ofreció a llevarla. La Rosita aceptó. No fueron a la academia, por supuesto. Aunque al Maestro le costó mucho convencerla de su plan: darían una vuelta por el otro extremo de la ciudad (en sentido diagonal se entiende) y le enseñaría el Camino Escénico que ella no conocía y mirarían desde lo alto el pueblo de Guápulo y el valle.

Y así pasó lo que tenía que pasar. En un mirador del Camino

Escénico, el Maestro detuvo su Ford 28 y le puso piedras delante de las ruedas para que no se deslizara por la pendiente. Luego bajaron por una estrecha escalinata de piedra y se sentaron a contemplar el paisaje.

No muy arriba del difuso perfil de las montañas oscuras, recortadas unas sobre otras, un sol oblicuo flotaba en la calígine de la mañana iluminando el

valle azulado con violentos haces que se abrían paso por entre las nubes incandescentes.

Había, en lo inmediato, muchas más cosas que esa vastedad de vértigo. Había un flaco perro histérico que les ladraba desesperado. Una casita asomada a la ladera. Un olor de eucaliptos. Un olor de cuerpos. Un olor a menta. Un rincón con chucas y mortiños. Una loma erizada de retoños. Un gallinazo lejano volando muy alto en círculos. Un quilico que se detuvo en el aire antes de precipitarse entre los árboles de la ladera. Un animalito destrozado que gimió en la maleza. Una alargada lagartija que estiró su cabeza triangular como buscando aire y se hundió después en la hierba húmeda.

A partir de ese día los paseos por los arrabales se volvieron frecuentes. La Rosita descuidó sus estudios y el Maestro, a pesar de los reclamos de su socio, olvidó por las mañanas su taller de autos. El Panecillo, la Cima de la Libertad, el Itchimbía, y cuanta loma o pendiente aledaña a la ciudad existiese, les dejaron en sus ropas revueltas, ramitas, hierbas, trocitos de tierra difíciles de limpiar.

Una mañana él fue a esperarla en la esquina de costumbre. Pero la Rosita no apareció. La esperó durante cuatro horas pensando en catástrofes, accidentes terroríficos y enfermedades incurables. A la hora del almuerzo, en la puerta de la fonda, su socio fue el encargado de preguntarles a los padres de la Rosita -antes no había cruzado con ellos ni un par de palabras-, la razón de la súbita ausencia de su hija. El padre los miró sórdido:

-Ya no está en la ciudad -dijo.

Detrás de él, custodiándolo, la madre, envuelta en sus ropas grises, murmuró:

-Ahora está bien lejos de tanto indio depravado que abunda por aquí.

El Maestro, sin importarle las indirectas, no pudo reprimir la pregunta:

-¿Y dónde la llevaron, dónde?

Pero el par de viejos (viejos prematuros según la edad que les calculaba la Rosita), se sumieron en sus tareas y no volvieron a decir palabra.

Fue cuando al Maestro le sobrevino como un estallido brutal, la idea de lo estúpido que fue al no tomar en cuenta el nombre del remoto pueblo de la provincia de Loja en donde aún vivían los abuelos de la Rosita; nombre que ella le dijera mezclándolo con los otros nombres del sinnúmero de pueblos por los que había peregrinado con su familia antes de instalarse definitivamente en Quito. Era una palabra que le bailaba en la mente, en la garganta, en la punta de la lengua, como una pareja de gerundios guturales que en el momento mismo de atraparlos se le escapaban digamos como los gagones -los diablillos perversos de las tierras lojanas-, y que sólo mucho más tarde consentían en dejarse entrever. Y por más esfuerzos que hacía no lograba recordar el nombre aquel. Y fueron, desde luego, inútiles las pesquisas que emprendió con amigos y conocidos de los dueños del Rinconcito Lojano, y también con algunos inmigrantes venidos de esos lados. Tal parecía que ese nombre no existiera. Ni los viejos de la fonda lo iban a decir jamás, ni había nadie que pronunciara una palabra semejante en algo a aquella que le dijera la Rosita.

En tales aprietos y diciéndole a su socio que al regreso repondría todas las horas perdidas -trabajando sábados y domingos, días de fiesta y noches enteras-, el Maestro tomó en la plazoleta del Cumandá un destartalado bus que a través de un infinito paisaje de montes, valles, riscos, abismos y páramos, le llevó a esa tierra desconocida en la que vagó durante tres meses enteros, llegando a pueblos y caseríos miserables, a veces a lomo de muía, a veces a pie, y cuando había suerte en camiones inverosímiles de lo viejos, preguntando aquí y allá, hospedándose en cualquier parte, vagando sin término por aquel suelo yermo y montañoso en donde toda la gente parecía en trance de marcharse, hasta cuando en vísperas de abandonarlo todo, cerca de un caserío, se encontró ya casi sin sorpresa por lo larga que resultó su búsqueda, con la Rosita que venía por un camino polvoriento detrás de una manada de chivos y borregos.

Debió ser el cansancio: tal como si nada hubiese pasado, y como retomando una conversación no interrumpida tres meses atrás, el Maestro le preguntó a la Rosita que lo miraba incrédula:

-¿Y cómo se llama este pueblo?

-Sosoranga -contestó la Rosita, y se echó a llorar contra su pecho.

Dejaron que los borregos siguieran su camino solos y fueron a la ciudad de Loja en donde tomaron el primer bus de regreso.

El hecho de que la Rosita fuera a vivir directamente a la casa de su desaforado amante le valió a éste una orden de captura por corrupción de menores. Sin embargo, las súplicas, las amenazas de suicidio, los llantos de la Rosita, lograron que sus padres se conmovieran y revocaran la denuncia a cambio de que el Maestro se casara con ella con todas las de ley, condición que, por supuesto, fue cumplida de inmediato.

Valió la pena tanto avatar. Si como decía el difunto viejo Cauca, una vida humana era algo que debía inventarse, construirse y perfeccionarse como una máquina hasta que funcione como es debido (aunque a veces, lo impredecible la dañara), pues había que admitir que la vida del Maestro estaba funcionando bien. Faltaban muchos detalles, claro, pero con el tiempo conseguiría completarlos. En todo caso, la parte correspondiente a la Rosita fue una lotería.

Empezando por sus dones naturales: unos senos grandes con minúsculos pezones rosados, unas nalgas bien redondeadas, unos muslos gruesos, y antes que nada, bajo la niebla de oro, sus delicadezas íntimas, la fina rosa sonrosada, elástica y sabia, responsable para siempre de la fidelidad a toda prueba del Maestro.

El perfecto mecanismo -Rosita funcionaba así: líquida, muy líquida, su cuerpo se desarticulaba fácilmente como el de una contorsionista y cuando empezaba a gozar lanzaba unos chillidos, como si la estuvieran matando, que eran por sí solos un contento y una fiesta.

El Maestro la mataba religiosamente todos los amaneceres y para evitar que sus hijos se despertaran con tanto alboroto se fabricó él mismo una gruesa puerta revestida de corcho.

A este tipo de dichas había que añadir las habilidades de cocinera de la Rosita, que en calidad de ayudante de su madre -mientras recorrieron el

país en busca de un lugar en donde asentarse-, aprendió mil platos distintos, cada uno con sus condimentos y acompañantes propios.

Por eso, muchas veces, cuando regresaba de su taller al mediodía y atraído por el alegre crepitar de la manteca o el profundo aroma del culantro, se llegaba a la cocina y contemplaba a la Rosita friendo empanadas de viento que se inflaban como globos gracias a su condumio de queso y cebollas, o cocinando un caldo de patas, o cualquiera de los cien locros, o un ajiaco, o un ají de uñas, o un ají de cuy, o un seco de chivo o un chupé de pescado, un viche, un cebiche; o envolviendo tamales, quimbolitos, humitas, ayacas y demás, el Maestro no podía evitar el quedarse quieto, medio hipnotizado, y diciéndose con un asombro súbito: «Pero si soy feliz, pero si soy un cojudo feliz».

Sin embargo, en la madrugada del 27 de noviembre, el Maestro no era un hombre feliz. Su corazón bullía de dudas. En ese par de largas horas había recapitulado su vida y las cosas buenas logradas en ella. No, no era miedo, simple miedo, miedo de arriesgar o perder aquello que había conquistado; también latía en él la desazón de no entenderse, de no gobernarse, de poseer ese carácter suyo a ratos contradictorio, a ratos impredecible que sin saber por qué le obligaba, de tiempo en tiempo, a hacer lo no que quería hacer, o a cumplir más allá de cualquier razón, y con una obediencia ciega, mandatos anónimos, inciertos, subterráneos, que le llegaban desde lo más hondo del alma, como este que ahora le conminaba a sumarse a sus compañeros en ese asalto que si salía mal sería la catástrofe, y si salía bien confundiría de tal modo su vida con un amasijo de nuevas emociones, sensaciones, placeres y aventuras, que acabarían por volverla irreconocible, cuando en el fondo de los fondos no ansiaba ningún cambio radical para ella.

Ocasiones había en las que lograba entrever ese soterrado impulso que le obligaba a actuar en contra de lo que él llamaba su «buena índole». Era cuando alguien, con una palabra, con un hecho, le abría la vieja herida, ese fondo secreto ávido de humillaciones imperdonables. Entonces -según sus propias palabras- «le salía el indio» y se volvía torvo y rencoroso y su espíritu afable por principio se impregnaba de un humo negro y pestilente del que sólo conseguía librarse «vengándose»; vengándose mediante acciones premeditadas y alevosas como la vez aquella en que dejó una llave de tuercas dentro del motor del auto de un pintiparado que lo trató como si fuese uno de sus sirvientes, con la intención de que bielas y piñones la destrocen y se destrocen con ella; o la vez que rompió las vitrinas de un comerciante que lo estafó vendiéndole herramientas de mala calidad; o la vez que incendió la moto de uno que empezó a rondarla a la Rosita; o las tantas veces que en nombre de muy lejanas ofensas impersonales y difíciles de recordar, acompañaba a sus amigos en sus robos sirviéndoles de campana. En fin. Venganzas de ese tipo al cabo de las cuales el equilibrio del mundo se restablecía y la vida volvía a ser una mullida forma, generosa y buena, que se dejaba gozar como una fruta jugosa e interminable.

Pero ahora era distinto. Participar en el asalto era otra cosa. De por medio estaba la eventualidad de la muerte. La eventualidad del límite. Del muro infranqueable. De la odiada y -como dijo el Turco algún día-, asquerosa forma de la muerte.

Ahora tendría que vérselas con guardianes armados hasta los dientes y dispuestos a defender como perros su banco (aunque el Doc les asegurase lo contrario). Y quién sabe si habría de disparar contra alguno de ellos. O recibir un disparo.

Partió para el taller muy temprano. Una hora después, la Rosita muy preocupada fue donde una vecina, sabia en los asuntos de los hombres, a contarle que su adorado Segundo estaba muy, muy extraño. No le había hecho el amor y, por si fuera poco, le encontró parado frente al espejo del baño, mirándose absorto y preguntándose tonterías como aquella de que si dos más dos son tres.

EL TURCO ANTONIO

El domingo 30 de noviembre, sentado en una banca del parque de La Alameda y luego de salir de la peluquería en la que dejó sus pelos y sus barbas, el Turco esperaba la llegada del Gavilán que vendría a llevarlo, a las diez en punto de la mañana, a la quinta arrendada por el Doc en las cercanías de Tumbaco. Allí habría de permanecer en cuarentena hasta el viernes 5 de diciembre. Su nueva apariencia le incomodaba. Extrañaba el poncho viejo y deshilachado y las sandalias. Extrañaba la melena y las barbas. Los zapatos de duro cuero ruso le apretaban los pies. Un frío pernicioso se le escurría por la nuca y el cuello.

En el espejo de la peluquería casi no reconoció al esqueleto cetrino, disfrazado con una chompa de lienzo y una camisa de cuello puntiagudo, que remedaba sus gestos.

Pero, además, su estado de ánimo le era tan extraño como su aspecto. Aquella paz espiritual, aquel quemeimportismo no eran suyos.

No le pertenecían. A él: el nervioso, el angustiado. A menos que...

Desdeñoso miraba la calle. O el parque. ¿Cuántas veces habría paseado por él? Entre palmeras y plantanes se alzaba el Observatorio Astronómico como un pequeño castillo encantado. Y más allá, la laguna. Nunca había entrado al Observatorio. Nunca había remado en la laguna. Ahora los contemplaba como despidiéndose de ellos.

Por la avenida Colombia pasó una camioneta con banderas listadas en azul y rojo.

La euforia de las fiestas se instalaba en la ciudad. Pregones municipales. Desfiles de reinas que reían o lloraban de emoción, según los casos. Propagandas escandalosas de «la mejor feria de América» (que presentaba toreros de la talla de Palomo Linares, Ángel Teruel y Niño de la Capea y treinta y ocho toros españoles). Mingas de la quiteñidad. Campeonatos de la quiteñidad. Bailes de la quiteñidad. «¡Viva Quito!», decían los letreros de tela templados en todas las esquinas. Por si fuese poco, a este revuelo había

que agregar los fervores de la campaña electoral de los candidatos a concejales, que entraba en su última semana, y agregar también otro bullicio: el de las próximas navidades que ya empezaban a anunciarse en las calles con ventas de tarjetas y guirnaldas y, desde luego, con los primeros nacimientos, arbolitos, papanoeles y lazos rojos que adornaban los televisores, refrigeradoras, automóviles, expuestos en las vitrinas de los almacenes.

En tal ambiente, ¿quién iba a sospechar lo que él y sus amigos estaban tramando? ¿Quién iba a imaginarse que en su maleta de mano llevaba el terno negro, la camisa de cuello y la corbata que usaría en el asalto? ¿Quién iba a recelar de ese cholito flaco y ojeroso que espiaba la calle en espera del compinche que habría de llevarlo a una quinta en donde aguardaba, entre otras cosas, el arma que un moreno esmeraldeño le había enseñado a manejar correctamente?

El Doc no se había equivocado. La temporada era ideal. Aun si anunciaran el asalto por parlantes, nadie querría escucharlos.

Por lo demás, durante el último mes, todo había sido tan ensayado, medido y previsto, hasta en los detalles insignificantes, que las probabilidades de éxito eran muy grandes.

Cualquier asaltante, consciente de ese cuadro, experimentaría la excitación, la premura, acaso la alegría. Y como un contrabando paralelo y lógico, el miedo. O la zozobra.

Pero jamás la apatía.

A menos que, de pronto...

Un zumbido lejano reverberó en el aire. El Turco volvió la mirada. Esperó un momento. Una moto veloz se acercaba. Venía desde el norte. Al llegar al parque, disminuyó la marcha. Y el zumbido se volvió un ronroneo grave e irregular. Era el Gavilán. Como un caballo encabritado la moto saltó a la acera. Y se detuvo. El Gavilán curvó una rueda y sin bajarse empezó a buscarlo. No lo descubrió. Entonces el Turco se levantó de la banca de piedra y fue hacia la Honda.

-Soy yo -dijo.

-¿Vos?

El Turco asintió con la cabeza. -Nadie hubiera pensado que fueses así. Sube La Honda atravesó el parque. Luego enfiló hacia el norte, y dobló por el partidero a Tumbaco. Rebasando a todos los carros que encontró a su paso, bajó por la autopista. Luego se desvió por un camino de piedra. Después por uno de tierra en el que los arroyuelos de la lluvia invernal habían dejado sus marcas. Avanzó entre tapiales, pencos, lecheros. Y se paró frente a una reja oxidada. El Gavilán unió los dos alambres que colgaban del muro. Al cabo de un rato, por el callejón adoquinado que bordeaba lo que alguna vez debió ser un hermoso parque de magnolias, acacias, sauces llorones, apareció un moreno enorme con aspecto de boxeador que les sonrió al verlos.

-¿Qué tal, Kid? -dijo el Gavilán.

-Bien, patrón -repuso el moreno. Y quitó el candado de la reja.

Entraron en la moto. Dieron un rodeo al parque ganado por los matorrales y el musgo. Al fondo, estaba la gran casa desvencijada, con el tejado cubierto de líquenes y a punto de hundirse. Algunas ventanas no tenían vidrios. Las paredes desvaídas mostraban los restos de antiguos frescos y cenefas. A un lado de la casa estaba el Toyota ahora pintado de azul y detrás de él, la Suzuki que manejaría el Patojo. Sentado al borde de una pileta de cemento reventada por los quicuyos, el otro moreno -Beto, se llamaba- hacía destajes con su navaja en una estaca. Los saludó con un ademán.

El Gavilán aseguró el soporte de la Honda y fue hacia él. El Kid no tardó en juntárseles.

Desde el portal de la casa, el Turco cargado de su maleta, los miró adentrarse en una charla animada en la cual el Gavilán, que había asumido el papel de jefe militar del grupo, explicaba con amplias gesticulaciones, alguno de los detalles de la operación.

Conforme al plan del Doc, el Gavilán no volvería sino hasta la noche del 4, acompañado del Patojo, a pernoctar allí y a repasar con ellos cada una de las secuencias del asalto.

Era, pues, el momento justo para acercarse al Gavilán y ayudarle a pescar alguna eventualidad no calculada, algún dato no aclarado por el Doc.

Cualquier asaltante convencido de sus razones hubiese procedido así.

A menos que.

A menos que, de pronto, todo aquello hubiese perdido sentido de un golpe.

O encontrado otro, acaso el verdadero y profundo.

Porque, después de todo, ese plan elaborado y minucioso no contemplaba sino de una manera precaria, el poder del azar.

Si un ejército fuera a tomarse el banco, ese factor no sería importante.

Pero ellos no eran un ejército, sino un grupo pequeño, estricto.

El azar en esas condiciones podía ser el todo o la nada. El Gavilán y los morenos, así como también los otros, apostaban al todo, eso se veía bien. El, en cambio.

Porque era curioso, muy curioso lo que acontecía en su interior. Ese marasmo. Esa inercia. Era como haber arribado al término de una ilusión. Porque, quizá por detrás de la engañosa forma de la buena fortuna, por detrás de la engañosa forma de una mujer que se le había escapado siempre, él pudo haber estado buscando, sin saberlo, otra cosa muy distinta. Otra cosa muy distinta.

Lunes, primero de diciembre. Son las dos y cuarenta y cinco minutos de la madrugada. No necesito de ningún reloj para saberlo. El remoto zumbido del avión que en este instante vuela sobre la ciudad, me lo indica. Nunca he conseguido verlo. Ni siquiera en las noches muy despejadas. Pasa muy alto. Sólo su ruido lo anuncia. Lejano. Casi imperceptible. Un rumor intermitente que dura unos segundos. Y se pierde.

En algún lado suenan los compases de *Balcón Quiteño.* La luna menguante asoma por entre las cortinas mal cerradas. Hace mucho frío. El amor viene y va, he dicho. El amor ha vuelto. Tengo a Cecilia acurrucada contra mi cuerpo. Permanezco boca arriba. Con un brazo bajo su cabeza que está en mi pecho. Duerme como una niña. Procuro no moverme para no despertarla. Me abraza. En su sueño debe sentirme muy suyo. Y no se equivoca.

Pero su quietud no es la mía.

Mi cerebro es un torbellino de imágenes rápidas. Giran y giran. Simultáneamente. Siento así que el tiempo transcurre de otro modo. Que no avanza. Que no se desplaza conforme a la cronología parca de los relojes, sino que se revuelve sobre sí mismo. Sobre su propio centro infinitesimal. Mi conciencia lo percibe de esa manera, como su reflejo, como la medida del movimiento de ella y no del mundo. El *tiempo de la ansiedad* es eso: existencia pura, energía pura, la máxima concentración de nuestro ser en un orden, el de los relojes, que nos atrapa y nos niega a la vez. Me explico: hoy, primero de diciembre, a las dos y cuarenta y cinco de la madrugada, figuro mi vida y lo que la constituye, mujer, hijo, casa, ciudad, presente, pasado y futuro, como un objeto contundente y apretado, compacto y quieto. Pues bien: quisiera trasladar de un golpe a este objeto, cinco días después. Después de. Liberarlo de la tensión que lo combustiona. De la intensidad que quiere consumirlo.

Este vértigo tiene su propia memoria. De pronto estoy en un oratorio, frente a una imagen del Niño de Praga, esperando el milagro que salve la vida de la abuela. Salto a otro recuerdo: Pedrito tiene dos años. Le han practicado la biopsia de una extraña ulceración que tiene en el cuello. Los resultados no estarán listos sino en tres días. Salto a otro recuerdo: son las cuatro de la tarde de un sábado sombrío. En virtud del rito inconsciente que cumplen los amantes que se han buscado una pasión *para que sea imposible,* y la rompen luego, en su momento más alto (no saben que lo es), para que no deje de ser, *para que haya sido* una pasión (parece que un sicoanalista explica este embrollo), decido cortar mis relaciones con la muchacha del banco. No puedo decírselo antes del lunes por la mañana.

Salto a otro recuerdo: tengo 22 años y trabajo en el despacho de mi hermano mayor. Miro los legajos y carpetas que se amontonan en los escritorios. En la radio han pasado la noticia del apresamiento de un ex compañero del grupo político que abandoné tiempo atrás. Lo acusan de haber dado muerte a un guardia. Convulsionado por una atroz pesadumbre, sintiendo a la par horror por su destino y asco por el mío, simbolizado por una carrera que detesto, y que sólo servirá -si la termino- para acomodarme a un mundo en el que no creo, aguardo el próximo noticiero de la radio. Salto a otro recuerdo: he cumplido los treinta años. Un tonto colega del banco me ha calificado de «correcto esposo, correcto padre de familia y empleado ejemplar». La fiesta preparada por Cecilia ha terminado. Todos se han ido. ¿Por qué no viene el sueño? ¿Por qué?

Oigo los compases de *Balcón Quiteño.* La luna menguante asoma por entre las cortinas mal cerradas. Cecilia duerme acurrucada contra mi cuerpo. El avión de las dos y cuarenta y cinco acaba de pasar. Vuela muy arriba. Nunca lo he visto. Ahora es el asalto lo que se apodera de mi mente. No me sorprende «verlo» así, ya no como la borrosa historia no-escrita de un lobo insomne, sino como ha de ser, como tiene que ser.

Sus complicaciones no son gratuitas. El empleo de las motos es indispensable para asegurar la huida de ellos por esas calles estrechas y de un solo sentido de circulación que son las calles aledañas al banco. Igual ocurre con los desplazamientos de la furgoneta y el automóvil. Sirven para cortar posibles pistas. Quizá pude simplificar la operación. Es una duda. De todos modos ya es tarde para pensar en cambios de importancia. No sé a cuento de qué vienen estas explicaciones. Tal vez sea porque las he repetido tantas veces a ellos. Aunque nunca me las pidieron. Basta. Las imágenes se agolpan en mi interior. Todo ocurre así: el Patojo sale de Tumbaco en la Suzuki con el Negro Beto como pasajero. Cruza la ciudad. Beto se apea unas cuadras antes de la mecánica del Maestro y las salva a pie. El Patojo espera, consulta su reloj y se dirige a las inmediaciones del banco. Hay un portafolio en su moto. Lo confundirán con un mensajero. El Gavilán y el Turco, abandonan Tumbaco. Ruedan en la Honda hacia el banco. Visten ternos y corbatas. El Gavilán lleva además, anteojos de cristal simple. El Maestro y el Negro Beto sacan la furgoneta de la mecánica. Ahora es de color café. Beto la maneja. En su interior el Maestro cambia su overol por terno, corbata y sombrero arriscado. Beto lo acerca al banco y luego se traslada solo a la callecita del Itchimbía. Espera allí. El Negro Kid lleva el Toyota azul a la calle Jiménez. Aguarda. El Gavilán y el Turco estacionan la Honda y entran al banco. El Patojo se estaciona detrás de la Honda y la vigila. El Turco, con su maleta, va hacia una de las mesas cercanas a la puerta esquinera del *hall* y escribe en una hoja para depósitos. El Gavilán, con su portafolio, se dirige a la oficina del cajero, aledaña a la bóveda. A unos metros, le sigue el Maestro. El Gavilán amenaza al cajero con su pistola. El banco ha dispuesto que, en un caso así, el cajero obedezca lo que los asaltantes ordenen. Total, hay un seguro que cubre los atracos. El Maestro se encarga de inmovilizar a quien o quienes están en la oficina del cajero. Si las alarmas suenan, el Maestro corre hacia la puerta principal y el plan se adelanta un paso. Si no suenan, el Gavilán y el cajero entran a la bóveda. La gran puerta de acero suizo permanece abierta durante la mañana. El cajero sólo tiene que abrir las dos rejas interiores. Las abre. El Gavilán saca de su portafolio una de las dos fundas de seda sintética. El cajero se encarga de llenarla. El Gavilán le advierte que se quede allí, que hay una bomba en el banco, que se quede quieto allí. El Gavilán sale hacia la derecha. Entrega la funda llena al Maestro quien, al consabido grito de «¡Todos al suelo, esto es un asalto!» corre hacia la puerta principal. En ella se detiene con su pistola al aire. Entonces el Turco muestra su arma y toma control de la puerta esquinera. Los guardias no hacen nada, ni pueden hacerlo. Tienen orden de no disparar ni ofrecer resistencia. El Gavilán, con la segunda funda, salta a la parte interior de las ventanillas y reúne lo que puede del dinero disponible en ellas.

Cubierto por el Maestro y el Turco, sale hacia la calle. Las motos huyen en sentidos opuestos. En una, van el Patojo y el Turco. En la otra, el Gavilán y el Maestro. En un recodo de la calle Ríos, el Maestro desciende de la moto. Luego de guardar saco, sombrero y gafas en una bolsa plástica que

abandona en un basural de esa calle, se encamina hacia su casa. El Patojo se llega al Itchimbía. En ese recoveco de terrenos abandonados, nadie verá al Turco transportar la funda del asalto a la furgoneta y entrar en ella. Y si alguien lo ve, no importa. El Patojo da un rodeo y estaciona la moto -sin quitarle la llave- cerca del colegio Don Bosco y se marcha. En el barrio de La Tola, alguien se encargará de robarse la moto en cuestión de minutos. A unas cuantas cuadras de allí, y con el mismo propósito, el Gavilán abandona la Honda y salva la corta escalinata, al término de la cual está la furgoneta lista para recogerlo. En su interior, ayudado por el Turco, llena la caja de madera con el contenido de las fundas. Ambos se despojan luego de sus ternos oscuros y se visten con la ropa deportiva dispuesta ahí mientras Beto conduce la furgoneta a cierta velocidad hacia la calle Jiménez. El Gavilán y el Turco descargan la caja de madera que calza bien en el doble fondo del portaequipaje del Toyota azul. El Toyota conducido por el Kid, parte hacia Tumbaco con el Turco y el Gavilán. La furgoneta, limpia de huellas comprometedoras, es abandonada por Beto en uno de los desvíos del camino a Nayón. Toda la fuga ocurre en unos minutos, mientras media ciudad, con el presidente de la República a la cabeza, asiste al Desfile de la Confraternidad de la avenida de los Shyris, y la otra mitad está pendiente de las corridas de toros que van a empezar. Cuando el banco cierre de prisa sus puertas y despache a los empleados que no tienen que ver directamente con el dinero de la bóveda y las ventanillas, Sergio, que ha seguido de memoria la operación desde su escritorio, tomará un taxi que lo llevará hasta las inmediaciones de la quinta de Tumbaco. Poco tiempo más tarde, con el viejo prestamista ya presente, se iniciará el reparto.

Oigo los últimos compases de *Balcón Quiteño.* La luna menguante asoma por entre las cortinas mal cerradas. Hace mucho frío. Cecilia me abraza. Yo no paro de pensar. Pienso en el adolescente rebelde que fui antes de que la mesura apareciera en mi vida. En el adolescente gregario que hubiese querido asaltar con un ejército no uno, sino todos los bancos a un tiempo: asaltar El Banco. Pero aquel adolescente ha muerto. Y ahora Sergio es sólo un individuo, gastado y solo como todo individuo. Y El Banco es sólo un banco.

EL PATOJO GONZALO

M artes 2 de diciembre. Las seis y media de la mañana. Un sol violento entraba por la ventana sin cortinas. Mientras en el radio puesto a todo volumen, un locutor decía maravillas de las corridas de toros del domingo y el lunes, el Patojo, con los ojos detenidos en el calendario pegado en la pared, soñaba un carrusel de sueños recurrentes: su enorme casa, sus recitales, sus viajes, la cantidad de mujeres que le asediarían y sufrirían por él en cuanto fuera rico y famoso.

Entonces su madre golpeó la puerta de la habitación.

-Hijo.

-Sí, mamá. Buenos días.

-Tengo unos recados para vos.

El Patojo bajó el volumen del radio.

-Diga nomás, mamá.

-Te vinieron a buscar.

-¿Y quiénes eran? -preguntó, pensando en que su madre siempre acudía a los circunloquios cuando tenía que darle una mala noticia,

-Los del Comité quieren que participes en el programa del barrio.

-Ya les dije que no puedo. Tengo otros compromisos ese día.

-También el vecino quería hablarte. Te esperó hasta las diez, anoche. Dijo que le prepares para mañana un sereno con *Jilguerito, Tráeme besos,* en el estilo de Pepe Jaramillo*. Y otros dos que no recuerdo.

-Ya le dije que estoy muy ocupado, mamá. Si le ve, dígale así.

Al otro lado de la puerta su madre calló. Después, con otro tono de voz, murmuró:

-Vino también el pesquisa, ese Chillanes. Me preguntó si estás andando en moto.

Ahora fue el Patojo quien calló. Oyó que los pasos de su m de la puerta. Seguramente ya se marchaba a la feria Veinticuatro.

*Pepe Jaramillo

-Debe estar equivocado -dijo. Pero su madre ya había cerrado la puerta de calle.

EL MAESTRO

El miércoles 3 de diciembre, a dos días del asalto, había un infierno en las entrañas del Maestro. Esta vez el trabajo no le alivió como en los días anteriores. Le faltaba aire. Espacio. La gran garra no le aflojaba. Trataba de ahogarle. De triturarle los intestinos y el pecho. Nunca antes pensó que la angustia tuviera aquella forma inequívoca. Como la garra de un demonio colosal. No había refugio posible. Le perseguía a todas partes. La llevaba consigo. Caín y Judas debieron sentirla así. No, el trabajo no le aliviaba. Meterse debajo de un auto, clavarse dentro de un capó abierto, desarmar

sin necesidad un motor ya armado, era inútil. Por fin a su vida había acabado de llegar la incertidumbre. Y de qué manera. Si por lo menos tuviese palabras para hablar. Para desahogarse. De todos modos, ¿quién iba a escucharlas? ¿Quién iba a entenderlas? No tenía palabras. No tenía a quién decirlas tampoco. Estaba solo. Eso era la soledad. No poder contarle *todo* a *nadie.* No poder transferirle la gran garra del demonio. Hacer que la sintiese como suya. Con la misma fuerza. Con el mismo dolor.

A dos días del asalto, bajo ese pálido sol de las cuatro de la tarde, abierto entre las nubes como un ojo blanco y vigilante (en medio de un halo fantasmal), el Maestro vivía su infierno.

A las cuatro y media de la tarde, según lo acordado, el Gavilán fue a verlo. Entonces el Maestro lo llevó a la oficina de su taller.

-Oíme, Gavilán -dijo-. He resuelto abrirme del negocio. Ya no quiero participar en el asunto. No quiero. No está en mi ley. Lo he pensado mucho. No quiero hacerlo. En cuanto a la furgoneta, no te preocupes. Que se quede aquí como está previsto en el plan. Reemplazarme no les va a ser difícil. Alguien de Don Nacho. A la final, mi tarea no era complicada. Te juro que no diré nada a nadie. Yo sé que debí anticiparles mi decisión con más tiempo. No lo hice porque estaba muy confundido. Y con tanta duda que tenía se me pasaron los días. Pero ahora tengo clara la película. No quiero hacerlo. Ojalá que puedan comprenderme.

El Gavilán lo miró con odio.

-Eres un maricón hijo de puta -le dijo.

-Piensen de mí lo que quieran. De todas maneras les tendré lista la furgoneta el viernes.

El Gavilán se fue a grandes trancadas.

Sólo entonces el Maestro descubrió que la angustia podía no estar dentro del cuerpo de una persona. Que podía abarcar la tierra entera. Y el cielo. Y sus grises nubes. Y su mentiroso sol.

EL GAVILÁN

Jueves 4 de diciembre. A las siete de la mañana, el Gavilán salió de la mediagua de Maribel y se dirigió a la tienda de la esquina. Pidió el teléfono y marcó el número del Doc. «Todo está bien», le dijo y cerró. No quiso contarle la deserción del Maestro. No había para qué hacerlo. El plan continuaba en marcha. Con las modificaciones del caso. Por su cuenta y riesgo había resuelto suprimir el uso del Toyota azul y reemplazar al Maestro por el Kid. Lo demás continuaría según lo previsto. Todo iba a ser cuestión de suerte y de velocidad. Y de unos cuantos disparos, si eran necesarios.

Pagó a la tendera y salió. En la esquina de enfrente se alzaba una tarima de madera adornada con banderas rojas y azules. A un lado había un cartel que anunciaba el programa de la noche: la orquesta de los Hermanos Loza y el Dúo de los Andes.

Dominado por su espíritu épico, subió la calle empinada hasta la puerta de malla. Una de las viejas dueñas de casa la estaba cerrando. Envuelta en una manta negra, sujeta con alfileres de tal modo que sólo quedaba al descubierto su rostro ajado; ella sería, tal vez, una de las últimas beatas de Quito que aún vestían de esa manera. Visiblemente disgustada, le dijo al Gavilán que cuando saliera debía dejar la puerta con el cerrojo puesto. El Gavilán pasó a su lado sin oírla y se fue por el callejón de los geranios sin volver la vista. Y entró a la mediagua pintada de azul.

Maribel había preparado el desayuno: el café con leche y pan de dulce. El se sentó junto a ella y apenas le dio un par de sorbos a la taza humeante. Luego puso su mano sobre el brazo de Maribel.

-Me voy de esta ciudad -le dijo.

Ella alzó sus ojos amarillos. Y se quedó muy quieta.

—¿Ahora mismo?

-Sí.

Ambos sabían que en aquella despedida no habría llantos ni promesas. Ni tampoco intempestivos retornos.

El Gavilán la besó en la frente. Tomó la chompa de cuero colocada en el espaldar de una silla.

-Haz con mis cosas lo que quieras -dijo.

Ella, detrás de la ventana, lo vio perderse entre los geranios.

Acercó la cara a los cristales hasta cuando éstos se empañaron con su aliento. Entonces se apartó de la ventana.

Arrebujada en su largo abrigo, dio un vistazo a todo lo que tenía que ordenar en la habitación. Y así, un poco torpemente, se dispuso a retomar las costumbres de la soledad.

EL PATOJO GONZALO

El cristal mezcla el reflejo de la calle con las siluetas que transitan por el *hall* del banco. No es posible ver qué ocurre allá adentro. El brillo del sol encandila los ojos. Estalla en todas partes. Hiere las pupilas. Es una luz invasora y tenaz. Un vendedor de gorros deportivos se acerca a la Suzuki. Tendrá diez años. La mira. La examina. No se atreve a preguntar. Vacila un instante. Luego pregunta. El Patojo no le responde. La gente pasa a su lado.

Van hacia el norte. Algunos llevan banderitas estampadas en azul y rojo. La mampara del banco se abre y cierra cada tanto. No es posible distinguir lo que ocurre adentro. Son ya las 11:17. ¿Por qué no salen? A lo mucho se distingue la figura del guardián que se pasea detrás de la mampara de vidrio. El chico vendedor de gorros se acerca a la Honda estacionada frente al ventanal adornado con la insignia del banco. El Patojo le amenaza, sin soltar el manubrio de la Suzuki. Tiene las manos crispadas sobre él. ¿Qué pasa adentro del banco? ¿Por qué había ingresado al *hall* el Maestro y no el Kid como los anunciara el Gavilán la víspera, en la quinta de Tumbaco? Un sonsonete exultante sale de los almacenes aledaños al banco. Son las emisoras que transmiten el Desfile de la Confraternidad, entre fragmentos de albazos, pasodobles, himnos y música de *El Chulla Quiteño.* De rato en rato, esas mismas, dan noticia de las corridas de toros que están a punto de empezar. Han llegado las reinas. Algunas están vestidas con trajes andaluces, dice un locutor. El sol brilla como nunca. La mampara de vidrio se abre y cierra cada tanto. El guardián camina frente a ella. De repente, el cristal explosiona. Pedazos irisados se dispersan en el aire luminoso y caen en la acera donde vuelven a explotar. Su fino polvillo se convierte en una luz que esparce visos enceguecedores. De nuevo ocurre una explosión. Esta vez se trata del enorme vidrio del ventanal. La gente que pasa por la calle, corre y se refugia donde puede. El vendedor de gorros se esconde en un zaguán. Los vidrios tirados en la acera refulgen como diamantes. Hay un gran trozo en forma de media luna que refleja el sol como un espejo. Pero ahora se puede ver a través del ventanal lo que pasa allá adentro. El Patojo gira el manubrio de la Suzuki. Y acelera.

EL GAVILÁN

seca detonación resuena en todos los rincones del banco. Viene del otro extremo del *hall.* En la oficina aledaña a la bóveda, el hombre que empieza a obedecer las instrucciones del Gavilán, palidece. La cara se le cubre de sudor. Mecánicamente retrocede. Tropieza con la silla giratoria. Cae. Se levanta. Grita. Pide auxilio. El Gavilán lo persigue. El hombre se le escapa. Abre la gaveta del escritorio. No deja de gritar. Ahora tiene un revólver en sus manos. El arma del Gavilán se dispara sola. El hombre cae sobre su silla sin dejar de gritar. Una serie de detonaciones vienen del *hall.* Entonces el Gavilán sale de la oficina. Corre por el pasillo, precedido del Maestro. Salta hacia el lado interior de las ventanillas. Tiene ya una funda abierta. Las chicas pagadoras lo miran aterradas. Le entregan los fajos de billetes. ¿Qué hace el imbécil del Maestro -arrepentido de su deserción a último momento- que no va hacia la puerta principal? ¿Por qué se desvía hacia la derecha? Por el ventanal sin vidrio, el Patojo, solo, arranca a toda velocidad en su motocicleta. Las alarmas empiezan a sonar. Es hora de huir. Es hora de correr hacia la mampara, destrozada ya.

EL MAESTRO

Es el mismo impulso que lo trajo al banco (en cuanto vio a Beto y al Kid que llegaban a la mecánica a llevarse la furgoneta), lo que le impide ir hacia la puerta principal. Es el mismo impulso que, en un segundo, le obligó a entregar al Kid un Ford recién reparado (para que el plan continuase como estuvo previsto); es el mismo impulso, sin duda, lo que ahora le acerca al sitio en donde yace el Turco, inmóvil y aferrado a su metralleta. No hay sino una idea en la cabeza del Maestro: sacar el cuerpo del Turco, sacarlo del banco.

EL TURCO ANTONIO

A la muerte hay que tentarla. Darle pretextos. Mostrarse ante ella. Eso sintió al momento de encaminarse hacia la mesa próxima a la puerta esquinera del *hall.* «Avanza, no temas, ve a buscarla». Era la cálida, inconfundible voz que resonaba en sus oídos. Escuchaba también otras voces que le ordenaban sacar la metralleta de su maletín. El *hall* entero estaba lleno de voces y ecos que se multiplicaban en el piso de mármol, en las paredes, en los cristales. Voces suaves, profundas, aterciopeladas que lo envolvían. Así oyó a sus espaldas, los pasos felinos que se acercaban a él. Así descubrió la forma repulsiva que lo buscaba sin hallarlo. Que daba vueltas en su torno. Que asumía, astutamente, la figura uniformada de un guardián. Así, mezclada entre aquellas voces, escuchó, distantes y próximas a un tiempo, las súbitas detonaciones.

SERGIO EL OSCURO

Falta poco para que sea la una de la tarde. El sol abrasa la ciudad. Hay mucha gente en las calles. Retornan del Desfile de la Confraternidad. La gran fiesta cunde y se propaga. Guirnaldas de papel. Hileras de banderines suspendidos entre los postes de luz. Plataformas de madera para las orquestas que amenizarán los bailes de la noche. Estallidos de camaretas y

torpedos. No sé a dónde ir. El último lugar sería mi casa. Doy vueltas por las calles del centro. Hay en mí una cierta sensación de irrealidad. Casi de sueño. Entro en una confitería. Pido cigarrillos. Pago. Salgo. No sé por qué los he comprado. Llevo una cajetilla apenas abierta en el saco. Avanzo por la calle Guayaquil. En la plaza del Teatro han colocado un tablado enorme. Cruzo la vía. Paso por un restaurant de pollos dorados. Luego por las viejas boticas. No tengo hambre. Ni dolores tampoco. Tomo un taxi que se demora en la fila de autos y buses atestados, antes de curvar hacia el norte. A la altura de La Alameda, me arrepiento. Bajo del taxi. Entro en el parque. Tengo tantos recuerdos de infancia ligados a él. La tarde entera en que estuve sentado en la última espiral del churo de piedra, junto a una niña cuyo nombre ya no sé. La interminable recolección de cocos y semillas que emprendí cuando me escapaba de la escuela. El primer cigarrillo que fumé bajo los severos bustos de los académicos franceses. El recorrido que hice con la profesora de tercer grado por entre los viejos instrumentos y telescopios del Observatorio Astronómico. Las veces que remé en las canoas de la pequeña laguna dividida por el puente en forma de arco. O que pesqué a sus orillas peces diminutos y transparentes. Tantos recuerdos de ese tipo *me acercan* a la laguna.

Pero esas aguas turbias, verdes, con una espuma babosa de algas que se balanceaban al vaivén de diminutas ondas, guardan también otros recuerdos. Sobre todo uno. En ellas se descubrió un día el cadáver de un hombre que había acabado de salir de la cárcel, luego de una condena de ocho años. ¿El accidente de un ebrio que no supo su camino? ¿Asesinato? ¿El horror de un destino que sólo podía consumarse en el horror de una muerte prematura? Es difícil decirlo ya. Su muerte fue tan incierta como el motivo que el orden, que él quiso destruir, eligió para apresarlo. Murió durante la noche. Tal vez no fue una coincidencia. Tal vez el agua de la noche lo tragó porque él, en su momento, fue un hombre imposible, víctima de un sueño que, en su momento, fue un sueño imposible.

Hoy, años después de ese suceso, un Sergio fatigado y somnoliento, se inclina sobre las aguas de la laguna, y mira su reflejo, descompuesto en las tenues olas que la rizan. Piensa, vagamente, en los senderos oscuros de los hombres imposibles.

Y se aleja de la laguna.

Camina hacia el extremo norte del parque. Al frente está la iglesia de El Belén. Dicen que es la más antigua de la ciudad. Tiene las puertas cerradas. Si hubiesen estado abiertas, quizás hubiese entrado en ella. Pero sólo en busca de silencio. Y de una sombra que lo resguarde de la deslumbrante luz del sol que empieza a molestarlo. Camina.

Ahora atraviesa el parque de El Ejido. Apresura el paso. Ahora sabe a dónde ir y no quiere detenerse entre los escasos pinos medio pelados. Arriba a la avenida Amazonas. Largas filas de autos desfilan simulando con el sonido intermitente de los claxons las sílabas de la proclama inconfundible: «Vi-va-Qui-to-Vi-va-Qui-to».

Salva unas pocas cuadras y se detiene frente a la puerta conocida.

Timbra varias veces. Cuando se dispone a partir, la loca Marcela le abre la puerta.

—¡Hola, viejito! ¡A los siglos! ¿Qué te trae por aquí tan temprano?

A Sergio le parece que está más pálida y delgada que la última vez que la visitó.

-Es la una y media de la tarde -murmura él.

-Quería dormir todo el día para aprovechar la noche entera, como es debido. Es viernes. Es cinco de diciembre. ¿Te das cuenta, viejo?

-Marcela, necesito entrar un rato. No tengo a dónde ir.

-¿Por fin te separaste de tu mujer?

-No. No es eso.

-Pasa, compadre.

Sergio entra en el departamento. Sobre una mesa hay cuatro botellas a medio consumir. Toma una de ron que no tiene tapa y un vaso. Lo llena. Prueba el ron. Luego se sienta en el cuero de vaca de la sala, frente al equipo de música. Lo manipula sin lograr la salida del sintonizador. Marcela va en su ayuda. Está convencida de que él quiere oír la transmisión de las corridas de toros.

-No vale la pena, hermanito, ahora lidian toros nacionales. ¿Sabes una cosa? He ido tres días a la feria. ¡Y me robé ese capote!

Sergio simula ver el trapo rojo que pende de la pared, mientras recorre todo el dial. Es asombroso. Ninguna emisora informa del asalto. Aparte de las que transmiten música, las demás están consagradas a las corridas de toros. Cuando una de las lidias está por terminar, Marcela, muy disgustada le pide que deje de monear su radio. Sergio deja el botón del dial. Y sin saber cómo, cierra los ojos y se deja llevar por la conocida voz de un locutor, ahora súbitamente españolizado:

-Va a aprovechar la oportunidad. Trata de cuadrar para la muerte. El bicho con la lengua afuera. Pero con una fijeza extraordinaria. Con una bondad primorosa. Allí va el diestro. La muleta por la cara del burel. En dos ocasiones. Hay silencio. Hay expectativa del respetable. El matador pone el acero por delante de la cara del astado. ¡Entera! ¡Hasta la empuñadura! ¡Una estocada hasta la bola! Apenas caída. ¡El público de pie! ¡Palmas! ¡Pañuelos blancos! El toro escarba el piso. Quito en los medios, aguarda. Babea sangre. Abre el hocico. La estocada hace su efecto. Va a doblar. ¡Dobla!

Mientras los comentaristas muestran su erudición taurina, Sergio se ha bebido su segundo vaso de ron. Y empieza el tercero de un licor dulce y amarillo que vertió de una botella sin etiqueta. Pero los nuevos oles, y pifias del público y nuevos oles, y el sonido de las trompetas, y el fondo de pasodobles que toca la Banda Municipal, y la excitación del locutor ya no le alcanzan. Ha acudido a su vieja manía de sustraerse, de hundirse en sí mismo, y tiene los oídos sordos para el mundo, excepto para sus propias palabras. De pronto, se escucha decir:

-El banco fue asaltado esta mañana.

Sergio retorna de su repentina fuga mental y encuentra que Marcela, junto a él, le pregunta con insistencia:

-Cuéntame, cuéntame, cuéntame cómo fue.

Sergio piensa en quedarse callado. Mira a la loquita que ha bajado el volumen del receptor, y espera ansiosa lo que cree que será un vivido relato de aventuras. Entonces, él descubre que no le va a costar ningún trabajo decirle toda la verdad a esa conciencia extraviada que quiere saberla, que así, alegremente, quiere saberla.

-Pues, óyeme bien: yo tramé ese asalto.

-¿Tú? ¿Y el dinero? ¿Dónde guardaste el dinero? ¿Dónde?

Marcela está loca. Loca de remate. Cualquier persona en sus cabales, hubiera dudado de que un oscuro oficinista como Sergio, apacible ante los ojos de sus conocidos, hubiese participado en un asalto. Pero Marcela está loca. Loca de remate. Las palabras, para ella, no ofrecen dudas. No establece distinciones entre las palabras y los hechos.

-Todo terminó en un desastre.

Marcela pregunta. Y él le cuenta de sus contactos con el vendedor de hierba, aquel que conociera gracias a ella. Le cuenta que murió en el asalto. Al igual que un guardián y, quizás, el cajero del banco. Le cuenta de sus otros secuaces; del mecánico que fue apresado, del cojo que huyó solo, del karateka que consiguió llevarse poco más de un millón de sucres de las ventanillas. Y le cuenta de él, de cómo vivió y padeció todo aquello desde su escritorio (aunque con la sensación de haberlo vivido ya antes, como una anticipación imaginaria impuesta por el aburrimiento, o la fatiga de un día de trabajo interminable).

-Pero ese tipo tiene que darte algo, ¿no? -comenta Marcela.

Es inútil explicarle que eso ya no tiene importancia, que, para Sergio, el desastre había sido consumado. Entonces la escucha perderse en sus razonamientos alucinados: la manera cómo ella hubiese planificado el asalto, empezando por la exclusión del Turco, y por muchas razones: porque él era un pobre diablo, un perseguido, un hombre de aquellos que nacen para la desgracia, para la inutilidad, para la muerte. Eso estaba escrito en su cara. En su cuerpo. ¿Nunca le había visto la cara?

Marcela habla como una iluminada. Y su discurso veloz, alterado, le remite a Sergio a la noche en que ella lo llevó a esa casa de El Aguarico en donde vivía el Turco. Entonces, al verlo, tuvo la misma impresión que ella ahora tan lúcidamente le describe. ¿Por qué lo escogió entonces para su asalto? ¿Fue sólo porque no encontró a su alcance «un lumpen» mejor?

Hoy, Sergio pudiera, sí, responder a esas preguntas. Pudiera decir, por ejemplo, que en su economía interior obraba un mecanismo complejo, creado por viejas cobardías y viejos miedos, que le imponía la necesidad de correr un gran riesgo para ganarse el derecho a la salvación y a la paz. O decir que al escoger a un ser así como compañero de aventura, estaba sembrando también, en un amago irreprimible y soterrado, el germen de la muerte en algo que de todas maneras consideraba una salvación mezquina y desesperada, y acaso tardía. En fin, Sergio pudiera decir cosas así. Verdaderas o falsas. O ambiguas. Palabras. Cantidades de palabras que en nada alterarían los hechos contundentes y consumados.

Ocurre que Sergio ya no quiere responder a ninguna pregunta.

Por eso cuando Marcela le dice: « ¿Y qué vas a hacer ahora?», él murmura con desgano.

-No lo sé. Tengo sueño.

Ha dicho: «Tengo sueño». Y esa no es una palabra hueca usada para eludir una conversación que sería cada vez más absurda. El sueño es verdadero. Tal parece que el cansancio acumulado en tantas noches de insomnio le empujara por detrás de los ojos, muy dentro de su ser. Después de todo, si el insomnio siempre es inoportuno, y ésa es su condición, ¿por qué razón no ha de serlo también el sueño? Se pasa la mano por la cara. Quizás el letargo que lo acosa sea efecto de los tragos mezclados que bebió.

Tras el poyo de baldosas, Marcela hurga con una cuchara dentro de la olla de arroz endurecido. Luego le echa un poco de agua y enciende la hornilla. Después, pone a freír un pedazo de carne revuelto en cebollas.

El dormitorio de Marcela tiene una ventana que da a la calle. Sus vidrios están tapados con recortes de celofán de diversos colores. Parece un vitral de iglesia. Los únicos vidrios descubiertos son los dos superiores. Por ellos se cuela un haz intenso que juega con las volutas del humo que viene de la cocina, y enciende los colores sicodélicos (verdes, ciclames, amarillos) de los posters puestos en la pared.

Me dejo caer en el colchón colocado a ras del suelo.

Qué sueño tengo. Es algo invencible. Poco a poco, las llamadas de Marcela se desvanecen. Y yo con ellas. No sé cuánto tiempo permanezco así, perdido en aquel sueño profundo. Una pesadilla extraña me saca de esa nada. Camino por un enorme recinto solitario. Lo que más me abruma es el silencio. No oigo ni mis propias pisadas. Tampoco mi voz. Hay una vaga luz que brota de las paredes. Todo está vacío. No encuentro ni siquiera una banca en donde descansar. Curiosamente, dentro de la pesadilla, busco un lugar para dormir. Me resigno a tenderme en el suelo. De pronto, con la fuerza de un disparo, oigo una campanada que estremece aquel recinto.

Despierto de un golpe. Mi corazón es una fiera enloquecida. Me cuesta trabajo reconocer el dormitorio de Marcela. Ella se ha recostado junto a mí y duerme. Ahora el sol es una mancha que ilumina el borde superior de los posters.

Lenta, esa mancha asciende por la pared hasta que comienza a reducirse cerca del cielo raso. De la calle viene un bullicio de gentes que ríen y gritan.

La mancha amarilla es sólo una línea. Luego desaparece.

Empieza a oscurecer. Miro a Marcela. Miro su cuerpo que respira con grandes pausas.

Voy hacia la salita. Recojo la botella de licor amarillo y el vaso. Retorno al dormitorio. Miro a Marcela.

Hay una lujuria que sólo proviene de la angustia. Es una sed que no nace del deseo. Que no nace del palpitante, soñador, apetito de una carne voluptuosa. Es algo que tiene que ver con nuestros instintos más ciegos. Es una respuesta animal; acaso el ímpetu reproductivo de una vida que se

sabe amenazada. Dejo la botella y el vaso sobre la caja que hace las veces de velador. Suavemente despierto a Marcela.

La acaricio. Se deja acariciar. Luego intenta rechazarme. Hay un forcejeo arduo. Un gemido ronco y el rasgarse de una tela. Y después, la aceptación renuente. El despertar de otro instinto que se deja avasallar sin resistencia. Cuando el abrazo cesa, Marcela se vuelve hacia la pared. Y llora.

-Eres un bruto -me dice, como todos.

Yo bebo, a grandes sorbos, el licor amarillo.

De nuevo siento que el sueño es invencible. A pesar de mis esfuerzos, no logro mantenerme despierto. Duermo. Pero sé que estoy dormido. Y sé que sueño. Me veo en el mismo cuarto, junto a Marcela. No dejo de escuchar sus sollozos. Pero Marcela no es Marcela sino una niña de pelo lacio. Yo estoy vestido con el disfraz del hombre lobo. Quiero salir de ese cuarto. Salgo. Una enorme luna llena ilumina la noche. Vago entre la gente que baila en las calles. Es como si no tuviera edad. No sé qué edad tengo. Alternativamente busco a mis padres, y a Cecilia y a Pedrito.

Quiero despedirme de todos. Pedirles disculpas por algo que no sé lo que es, y partir de la ciudad. Hay otros disfrazados que caminan en el tumulto. En una esquina un payaso me llama. Cuando me acerco, empieza a reírse. Siento un pavor incontrolable y huyo de él. Pero su risa me persigue. Su risa tiene alas y revolotea en torno a mí.

No tengo idea de cuánto tiempo he dormido. Abro los ojos. Es Marcela que me sacude. Lleva puesto un traje hindú.

-¡Despiértate! ¡Despiértate!

-¿Qué hora es? -le pregunto.

-Las diez de la noche.

La encuentro cambiada. No da muestras de disgusto. Ni de rencor. Quién sabe qué mutación habrá ocurrido en su desquiciado interior, mientras duró mi sueño. Hasta pienso que hay un reflejo casi maternal en sus ojos.

-¡Tienes que levantarte ya! ¡Se me ha venido una idea! ¡Estás salvado, viejo! Peter te ayudará. Estoy segura.

-¿Peter?

-Tal vez le conoces. Claro que te ayudará. Es fantástico. Ha arrendado una finca en el noroccidente. Nadie te va a encontrar. Pero debemos apurarnos. A lo mejor no me espera y se va solo a corretear las calles. Acabo de llamarlo, viejo. De todos modos, es mejor que te apures.

El estrépito de la fiesta me aturde. La sensación de irrealidad perdura en mí. Voy con Marcela, entre la multitud, hacia la casa del tal Peter. «Buscamos a alguien que no existe», me digo. Pienso que Marcela ha inventado a ese personaje que será, según dice, mi salvación. Es difícil abrirse paso entre la gente que recorre la Amazonas y las calles adyacentes. En varios sitios hay orquestas que tocan detrás de enormes parlantes negros. La gente baila. Bebe y ríe. Casi no reconozco a nadie. Tal parece que mi reciente pesadilla se prolongara en la realidad. Falta el payaso. Y la luna, por cierto. Es un cielo vacío el que tengo sobre mí. Hoy, cinco de diciembre de 1980, es noche de

conjunción. O de luna nueva, como también la llaman. Quiere decir que, mientras duró el día, la luna estuvo sobre mi cabeza. Pero invisible en el cielo. Agazapada en su propia sombra. La muy maldita. Por detrás de las torres góticas de la iglesia se eleva un globo amarillo. Va hacia el Pichincha. Un volador asciende vertiginoso y revienta con gran estruendo. Le sigue otro. Y otro.

Por fin dejamos atrás la avenida Amazonas. En la Colón ha habido un accidente de tránsito. Una ambulancia se acerca con su sirena ululante y sus luces giratorias encendidas. Le sigue un patrullero. Por precaución, nos cambiamos de acera.

Es para no creerlo. Estoy sentado frente a él. Es un *hippie* de cuarenta años que ha recorrido medio mundo. Parece un Jesucristo avejentado. Va a quedarse en el país un tiempo. Marcela no mintió: lo de la finca es cierto. Allí podré esconderme. Trabajar, incluso. No entiendo qué le ha dicho ella. Cuando llegamos, entró sola y habló con él un buen rato. Luego Peter salió y me invitó a pasar. Dijo que sí, que me ayudaría. Pensé que estaba tan loco como Marcela. Ella me dice que es poeta. Pero no creo que esto tenga nada que ver con su extraño comportamiento.

Peter me ha ofrecido un trago y unas pitadas de marihuana. No puedo rehusarlos. A pesar de que lo que me caería bien en este instante es probar un bocado de comida.

Hemos salido a la calle. Oigo que hablan de corridas de toros. No entiendo lo que dicen. Trastabilleo. La borrachera separa cerebro y cuerpo. Todo lo que bulle dentro de nosotros encuentra así, una pobre expresión. La clara conciencia de lo que queremos o no queremos hacer, se estrella contra una barrera blanca. Entiendo lo que me ocurre. No gobierno mis palabras. Quiero darles las gracias por la ayuda que me ofrecen. Y sin que yo les haya pedido *nada.* Quiero decirles que yo, en un caso semejante, no hubiera arriesgado *nada* por ellos. Quiero decirles tantas cosas. Pero de mi garganta sólo salen palabras inconexas.

Peter me pregunta algo que no comprendo. Yo le respondo con algo que tampoco quiero decir: «Hombre imposible, hombre imposible».

Más tarde me encuentro repitiendo, mecánicamente, la frase: «Vivir tranquilo, vivir tranquilo».

Ellos están tan borrachos y pitados como yo. Es una pena que no pueda hacerles alguna broma, divertirles un poco, agradecerles así por su ayuda. Pienso que lo que le ha faltado a mi vida ha sido una buena dosis de humor, de payasadas acaso. Querría hacerles una payasada así: recitarles, por ejemplo, un poema no-escrito que compuse una vez. Decía: «Seres de la sombra/ no traicionéis jamás el espíritu de la noche/ Vuestra patria es el silencio y la penumbra/ La luz del día os matará/ como al halcón nocturno enceguecido por el sol/ que murió entre los puntapiés de unos muchachos de barrio/ Seres de la soledad/ no salgáis jamás de vuestros cuartos oscuros/ Las ventanas engañan/ Las canciones de la alegría engañan también/ Seres de la soledad/ vuestro destino es soñar/ en la noche/ el sueño del lobo.

No consigo articular las palabras. Se me ocurre una idea. Por alguna parte suenan los compases del pasodoble *Sangre ecuatoriana.* Lo tocan en las corridas de toros. Logro quitarme el saco. Descubro un auto que viene a

toda velocidad. Se acerca. Bajo de la acera. Alcanzo a darle un pase usando el saco como capote. Esa ha sido una buena payasada. Pero Marcela me pide que no la vuelva a repetir.

Por la avenida Seis de Diciembre, viene otro auto veloz. «Este no me lo pierdo», les digo. No les doy tiempo de sujetarme. Estoy en media vía. Veo venir el auto como si fuese un toro de pura casta. Los faros como ojos. O como cuernos. La arremetida es violenta. No alcanzo a esquivar. Me embiste. Me quiebra. Me eleva en el aire. En términos de aviación sería un rizo perfecto el que describo. Desciende suave, elegantemente, sobre el pavimento. Marcela viene hacia mí. Me mueve. Me abraza. Le digo que estoy bien. Pero no oigo mi voz. Y me incorporo. Ella corre hacia un tipo de terno y corbata que se ha detenido junto a Peter. Es un desconocido. Con seguridad lo confunde conmigo. La pobre es tan loca. No siento ningún dolor. Marcela huye en la noche. El auto ha huido también. Los curiosos se acercan. «Está muriéndose», dicen. Les repito que no es nada. Y me alejo de ellos. Cruzo un parque. Hay un vaho luminoso que se desprende de la tierra y asciende entre los pinos. Aquella luminosidad debe ser el efecto de las lámparas de mercurio sobre la bruma. Atravieso el parque. Salgo. Es curioso. La ciudad se ha quedado, de pronto, vacía. Las gentes se han marchado a sus casas. Es una idiotez. Todavía falta un gran resto de la noche por delante. En las calles solitarias no se escucha ningún sonido. No suenan ni mis pasos. Avanzo fácilmente. La borrachera se me ha ido ya. El pavimento brilla con las luces de la calle. No veo a nadie por ninguna parte. Camino. Camino mucho. Entonces empiezo a sentir sueño. Quiero dormir.

Pero me hallo muy lejos de mi casa. Y no hay un taxi que asome por ninguna parte. Hace frío. Es mejor ponerse al resguardo. Buscar refugio en alguna parte. Pero todo está cerrado. Tomo un rumbo conocido. Avanzo hacia allá. Tampoco hay nadie en esas calles. Veo por fin el conocido frontispicio. No encuentro personas ahí. Hasta los guardias han desaparecido. Pero han dejado las puertas abiertas. La luz de los fluorescentes lo ilumina todo. Los mármoles. Los cristales. Es una luz blanca. Es una luz helada. Tantas veces lo he dicho. Entro por la gran mampara. El enorme *hall.* Las ventanillas solitarias. Miro el *mezzanine.* Me deslizo hacia el fondo del pasillo. Con sorpresa, descubro que han quitado el reloj eléctrico. Tan fiel que era el pobre. Nunca se dañaba. Es una injusticia que lo quitaran de su sitio. Me digo una frase no-escrita «Como en el fin del tiempo. Como en el tiempo del fin». Camino entre los escritorios que están debajo del *mezzanine. Veo* la gran puerta blindada. Veo el volante y los discos de las combinaciones. También la han dejado abierta. Los fluorescentes de adentro están encendidos. Cuando la puerta se abre, se encienden automáticamente. Cuando se cierra, se apagan. Doy un último vistazo al pasillo desierto. Entro. Examino el interior de ese cuarto blindado. No. No hay ventanas por ningún lado. Es bueno que sea así. Es lógico. Me acerco a la puerta de acero. Y la cierro desde adentro. Todo se vuelve negro. Creo escuchar el eco de un golpe en el *hall.* Pero sólo debe ser una ilusión. Ningún sonido, ninguna luz puede atravesar el acero suizo de esa puerta.

EPILOGO

CINCO DÍAS DE 1985

EL PATOJO GONZALO

En la tarde de un miércoles ya lejano, ataviada con un abrigo de piel, zapatos de tacón alto, cartera de charol, muy bien pintada, la Luzmila lo visitó en su celda. Un cuarto de hora fue suficiente para que ella le contara ciertos pormenores de su nueva vida. Antes de que lo buscasen, Don Nacho había desaparecido sin dejar rastro. Unas vecinas de «la casa de atrás», decían que lo habían visto salir por allí, con dos maletas grandes cargadas por sus ayudantes negros. Otras, que esa versión era falsa. Y otras, que había salido sí, pero solo y sin maletas. Sea cual fuera la verdad, Don Nacho, convertido en una más de las leyendas del barrio, no volvió a dar señales de vida por ningún lado. De todos modos, el intendente decomisó los objetos de la contaduría y clausuró, durante un tiempo, los billares El Guayas. Poco después, la compañía aseguradora del banco puso en remate «la casa de atrás» para cobrarse los daños y perjuicios ocasionados por el asalto. El saldo que quedó del remate era ya dinero incobrable, primero porque el prestamista, en su condición de prófugo, no podía ser declarado ni muerto ni desaparecido y, segundo, porque los presuntos herederos legítimos de los que tanto él hablara, nunca se presentaron a reclamar nada, y hasta era posible que ni siquiera existiesen. En tales circunstancias, la Luzmila, como hija mayor, reconocida si no por las leyes, por los ojos y la memoria de todo el vecindario, resolvió administrar lo que quedaba de la fortuna de Don Nacho. Con ayuda de su madre, su hermana y hermano, reabrió los billares, la contaduría, y continuó cobrando los arriendos a los inquilinos de la casa.

Cuando acabó su relato, la Luzmila, a modo de despedida, le dijo al Patojo:

-Nunca más volveré a verte. Sólo vine a hacer una comprobación. Ojalá que te portes bien para que puedas salir algún día de aquí. Adiós.

Otra de las visitas memorables que tuvo el Patojo fue la del agente Felipe Chillanes, quien lo apresara al poco tiempo de ocurrido el asalto. Sin mayores rodeos -aparte de la evocación desganada de sus andanzas conjuntas en los dorados días del velasquismo-, le hizo una propuesta. Si quería que lo trasladaran a una celda mejor; si quería ganarse una pequeña bonificación mensual, si quería que le rebajaran el tiempo de su condena con un informe de buena conducta, tenía que colaborar con él en la

investigación que por esos días estaba a su cargo: el asunto de la venta de licores y marihuana dentro del penal, las constantes fugas de los presos, los negociados de los caporales y, en general, todo lo que se apartara del «normal funcionamiento de la institución carcelaria».

Ninguno de los ofrecimientos de Chillanes se cumplió y el Patojo nunca supo si la investigación seguía su curso normal, o si, por el contrario, había sido cancelada. De todas formas, semanalmente, él continuó cumpliendo con su labor de informar a un guía apodado Cara Antigua las novedades que creía importantes. A eso de las diez de la mañana de los lunes se reunían en un recoveco del penal y mientras el Patojo hablaba, Cara Antigua escribía entre bostezos unas pocas palabras ininteligibles en una libreta cuadriculada con un lápiz que de vez en cuando mojaba con saliva.

En verdad, él informaba lo que todo el mundo sabía y, por si fuera poco, todo el mundo sabía lo que él informaba. Algunos ya no le llamaban Patojo, sino Orejas. Pero la delación se le había hecho un vicio y el vicio una ceremonia y ya no podía prescindir de la reunión de los lunes con Cara Antigua. Uno de sus informes favoritos se refería a los comentarios políticos del Maestro, quien, siempre armado de un recorte de periódico, se pasaba la vida despotricando en contra del gobierno.

Decir que la existencia del Patojo era insufrible en el interior de la cárcel, allí metido entre cientos de presos hacinados en celdas inmundas, sería, acaso, una exageración. La prueba es que cuando pudo huir, no lo hizo: una mañana, antes del desayuno, él y un amigo suyo, Pepereche, descubrieron un agujero junto al muro de piedra. Quién sabe cuántos detenidos se habrían escapado por ese túnel construido, sin duda alguna, desde el exterior de la prisión. El y Pepereche se miraron las caras y miraron el boquete que parecía llamarlos desde sus profundidades. Llamarlos con todo el bullicio de la ciudad que clamaba por ellos desde el otro lado del túnel. Vacilaron un instante. Se acercaron al filo de ese pequeño abismo circular, empujaron un par de piedritas que rodaron alegres hasta desaparecer de su vista, y luego, sin decirse una palabra, fueron en busca de Cara Antigua para contarle lo que habían descubierto.

EL MAESTRO

En la cola formada por cientos de presos que en el patio del penal, esperaban el almuerzo junto al muro de piedra y frente al pabellón tiznado por el humo de la cocina, enorme en su overol (sucio de virutas de madera), el Maestro sacudía un pedazo de periódico mientras le decía a su vecino:

-¡Ves, Patojo! ¡Otro asalto! Todos los días un asalto. Nunca fue así ¡Pero qué se llevan! Pendejadas. Convéncete: los únicos que pueden robarse bien los bancos son sus propios dueños. ¡A mí que no me vengan con cuentos! Y cuando exageran la nota, se largan. Pero no se llevan uno o dos millones. Se

llevan quinientos o mil millones. Así mismo es. ¿Y a los cojudos de los ricos quién les hace nada? ¿Quién les hace nada? ¡A mí que no me vengan con cuentos chinos!

La cárcel había hecho del Maestro un ser amargo. Pero no del todo. Pues su vida tenía un firme soporte. Era la Rosita. Diariamente se daba mañas para hacerle llegar alguna golosina. Y en sus visitas íntimas no dejaba de hablarle de su «próxima liberación». Ambos sabían que eso no era cierto. Que la máquina de la cárcel funcionaba de un modo muy lento. Que faltaba mucho tiempo para que se cumpliera su condena. Pero, a veces, fingían creer en aquella especie de mentira sagrada para no desesperarse.

Tenían, desde luego, muchas cosas de qué hablar. De los guaguas que crecían bien. De la fonda Alma Lojana que la Rosita había instalado con el dinero que obtuvo de la venta de la parte de la mecánica que le correspondía al Maestro. De la clientela, voraz y fiel, que acudía a ella. Cosas así.

EL TURCO ANTONIO

La vieja Facunda entró en la iglesia de San Francisco. Encendió una vela y la colocó en el panel de lata de la entrada. Desde que le empezaron los dolores del pecho y los escalofríos nocturnos, su vida cambió. Se acabaron los amantes comprados y los desafueros. Y pasó a ser una más de las beatas que comulgaban en esa iglesia todos los días. Entre los muchos remordimientos que pesaban en su conciencia, había uno en especial: el haber dejado el cadáver del Turco en la morgue, de donde lo sacarían, sin duda, los estudiantes de medicina para sus experimentos.

Entonces, se justificó de diversas maneras. Se dijo que ese hombre rasurado y sin melena, que había disparado una metralleta en un banco, matado a un guardián, y que reposaba en la mesa de la morgue, no podía ser (a pesar de lo que dijesen los agentes), no podía ser jamás el Turco que conoció tan bien y que se despidió de ella una mañana de domingo diciéndole que se marchaba al Perú.

Se dijo también que lunares, cicatrices, vellosidades y otras «señales particulares», eran puras coincidencias. Después cambió de parecer. Pero con otra justificación: aun si ese hombre, morado y rígido como todos los muertos, como cualquier muerto, fuese el Turco, ningún lazo legal le unía a él. No estaba obligada a pagarle misas ni a alquilarle una tumba en el cementerio.

Y así olvidó el incidente.

Pero ahora que la enfermedad le había traído miedos y presagios, ahora que se le habían sublevado las culpas del pasado, el Turco era una presencia vivida en el silencio de sus noches.

En una ocasión hasta oyó su voz, mezclada con el golpeteo de la lluvia en los cristales. « ¿Será esto la telepatía?», se preguntó, recordando esa palabra rara que el Turco empleaba tanto. Y a la mañana siguiente le puso la primera vela por la paz de su alma.

EL GAVILÁN

Maribel detuvo la mirada en la sábana que acababa de tender.

Vacilante, difusa, fría, sin ser del todo blanca ni amarilla tampoco, podía decirse que la forma de luz que se pegaba a la sábana, no era sólo el reflejo del vago sol que entraba por la ventana de su habitación, sino además, el remedo exacto de esa otra luz, vacilante, difusa, fría, que iluminaba su vida de ahora, su vida hecha de tantas renuncias (amor, sexo, compañía), es decir, hecha de la aceptación de un mundo uniforme y calmo, entendido por ella como una manera helada, sigilosa, cauta, de la felicidad; elegido por ella como un pacto con el silencio y el vacío, puesto que así, en esa vida de largas horas consagradas a cuidar viejas paralíticas, en ese mundo en el cual la desolación era simple y llana soledad, ya no había sitio para el dolor y la pesadumbre, y apenas si lo había para la nostalgia, o lo que era lo mismo, para el recuerdo lejano de ese último amor que, años atrás, su corazón escogiera como una última oportunidad, como el adecuado final de su camino de entonces: ese amor entre maternal y desesperanzado que ella prodigó, mientras le fue permitido, a aquel muchacho violento, salvaje a veces, de quien ya nunca supo nada, aparte de lo dicho en una tarde por una antigua conocida de los tiempos del Palmar: eso de que lo habían visto en el hotel de un famoso capo de la droga, de paso por la ciudad, bien vestido y enjoyado, con otro nombre sin duda, y con el aspecto de un triunfador absoluto, inciertas palabras en las cuales su nostalgia encontraba un asidero precario no menos gratuito y fácil que este que sus ojos amarillos habían descubierto, hace un instante, en la isla de luz que aclaraba un pliegue de la sábana que acababa de tender.

SERGIO Y EL OLVIDO

Una mañana se encontró con ella en un supermercado. Venían en direcciones opuestas. Cecilia intentó cederle el paso, pero su cochecito de

compras giró mal y se trabó con el de ella. Ambas enrojecieron levemente. «Perdón», dijeron al unísono y prosiguieron sus caminos. «Ella», que andaría por los veintiséis, estaba acompañada por dos niños vestidos de marineros. Cecilia, con sus treinta y ocho años muy bien disimulados, llevaba sentada en la parte delantera del cochecito, a su hija, una pequeña vivaz y regordeta.

Recorrió unos metros y volvió la mirada. Descubrió unos ojos que huían de los suyos. Una nueva turbación. Y nada más.

Aquella mujer, convertida en típica ama de casa, ya no era *la tipa* de años atrás, o *la muchacha del banco* (como su primer esposo la llamara alguna vez). Aquella mujer ya no era nadie.

De regreso a su casa de la ciudadela La Florida, situada a unas pocas cuadras del aeropuerto, casi agradeció a la suerte por aquel encuentro intempestivo que la había liberado, quizá para siempre, de aquel fantasma rezagado de su memoria.

Por fin, el olvido había llegado a su corazón.

Casi no lo podía creer. Porque -y lo recordaba bien-, aún a los dos años de la muerte de Sergio, ocurrida en la noche del viernes 5 de diciembre de 1980, Cecilia pensaba que nunca lograría desprenderse de todos los vacíos, incógnitas, nostalgias y sorpresas -el gran escándalo entre ellas-, que heredara del desconocido con el que había estado casada casi una década completa.

Pero los días pasaron.

En abril del lluvioso año de 1983, Cecilia contrajo matrimonio con un abogado de su edad, que la quería bien.

No vivían en la abundancia. Los tiempos en los cuales las profesiones universitarias eran una suerte de títulos de nobleza y vehículos de rápida promoción económica para la gente de la clase media, empezaban a ser lejanos, y su segundo esposo tenía que completar sus ingresos dictando una cátedra en un colegio particular.

La abundancia no, pero sí la holgura. Disponían de un hogar bien instalado con muebles de moda y un automóvil moderno. Cecilia había cambiado la vieja casa de La Gasca por una pequeña quinta ubicada en el valle de Los Chillos, cuyas hortalizas y árboles frutales se volvieron el acostumbrado entretenimiento de la familia en los fines de semana.

Un domingo, en que su esposo estaba ausente de la ciudad, asistiendo a un seminario intensivo, mientras paseaba a su niña por entre los limoneros y aguacates, descubrió con asombro que el hombre con el cual se había casado por segunda vez, en un rapto hecho de soledad y angustia, y al que jamás imaginó dispensar otro sentimiento que un enorme cariño, poco a poco y sin que ella se diera cuenta, la había conquistado ya, le hacía falta, lo necesitaba desde su ser profundo.

Ese hombre le había dado lo que nunca soñó como posibles: la seguridad y el amor.

Quién sabe qué soledades, qué largas esperas, lo empujaban a quererla así: con un amor tan dócil y firme.

El nuevo mundo de Cecilia parecía, pues, completarse solo.

Sin embargo, había algo que la perturbaba: el destino de su hijo mayor.

La nueva época se anunciaba con malos presagios: violencia política y violencia social iniciaban un camino cuyo rumbo era difícil de predecir. Pedro, a los trece años, en el umbral de esa época, era un adolescente reservado y a veces hosco que no reconocía la autoridad de su padrastro, a pesar de todos los intentos que éste hiciera para ganarse su afecto, y que con ella mantenía una relación de recelo mutuo.

De esta manera, en esa vida suya que podía calificarse de apacible y buena, su hijo Pedro era el lugar de la incertidumbre, la gran pregunta que sólo el *enigmático tiempo* sabría responder.